ACANTILADO

Zeruya Shalev

Dolor

TRADUCCIÓN DE ANA MARÍA BEJARANO

ZERUYA SHALEV

DOLOR

TRADUCCIÓN DEL HEBREO
DE ANA MARÍA BEJARANO

ACANTILADO
BARCELONA 2022

CONTENIDO

I — II — III — IV — V — VI — VII — VIII — IX — X — XI — XII — XIII — XIV — XV — XVI — XVII — XVIII

A Vera Slónim-Nevó.

I

Ahí está, vuelve, y a pesar de que lleva años esperándolo, se siente sorprendida, vuelve como si nunca hubiera desistido, como si no la hubiera tenido ni un solo día sin él, ni un mes sin él, ni un año, aunque en realidad han pasado exactamente diez desde entonces. Y es que Miki le ha preguntado:

—¿Te acuerdas de qué día es hoy?

Como si se tratara de un cumpleaños o del aniversario de boda, se ha esforzado por recordar—se casaron en invierno, se conocieron durante el invierno anterior, los niños nacieron en invierno, nada destacable de sus vidas sucedió en verano, a pesar de que la larguísima duración de éste invitaría a que tuvieran lugar en él infinitos acontecimientos—y entonces Miki ha bajado la mirada para señalar con los ojos la cadera de ella, que, disgustada, sabe lo mucho que se le ha ensanchado desde entonces, y al instante el dolor ha vuelto, haciéndola recordar.

¿O primero ha recordado y entonces ha vuelto el dolor? Porque la verdad es que nunca lo ha olvidado, por lo que no se trata de un recuerdo, sino decididamente de un reencuentro con ese preciso momento, ardiente, con la fractura que se diluye en la fantasmagórica tormenta del pánico, de la ceremoniosa parálisis del silencio: ni un solo pájaro piaba, ni una sola ave aleteaba, ningún toro bramaba, los serafines no oraban, el mar no se agitaba, ningún ser se expresaba, sino que el mundo callaba silenciado.

Con el tiempo comprendió que allí había habido de todo menos silencio, pero sólo el silencio se le había grabado en la memoria: ángeles mudos se le acercan, le vendan en silencio las heridas, miembros amputados arden callados mientras sus dueños los observan con las bocas selladas, ambulancias de un blanco inmaculado navegan en silencio por las calles y ahí se cierne sobre ella una estrecha camilla alada, manos que la levantan para tenderla en ella, en el momento en que es arrancada del ardiente asfalto es cuando nació el dolor.

Había dado a luz dos hijos y a pesar de ello no lo había conocido hasta que no se le manifestó por primera vez con su ardiente poderío en el epicentro de su cuerpo, aserrándole los huesos, machacándolos hasta convertirlos en fino polvo, triturándole los músculos, arrancando tendones, desmenuzando tejidos, desgajando nervios, cebándose en esa amalgama interior, en la que antes ella jamás había reparado, de que está hecha una persona. Porque sólo le habían interesado los miembros que quedaban por encima del cuello, el cráneo y el cerebro oculto en él, la consciencia y el entendimiento, la razón y la reflexión, el libre albedrío, la identidad, la memoria, mientras que ahora no tenía nada que no fuera ella misma, no tenía nada que no fuera él, que no fuera el dolor.

—¿Qué pasa?—preguntó, avergonzado al instante—. Qué imbécil soy, no tenía que habértelo recordado.

Se encontraba apoyada en la pared, junto a la puerta, porque los dos estaban a punto de salir de casa, cada uno hacia su trabajo. Intentó señalar con la mirada las sillas de la cocina y él se apresuró hacia allí para traerle un vaso de agua que ella no consiguió sujetar con la mano que resbalaba por la pared.

—Una silla—murmuró ella entre dientes.

Él arrastró hasta allí una de las sillas y, para su sorpresa, fue él quien se sentó en ella con todo su peso, como si, inesperadamente, se viera asaltado por el dolor, como si fuera él quien hubiera estado allí aquella mañana de hacía exactamente diez años, cuando la potente onda expansiva de la explosión del cercano autobús la arrancó del interior del coche y la arrojó contra el asfalto. Y, de hecho, si no hubiera sido por un cambio de última hora habría estado él allí en su lugar, volando por el ardiente aire como un asteroide inmenso hasta aterrizar con un tremendo golpe entre los cuerpos calcinados.

Y, en realidad, ¿por qué no fue él quien llevó a los niños a la escuela, como todas las mañanas? Recuerda una llamada telefónica urgente desde el despacho, una avería en el programa informático, el sistema que había caído. Aunque él, de todos modos, pensaba llevarlos, pero como Omer todavía no estaba vestido y seguía dando saltos en la cama matrimonial, ella quiso evitar llantos y reprimendas.

—Déjalo, yo los llevo—le propuso ella, lo que por supuesto no consiguió evitar la discusión de todas las mañanas con Omer, que se había encerrado en el cuarto de baño negándose a salir, ni las lágrimas de Alma porque volvía a llegar tarde por su culpa; agotada, se despidió de ellos a la puerta del colegio, aceleró en dirección a la parte alta de la transitada calle y adelantó a un autobús que se había detenido en la parada, cuando le golpeó los oídos el ruido más espantoso que jamás hubiera oído, seguido por aquel silencio absoluto.

Aunque no fue precisamente la virulencia de la deflagración, esa erupción casi volcánica del explosivo, tornillos, clavos y tuercas mezclados con matarratas para agravar el sangrado, lo que le ensordeció los oídos, sino otro ruido más profundo y espantoso, el ruido de la repentina despedida de sus vidas de decenas de viajeros del autobús, la elegía de las madres que dejaban huérfanos tras de sí, el grito de las adolescentes que jamás se harían adultas, el llanto de los niños que ya no regresarían a sus casas, de los hombres que se despedían de sus mujeres, la elegía de los miembros destrozados, de la piel calcinada, de las piernas que no volverían a caminar, de los brazos que ya no abrazarían más, de la belleza que se marchitaría en la tierra, una elegía que regresa ahora mientras se tapa los oídos con las manos y se deja caer

pesadamente sobre las rodillas de él.

—Ay, Iris—dice rodeándole la espalda con los brazos—, creí que habíamos dejado atrás esa pesadilla.

Ella intenta liberarse del abrazo.

—Se me pasará enseguida—y aprieta los labios—, puede que haya hecho un mal gesto. Me tomo un analgésico y me voy al trabajo.

Pero de nuevo, como entonces, todos sus movimientos se descomponen en infinitos minúsculos movimientos, cada vez más dolorosos, hasta el punto de que incluso ella, que tanto cuidado pone en ser comedida—lo que incluso le ha valido la reputación de directora firme y autoritaria—, deja escapar un fuerte suspiro.

A sus espaldas, tras el suspiro que hasta a ella ha sorprendido, brota de repente una potente carcajada, violenta, y los dos vuelven la cabeza hacia el final del pasillo, donde se encuentra su hijo, a la puerta de su habitación, alto y espigado, agitando la cabellera que enmarca unas sienes afeitadas mientras profiere una especie de entusiasmados relinchos:

—Eh, ¿qué hacéis ahí sentados uno encima del otro, mampap? ¿Queréis darme un hermanito?

—No tiene ninguna gracia, Omer—se irrita ella, aunque la imagen que ofrecen a su hijo le resulta también a ella igual de ridícula—, es que me ha empezado a doler donde la herida y tenía que sentarme.

Omer se acerca a ellos despacio, casi con pasos de baile, luciendo con encanto su hermoso cuerpazo cubierto tan sólo con unos calzoncillos bóxer con estampado de piel de pantera. ¿Cómo es posible que un polvo de ellos dos haya podido resultar en un cuerpo tan perfecto?

—Guay, tú tranqui—se ríe—, pero ¿por qué precisamente encima de papá? ¿Y papá también ha tenido que sentarse? ¿También a él le duele?

—Cuando se quiere a alguien se siente su dolor—le responde Miki, con ese tonillo didáctico que Omer tanto odia, lo mismo que ella, en realidad, y que contiene la ofensa por la esperada burla del hijo.

—Tráeme un analgésico, Omer—dice ella—, mejor dos. Están en el cajón de la cocina.

Y cuando se traga deprisa los calmantes le parece que, sólo con que ponga de su parte un poco de voluntad, el dolor se esfumará para siempre, desaparecerá y no volverá. Los dolores no pueden volver así sin más, con tanta fuerza, no tiene ninguna lógica. Porque todo fue curado, cosido, suturado, atornillado, implantado en tres operaciones distintas durante un año entero de hospitalización. Han pasado diez años, se ha acostumbrado a vivir con las punzadas de dolor durante los cambios de estación o tras realizar un esfuerzo; bien es verdad que nunca ha vuelto a sentir la placidez corporal de antes de la lesión, pero por otro lado tampoco esperaba una nueva acometida como ésa,

como si todo volviera a suceder esa mañana desde el principio.

—Ayúdame a levantarme, Omer—le pide, y él se le acerca todavía entre risas, le brinda un brazo fuerte y bien torneado, y ya está ella ahí de pie, sin rendirse, aunque se apoye en la pared.

Saldrá de casa, llegará al coche, conducirá hasta la escuela, presidirá las reuniones con eficacia, mantendrá las tutorías, entrevistará a nuevos profesores, atenderá a la inspectora, se quedará para controlar cómo se desarrollan las actividades extraescolares, responderá los correos electrónicos y los mensajes que se hayan acumulado hasta el momento, y sólo durante el camino de vuelta, por la tarde, cuando conduzca con los labios apretados por el dolor, se permitirá considerar que Miki se quedó allí sentado en la silla de la cocina junto a la puerta, la cabeza entre las manos, incluso cuando ella ya había salido o, para ser más exactos, cuando ella ya había huido de allí, como si lo dejara a él a cargo de su dolor, como si fuera él a quien le hubieran reventado la cadera aquella mañana de hacía exactamente diez años, a él a quien le hubieran partido la vida en dos.

Atrapada entre montones de coches, en el tráfico que repta despacio de vuelta a casa, recuerda cómo llegó Miki jadeante a su cama de la habitación de traumatología con la vergüenza pintada en la cara. Porque no fue el primero en llegar. Otras personas, apenas conocidas, se le adelantaron cuando los rumores corrieron como la pólvora. En orden invertido se presentaron las consoladoras visitas, desde los casi desconocidos hasta los más próximos; Omer de siete años y Alma de once, de la mano de su amiga Dafna, lo hicieron justo un momento antes de que se la llevaran al quirófano, y al verlos acercarse ella se dio cuenta, asaltada por un estremecimiento, de que eran los únicos a los que no había avisado. Había conseguido dejarle un mensaje en el móvil a Miki, y otro en casa de su propia madre; con los dedos ensangrentados había tecleado los números para limpiar luego la sangre con la blusa; sólo a la escuela de sus hijos se le había olvidado llamar, y la verdad era que durante las horas que pasaron hasta que los vio acercarse a su cama temerosos y agarrados de la mano, se había olvidado por completo de su existencia, había olvidado que la mujer que había volado durante un instante por la calle ardiente hasta golpear contra la calzada era madre de unos niños.

Hasta le costó reconocerlos en un primer momento. Una extraña pareja avanzaba hacia ella, un niño grandote y una niña menuda. Él rubio, ella morena. Él impetuoso, ella sosegada. Dos opuestos caminando juntos, despacio, con el semblante grave, como si se dispusieran a depositar un ramo de flores invisible sobre su tumba, y a todo esto a ella le habría gustado huir, pero estaba postrada en la cama, así que cerró los ojos hasta que los oyó gritar a dos voces: «¡Mamá!», y se vio obligada a recomponerse de inmediato.

—Qué suerte he tenido—bromeó para ellos—, podría haber sido

muchísimo peor.

—Puedes dejarles ver que lo estás pasando mal—le dijo más tarde uno de los médicos—. No es necesario disimular. Déjales que te ayuden. Así también les enseñas a superar sus dificultades.

Pero ella era incapaz de mostrarles su sufrimiento, por lo que se le hizo muy difícil soportar la presencia de sus hijos durante aquellos largos meses, hasta que se vio curada.

—Todo por culpa de Omer—recordaba que había sentenciado Alma fríamente, casi con indiferencia, como constatando un hecho incuestionable —. Si no se hubiera escondido en el cuarto de baño, habríamos salido antes y tú ni loca hubieras estado allí cuando el autobús explotó.

Entonces Omer se puso a gritar y a darle patadas a su hermana:

—¡No es verdad! ¡Todo ha sido por tu culpa! ¡Ha sido porque quisiste que mamá te hiciera una cola invisible!—y cuando Miki intentó sujetarlo para calmarlo, el niño lo señaló de repente con el dedo y sentenció, con la misma desconfianza que siempre reinaba entre ellos—: ¡Todo ha sido por tu culpa!

Puede que hubieran seguido culpándose los unos a los otros como si realmente se tratara de un suceso que había ocurrido en el cerrado círculo familiar y no de una acción planeada por razones políticas y llevada a cabo por activistas terroristas que no conocían a esa pequeña familia, pero entretanto se la llevaron de allí a la intimidatoria distracción de largas horas de operaciones y lo que vino después, meses de rehabilitación, de recuperación, y el ascenso que la esperaba al final del camino a modo de premio. Ella sabía muy bien que había quienes decían que si no hubiera sido porque había resultado herida, nunca la hubieran nombrado directora de la escuela siendo tan joven, y hasta ella lo dudaba a veces, aunque la enorme carga del puesto no le dejaba tiempo para demasiadas elucubraciones, y en ese momento le pareció, mientras aparcaba el coche y se dirigía con paso vacilante hacia su casa, que solamente ahora se estaba despertando de aquella operación que había durado diez años y podía centrarse en el tema que entonces habían sacado a colación sus hijos, porque había acumulado la suficiente experiencia para señalar por fin al verdadero culpable.

II

El ascensor, que se abre hacia el interior del salón, crea la sensación de desarraigo de un descansillo de escalera, confiriéndole un aire dramático a cada entrada, y también esta tarde, cuando se corren las puertas de acero y ella entra en su casa, se siente por un momento como una visita, una visita que no ha sido invitada o que ha equivocado el día o la hora, porque nadie la está esperando, así que observa incómoda la amplia sala de estar. Se habían alejado del centro de la ciudad con el fin de poder disfrutar de unos cuantos metros cuadrados más, para que cada hijo tuviera su propia habitación, para tener ellos un dormitorio grande con un rincón como estudio, en un edificio anodino de un barrio nuevo carente de encanto, y aunque si bien es cierto que ahora gozan de más privacidad, no han conseguido llenar ese espacio común, y al observar ella ahora el salón, el sofá grande, el pequeño, los dos sillones y la mesita que hay entre ellos, las ventanas que invitan a que pase a la estancia un paisaje urbano con un toque de arena del desierto, la cocina clara y limpia con dos cazuelas sobre los impolutos fogones, se pregunta por un momento si las personas de verdad viven en una casa así, porque de pronto le parece que la suya está vacía, que le falta lo principal.

La decoración de la casa nunca le preocupó, ni a Miki tampoco, les bastaba con que fuera agradable y cómoda, que resultara placentera a la vista. De todas maneras, vuelven tarde a casa y después de cenar con los chicos ella se queda varias horas frente al ordenador escribiéndoles correos electrónicos a los profesores, a los padres, templando ánimos, concertando horas de visita y reuniones, planificando su semana como directora, así que qué más da que haya unas baldosas u otras, esta o aquella tapicería, si lo principal es tener un sitio en el que reposar el fatigado cuerpo.

La puerta de la habitación de Omer se abre y ella le brinda al instante una sonrisa forzada, pero no es él quien asoma, sino una chica delgadita de pelo naranja que lleva una camiseta muy ajustada, unas diminutas bragas y que se apresura confusa al cuarto de baño; Iris sigue con la mirada su esbelta cadera y suelta un prolongado suspiro. Tantos temores como había conllevado criar a Omer, ahora parecían haber sido en vano, porque esta chica era una prueba más de ello, y al oírla salir intenta verle la cara a través de esa cortina que es su larga cabellera. ¿No la ha visto en otra ocasión? Durante los últimos meses, cuando lo despierta por la mañana, a veces aparece una chica en su cama, por mucho que haya visto con sus propios ojos que estaba solo al acostarse: es como si brotaran de la cama por la noche.

Impertérrita, sigue los pasos de la chica hasta que desaparece de nuevo en la habitación de Omer, y luego se dirige a la cocina. Tiene que comer algo, aunque no sea más que para poderse tomar otra pastilla. Un arroz blanco

humeante y unas alubias del mismo color naranja que el pelo de la chica esperan en las cazuelas. Últimamente a veces le pide a la asistenta que les prepare algo. Omer siempre tiene hambre y ¿a quién le quedan fuerzas para cocinar al volver del trabajo? Es un verdadero placer encontrarse en la cocina dos ollas llenas, librarse del yugo omnipresente de tener que estar dando de comer, pero se diría que desde que le resulta fácil conseguir comida, a Omer le ha cambiado el gusto y se le ha acentuado sobre todo esa vaga sensación de forastero, como si se tratara de una humilde cantina de obreros, un hotel de medio pelo o cualquier cosa excepto un hogar.

Qué naderías, se ríe por lo bajo, qué futilidades le rondan la cabeza desde por la mañana, como basura empujada por el siroco. Hogar o no, ¿qué más dará? Lo principal es que no pasen hambre, que tengan un techo, que haya trabajo, que los chicos estén más o menos bien, con tal de que ese tormento la deje en paz, así que ahora vuelve a tomarse dos pastillas para ver si le calman el dolor. Como si de unas contracciones de parto se tratara, el dolor la asalta cada dos o tres minutos, le atenaza el cuerpo, le sierra la cadera, hueso tras hueso, hasta que se tiende en el sofá con un profundo suspiro. Un viento amenazante y cálido de principios de verano sopla adentrándose en la casa, pero ella tiene tantísimo frío cuando los huesos se le desintegran bajo la piel. Cree que dentro de un momento los pedacitos de hueso se dispersarán con el viento y entonces quizá ceda el dolor. Renunciaría a ellos, y no sólo a ellos, sino a todos los miembros que tanto sufren, con tal de que se le pase el dolor, que el cuerpo se le vacíe. No puede permitirse parar, tiene notificaciones que escribir, problemas que resolver, así que se levantará enseguida para arrastrarse hasta su mesa de trabajo y sentarse frente al ordenador, se ceñirá los lomos y se quedará pensando en esta expresión que parece que fue creada para ella, ceñirse los lomos, porque justo ahí es donde se inicia el dolor, en las caderas que un día fueron tan esbeltas como las de la chica que ahora entra en la cocina, enfundada, sin que se sepa por qué, en los calzoncillos bóxer moteados de Omer. ¿Aparecerá él con las diminutas bragas de ella puestas?

A través de los párpados entrecerrados lo observa con ese viejo temor constante, porque él siempre ha sido imprevisible.

—Su excelencia la señora directora—exclama él mirándola y cuadrándose ante ella.

Aliviada, ve que su hijo viste unos pantalones cortos de deporte, que está de excelente humor y que si aquí se va a romper un corazón ése no va a ser el suyo, así que se queda espiándolos mientras comen uno frente al otro en el *office*, llenándose una y otra vez los platos.

—¡Qué rico!—braman con la boca llena, como si se hicieran un cumplido mutuo, mientras mastican y se ríen por lo bajo.

Le sorprende lo poco que hablan. ¿Les intimida su presencia o no necesitan

las palabras para sentir complicidad?

Qué distintos son a como éramos nosotros, piensa. Yo tenía exactamente la misma edad de Omer hoy, Eitan era algo mayor que yo, no dejábamos de hablar y nos reíamos tan poco. Mucho no había de lo que reírse, entonces, cuando su madre se iba apagando y Eitan, que era su único hijo, la cuidaba con muchísima entrega, hora tras hora sentado junto a la cama en el hospital, desde donde luego de dirigía a casa de ella, alto y enjuto, sus claros ojos iluminados por un triste desconcierto, y entonces ella le daba de comer, lo consolaba, lo tranquilizaba con su amor.

¿Qué sabrán éstos?, se subleva mientras mira con repentina hostilidad a su hijo y a su amiga, que siguen masticando a dos carrillos uno frente al otro, que se levantan para husmear en la nevera y vuelven a la mesa con algo rico, «riquísimo», precisan, los dedos revoloteando los unos sobre los otros, hasta que Iris aparta la mirada. ¿Por qué será que esa feliz escena le produce semejantes náuseas? Aunque quizá no guarden relación, porque desde por la mañana ya la acompaña la náusea. En absoluto es mezquina con su hijo, al contrario, se siente profundamente agradecida por el hecho de que a él se le hayan ahorrado los tormentos de Eitan y a su vez los tormentos de ella cuando él la dejó, porque en cuanto hubieron pasado los siete días de duelo por la muerte de la madre, cuando el último doliente se hubo marchado de la casa y antes de que la enterraran siquiera, Eitan le comunicó con soltura y frialdad, como si lo hubiera planeado, que tenía pensado empezar una nueva vida, una vida carente de dolor en la que ella ya no tenía cabida.

—No es nada personal, Irisim—añadió, magnánimo—, lo único que me pasa es que estoy harto de toda esta pesadez—como si fuera ella la responsable de ese agobio, cuando lo único que había hecho era intentar hacerle las cosas más fáciles—. Entiéndeme, ni siquiera he cumplido los dieciocho, quiero vivir—dijo—, quiero olvidar este año tan espantoso, y tú formas parte de él.

La recorrió un escalofrío. Muchos años después recordaba cómo le castañeaban los dientes a Eitan, cómo se le movían las mandíbulas, sin vacilar, bajo las lampiñas mejillas.

—No me lo puedo creer. ¿Me castigas a mí por haber estado a tu lado, por haberte apoyado durante todo este año?—susurró con voz de asombro.

—No se trata de ningún castigo, Irisim, la realidad se impone. Si te hubiera conocido ahora, todo sería diferente. Seguro que me habría enamorado de ti y estaríamos juntos. Pero nos conocimos demasiado pronto. Puede que volvamos a tener una segunda oportunidad, pero ahora tengo que ponerme a salvo.

—¿Ponerte a salvo de mí?—preguntó atónita—. Pero ¿qué te he hecho yo?

Él le tomó la mano y por un instante pareció que quería compartir su dolor, apenarse con ella por esa nueva vida que se imponía a sí mismo, pero

enseguida dejó a un lado la compasión y retiró la mano, y eso ella aún no se lo ha perdonado a él, Eitan Rosenfeld, su primer amor y en cierto modo también el último, porque desde entonces nunca ha conseguido revivir ese mismo sentimiento absoluto e incondicional. Hasta hoy mismo no le había perdonado que no lamentara perderla ni a ella ni el amor que compartían, ni tampoco la cruel despedida que le impuso, porque aunque para él la separación fuera inevitable, podía haberse quedado con ella consolándola en lugar de dejarla así, sola con el veredicto que le había impuesto, sola con aquella sensación de pérdida del sentido y del propósito de todo, de esperanza, de la juventud, una pérdida que valía lo mismo a sus ojos que la pérdida de la madre a ojos de él, una pérdida de la que le había costado muchísimo reponerse.

—¿Qué te pasa, mami?—le pregunta Omer, acercándose a ella, porque seguro que ha vuelto a suspirar sin darse cuenta—. ¿Qué haces ahí tirada como un trapo? ¿Hay alguna huelga de la que no me haya enterado?

Tiene el pecho estrecho y alargado, algo hundido, y lampiño, lo mismo que las mejillas, imberbes todavía, igual que las de Eitan.

—Es una huelga mía privada—dice ella—, me duele mucho, tráeme una pastilla del cajón y un vaso de agua, Omeri—le ruega, porque si desaparece el dolor desaparecerá también el recuerdo.

Llevaba años sin permitirse pensar en Eitan y sin tenderse así en el sofá sin hacer nada, y entretanto su hijo ha alcanzado casi la edad de aquél sin que ella se haya dado cuenta, y la novia la observa de reojo con la misma mirada de curiosidad con la que ella miraba a la madre de Eitan cuando la vio por primera vez, tendida en el sofá del salón del pequeño piso en el que vivían.

Eitan era el único hijo de una madre soltera con un solo pecho. Cuando él era pequeño su madre enfermó, la operaron, y ahora recuerda Iris el asombro que apreció en los ojos de Eitan al ver la perfecta simetría de su torso la primera vez que él la desnudó. También recuerda cómo miraba azorada y de reojo el escote de la camisa del desgastado pijama de la madre de Eitan cuando se sentaba con él junto a la cama del hospital. La concavidad cicatrizada que aparecía cuando se inclinaba hacia ellos y que no se parecía a nada de lo que había visto, lo mismo que el cráneo grande y calvo que se balanceaba sobre el finísimo cuello. A Iris le gustaba ir allí con él y acariciarle la mano libre mientras la otra se la tenía agarrada su madre. Le gustaba el silencio que había en la planta, el silencio sagrado de una lucha de titanes, el silencio esperanzado de que se obrara un milagro, el silencio de la vida pelándose capa a capa hasta quedar sólo la temblorosa semilla interior, una pepita translúcida que se resistía a desaparecer, la esencia de la existencia. Se imaginaba a sí misma vagando al lado de Eitan por un bosque de árboles de la vida que se marchitaban, se quebraban, y ¿cómo iba ella a pensar siquiera que

precisamente por entregarse a él de esa manera, y a su sufrimiento, iba a despertar en él un día tal sentimiento de rechazo? Para ella todos aquellos momentos constituyeron una misión sacrosanta que tenía un propósito, una intimidad, la de él y ella juntos, un muchacho y una muchacha en medio del mundo intentando mitigar el sufrimiento: Eitan, el sufrimiento de su madre, y ella, el de él. Durante largos meses había sentido que allí estaba su casa, junto a la cama de aquella enferma tan magnánima, que ésa era su familia. No la madre quisquillosa, severa, la viuda de guerra que tan poquísimo daba y tantísimo exigía, ni los hermanos gemelos que nacieron cuatro años y medio después de ella y llenaron la casa de alboroto, sino que ella pertenecía a otros seres, a la mujer agradable que sufría en silencio y a su único hijo completamente entregado a ella. Aunque si se hubiera involucrado menos en el dolor de ellos y se hubiera mantenido apartada, no la habrían dejado, y así fue como aprendió que el abandono más extremo es la otra cara de la entrega más extrema.

Porque un día de principios de verano fue allí de nuevo después del instituto llevando en la cartera una manzana ácida y una bolsita de leche con cacao para él, pero antes de entrar en la habitación vio a través del visillo el cráneo liso balanceándose de acá para allá con una especie de agresividad rebelde que nunca antes había apreciado en ella, y Eitan salió enseguida a su encuentro y le dijo muy pálido:

—Ven después, Irisim, ahora no es el momento.

Y ella se quedó petrificada, a la puerta de la planta, sabiendo que allí ya no iba a volver más y que por eso se resistía a marcharse.

Vio a dos enfermeras que corrían hacia la habitación y oyó un alarido terrible, animalesco, procedente de allí, y le costó creer que hubiera brotado de la garganta de la mujer más delicada del mundo. Presa de un temor reverencial, siguió los acontecimientos desde el otro lado de la mampara, como si se encontrara frente a una aparición de la divinidad, frente a una visión milagrosa y sobrenatural como las que se estudian en las clases de Biblia, la zarza ardiente o la entrega de las tablas de la ley, hasta que una de las enfermeras le cerró la puerta en la cara y entonces ella se alejó de allí, pasito a paso, hasta sentarse en un banco a la entrada del edificio, en esa tierra de nadie que separa el país de los enfermos del de los sanos, y se comió a pequeños mordiscos la manzana que le había llevado a él y allí se quedó hasta que cayó la noche y Eitan salió con los hombros caídos, la mirada perdida en las baldosas jaspeadas de la entrada, en absoluto sorprendido de encontrársela allí, y echaron a andar despacio, igual que lo harían al día siguiente tras el cadáver envuelto en una sábana blanca, como si ambos se hubieran quedado huérfanos.

Así también anduvo a su lado durante los siete días del duelo, porque era su

mujer de diecisiete años que recibía a los dolientes, incluso a su propia madre y a sus hermanos. Por las noches le acariciaba la espalda hasta que se quedaba dormido y por las mañanas se levantaba antes que él y preparaba el apartamento para un nuevo día de duelo, y en realidad veía así su futuro, como un duelo sin fin, un bullicio consolador, doloroso, y por momentos feliz, de condolencia, que los fundía a ambos haciéndolos germinar juntos como dos tallos plantados en un solo tiesto, en un mismo sustrato.

Ése fue su segundo nacimiento, su segunda orfandad, y ella había escogido nacer y quedarse huérfana a su lado, y por eso ella era su madre, su hermana, su mujer y también sus hijos, porque su cuerpo joven ardía de puro deseo de darle una hija para llamarla como su madre, y por las noches, cuando sollozaba dormido, ella notaba el cráneo desnudo brotando de entre sus piernas. Solamente ella podría parirla de nuevo, tal y como había sido, solamente ella podría consolarlo, pero cuando terminaron los siete días del duelo se encontró no solamente sola, no solamente viuda, sino también huérfana de todos sus sueños.

Recogió sus bártulos de casa de él, los metió en dos bolsas de basura grandes y se dirigió circunspecta y muy erguida a la parada del autobús, sin mirar atrás. Se subió en el autobús correcto, se bajó en la parada correcta, llegó a su casa y se metió en la cama vestida, con las bolsas de los bártulos a su lado, y se quedó allí tendida con los ojos abiertos y secos hasta que llegó su madre. No respondió a las preguntas de ésta porque no las oyó, ni hizo caso de sus súplicas para que se levantara a comer y se duchara. Bajo los ojos secos, su cuerpo quedó petrificado día tras día.

—Una vez me quedé paralítica de pura tristeza—le contó a Miki poco antes de que se casaran—, estuve inválida durante unas cuantas semanas, pero ya estoy bien y no volverá a pasar.

Miki, claro está, quiso saber más, pero ella lo decepcionó también en eso. Sólo su madre comentaba algo de vez en cuando, revelando este o aquel detalle, y de nada servían las miradas asesinas que ella le dirigía.

—Sí, pasé una crisis. Pero ¿quién no pasa por una crisis amorosa a los diecisiete?—concluía ella para minimizar el valor del recuerdo, incluso ante sí misma, y centrándose más en la traición de su madre que en la cuestión propiamente dicha. Y cuál era la cuestión, se preguntaba a sí misma de vez en cuando: ¿que casi murió de amor? ¿Y qué era más sorprendente, su enfermedad o la curación? ¿El hecho de que consiguiera al fin y al cabo escoger de nuevo la vida, volver a nacer, y ahora sola, volver a ser una, en un vacío que se iba llenando despacito?

Cuando su hija creció hasta convertirse en una adolescente, siguió con tensión su vida amorosa por temor a que también fuera a sufrir por desamor, pero Alma se había conformado hasta ahora con unas relaciones esporádicas,

superficiales, y aunque eso también podía ser motivo de preocupación, no lo era en la misma medida, además de que tampoco le solía contar gran cosa, y su hijo parecía tranquilo y sereno frente a la chica que llevaba puestos sus calzoncillos, así que se diría que esa amenaza no iba a cumplirse próximamente y por eso podía dejar ya de controlar a la joven pareja que se estaba constituyendo ante sus ojos. Entretanto, el dolor había cedido un poco, dejándole el cuerpo aturdido. Lo notaba flotar a cierta distancia permitiéndole levantarse despacito del sofá para ir a sentarse frente al ordenador, como todas las noches, con el fin de escribir su reflexión semanal como directora, con avisos, instrucciones, preguntas y respuestas.

¿Sobre qué iba a escribir esa noche? Quizá podía intentar insuflarles un poco de vida a las últimas semanas del curso, las que separan el Día del Recuerdo de la fiesta de Shavuot, ese período tan cansino tras el trimestre principal del curso pero lejos todavía del final, una etapa mucho más decisiva de lo que parece, porque si algo puede todavía ser cambiado, ése es el momento de hacerlo, entre la fiesta del recuerdo a los muertos y la de la renovación de la vida.

III

Hacía años que no veía esa hora en el reloj: las tres y cuarenta de la madrugada. Una hora insoportable. Lleva años vigilando con atención sus horas de sueño, como si la vida le fuera en ello. A las diez empieza ya con las ceremonias de final del día.

—Espera un poco, ¿qué prisa hay?—protesta Miki de vez en cuando frente al televisor—. En nada va a empezar la película que nos han recomendado Dafna y Guidi.

O:

—Esta serie es buenísima, te va a encantar.

Aunque otras veces no dice nada y se limita a acompañar su marcha con una mirada de amargura.

—Necesito dormir. Mañana tengo un día cargadísimo y reunión, ya de buena mañana.

Así recita sus obligaciones, y aunque no tenga ninguna reunión a primera hora siempre es la primera en llegar a la escuela. Todas las mañanas se planta en la puerta de entrada, ya sea invierno o verano, para recibir a los alumnos al llegar; les da los buenos días, los conoce a todos por su nombre e intercambia unas palabras con los padres. Pero a Miki eso no le impresiona.

—No eres la única que trabaja duro, ¿sabes? Ni la única que madruga.

—Lo siento, Muki, pero estoy muerta de cansancio, se me cierran los ojos —murmura ella, zafándose de la mano que intenta retenerla.

No es sólo lo temprano de la hora lo que lo subleva, muy bien lo sabe ella, sino sobre todo la decisión que tomó cuando Alma se fue de casa hace unos meses, de convertir el cuarto de ésta en su propio dormitorio.

—No se trata de ninguna declaración de intenciones, Muki—procuró reconciliarse con él—. Es que me resulta más cómodo dormir sola, eso es todo. Eso de dormir juntos es muy primitivo. Lo único que se consigue es molestarse mutuamente. Hasta existen estudios científicos sobre el tema. ¡Pero si odias que te despierte cuando roncas!

Y sí, la verdad es que habiendo esperado él que acogiera con amor sus ronquidos, no aceptaba que ella se hubiera fugado a la cama de cuerpo y medio de Alma, y que encima le cerrara la puerta en la cara.

—No es nada contra ti, sino que lo hago por mí. Al fin y al cabo sólo se trata de dormir mejor y no tiene por qué afectar a nuestra intimidad—le repetía una y otra vez, creyéndose realmente que no iba a afectar a su relación. ¿Por qué iba a hacerlo?

Cualquiera diría que el amor se hace durmiendo, que se habla de intimidades durmiendo, además de que cuando Alma regresara le dejaría la habitación y volvería a la cama matrimonial. Pero ¿quién iba a pensar que

Alma iría tan poco a visitarlos—apenas una vez al mes—y que los objetos que Iris tenía encima de la cómoda junto a la cama matrimonial se instalarían en el cuarto dejado por Alma: la crema de contorno de ojos, el vaso de agua, los calcetines—siempre tiene los pies fríos—, la crema de manos, uno o dos libros, todo ello se había ido acumulando hasta que en su última visita Alma había exclamado:

—¡Fantástico, mamá, te has apropiado de mi habitación! ¿Quieres que en tu lugar sea yo la que duerma con papi?

Ni que decir tiene que se apresuró a recoger sus cosas y a devolverlas a su lugar. Se hizo a la idea, además, de que no le quedaba más remedio que volver a dormir con Miki, pero para su desesperación se dio cuenta de que lo que antes le había molestado, ahora le molestaba mil veces más, porque se había acostumbrado a estar completamente libre de la presencia de otro, así que tras una noche de no pegar ojo junto a Miki se encontró esperando con impaciencia que su hija saliera de su cama y se largara de una vez, que regresara al piso compartido que le habían alquilado en Tel Aviv, lo que por fin sucedió al atardecer. De puro cansancio, ni siquiera había conseguido hablar con ella tranquilamente durante ese fin de semana para enterarse un poco más de lo que hacía, conocer sus planes, aunque era de suponer que la chiquilla, por su parte, se las habría arreglado para escapar de una conversación así incluso ante una madre mucho más descansada, porque la verdad es que no hacía nada ni tenía otros planes que no fueran trabajar de camarera por las noches en aquel bar restaurante del sur de la ciudad y dormir por el día.

¿Cómo les habría salido una hija así? Sin ambiciones y completamente desnortada. Desde pequeña no había sido capaz de perseverar en ninguna actividad extraescolar, no le interesaba nada, se pasaba las horas delante del televisor o el espejo, dos actividades a cual peor. Durante años había estado viendo a sus padres trabajar muy duro, pero no había interiorizado nada de todo ello. Así que aunque hubiera conseguido hablar con ella el fin de semana, seguro que su hija se habría burlado de ella con sorna:

—Todo va perfecto, mamaíta, tranquilízate de una vez, que no soy una de las alumnas de tu cole, o mejor dicho, ningún soldado a tus órdenes, porque eso es lo que son, tus soldaditos.

—Entonces, ¿por qué se matan por matricularse, si tan terrible es?—se apresuraba ella a defenderse, reconstruyendo al detalle una conversación que no había tenido lugar, aunque le sonaba a otras parecidas que habían mantenido durante los últimos años, unas conversaciones poco fluidas, embrolladas, unas charlas que se suponía que debían haberlas acercado pero que siempre las distanciaban, que se suponía que debían ser clarificadoras cuando en realidad no hacían otra cosa que arrojar más y más sombras. Era

tan inocente que esperaba que su hija estuviera orgullosa de ella, que la admirara por el logro de su vida, haber recibido un colegio rezagado en un barrio deprimido y haberlo convertido en el más solicitado de la ciudad, pero lo que sí que no se habría imaginado es una actitud de burla.

—A ellos, por lo visto, les viene bien, pero a mí no—le decía Alma con una mirada retadora que la repasaba de arriba abajo.

¿Y cómo les habría salido una hija tan bajita? Las hijas de todas sus amigas habían sobrepasado a sus madres en altura, y sólo Alma seguía siendo muy baja a pesar de que los dos eran altos.

Durante sus primeros años de vida casi no comió y de nada sirvieron todas las súplicas y amenazas. Sólo frente a la televisión, cuando la niña estaba distraída, conseguía a veces darle algo, meterle en la boca un trocito de tortilla, un poco de queso, una albóndiga vegetal, y entonces la niña movía las mandíbulas sin darse cuenta, masticaba y tragaba, hasta que recobraba la consciencia, salía de su trance y volvía a ser ella.

Cómo le latía el corazón cuando la alimentaba así, furtivamente, porque era como si su hija se encontrara al borde de una azotea y ella tuviera que acercársele a hurtadillas por detrás para atraparla antes de que se diera cuenta de su presencia. Cada trocito de tortilla la alejaba de la caída. Era una madre joven y le parecía que la delgadez de la niña era una acusación inapelable contra ella, así que intentaba luchar contra esa delgadez por todos los medios, hasta que nació Omer, que con su presencia tan exigente le exprimió todas sus fuerzas hasta el punto de que le resultó imposible seguir con aquellas tretas, persecuciones, perseverancias, súplicas y amenazas, lo cual redundó, claro está, en beneficio de todos, y la prueba de ello fue que la niña sobrevivió. Según parece comía lo suficiente para seguir existiendo y en la adolescencia hasta desarrolló un apetito sano, precisamente cuando todas sus amigas se torturaban con ayunos, aunque ya fue demasiado tarde para que ganara altura, por lo que se quedó bajita y delgada, como si tuviera doce años, aunque poseía una belleza que cortaba la respiración, unos ojos grandes del color de la uva negra, y el pelo largo y liso, una combinación de cuerpo infantil con una expresión adulta que resultaba de lo más seductora.

Aunque a saber a quién seducía. A sus padres, desde luego que no, porque rechazaba de entrada cualquier pregunta que le hicieran. Desde que se mudó a Tel Aviv habían perdido por completo la posibilidad de vigilarla, de recabar información, y habían quedado a expensas de su parca condescendencia. En ocasiones dejaba caer una mínima información, aunque cualquier intento por ampliarla resultaba en fracaso, unas palabras acerca de una fiesta en la que hubiera estado o sobre una de las camareras con las que había entablado amistad, pero cuando intentaban aferrarse a esta información para acercarse a ella, en el siguiente encuentro o conversación telefónica entre semana ella

negaría todo lo dicho como si hubiera sido fruto de la imaginación de ellos.

—Nos castiga—le dirá a Miki de vez en cuando, y él se encogerá de hombros.

—¡Qué va! ¿Por qué va a querer castigarnos?

Ella puede enumerar un montón de razones, aunque no tengan ningún sentido, como que Omer le ha robado nuestra atención y como eso otro que muy bien sabes, ese espantoso año, las hospitalizaciones, las operaciones, la rehabilitación, ese año al completo en el que su madre ha estado ausente. Cuando pudo regresar a casa, estuvo completamente pendiente de ellos, pero la mayor parte del tiempo lo pasó en hospitales porque tenía fracturas en la cadera, heridas en las piernas y metralla en el pecho y había que estabilizarle la cadera con placas y fijarle las fracturas de las piernas con tornillos, implantarle piel en las heridas, y tenía zonas en las que había perdido la sensibilidad, mientras que otras se habían vuelto mil veces más sensibles, y debía aprender a andar, a sentarse, y abandonar poco a poco los analgésicos, el miedo a salir de casa y la expresión que adopta al oír el chirrido del motor del autobús cuando sale de la parada.

Cuando recuperó su vida se encontró allí con otra niña, introvertida y casi hostil, muy apegada a su padre, una niña que le dirigía miradas acusadoras. En los estudios empezó desde entonces a conformarse también con lo mínimo, exactamente lo mismo que en la mesa, porque comía con moderación, sin curiosidad, sólo para seguir subsistiendo. ¿Y ella? Justo entonces obtuvo el cargo de directora del colegio, volvió a la vida con verdaderas ansias, estando más ocupada que nunca, y puede que por eso no le dedicara la suficiente atención a la niña. Omer se las arreglaba siempre para reclamar su parte, mientras que Alma parecía contarse entre los que se quedan esperando hasta conseguir decepcionarse, como su padre, y eso que ambos acompañaron su rehabilitación y curación con una diligentísima entrega, a la vez que infructuosa, inútil y fría, tanto, que ante los dos a veces se sentía como si aquellos contados segundos durante los que había volado por los aires la hubieran arrojado a la velocidad del sonido a otro país del que nunca iba a poder regresar.

Miki entraba de vez en cuando en el dormitorio donde ella yació postrada en la cama durante largos meses para llevarle un plato con un guiso extraño, un vaso de té que entretanto ya se había enfriado, le preguntaba cómo se encontraba, averiguaba lo que necesitaba, y las rarísimas veces que ella buscaba su proximidad, «Ven, siéntate un momento, cuéntame qué hay de nuevo», se diría que la situación lo desbordaba. No cabe la menor duda de que estaba agotado y exhausto por tener que cuidar de ella, de los niños y a la vez seguir trabajando, pero más allá de eso a ella le parecía que Miki estaba tan frío como el té que le servía y tan raro como sus guisos, que llevaba meses

rehuyéndole la mirada como si se sintiera culpable por lo que le había pasado.

A veces hasta se animaba a bromear sobre ello. Hacía menos de un año que se habían mudado a ese piso que tenía ascensor, cosa que tanto había entusiasmado a Miki. «¿Para qué necesitamos nosotros ascensor a los treinta y cinco años?», había exclamado ella asombrada, porque prefería otro piso con vistas al mar Muerto y una enorme terraza, dos cosas que le parecían infinitamente más fundamentales.

Pero él, que siempre se jactaba de ser muy previsor, sentenció: «Nunca se sabe lo que puede pasar. Un ascensor resulta siempre indispensable», lo que se reveló irrefutable cuando ella, al poco tiempo, resultó herida. Más tarde ella bromeó con que hubiera sido mucho más productivo para él trabajar en los servicios secretos que en la alta tecnología.

Pero a Miki esa broma nunca le hizo gracia, y ahora, a las tres y cuarenta de la madrugada o un poco después—Iris no se atrevía a volver a mirar el reloj —, cuando el dolor no la dejaba volverse a dormir, se encontraba allí reconstruyendo minuto a minuto la mañana de aquel día, pasmándose nuevamente por la concatenación de las numerosísimas casualidades de tiempo y espacio que nos llevan a las mayores de las desgracias lo mismo que a los milagros más sorprendentes.

Recordaba que Miki se había quedado en el trabajo hasta muy tarde la noche anterior, que ella ya dormía cuando él regresó y que cuando se despertó por la mañana él ya estaba vestido y le dijo que tenía prisa, que lo habían llamado del despacho. Durante aquellos años Miki estaba mucho menos en casa que ahora. Precisamente cuando los niños más lo necesitaban, su presencia escaseaba, mientras que hoy que lo mismo da que esté o que no esté, regresa pronto, se pasa horas jugando al ajedrez rápido en el ordenador y a continuación se tira en el sofá a ver la tele. Pero por las mañanas siempre estaba ahí también entonces, para ayudar con los niños, es decir, para ayudar sobre todo con Omer, que iba a primero de primaria y tanto sufría en clase, según contaba, hasta el punto de que a duras penas conseguían sacarlo de casa. Se encerraba en el cuarto de baño y de nada servían ni las amenazas de dejarlo sin fútbol ni las promesas de comprarle cromos.

Precisamente aquella mañana Omer estaba contento. Lo recuerda saltando salvajemente encima de la cama de matrimonio mientras Miki ya estaba vestido y ella se acababa de despertar. Era una mañana clara de principios de verano, y hasta algo fresca; Miki llevaba puesta su fina americana vieja de color mostaza que a ella no le gustaba pero que él se negaba a tirar, y Omer cantaba a voz en grito impidiendo que oyeran lo que se decían, como si mutilara las palabras por puro placer.

—Los niños de seis y siete años pintan con pipi y con caca—gritaba, y como siempre, conseguía provocar mucha tensión y nerviosismo.

—¿Ya te vas?—se sorprendió ella—. Nadie está listo todavía, ni siquiera son las siete.

—Ya tengo siete años, ¿se te ha olvidado que ya tengo siete años?—gritó Omer.

—Han llamado del trabajo—respondió Miki—. Dicen que el sistema informático ha caído y que tengo que solucionarlo.

—¿A estas horas?—preguntó aún sorprendida, como si fuera media noche.

—Omer, estate quieto de una vez—dijo él, aunque en ese momento Omer saltaba en silencio, un silencio que al momento se convirtió en un vocinglero lamento y que derivó en una canción que era toda provocación:

—Papá pipi, papá caca, habla conmigo como una carraca.

—Omer, basta—terció ella—, ¡te prohíbo que digas esas cosas!

Y Miki, que siempre tuvo una voluntad bastante voluble, ya se estaba bajando la cremallera de la cazadora:

—No importa, me quedo contigo y los llevaré yo como siempre.

El colegio de los niños quedaba a medio camino del trabajo de él y no en la ruta de ella, además de que en ese momento ella estaba de año sabático para terminar el máster, por lo que le gustaba ducharse tranquilamente y tomarse su café cuando todos se habían ido, pero como vio en la cara de Miki que era muy importante para él poderse marchar ya porque la avería en el sistema informático lo tenía preocupado, decidió renunciar por él a una mañana de tranquilidad para resarcirlo por otra cosa mucho más grave, cuyas patadas notaba siempre y que le provocaban una pizca de piedad hacia él y una punzada de sentimiento de culpa, algo por lo que a veces se enfadaba con él y otras consigo misma.

Se incorporó en la cama frente al espejo del armario. Tenía la cara muy blanca, con aspecto de cansancio y el oscuro pelo revuelto. Se lo atusó un poco y se quedó mirando su expresión molesta. Omer había salido ya del dormitorio y había empezado a armar jaleo en el de Alma, porque enseguida se oyeron sus familiares gritos:

—¡Lárgate de aquí de una vez! ¡Papá! ¡Mamá!

Iris se levantó de un salto de la cama y al pasar al lado de Miki le dijo:

—Anda, ve a reparar lo del sistema informático, que yo me las arreglo con ellos.

Él empezó a subir y a bajar la cremallera de la cazadora, avanzando y retrocediendo, y ese ligero gesto de sus dedos sobre la cremallera estampó el sello sobre el veredicto que hasta ese momento dudaba en si recaer sobre ella o sobre él, y sobre decenas de otras casas en las que otras personas se estaban preparando para su rutina diaria, lavándose el cuerpo que pronto estaría bajo tierra, agachándose para calzarse unos pies que iban a ser arrancados de cuajo al cabo de exactamente una hora, aplicándose crema hidratante sobre una piel

que al rato se quemaría, despidiéndose apresuradamente de un niño al que no volverían a ver, cambiándole el pañal a un bebé al que sólo le quedaba una hora de vida, y lo mismo ella, que se puso una camisa desgastada de rayas y unos pantalones tejanos, se recogió el pelo en una coleta descuidada porque enseguida iba a volver, le prometió a Omer una pizza para almorzar a cambio de que saliera enseguida de su escondite, preparó unos bocadillos que les metió en las mochilas, y hasta le dio tiempo a hacerle a Alma un cola invisible especialmente lograda antes de salir. En el coche oyeron el final de las noticias de las ocho y Alma volvió a gritar que otra vez llegaba tarde por culpa de Omer, pero al cabo de menos de diez minutos ya estaban los dos a la puerta del colegio y ella aceleraba cuesta arriba en medio de una agradable sensación de libertad, hasta adelantar a un autobús que estaba detenido en la parada.

¿A qué se habría debido esa sensación de libertad, se preguntaba ahora, qué había pasado allí para sentirse repentinamente aliviada unos pocos segundos antes de que su vida se viniera abajo? ¿Se le puede dar tanta importancia al momento preciso en que le dijo a Miki que podía marcharse? Porque ahora le parece que aquella mañana resultó solemne, una mañana que cambió el curso de sus vidas, ahora lo entiende, y quizá fue por eso por lo que se empeñó en adelantar al autobús que ya había indicado con el intermitente que iba a salir de la parada, y aun así ella no cedió, sino que se pegó a él y hasta le pitó, algo completamente contrario a su sosegado modo de conducir habitual, sólo que el pitido del claxon quedó engullido por la onda expansiva de la explosión.

Él tenía prisa y yo, al fin y al cabo, me limité a decirle que podía irse. ¿Qué conclusión puede uno, en realidad, extraer de eso? Echando ahora la vista atrás cada detalle parece decisivo, pero los acontecimientos hay que examinarlos tal y como son en su tiempo real, despojados de los ropajes que les ha confeccionado el futuro, y ahora se da la vuelta en el lecho haciendo un gran esfuerzo, sujetándose con las manos la cadera, y recuerda lo doloroso que puede llegar a resultar hasta el más mínimo movimiento. Para su sorpresa, oye ruidos en la cocina y el sonido de alguien que está orinando en el váter. Por el ruido cree que no se trata de Omer, sino de Miki. Qué raro que tampoco él se haya dormido. Ya son las cinco de la mañana. ¿Cómo va a tenerse en pie mañana?

—¿Miki? ¿Eres tú el que está ahí?—gime.

—¿Me has llamado?—pregunta Miki, abriendo la puerta y asomándose.

Por un instante, su cráneo afeitado parece cernirse en el aire recordándole de repente la cabeza calva de la madre enferma, así que se estremece. ¿Qué le pasa hoy? ¿Qué le pasa esta noche? No puede seguir con eso. Y todo por culpa de Miki. ¿Qué necesidad había de recordárselo, como si se tratara de un aniversario de boda o de un cumpleaños? Omer tenía razón aquel día cuando dijo: «Ha sido todo por culpa de papá».

—¿Qué pasa?—pregunta con voz suave—. ¿Por qué no estás dormida?

—Me duele muchísimo, tráeme otra pastilla—responde.

Y él vuelve de la cocina con la caja de las pastillas.

—Estás vaciando el cajón—le advierte—. ¿No te estarás pasando, con tanto medicamento?

—¿Y qué otra cosa puedo hacer?—se enfada ella, mientras él se sienta en su cama.

—Pues sí podrías hacer otra cosa. He oído que ahora hay muchos avances en el tratamiento del dolor, así que habrá que mirarlo. Hay láser, inyecciones de cortisona y muchos métodos más. ¿Y si pides hora en una clínica del dolor?

—¿En una clínica del dolor? ¿Ya?—se asombra ella.

Miki siempre se adelanta a los acontecimientos, como con lo del ascensor, mientras que ella piensa como mucho en el día siguiente y ni se le ha ocurrido creer que el dolor vaya a seguir ahí días o semanas.

—¿Así que supones que esto me va a durar mucho tiempo?—suspira—. Qué desesperación, porque ya he aprendido a tomarme en serio lo que dices, después de que predijeras el atentado.

—Sí, eso es, lo predije—sonríe con amargura—, y menos mal que no dices que yo lo perpetré.

Iris se toma la pastilla e intenta incorporarse apoyándose en el enorme cojín que Alma recibió como regalo de sus amigas cuando se alistó.

—Pero ¿por qué tenías tanta prisa aquel día? Normalmente, cuando trabajáis hasta tarde, luego no entráis tan temprano al día siguiente.

—¿No te acuerdas?—responde deprisa, como si también a él lo hubiera despertado ese pensamiento a media noche—: Tuvimos no sé qué avería. El sistema había caído.

—Es raro que nunca hubiera pasado ni haya pasado después—observa ella —, o por lo menos no a esa hora.

—Venga, basta ya, Iris, no abramos esa herida otra vez, que ya sabes lo mucho que me ha torturado. Si hubiera sido yo el que hubiera llevado a los niños, habría resultado herido en tu lugar, aunque lo más probable es que no me hubiera pasado nada, porque habríamos salido unos cuantos minutos antes. Todo habría sido diferente si yo no hubiera tenido prisa aquella mañana. Quizá tendríamos un hijo más o puede que nos hubiéramos separado.

—¿Separado?—se asombra ella.

—Sí, puede que me hubieras dejado porque siempre te ha parecido que te mereces a alguien mejor que yo. Pero después de que te cuidara tan bien como lo he hecho eso es algo que ya no te puedes permitir seguir pensando.

Sorprendida, se queda observando el cráneo rapado de él; qué misterioso es

el cerebro del otro, todavía más misterioso que el futuro.

—Pero ¿de qué estás hablando?—exclama ella—. ¡Tampoco es que me hayas cuidado tan bien! La comida, espantosa, me has rehuido constantemente, te has comportado raro. Si hubiera querido dejarte no hubiera tenido ningún problema para hacerlo, pero puede que quizá fueras tú el que querías dejarme y luego ya no hayas podido. Dime—le espeta mientras la enorme cabeza de él se le acerca—, ¿qué es lo que falló exactamente en el sistema aquel día?

—Querrás decir qué es lo que falla en tu sistema—exclama él en tono de chanza mientras intenta besarla—. Se me había olvidado el aspecto que tienes por la noche, desde que me dejaste solo en la cama.

—No cambies de tema, Miki, ¿qué era tan urgente? Pero si habías vuelto a media noche, o de madrugada. ¿Por qué no llamaron a otro para reparar la avería?—pregunta ella, empujándolo para apartarlo.

—Pero ¿qué es lo quieres? ¿Por qué te acuerdas de eso ahora? Han pasado diez años, Iris, hace mucho que dejamos atrás todo eso.

—Me duele como si hubiera pasado ayer—gime ella.

—Enséñame dónde—susurra él.

Y le sube el camisón hasta por encima de la cadera encorvándose sobre ella, su ardiente aliento le quema la piel cosida a cicatrices, y bajo esa piel las placas de platino, implantadas en los huesos, los hilos y los clavos, las esquirlas que le quedaron en el cuerpo, todo tintinea oponiéndose a su contacto, y ella deja escapar un grito, más fuerte de lo que se había propuesto:

—¡No me toques, Miki, que me duele!

—¡Genial, has encontrado la excusa perfecta! Mejor sería que reconocieras de una vez por todas que nunca te he atraído—masculla él, retirando las manos, que deja en reposo sobre sus rodillas mientras se las mira fijamente sin que se sepa muy bien por qué.

—No me puedo creer lo que estoy oyendo, pero ¿qué te pasa hoy? ¿Crees que es un buen momento para venir a ajustarme las cuentas?—resopla furiosa.

—Pero si eres tú la que me ajusta las cuentas a mí. ¿Ahora se te ocurre preguntar por qué cayó el sistema aquel día? Me has interrogado como si me hubiera ido con prisa a ver a una amante.

—Eso ni se me habría ocurrido—sentencia con una voz hueca—. Pero ¿de qué estás hablando? Y ahora ¿qué es lo que quieres de mí?

—Pues la verdad es que no gran cosa, un poco de amor, un poco de cariño, sentir que tengo una mujer en casa—se enfada él.

—Ya estoy harta de tu autocompasión, porque ahora no se trata de ti, sino de mí. Me duele, ¿y todo lo que se te ocurre ofrecerme es sexo? ¿Por qué no me puedes dar un poco de compañía sin sexo?

—Jamás llegaré a entenderte—se queja Miki, sujetándose la cabeza entre las

manos—. ¡Nunca hago bien nada! ¡O te quejas de que te esquivo o de que me acerco demasiado!

Y al instante se ve asaltada por la vieja piedad que siempre ha sentido por él:

—Es sólo una cuestión de sincronización, Muki, no se trata de tener unas reglas de comportamiento; a veces queremos proximidad y otras, cierta distancia. Pero si llevamos ya cien años juntos, así que no me vengas con que no lo entiendes.

—Pues claro que lo entiendo, señora directora, sólo que cada vez quieres menos momentos de proximidad—deja escapar entre dientes.

—Hay muchas formas de estar juntos y es una pena que tú no conozcas más que una.

Él se levanta con un suspiro y en su espalda desnuda se reflejan haces de luz matinal que le trazan unas delicadas rayas, como si se hubiera puesto una piel de cebra.

—Hay muchas formas de alejamiento—dice él—, y es una pena que tú no conozcas más que una. Muy buenos días.

IV

No se había imaginado que se encontraría tan pronto de nuevo en la situación de estar condenada a reconstruir al detalle el historial de sus heridas, porque ese dolor que ha vuelto a ella de repente dicta sus propias leyes y altera las costumbres como un bebé, así que las mañanas en las cuales madrugaba para apresurarse al colegio y plantarse junto al portón de entrada para saludar a los estudiantes uno por uno le parecen ya lejanísimas, ancladas en otra era. Hace diez días que no ha salido de casa, diez días ya que no ha visitado su bullicioso reino de pequeños y obedientes súbditos, y se diría que como su casa es manifiestamente incapaz de contener el dolor por más tiempo, se ha visto expulsada de allí hacia los conocidísimos hasta la náusea pasillos del hospital, de los que había tenido la esperanza de haberse despedido para muchos años o, preferiblemente, para siempre.

Recuesta la cabeza en el hombro de Miki, contenta de que esté a su lado en lugares como ése, que de un solo manotazo le borran a uno cualquier resto de identidad, lo que el dolor todavía no haya conseguido borrar. Una mujer con dolor, eso es lo que es ahora, y por eso está en ese lugar, esperando su turno para entrar en la consulta del médico jefe, pero el hombre que tiene a su lado puede testificar que hay en su vida, por lo menos a simple vista, otras cosas además del dolor, y por eso, cuando les llega el turno de entrar, se apoya en el brazo de él con ostentación, y deja que responda por ella a las primeras preguntas, a las más sencillas, que el médico, que no tiene aspecto de jefe, les formula a ambos.

En absoluto parece un jefe, sino un niño. Seguro que Miki aceptó la primera cita que le propusieron, o pretendió, como es su costumbre, ahorrar algo de dinero, por lo que le dirige ya una mirada furiosa de la que Miki ni siquiera se da cuenta, sino que es el esqueleto que cuelga a la espalda de él quien le devuelve, desde las vacías cuencas de los ojos, su mirada vacía. Se percata horrorizada de que le falta un pie y, observándolo ahora con pavor, le parece que es real, que es el amputado cadáver de pie que ardió a su lado en la calzada.

¿Por qué tenéis colgado aquí un esqueleto sin pie? Eso es lo que querría preguntar ahora. ¿Tanto os costaría ponerle un pie? ¡Pero si conseguís hacer cosas muchísimo más complicadas! Pero el médico ya se está dirigiendo a ella para pedirle con una voz ligeramente aguda que ande por la consulta, que se siente en la camilla, que estire y doble las piernas, y luego le golpea con el martillo las rodillas.

—Tiéndase en la camilla, por favor. Bájese los pantalones y dígame dónde le duele cuando presione, cuánto le duele en una escala del uno al diez.

El contacto con sus manos la abrasa; es como si el médico tuviera los dedos

en llamas, lo que hace que lance un grito involuntario.

Se habrá asustado del grito, o es posible que de todas formas necesite la ayuda de un adulto, porque tras un primer examen y con ella todavía tendida en la estrecha camilla con la cadera al descubierto, murmura:

—Quiero que el director de la unidad la vea—y, tras pulsar un solo número del anticuado aparato de teléfono que tiene sobre la mesa, añade—: ¿Doctor Rosen, está usted disponible?

Lo preguntará con cautela y al cabo de un momento se abrirá la puerta y entrará en la consulta un hombre alto y algo encorvado, con bata blanca, el cabello grisáceo y la barba casi blanca, y en un primer momento ella se concentrará sólo en el hecho de que el hombre esté cubierto por tantísimo pelo, al contrario que Miki, que es escrupulosamente lampiño y que de pronto parece un gato sin pelo, hasta el punto de que se diría que son dos razas distintas del género humano. Apenas la mirará, el director de la unidad, sino que es a través de las radiografías proyectadas en una pequeña pantalla como la estudiará con mucha atención mientras escucha al médico joven que le hablará de ella con todo detalle, como si fueran viejos conocidos, sobre sus complicadas heridas, sobre las operaciones por las que ha pasado, sobre las esquirlas que le han quedado en el cuerpo, sobre los dolores de la pelvis que se le han hecho reflejos en la pierna, de repente, y quizá por eso no la reconocerá.

¿Y cómo iba a reconocerla? Ella tenía diecisiete años cuando la vio por última vez y hoy tiene cuarenta y cinco; casi han pasado treinta años. Antes de resultar herida todavía conservaba su aspecto juvenil, el pelo largo y un cuerpo esbelto, a pesar de los partos, pero después del atentado se cortó muy corto el pelo, que casi había ardido aquel día, y se hizo un peinado anodino, y su cuerpo se había ido ensanchando, para su disgusto, pero había estado demasiado ocupada para ponerle remedio, así que ahora yacía ante él una mujer ya no joven, con el pelo descuidado y canoso, con la cadera pesada y llena de cicatrices al descubierto hasta por encima de las ingles. ¿Acaso reconocería los dos lunares que tenía a la izquierda del ombligo y que formaban juntos un trío planetario? El Sol, la Luna y la Tierra, los llamaba él, y parecía ser que ése era el único detalle que no había cambiado en ella durante todos aquellos años, aunque también el aspecto de él había sufrido una transformación extrema. A decir verdad, no lo había reconocido bajo aquel manto de pelo, ni siquiera sus ojos azules, que se habían oscurecido un poco sobre el fondo de las canas de las mejillas, sino que notó que la asaltaba de repente un temblor incontrolable, y Miki, que lo vio, le preguntó:

—¿Tienes frío?

Y al momento la tapó con la sábana en la que había dibujada una enorme estrella de David, como quien oculta intencionadamente el Sol, la Luna y la

Tierra, y ella lo miró con hostilidad, olvidando lo mucho que se había alegrado de llegar allí apoyada en su brazo hacía tan sólo unos minutos.

¿Por qué no habría ido sola? ¿Cómo iba a poder darse a conocer al amor de su juventud en presencia de él? O quizá era preferible así, ocultar los signos identificativos para evitar que los viera. Porque seguro que él no la reconocería con el apellido cambiado y aquel aspecto tan diferente, además de que de cualquier modo se estaba limitando a mirar con detenimiento las radiografías y no a la persona misma, tal y como hacen los jefes de residentes, así que si ella no se identificaba él no la reconocería, pero ella no se daría a conocer porque Miki estaba a su lado y porque no estaba preparada para ese encuentro, de manera que se limitó a observarlo a hurtadillas, tirando de la sábana hasta casi la altura de los ojos, aunque quizá ni siquiera se trataba de él, puede que sólo se pareciera a Eitan, es decir, a la manera en que se suponía que Eitan se habría hecho adulto.

Parecía mayor de la edad que debía tener, puede que ni siquiera fuera él, porque no era de esperar que Eitan se hubiera hecho médico, ya que, como a ella, siempre le había interesado mucho más la literatura que las ciencias y, a diferencia de ella, no había despuntado nunca en los estudios, y sin embargo su cuerpo se empeña en insistir en que es él, así que vuelve a mirarlo con la respiración contenida y oye cómo le explica al médico joven, como si él fuera el paciente y no ella, que se trata, en su opinión, de un daño en los nervios que han sido curados tras la lesión de forma incorrecta y que por eso le transmiten al cerebro dolor a pesar de que no exista ningún problema en los tejidos.

—Derívala a una ecografía de pelvis, aunque supongo que no mostrará nada. Ponle una pauta analgésica básica, entretanto, y dale hora para dentro de aproximadamente un mes. Los dolores de los nervios suelen aparecer retardados. Esperemos que, tal y como llegaron, desaparezcan.

Y, tras dar su diagnóstico, sale apresuradamente de la consulta sin mirarla siquiera.

—¿Qué significa eso?—indaga Miki.

—¿Quién es?—pregunta ella al mismo tiempo.

Y el médico joven los mira con aversión, como un muchacho que se avergüenza de unos padres de entendederas limitadas.

—Es el director de la unidad, el doctor Rosen.

—¿Se llamaba Rosenfeld, en el pasado?—pregunta ella.

—¿Así que el dolor no es real?—inquiere Miki a su vez.

Su pregunta cubre la de ella, de manera que el médico no la oirá y ella tampoco oirá las respuestas de él por la fuerte conmoción que permanece flotando en la estancia y que, según parece, todos han notado en un sentido o en otro, porque intentan ahora sobreponerse a ella.

—Pues parece que el dolor es un mecanismo de defensa—repite Miki las palabras oídas en la consulta mientras suben por la carretera de la montaña—, el sistema nervioso crea el dolor para dar la señal de alarma de que algo de los tejidos no está bien, pero cuando se daña es como un detector de humo, que sigue pitando incluso cuando el fuego ya se ha apagado. ¿Lo entiendes? ¡Es apasionante! Ha dicho que a veces es precisamente el proceso de curación lo que provoca el problema. El nervio dañado que se está curando y vuelve a la vida empieza a emitir señales de alarma. Se llama dolor postraumático.

—Me alegra que te entusiasme—murmura ella—, porque lo que es a mí me desespera.

Y clava la mirada en la ventanilla en la que el paisaje conocido hasta la náusea adquiere una nueva dimensión, porque ese árbol lo ve él todos los días, porque en esa curva es donde gira, y tanto desea quedarse allí que a duras penas consigue no decirle a Miki «Devuélveme al hospital, déjame allí y vete», o en lugar de eso abrir la puerta del coche en marcha y largarse sin pronunciar palabra. En un instante de encuentro mudo, su vida se le ha revelado como un cuerpo ajado, herido y falto de propósito. Nunca se repuso y nunca se repondrá, sólo se limita a guardar las apariencias desde hace casi treinta años. Quizá haya llegado el momento de ceder, precisamente hoy, cuando ha vuelto a verlo y su aspecto le ha producido el mismo estremecimiento que le hubiera producido el ver al terrorista que activó la bomba en el autobús, y es que después de esa visión uno puede o aferrarse a la vida con uñas y dientes o renunciar a ella, no hay un punto medio, y por eso abrirá la puerta y dejará que su dolorido cuerpo caiga junto a la carretera, y entonces los coches pasarán de largo a su lado y quizá también él, de camino hacia su casa, cuando vaya al encuentro de la familia que seguro que ha formado, pasará de largo y no se detendrá. Porque ella le recuerda a aquel año espantoso, a su madre enferma, por eso huyó entonces de ella, aunque volvió a entregarse a la enfermedad cuando decidió convertirse en médico, volvió a los mismos dominios de los que había huido de joven pero sin regresar nunca con ella.

¿La habrá buscado? ¿Habrá intentado localizarla alguna vez? Hoy resulta muy fácil encontrar a alguien, pero hace veinte o treinta años era más difícil, aunque de todas formas si de verdad hubiera querido, lo habría conseguido. Seguro que más tarde se había casado con una mujer a la que amaba, una mujer que no le recordaba al muchacho desgraciado que fue, y con la cual había regresado a fin de cuentas al mundo de los enfermos, no como un huérfano desamparado, sino como alguien con la capacidad de ayudar, y quizá fue así como completó su proceso de redención. ¿Y a ella? ¿Se le presentó acaso la posibilidad de convertir la hiel en miel, de sacar fuerzas de flaqueza, de sustituir el fracaso por el éxito? ¿Acaso se había dado a sí misma

esa oportunidad? Según parecía, sí, su madre la había alabado por ello durante los primeros años, y en realidad hasta hoy mismo exclamaba de vez en cuando, en las circunstancias menos apropiadas, eso sí: «Creí que ese malvado te había arruinado la vida, no imaginé que fueras a ser capaz de formar una familia ni de hacer carrera. ¿Tienes idea qué pudo ser de él?». Eso le preguntaba, ignorando lo repulsivo del comentario, al que Iris le respondía con frialdad: «Ni me interesa saberlo, ni estoy en contacto con nadie de aquellos años», y entonces su madre le recriminaba: «¿Cómo puede ser, con las amigas tan buenas que tenías? ¿Qué ha sido de Dina o de Ela?». Pero ella volvía a decir: «No tengo ni idea, mamá. ¡Y a ti qué más te da!».

Sabía, claro está, que su madre intentaba conservar viva su juventud porque así la dominaba todavía un poco, y se jactaba de que la recordaba todavía mejor que su hija, a las amigas que iban a dormir, a los padres de las amigas, a los profesores del colegio. Le gustaba recordarle situaciones comprometidas, asuntos nimios, embarazosos, la mayoría de las veces, y le gustaba contar con entusiasmo cómo se había encontrado por casualidad con esta o con aquella amiga, al tiempo que sacaba del bolso un papelito arrugado con el número de teléfono que había conseguido para ella. «Naama se pondrá muy contenta si la llamas. También le he dado tu número de teléfono», le comunicaba encantada, a pesar de que Iris le pedía una y otra vez que no la empujara a oír voces del pasado, y al pensar ahora en ello, mientras se van acercando a su casa, nota a su pesar que se alegra de que su madre ya esté muy debilitada, que su mente se haya deteriorado tan deprisa y ya no pueda tenderle esas trampas, y aun así siente la urgencia de contárselo, aunque no lo vaya a entender: lo he visto, mamá, he visto en lo que se ha convertido, y cuando Miki acalla el motor en el aparcamiento del edificio, ella le dice:

—¿Sabes?, ya que estoy en el coche, estaría bien que fuera a ver a mi madre, porque hace dos semanas que no voy a su casa.

—¿Estás segura de que puedes conducir?—se sorprende, como si ella acabara de resucitar, y al momento le propone—: Voy contigo—y arranca de nuevo el motor.

Pero él allí está de más, porque lo que ella quiere es hablar a solas con su madre, volver a ser la chica que tiene un secreto y se lo va a revelar sólo a su madre, aunque ésta ya no esté en condiciones de entender lo que le dice.

—No, estoy bien—dice saliendo del coche y rodeándolo, despacio, perseverante, las manos apoyadas en la ardiente carrocería, hasta que se planta junto a la puerta de él, que se aviene a salir, pero con su conocida cara de circunstancias: nunca te entenderé, y a la vez aliviado: ya vuelves a ser la de antes, menos mal que no hemos pagado la desorbitada cantidad que pedía el especialista. Pero eso es precisamente lo que ella hace pasado un momento, cuando lo ve desaparecer en el ascensor, llamar al hospital para intentar pedir

hora con el director de la unidad, una visita privada a un precio desorbitado, para principios del mes siguiente, con el doctor Eitan Rosen.

—El doctor Rosen ya no acepta pacientes nuevos—le comunica la secretaria con una voz metálica, y entonces se oye decir a sí misma:

—No soy precisamente una paciente nueva, soy su primera paciente, o mejor dicho, la segunda, después de su

madre.

La secretaria hace caso omiso de esa información íntima y le pregunta:

—¿Su número de documento de identidad? Pues no tiene usted ficha con nosotros.

—Acaba de visitarme hace tan sólo una hora—insiste ella—, el ordenador no debe de estar actualizado.

Aunque ahora que ha conseguido persuadirla, ella misma empieza a tener dudas mientras sigue conduciendo. No va a volver allí ni a principios del mes que viene ni nunca. Ya no es una chica enamorada, sino una mujer muy ocupada con una vida plena, se diría que demasiado plena. Ahí está su móvil desbordado de mensajes, la bandeja de entrada inundada de correos electrónicos que no ha tenido tiempo ni de leer, cientos de personas están esperando que se cure, esperan sus decisiones, que se ocupe de los distintos problemas. Esta noche se tomará los potentes analgésicos que le han ofrecido y volverá a ser dueña de su vida sin mirar atrás. El fuego se apagó hace tiempo a pesar de que el detector de humo siga pitando.

Vuelve a sorprenderse cuando el que le abre la puerta de casa de su madre es un hombre, la puerta de esa casa en la que no puso un pie ningún hombre extraño desde la muerte de su padre en la guerra de Yom Kipur, la casa de esa mujer que desde la muerte de su marido rehuyó cualquier intento de buscarle sustituto, y no por el gran amor que hubiera sentido por él o por fidelidad a su memoria, sino a causa de una especie de furia existencial y de profundo desprecio por lo que la vida podría llegar a ofrecerle. Pero resulta que ahora, al final del camino, se ve obligada a compartir su vida con un hombre al que ni siquiera hubiera dirigido la mirada, un hombre bajito y sonriente, panzón, con los labios carnosos bajo el bigote negro, unos labios que cuando se abren para hablar dejan escapar desde la garganta unas frases espantosamente incorrectas gramaticalmente, lo mismo en hebreo que en inglés, así que Iris vuelve a asombrarse de que su madre se haya logrado acostumbrar, ella que siempre puso tantísimo cuidado en que se hablara de una manera elevada y precisa y que no dejaba de corregirlos a ellos, incluso cuando ya eran mayores.

Por fin te hemos encontrado un arreglo, mamá, piensa mientras sigue allí frente a él; eras tan selectiva que nadie te complacía después de papá, aunque tampoco él te complació del todo, porque tus quejas hacia él no hicieron más que ir en aumento después de su muerte, y hasta puede que ésta sea nuestra

venganza agridulce por el hecho de que fueras tan tozuda y tan orgullosa, aunque por otro lado se recuerda a sí misma que llevaron a casa de su madre a una cuidadora tras otra y que su madre las fue despidiendo tal y como llegaban, hasta que uno de sus hermanos propuso que lo intentaran con un hombre, y para sorpresa de todos esa idea, que parecía carente de futuro, resultó ser la solución perfecta, porque su madre se sintió enseguida muy unida al entregado y bondadoso Prashant, más unida de lo que jamás lo había estado antes a nadie.

—Oho, el madre triste tú no venir—sentencia al hacerla pasar—. ¡Ahora el madre contento Iris venir!

Le cuesta renunciar a la obligada corrección:

—Iris *viene*, Prashant, *tu madre está contenta*, mi madre es una mujer, no un hombre.

Aunque puede que las palabras de él encierren cierta verdad, piensa ella mientras se aproxima a su madre que está sentada en el salón frente al televisor, que emite sin sonido una película india. No cabe la menor duda de que parece completamente un hombre, con ese pelo corto y blanco, su cuerpo enjuto y el pecho plano. Siempre fue un poco masculina, y ahora, en la vejez, cuando las diferencias, en general, se desdibujan, su masculinidad se ha impuesto a la feminidad. ¿Y yo?, se pregunta mirándose de reojo en el espejo del pasillo, porque Prashant también se dirige a mí en masculino. La translúcida silueta del espejo la mira con desaprobación; años de abandono han hecho de las suyas, pero todavía no es demasiado tarde, todavía puede dejarse crecer el pelo, teñírselo, adelgazar, maquillarse, potenciar los ojos claros y grandes que heredó de su padre, tan diferentes de esos ojos marrones tan comprimidos que ahora se clavan en ella.

—¡Bienvenida!—exclama su madre con una voz potente.

—¡Bienhallada!—responde Iris, de nuevo sorprendida al constatar que su madre se dirige a ella con el tono solemne reservado desde siempre para los extraños y siguiéndole la corriente.

—¡Ven, pasa, siéntate! ¿Cuántos años hace que no nos vemos? ¿Cómo estáis? ¿Seguís en América? ¿Estáis de visita?

Ante ese aluvión de preguntas formuladas con tanto interés, Iris la mira con desespero, intentando dilucidar a qué personaje estará representando esta vez en la imaginación de su madre. A veces se aviene a aceptar el papel que ésta le asigna y evita hacerle correcciones que de cualquier modo son recibidas entre burlas, con la esperanza de iluminar un poco el mundo interior de la anciana, sólo que ahora, esa tarde, desea tanto ser su hija Iris que va a compartir con ella el recuerdo de una época oscura que se queja enérgicamente:

—¡Basta, mamá, que no vivimos en América, vivimos en Jerusalén, muy cerca de ti, y nos hemos visto hace sólo dos semanas! Escúchame, mamá, que

te tengo que contar algo—y muy deprisa añade—: no vas a creer a quién he visto hoy.

—¡No vas a creer a quién he visto hoy!—exclama su madre con una repentina risotada, al tiempo que le hace señas para que se acerque, como si quisiera contarle un secreto—: he visto a Prashant, ¡y me ha vuelto a proponer matrimonio! ¿Qué dices a eso?—sonríe muy ufana—. ¡A la vejez, viruelas!

—¡Enhorabuena, te felicito!—suspira Iris, mirando distraídamente la película india en la que según parece tiene lugar en ese mismo momento una proposición matrimonial muy solemne.

Qué trastornos nos acechan al final de la vida. No hacía mucho, en uno de sus pocos momentos de lucidez, su madre le había dicho:

—Me abandonasteis y unos seres extraños han llenado el vacío que dejasteis.

—No te hemos abandonado, Mamá—se apresuró a decir ella—, sólo nos hemos ido de casa. Así es la vida. Alma tampoco vive ya en casa.

Y cuando ahora piensa en Alma, vuelven a asaltarla la inquietud. Sí, Alma se ha ido de casa y deambula sola por el mundo. ¿Qué paisajes verá en su ruta? Les cuenta pocas cosas y a ellos les resulta cómodo suponer que si no los llama es porque todo va bien. Lo principal es que sea feliz, intenta autoconvencerse, eso es más importante que la relación que pueda tener con nosotros, pero ¿estará bien? ¿Es eso lo que significa su silencio?

Porque lo que es ella no fue capaz nunca de despegarse de esa manera de su madre, aunque en su interior sintiera una profunda desconexión. Y es que fue una niña sobreprotegida, como se dice hoy. O una pobre niña, como se decía entonces, una niña huérfana a la que se le había muerto el padre cuando tenía cuatro años y que había tenido que ayudar a su madre a criar a los gemelos que nacieron después de que él muriera. Hoy son muchas las mujeres que crían a sus hijos con toda naturalidad sin la presencia de un padre, hasta el punto de que se diría que los hombres se han convertido en una carga, tan grande ha sido la devaluación de su estatus, pero en aquellos días el padre era el caballero que defendía a la familia, era el cimiento, el pilar, hasta el punto de que una familia sin padre era como una casa sin puerta.

Recuerda el enorme placer que le producía la palabra *papá* después de tener a Alma. «Papá vendrá enseguida, mira, papá ya está viniendo», le prometía una y otra vez a la pequeña bebé que todavía no entendía nada. Quizá fue también por eso por lo que tuvo tanta prisa en casarse y quedarse embarazada, sólo por tener el placer de criar a una hija que tuviera padre. Que no envidiara a otros niños, como los habían envidiado ella y sus hermanos gemelos, que no le pidiera al electricista que había acudido a reparar un cortocircuito que le enseñara a jugar al ajedrez. Durante aquellos años le

parecía que un padre era todo lo que una niña necesitaba para ser feliz, pero según parece estaba equivocada, porque su propia hija estaba normalmente tensa y preocupada aunque tenía padre y sólo ahora, cuando estaba lejos de ambos, parecía haber encontrado cierto equilibrio.

—Mamá, atiende un momento—vuelve a pedirle a la anciana, que sigue con interés los tormentosos acontecimientos que emite la pantalla: ¿se habrá roto el compromiso matrimonial? ¿Por qué estará la novia sollozando amargamente?

Pero Iris no se va a rendir en esta ocasión. Tiene que haber una manera de devolverla a la realidad aunque sea por un momento, y si no al presente, por lo menos al pasado, así que se acerca a ella, cuya piel desprende un fortísimo olor, como si la hubieran bañado con lejía.

—¡Mamá, no te vas a creer a quién he visto hoy!—le ruge al oído—. ¡A Eitan Rosenfeld! ¿Te acuerdas de Eitan?

—¡Pues claro que me acuerdo de ese degenerado—exclama la madre con un grito de victoria, desconectándose con asombrosa facilidad de lo que sucede en la pantalla—, y de su degenerada madre, también! Me la he encontré no hace mucho en el ambulatorio. Se estaba pavoneando de que su hijo se ha convertido en un médico famoso, de que su mujer también es médico y de que tienen tres hijos, pero yo no me dejé impresionar, sino que al momento le conté que mi hija es la directora de un colegio, ¿sabes que mi hija Iris ya es directora de un colegio o es que no os llegan las noticias a América?

—Pero ¿de qué estás hablando? Si su madre murió hace casi treinta años—protesta Iris en un tono suave—. ¡Es imposible que te la hayas encontrado!

Aunque según parece sí se ha encontrado con alguien que conoce a Eitan, porque por lo menos uno de los detalles que ha dado es verídico, en medio de la confusión, y hasta puede que más de uno. ¿Por qué no va a estar casado con una médico? ¿Por qué no va a poder haber tenido tres hijos? ¿Por qué no va a haber podido olvidarla, borrarla por completo? ¿Qué sentido tiene presentarse ante él con la cadera llena de cicatrices y dolor en unos nervios que no se han curado correctamente? Anulará la visita o simplemente no acudirá, para que la espere en vano, y así, por lo menos, le causará una pequeña pérdida económica. O puede que pida hora todas las semanas para luego no ir, y hasta quizá dé su nombre de soltera para hacerlo sentir curiosidad, aunque no piense presentarse nunca. O puede que para variar vaya allí todos los días, se siente entre los que esperan su turno y les cuente la verdad verdadera, sólo por dañar su reputación. «Este médico hace subir el índice de dolor en el mundo —les susurrará al oído—: ¿cómo es posible que se atreva a presentarse como especialista en dolor?». Hasta que poco a poco los rumores alcen el vuelo, la cola de pacientes vaya menguando y ella se quede sola en el pasillo para cuando él abra la puerta, sorprendiéndose de que nadie lo necesite, y en ese

momento la verá, a su única paciente, sola, la última que le ha quedado, y entonces la atraerá hacia sí para curarla.

Una risotada contenida brota de nuevo de la garganta de su madre, que acerca a ella la boca de la que emana también un fuerte olor a desinfectante. ¿Se estará lavando los dientes con lejía?

—No se lo cuentes a mi Iris—se ríe por lo bajo—, porque nadie lo sabe, pero el depravado ese ¡todavía intentó buscarla! ¿Te lo puedes creer?—grita—. ¡La cebada al rabo! Pero lo eché de aquí escaleras abajo—añade muy ufana—, y le dije: «¡Como intentes volver a acercarte a ella, te las verás conmigo!».

Iris la mira pasmada, negando con la cabeza.

—No puede ser, mamá, lo dices por decir—murmura—, no es verdad, tú nunca me habrías hecho algo así.

Pero enseguida reacciona y decide que no le queda más remedio que adoptar el papel de la visita llegada de América.

—Muy bien hecho—la halaga—, ¡eso es lo que hay que hacer con los malvados! ¿Cuándo fue eso?

Su madre la mira con desconfianza.

—Hace muchos años—responde—, antes de que Iris se casara. Intentó verla dos o tres veces y después lo dejó. Me parece que se fue a estudiar ahí donde estáis vosotros, a América, ¿lo visteis, cuando estuvo allí?

Iris niega con la cabeza, no, no lo vi, no lo sabía, y ahora tampoco sé si creerte, incluso ni siquiera sé si quiero creerte, y se agarra la cabeza con las manos al volver a notar las enloquecidas embestidas del dragón del dolor en su cuerpo.

—¿Tú vaso de té?—se inclina hacia ella Prashant.

—Yo no vaso de té—responde ella furiosa, y al instante se disculpa—: gracias, Prashant, hace demasiado calor para un té.

Él se sienta en el sofá al lado de la madre y le rodea los hombros con el brazo.

—Mamá porta bien.

Su madre lo mira riéndose, como una bebé anciana; con sus pantalones claros de algodón y la camisa de cuadros no sólo resulta asexuada, sino también atemporal, al tiempo que la progresiva pérdida de entendimiento la ha hecho más desinhibida y mucho más agradable de lo que nunca fue.

—Prashant me ha propuesto matrimonio y he aceptado—sentencia, apoyando la cabeza en el hombro de su cuidador, que tiene un abultado vientre sobre el que despuntan los pechos—. Nos casaremos en Sri Lanka. ¡Iremos en barco!

Iris aparta la mirada con desespero. ¡Su madre está enamorada! ¡Ese viejo sueño también se ha convertido en pesadilla! Su madre ha perdido la cordura y ha encontrado el amor, pero antes se ocupó de echar a patadas la opción de

ella a tener amor, y sin ni siquiera consultárselo, así que se esfuerza por poner las cosas en su sitio:

—Mamá, Prashant tiene mujer e hijos en Sri Lanka—le comunica con una dulzura vengativa—, no es tu pareja, está aquí para cuidarte.

Su madre, entonces, mueve la cabeza hacia los lados repetidamente, muy pálida.

—¡No puede ser! ¡Nunca me ha contado que tenga mujer o hijos! ¿Es eso verdad?—pregunta, volviéndose sorprendida hacia él—. ¿Es verdad lo que mi invitada dice? ¡Lárgate de aquí inmediatamente! ¡Eres un impostor y un depravado! ¡Intentar engañar a una viuda de guerra!

—¿Mamá ensalada?—exclama Prashant, levantándose muy deprisa como si fuera su pregunta de costumbre, además de que se nota que le cuesta seguir el hilo de la conversación y está sorprendido por el trato que acaba de recibir—. ¿Mamá sopa?—pregunta—. ¿Mamá lentejas sopa?

Iris cierra los ojos. Su madre crio a tres hijos con un esfuerzo titánico y ninguno de ellos la cuida ahora, y además resulta que ese extranjero la llama mamá, como si fuera su cuarto hijo, le da de comer y de beber, mientras ella se cree que es su pareja. Qué aberraciones nos esperan al final de la vida, aunque ahora a ella le preocupan más las aberraciones del principio de la vida, así que, casi suplicante, exclama:

—Mamá, intenta concentrarte, ¿estás segura de que me buscó? ¿Cuándo fue eso, exactamente? ¿Por qué no me lo dijiste?

Por un instante asoma la conocida mirada, severa:

—Estabas embarazada de Alma—dice su madre—. Porque se llama Alma, tu hija, ¿verdad? Enseguida después de la boda te quedaste embarazada, ¿verdad? Así que no te lo pude decir, no fuera a ser que te arrepintieras, ¿verdad?

—Sí, es verdad—murmura Iris distraída, pero al momento la asalta la duda —. Pero hace un rato has dicho que eso fue antes de casarme.

Y, para su sorpresa, a los finos labios de su madre asoma una amplia sonrisa mientras asiente y tiende unas manos temblorosas hacia el cuenco de sopa que le ha servido Prashant. Iris niega con la cabeza, no puede ser, o su madre se lo inventa o está mintiendo, disfruta torturándola, siempre tuvo celos de ella por lo mucho que su padre la quiso, y ahora la vejez lo revela todo sin cortapisas. Por encima de su cabeza chirría el ventilador de techo, lento, pesado, moviendo un aire ardiente de un lado al otro del pequeño salón y avivando las contradictorias palabras que le pican como avispas. También le tenía celos por el amor de Eitan y sobre todo envidiaba lo entregada que ella estaba hacia la enferma madre de él. «¿Por qué te pegas a ellos? Deja que se despida solo. Es su madre, no la tuya, ¡gracias a Dios!», le decía a la mínima ocasión, negándose a entender que por medio de la larga despedida de Eitan de su

madre intentaba ella despedirse de su padre, que había sido reclutado para ir a la guerra al mediodía de aquel Yom Kipur mientras ella dormía tan tranquila la siesta, una siesta que su madre jamás le perdonaba. Pero con el tiempo se daría cuenta de que su madre tenía toda la razón del mundo y que si le hubiera hecho caso se habría quedado fuera del círculo sensible de madre e hijo y quizá así él no la habría dejado. Pero ¿sería cierto que la había buscado?

—¡No puede ser! ¿Por qué no me lo contaste antes?—protesta—. ¿Me lo has estado ocultando durante más de veinte años?

Pero su madre la mira muy tranquila por encima del cuenco de sopa.

—Ven, come algo conmigo—le ofrece con una amabilidad exagerada—, estoy convencida de que ni siquiera en vuestra casa de América tenéis una sopa como ésta.

Aunque no tiene hambre, prueba la sopa de lentejas insípida y tuerce el gesto. No le cabe la menor duda de que Prashant ahorra una buena parte de la generosa cantidad que recibe para la alimentación de su madre, que no lleva las cuentas comprobando los tiques, aunque piensa que es probable que ella haría lo mismo si tuviera unos hijos hambrientos en un país lejano, a pesar de lo cual le pregunta:

—¿De cuándo es la sopa, Prashant? ¿Cocinas todos los días para mi madre?

—Hoy por esta mañana, juro, Iris, mañana tu venir por ver—responde.

—¿Y cómo están tus hijos?—pregunta Iris.

—Bueno, gracias a Dios—responde él mirando al cielo.

—¿Y qué tal están tus hijos? Recuérdame cuántos tienes—indaga su madre y chasca la lengua al oír su respuesta—. ¿Estás segura de que sólo tienes dos hijos? Pero ¿no eran tres?

—Tú eres la que tiene tres, mamá—responde irritada, a pesar de que sus hermanos gemelos siguen siendo a sus ojos casi como un solo cuerpo; y, para su sorpresa, oye ahora que su madre solloza.

—Tuve tres hijos, me quedan dos. ¿No te enteraste de que mi querida Iris murió en un atentado hace unos años?

—Basta, mamá—estalla mientras zarandea el huesudo brazo de su madre —, soy yo, no me he muerto, sólo quedé herida y ahora ya estoy bien, soy yo, Iris, tu hija, intenta reconocerme.

Pero su madre, que siempre sintió rechazo por cualquier expresión de los sentimientos, la mira con cara de reproche y le dice:

—Basta, ¿cómo te pones así? Eso no hace más que confirmarme que tú no eres Iris, porque yo no la eduqué así.

—Ay, de verdad que eres imposible—masculla Iris—. ¿Para qué me molesto siquiera en venir si estás convencida de que estoy muerta?

Pero sabe que hoy, por lo menos, no ha ido allí por su madre, sino por ella misma, para compartir con ella el secreto y, a cambio, ha recibido otro secreto

mucho más abrumador y angustioso. ¿Será verdad que fue a buscarla?

V

Siempre están cansadas, sus profesoras. Sobre todo por las mañanas, durante la primera reunión. Bostezan, dormitan, pobres aves alirrotas. Las hay que se toman varios cafés para despertarse, mientras que a otras les da por comer más de la cuenta. Para el mediodía ya se les han asentado las distintas partes del rostro, mientras que por la mañana se diría que a una se le va a caer un ojo y a otra la mandíbula. Cuanto más jóvenes son, más cansadas están. A ella le pasó lo mismo en su momento, pero ahora le cuesta recordar la razón. Qué sinsentido, ¿para qué, en realidad? Esos bebés que os despiertan por la noche se convertirán en una abrir y cerrar de ojos en unos adolescentes irascibles, y esa casa por la que tanto os desvivís será para ellos una cárcel; esa familia que tanto os esforzáis por formar y conservar se convertirá en una carga para ellos, y peor que eso, para vosotras. Además de que ese marido por el que sacrificáis vuestro tiempo para que termine sus estudios o progrese en el trabajo os abandonará dentro de veinte años por una mujer más joven, y aunque no os abandone, seguro que se convertirá en un hombre quejica y desagradecido y vosotras os encontraréis anhelando una vida diferente. Algunas de vosotras puede que intentéis materializar vuestro sueño, pero muy pocas conseguiréis una segunda oportunidad, además de que ésta tampoco tendrá por qué resultar mejor que la anterior.

Sí, chicas, quiere decirles, mientras se van sentando alrededor de la alargada mesa de su despacho, yo también fui joven y estaba cansada, y ahora, echando la vista atrás, me parece espantosamente demencial. Una y otra vez nos hacemos la vida difícil para comprobar todo lo que podemos afrontar, lo mucho que podemos cargar sobre nuestras espaldas, un hijo más, un trabajo más, una hipoteca más, como ridículas réplicas de Sísifo que somos. Quizá sea de eso de lo que tenemos que hablar, queridas compañeras, y no de los problemas de disciplina de los de quinto B o del nuevo programa multicultural. Hablemos de la falta de expectativas del esfuerzo femenino que redunda, en realidad, en la falta de expectativas del esfuerzo de la humanidad, pero esta mañana me parece todo mucho más vulgar, al veros derrumbadas y con los ojos vidriosos sentadas ahí en esas sillas a mi alrededor.

—¿Qué pasa, Sharoni? Estamos todas esperándote—dice dirigiéndose a una de las profesoras, que susurra febrilmente unas instrucciones por el móvil y cuelga apresuradamente para finalizar la conversación.

—Está continuamente enferma—se lamenta de su bebé de un año—. Desde el momento en que la llevé a la guardería se pasa los días en casa con mi madre, que ya no puede más.

—Al principio siempre es así, pero dentro de unos meses estará inmunizada —le dice Iris, al tiempo que intenta brindarle una sonrisa de apoyo.

Le resulta raro verse a sí misma tan experimentada, mayor que todas ellas. Siempre fue la joven. La más joven de las madres del parvulario, la más joven de los directores. Durante los primeros años, incluso fue también más joven que la mayoría de las profesoras, sólo que últimamente se han vuelto las tornas y sólo la secretaria y la tutora son mayores que ella. Hace ya tanto que no es joven que él ni siquiera la ha reconocido.

Cuando se marchan de su despacho dejan tras de sí esa conocida mezcolanza que casi se puede tocar con la mano, un engrudo de quejas y esperanzas, piensa mientras se reclina en el respaldo exhalando un profundo suspiro. Ha conseguido llevar adelante la reunión como si nada hubiera pasado, como si no lo hubiera visto enfundado en una bata blanca y con una barba blanca cual ángel exterminador. No le piensa permitir que le arruine todo lo que ella ha ido construyendo desde entonces. ¿Será verdad que la buscó? Agotada por el esfuerzo, se levanta y se dirige renqueante a la secretaría, que se encuentra junto a su despacho.

—¿Tienes algo contra el dolor, Ofra? Ya me he ventilado mi asignación diaria.

La veterana secretaria la mira preocupada y le tiende una caja de pastillas.

—¡Pero no puedes seguir así, no es posible que no te den una solución!

—¿Y por qué no va a ser posible, Ofrush?—se ríe con sorna—. ¿Desde cuándo existe una solución para cada problema? Ojalá el mundo funcionara así. Normalmente lo único que hay que hacer es acostumbrarse.

Se sirve un vaso de agua y regresa cojeando a su mesa, cubierta casi por completo de post-it amarillos que contienen cada uno una tarea por hacer. Ponerle fecha a la sesión de formación del Comando de defensa civil, solicitar la subvención del Ayuntamiento para el tour guiado de los grupos de tercero, citar a unos padres que amenazan con sacar a su hijo del colegio, buscar una nueva asistente para suplir a la que se ha ido esa semana a pesar de que se había comprometido a quedarse hasta final de curso, enviar por correo electrónico una circular para anunciar la recepción comunitaria del *shabbat*, sentarse con la profesora de árabe para hablar del programa «La lengua como puente cultural», escribir la reflexión semanal de la directora, acabar de perfilar el debate acerca de los títulos, además de las tareas de rutina que se encuentran escritas en el gigantesco calendario que tiene a su derecha y que cubre la pared casi al completo.

Todos los domingos tiene una reunión para tratar los asuntos de una de las clases, con las pedagogas y los profesores de cada asignatura, una reunión en la que hablan de cada niño, analizan su estado psicológico, social y académico. Todos los martes al mediodía, una reunión con todas las educadoras para tratar sobre la planificación didáctica, y por las tardes reunión con la asociación de padres y con el foro educativo, sin olvidar los

días de formación de directores y los días de inspección. No hay sitio para él en esa agenda en esos días en los que además la acompaña el dolor; nunca lo ha habido, aunque ahora agarra con fuerza el trapo de borrar mientras lucha contra el deseo de borrarlo todo, de dejar la pizarra limpia, de volver a empezar. Si es cierto que la buscó, si es cierto que la deseó, lo que no puede hacer ella ahora es seguir con su vida de antes. El panorama ha cambiado por completo, la agenda entera.

¿Será verdad que fue a buscarla? Vuelve a su silla con un suspiro, arranca y pega de nuevo más y más notas amarillas. ¿Será posible que lo perdiera de esa manera? Un ardor ácido le sube por la garganta. Hace ya tres semanas que se alimenta sobre todo de analgésicos. ¿Se habría arrepentido de haberla dejado? ¿Habría querido que volviera con él? ¿Habría querido volver a amarla? Aunque hubiera estado a punto de casarse, aunque hubiera estado a punto de dar a luz, habría vuelto con él. Qué maldita noticia le había dado su madre, cortando la rama sobre la que con tanto esfuerzo había construido su precario nido, así que apoya la cabeza en la mesa, cierra los ojos, los párpados se le pegan como las notas amarillas de los post-it, pero al instante oye que llaman a la puerta y entra el encargado de mantenimiento para quejarse de que han vandalizado no sé qué material, y tras él se cuelan dos niños en plena pelea, porque cuando las pedagogas no están, siempre acuden a ella con sus disputas, y luego llega un alumno que no se encuentra bien, con su padre, que ha ido a buscarlo y aprovecha para ofrecerse a ayudar con los ordenadores nuevos. Siempre que tiene la puerta abierta entran en tropel. Hoy le vienen estupendamente bien todas esas visitas, Ofra se queja de vicio.

—Eh, dejad tranquila a mi directora—entra muy decidida, intentando vaciar el despacho—. No te lo vas a creer, pero he logrado que ahorremos quinientos séqueles—anuncia radiante, como si se los hubiera ahorrado a su propio bolsillo—, me han hecho una devolución del recibo del agua que pagamos.

—Eres única, Ofra, ¿qué haría yo sin ti?—exclama, acompañando con un gesto de afecto la gesticulación rebosante de vida de la secretaria.

Se había rodeado de buenas personas a las que las cosas les importaban y a veces le parecía que a pesar de la enorme carga, era más fácil manejar un colegio con trescientos alumnos y cuarenta profesores que una familia de cuatro miembros.

Justo cuando su despacho se vacía empieza a sentirse intranquila, así que sale al pasillo y pasa despacito por delante de las puertas cerradas de las aulas. Todo parece estar en orden. Sus días de ausencia no han resquebrajado el sólido edificio que con tanto esfuerzo ha construido. Ahí viene un niño que ha ido al lavabo y entra otra vez en su aula de inmediato, sin entretenerse en la zona de juegos, y al abrirse la puerta se escabullen unos cuantos versículos

de la clase de Biblia. Sharon les está leyendo en voz alta a sus alumnos parte del final del libro de Génesis:

No podía ya José contenerse delante de todos los que estaban al lado suyo, y clamó: «Haced salir de mi presencia a todos». Y no quedó nadie con él, al darse a conocer José a sus hermanos. Entonces se dio a llorar a gritos, y oyeron los egipcios y oyó también la casa del faraón. Y dijo José a sus hermanos: «Yo soy José, ¿vive aún mi padre?». Y sus hermanos no pudieron responderle porque estaban turbados delante de él. Entonces dijo José a sus hermanos: «Acercaos ahora a mí». Y ellos se acercaron. Y él dijo: «Yo soy José, vuestro hermano, el que me vendisteis para Egipto. Ahora, pues, no os entristezcáis, ni os pese de haberme vendido acá, porque para preservación de vida me envió Dios delante de vosotros».

Permanece junto a la puerta que ha quedado entreabierta y, sin saber por qué, se estremece al oír esos versículos. Sí, ella lleva años esperando constatar que por preservar la vida fue arrojada a aquel pozo y la verdad es que ha habido muchos momentos que los ha entendido como tales, como pruebas de que todo iba muy bien, al fin y al cabo, pero el momento por el que está pasando ahora no se cuenta entre ellos. Su mirada vaga por el pasillo y se topa con el enorme mural de piedra en el que están grabados los graduados del colegio que han caído en las guerras de Israel. No lejos de ahí, en otro mural de piedra, se encuentra grabado el nombre de su padre, Gabriel Segel, el primer caído del colegio en el que estudió, el primer caído de ella. ¿Será también el último? A medida que Omer crece, la persigue la insistente visión de las letras de su nombre grabadas en lápidas conmemorativas. Omer Eylam, se juntan las letras ante ella, hermosas, de la misma medida, inclinando la cabeza con un dolor contenido, y ella desvía la mirada húmeda hacia un cartel nuevo sobre Eliezer Ben Yehuda, el responsable del renacimiento de la lengua hebrea. Están uno frente al otro, como causa y efecto. Y ahora se distancia un poco. ¿Será por ti por quien morimos, lengua hebrea? ¿Estaremos enterrando a nuestros padres jóvenes y a nuestros muchachos que acaban de hacerse adultos sólo para que sus nombres sean escritos en hebreo en unas resplandecientes estelas de piedra a lo largo y ancho de esta tierra en llamas?

Qué pensamiento prohibido, se amonesta a sí misma, porque ¿tenemos acaso elección? No es la lengua, es la mera existencia, porque hemos aprendido y nos hemos repetido que no tenemos vida en otro lugar, aunque muy de vez en cuando nos hagamos la ilusión de que sí pueda ser, aunque cada vez más le parece que es precisamente la existencia aquí, en la tierra hebrea, la que es una ilusión que pronto se desvanecerá, puede que no en su generación, hasta puede que ni siquiera en la de Alma y Omer, y de nuevo ve su nombre grabado en una lápida conmemorativa, Omer Eylam, y otra vez aparta la mirada, déjalo, ni siquiera ha recibido todavía la primera orden de reclutamiento, puede que la protejan por ser huérfana de guerra y víctima de un crimen de odio, así que puede que lo borren de sus listas. Hasta que llegue

la primera orden de reclutamiento a ella todavía le quedarán esperanzas, y hasta entonces él será sólo de ella, es decir, de sí mismo.

Siguiendo por el pasillo aparece un cartel del que está especialmente orgullosa «El otro soy yo», un proyecto que educa en la tolerancia y en el que ha invertido muchos recursos, pero como en ese momento la atrae más el rincón de la arqueología, se encamina hacia allí a paso lento, pasando por delante de las puertas cerradas de las aulas. «El pasado da paso al futuro», ésa es la frase que ideó a principio de curso, ¡pero qué mala le parece ahora! ¿Qué es eso de que el pasado da paso al futuro? El pasado desintegra el futuro, el pasado pulveriza el futuro, y en un arrebato de ira arranca el cartel de la pared, y mira a su alrededor para asegurarse de que nadie la ha visto, porque le parece estar oyendo ya la voz del encargado de mantenimiento quejándose de un nuevo acto vandálico.

Cuando vuelva al despacho, escribirá:

Queridos padres, esta semana los alumnos de cuarto curso estudian el pasaje bíblico en el que José se revela ante sus hermanos. Los hermanos de José cometieron contra él una falta grave donde las haya. Lo apartaron de su padre, que lo amaba, de su casa, de su futuro, y lo arrojaron a un destino de esclavitud y de exilio. Las ofensas del día a día son parte inseparable de nuestras vidas y de las vidas de nuestros hijos y alumnos. Todos los días vienen a mi despacho niños que han hecho daño o lo han sufrido ellos mismos, y yo intento que cada uno vea el sufrimiento del otro.

Pero ¿cómo es posible que José perdonara de corazón a quienes le habían causado un mal tan grande?

Cuando se nos causa un daño, esperamos del que nos lo ha causado que reconozca el dolor que nos ha provocado, su responsabilidad y su culpa. Nosotros, humillados por la ofensa, esperamos que el causante se rebaje ante nosotros y nos pida perdón, y sobre todo queremos creer que su personalidad ha sufrido un cambio tan grande como para que ya no tengamos que temer que nos vuelva a atacar.

José pone repetidamente a prueba a sus hermanos para cerciorarse de que han cambiado y se diría que los castiga por el sufrimiento que le causaron. Incluso cuando finalmente se reconcilia con ellos, parecería que falta lo principal: la petición de perdón. Entre José y sus hermanos quedan unos posos de rencor y así, inmediatamente después de la muerte de Jacob, empiezan a sospechar unos de otros y durante las generaciones venideras siempre queda algo por reparar.

Las generaciones venideras somos nosotros y nuestros hijos, vuestros hijos que dejáis en nuestras manos en este colegio que cree que la justicia no es más que el perdón. El principio del perdón—como proceso en el que participan los dos lados por igual—es, en realidad, el reconocimiento del dolor que se nos ha infligido por un lado a nosotros y por otro al prójimo, es la capacidad de ver su punto de vista junto a nuestro punto de vista. Es la humildad que permite ver al otro como un ente independiente y separado y no como alguien asociado a nuestros deseos y acciones. Es el compromiso mutuo de ayudarnos el uno al otro evitando un nuevo enfrentamiento, a sabiendas de que el verdadero cambio siempre es un asunto compartido.

Estimados padres, animad a vuestros hijos a pedir perdón a sus compañeros si les

han causado algún daño, y predicad con el ejemplo pidiéndoles perdón si los habéis ofendido a ellos en algo. Ayudadles a comprobar el poder que tiene el perdón para curar y cicatrizar el dolor.

Cordialmente,

IRIS EYLAM

Ese capítulo bíblico la acompaña al entrar en el ardiente coche al cabo de unas horas, después de haber escrito la «Reflexión semanal de la directora», después de haber conseguido convencer a la profesora interina para que se quede hasta final de curso, de haber estado escuchando la clase de una profesora sustituta, de haber sustituido ella misma a otra profesora en una clase sobre la patria—«No podía ya José contenerse delante de todos los que estaban al lado suyo, y clamó: haced salir de mi presencia a todos. Y no quedó nadie con él, al darse a conocer José a sus hermanos»—, y en vez de conducir en dirección a su casa, se dirige hacia el oeste, hacia el lugar en el que lo ha visto a él, aunque ni siquiera sabe si estará allí, y aunque esté, ¿cómo va a poder entrar sin que le den hora para hoy, y aunque entre y se quite la blusa para enseñarle como prueba sus lunares, el Sol, la Luna y la Tierra, ¿qué sucederá?

¿Acaso se le colgará él del cuello llorando como José hizo con Benjamín? ¿O la tomará de la mano para llorar juntos por su juventud perdida? ¿Se comportará como un desconocido, distante, o retomará el hilo de su última conversación como si la mayor parte de la vida no hubiera pasado, mientras le explica que tiene que alejarse de ella, porque quiere vivir, porque tiene que conseguir olvidar? Sea como fuere, lo único que ella quiere, en realidad, es una sola cosa: saber si es cierto que la buscó, y si así fue, para qué, ¿para limitarse a pedirle perdón o porque se había arrepentido de dejarla de aquella manera y quería vivir su vida con ella? Esa vida irrumpe ahora ante sus ojos a medida que el sol se pone, deslumbrándola, apagando con su resplandor la vida que ha llevado desde entonces y que deviene en un tiempo echado a perder. Tormenta de soles, así es como Omer llama a esa hora de la tarde en verano, y a ella siempre la admiró esa combinación tan original, mientras que ahora hasta los hijos que ha parido le parecen de repente semen derramado en vano.

Miki se divertía a veces opinando sobre si los dos miembros de una pareja encajaban o no basándose en sus hijos. «Éstos no tendrían que estar juntos, mira qué hijos les han salido», sentenciaba con determinación, y ni que decir tiene que en esos momentos sus propios hijos eran un dechado de virtudes, incluso Omer, del que solía quejarse a menudo, mientras que ahora era ella la que estaba dispuesta a poner en entredicho a sus hijos, incluso a Omer, a quien ella siempre defendía. Y ahí está ahora su nombre en la pantalla del móvil, justo cuando ha conseguido, de puro milagro, encontrar aparcamiento junto al hospital, embutiéndose entre dos coches que no le han dejado casi

sitio, hasta el punto de que se diría que su coche se ha rendido ante el enorme deseo de ella de aparcarlo y se ha encogido por complacerla.

—¿Qué pasa, Omeri?—pregunta en el espacio del coche vacío.

—¿Dónde estás, mamaíta?

—¿Por qué? ¿Qué quieres?—responde, sin querer apresurarse a informarle.

Es extraño que su adolescencia los esté devolviendo al principio de su vida, a los días en los que era un bebé con unas necesidades básicas que ella tenía que satisfacerle, porque ahora, por lo general, se trata igualmente de necesidades de lo más básicas: comida, transporte, dinero y, como mucho, ayuda con los estudios. Porque ya no le dice como cuando era niño: «Quiero estar un rato contigo, mamaíta», y a ella, precisamente, no le importa, al contrario de lo que les pasa a algunas de sus amigas, sobre todo a Dafna, que se lamenta muchísimo de que sus hijos hayan crecido. Es ley de vida y, además, se trataba de unos ratos que le resultaban pesadísimos porque Omer era muy movido, gruñón y tirano. Decididamente, lo prefiere como es ahora, más distante, tranquilo y limitándose a esperar de ella unos pocos servicios básicos.

—No necesito nada, mamaíta—responde para su sorpresa—. ¿Cuándo vuelves?

Y ella oye entonces el galope de la mala noticia que avanza desbocada hacia ella, la reconoce al instante, por el sello que le estampó aquella noche cuando llegó la noticia de la muerte de su padre, y su madre empezó a golpearse el vientre una y otra vez, el vientre en el que habitaban, sin que nadie más que ella lo supiera, Yariv y Yoav, sus hermanos gemelos. Durante años estuvo convencida de que los golpes fuertes eran lo que llenaba el vientre de bebés y que aquella noche fue el momento en el que su madre concibió a sus hermanos. Hasta había discutido acaloradamente con sus amigas, a cuyos oídos habían llegado ya rumores de la misteriosa unión del esperma y el óvulo, porque ella seguía empecinada en que esos rumores eran falsos y que lo único que había que hacer era pasarse una noche entera golpeándose el vientre. En su momento se lo había contado a Eitan, y él se rio y le cubrió el vientre de besos. A Eitan se lo contaba todo sin ni siquiera pararse a pensarlo, como si hablara consigo misma, de tan próximo como lo sentía.

—¿Qué pasa, Omer?—le pregunta muy tensa—. Dímelo de una vez, ¿les ha pasado algo a Alma o a papá?

—Tranquilízate, que no ha pasado nada, sólo que unos amigos míos estuvieron ayer en el bar en el que Alma trabaja de camarera.

—¿Y qué pasó, les dio mal el cambio?—intenta hacerse la graciosa.

—Déjalo, ya hablaremos cuando vuelvas a casa, que no es para comentarlo por teléfono—dice Omer, a pesar de lo cual, sin poderse dominar, suelta casi a su pesar—. Me contaron que la vieron rara.

—¿Rara? ¿Cómo que rara? ¿Qué te contaron, exactamente?

—Basta, mamá, no me atosigues, hablaremos cuando vengas.

Y entonces ella se despide disgustada de la preciadísima plaza de aparcamiento que con tanto esfuerzo ha conseguido.

—Llegaré dentro de un cuarto de hora, espérame, no te muevas de ahí, ¿de acuerdo? ¡No te vayas a ningún sitio!

Pero tardará más de una hora en llegar, porque el coche, según parece, ha vuelto a su tamaño original, y hasta se diría que se ha inflado de la rabia que le da tener que renunciar al éxito de haberse embutido ahí, de manera que con gran esfuerzo logra Iris sacarlo de la diminuta plaza de aparcamiento para darse cuenta al momento de que para su desgracia, en la subida a la montaña, hay un larguísimo embotellamiento cuyo fin ni siquiera alcanza a ver.

—De tener un accidente, preferible aquí mismo, a un minuto del hospital —le sonríe bromeando un conductor barrigón que se ha bajado del coche para ver qué pasa y que regresa con la sonrisa borrada—. Ha muerto alguien, ahí adelante, te lo juro.

Ella asiente febrilmente y le cierra la ventanilla en las narices, aterrada por un momento, no vaya a tratarse de Eitan y haya perdido la última oportunidad de volverlo a ver, después de que él haya sobrevivido a los innumerables accidentes de coche por los que habrá pasado durante esos treinta años, mientras que ahora ha desaparecido justo un momento antes de que ella haya podido sincerarse con él.

Qué raro le resulta añadir de repente a Eitan a la lista de personas por las que preocuparse, después de que durante años le deseó sólo torturas y las más extrañas muertes, pero para su alegría, cuando el embotellamiento finalmente cede, aparece ante ella el coche destrozado en la cuesta de la montaña con el morro apuntando hacia el hospital, rodeado de furgones de la policía y ambulancias, porque ésa no es la hora de dirigirse a trabajar al hospital sino de salir de él, de correr a casa con la mujer y los hijos, y al pensar en ellos se enfurece, como si ella estuviera sola, como si ella se hubiera quedado esperándolo todos esos años. ¿Tendrá un hijo, un muchacho guapo y alto algo encorvado? ¿Quizá se encuentre con Alma un día y lleguen a vivir el amor que les fue negado a sus padres? Así que intenta colocar a su hija junto al muchacho que tanto amó, tan menuda, morena, sin parecerse en nada a ella, cómo se iba a sorprender al saber que es su hija, pero entonces, al pensar en ella, la golpea esa información tan preocupante de que la han visto rara.

¿Qué significará rara? Alma siempre ha sido demasiado normal, nunca ha mostrado una inclinación clara por nada, ningún entusiasmo o habilidad especiales. Eso, en sí mismo, ya le parecía extraño, por no decir decepcionante, lo mismo que su excesiva dedicación a su aspecto físico, sobre todo al pelo. Porque se pasaba horas ante el espejo colocándose mechón a

mechón y no salía de casa hasta que estaba satisfecha del resultado, y a veces volvía sobre sus pasos si la imagen que se reflejaba por casualidad en cualquier espejo no la satisfacía por completo. Lo que habían llegado a pelearse por eso, cuando Iris le gritaba impaciente: «Pero ¿qué haces ahí pegada al espejo? ¿Tan importante es? ¡Llegas tarde!». Y Alma le cerraba la puerta en las narices. ¿Sería a eso a lo que se refería Omer? ¿Se estaría mirando al espejo en vez de servir a los comensales? No te pierdas en suposiciones, enseguida conocerás los hechos, se ordena a sí misma en voz alta, dentro de nada estarás en casa y todo se aclarará, pero en casa la espera una nota de Omer con su letra descuidada, estoy en clase de conducir, y ella arruga con el puño el decepcionante papel, lástima que se haya apresurado por volver, ahora podría estar sentada ante Eitan haciéndole preguntas: ¿te acuerdas de que creía que dándose golpes en la barriga salían niños?

Aunque puede que sea preferible así, puede que sea preferible esperar la cita médica que tiene para principios del mes que viene, no hay motivo para adelantar los acontecimientos, ni siquiera debe precipitarse sincerándose con él cuando entre en su consulta, sino que se quedará esperando a ver si la reconoce. Así tomará ventaja sobre él, como la ventaja que tuvo José sobre sus hermanos, como la ventaja que él tuvo entonces sobre ella, ya que sabía que su intención era cortar la relación con ella mientras que ella ni se lo imaginaba, inocentona como era, chivo expiatorio en manos de él.

A pesar de todo telefonea al hospital y se oye a sí misma preguntar si sería posible adelantar la visita con el doctor Rosen, y mientras sigue esperando respuesta se abren las hojas plateadas del ascensor y asoma pesadamente Miki, vestido con un polo azul enorme; siempre parece que la puerta es demasiado estrecha para él, así que cuelga el teléfono y lo deja a un lado antes de que le hayan respondido.

—¿Cuándo has habado con Alma?—se apresura a preguntar mientras Miki se sirve un vaso de agua y mira decepcionado las cazuelas, y es que Alma lo llama mucho más a él que a ella.

—Ayer. ¿Por qué hay otra vez arroz con fréjoles?

—Cocina tú si no te gusta lo que hay—se apresura a responderle.

—Sabes muy bien que no me importa nada cocinar y que el único problema es que a ti y a Omer no os gusta mi comida, que sólo le gusta a Alma.

—Ya veo—masculla ella—, de tanto como le gusta tu comida es anoréxica.

Pero al momento se arrepiente, no, no es anoréxica, simplemente es delgada, muchas chicas se cambiarían por ella, y por qué meterse con él, por qué atacarlo sólo porque haya aparecido en un momento inoportuno, sólo porque Alma lo prefiera a él antes que a ella, sólo porque cuando se casó con él ni se le había ocurrido pensar que Eitan la estaba buscando. ¿Era verdad

que la había buscado?

—¿Cómo la encontraste?—le pregunta.

—Muy bien—responde Miki—, me pidió que le cubriera el descubierto de la cuenta y estuvo muy cariñosa.

—¿Cariñosa? ¿No será rara?

—¿Rara? ¿Qué quieres decir con rara?—se sorprende él—. ¿Por qué iba a estar rara?

Iris se sienta frente a él a la mesa del *office*.

—No tengo ni idea, Miki. Omer ha dicho algo que me tiene preocupada. En cuanto vuelva sabremos más. ¿De cuánto era el descubierto? ¿No se estará gastando el dinero en droga?

—Si así fuera, sería en droga blanda—sonríe burlón—. Cuatrocientos séqueles, en total, ojalá fuera nuestro caso.

—¿Estás seguro de que no parecía drogada?—pregunta ella.

—¿Cómo que drogada? Pero ¿no conoces a Alma?—se sorprende él de nuevo—. Jamás se ha sentido atraída por esas cosas y siempre les ha dado la lata a sus amigas que bebían y fumaban. ¿No te acuerdas de cómo nos reíamos porque nos parecía una vieja puritana victoriana?

—Pero las cosas cambian, Miki—insiste ella—, ahora está sola en Tel Aviv, no tenemos ni idea ni dónde ni con quién anda, le hemos dado demasiada libertad.

—Yo confío en ella—sentencia, y a continuación lo repite como si quisiera convencerse a sí mismo—: y ¿qué alternativa teníamos? Yo confío en ella.

Los dos se quedan escuchando muy tensos el ruido del ascensor que trepa con gran esfuerzo entre los pisos, como si llevara una carga especialmente pesada, aunque es el hijo de ambos con la información que tanto temen.

—Hola, mampap. ¿Pasa algo? No os iréis a divorciar o algo así—intenta averiguar Omer de entrada.

—¿Divorciarnos? ¡Pero qué tontería!—exclama ella sorprendida.

—Como estáis ahí sentados esperándome como si tuvierais que darme una noticia dramática—dice burlón.

—¿Se te ha olvidado, Omer? El caso es que somos nosotros los que queremos que nos cuentes qué es exactamente lo que te han dicho tus amigos sobre Alma.

Omer disimula y se hace el olvidadizo, pero a ella no se le escapa la tensión que encierra la risa de Omer.

—Basta, no dramaticemos, es sólo que la niña ha llegado a la gran ciudad y según parece es una calentorra de cojones.

—¿Una calentorra de cojones?—escupe Miki esas palabras con repugnancia—. Pero ¿qué manera de hablar es ésa?

Entonces, Omer avanza hacia ellos cuan alto es y los fuerza a sostenerle la

mirada, como si fueran un par de chiquillos:

—Llámalo como quieras, papá, pero si se sentó encima de Yotam para magrearlo, después encima de Ido y luego le pidió a Jonatán que bajara con ella al lavabo, y son amigos a los que conoce desde primero de primaria, pues es una calentorra.

—O está drogada—se oye decir Iris, con una voz de timbre frío, metálico, el sonido del cuchillo que hurga en su interior—. ¿Podría hablar con uno de tus amigos para que me cuente más detalles?

—Déjalo, mamá, eso es todo lo que me han contado y bastante vergüenza les daba. No te preocupes, que no se aprovecharon de ella, pero supongo que habrá habido otros que sí. Así que hasta aquí las últimas noticias de Tel Aviv, que me piro a estudiar porque tengo un examen final pasado mañana.

Omer desaparece en su habitación y, al volver ella la mirada hacia Miki, ve para su sorpresa que éste se levanta apresuradamente, como si también él tuviera pasado mañana examen final, y se refugia en el rincón de trabajo que tiene al final del pasillo. Oye el despertar del ordenador y al cabo de un momento, cuando consigue reordenar todos sus miembros y se acerca a él, se lo encuentra refugiado en una de sus partidas de ajedrez rápido, de como mucho cinco minutos, esa nueva-vieja adicción suya.

—Miki, vayamos a verla, tengo que verla.

—Ahora no, que estoy ocupado, dame unos minutos—masculla.

Y ella se queda observando por encima del hombro de Miki la pantalla cuadriculada que por algún motivo tiene el aspecto de un tablero anticuado. A su padre también le gustaba el ajedrez, era un estupendo jugador y le había enseñado de niña algunas buenas jugadas. Sólo le quedaba una fotografía, en blanco y negro, que la inmortalizara sentada frente a él y entre ellos el tablero de cuadros, ella con semblante concentrado mientras que a él no se le ve la cara sino sólo la espalda. Eso fue lo que la hizo sentirse atraída por Miki en la cafetería de la universidad. Mientras se tomaba el ardiente café, vio por el rabillo del ojo a un hombre corpulento inclinado sobre un pequeño tablero, sumido en sus pensamientos, moviendo de vez en cuando las piezas, las negras y las blancas, porque nadie estaba sentado frente a él, y enseguida pensó en su padre, que para ella era un hombre enorme, aunque en realidad fuera más bien de talla mediana y no cabía la menor duda de que Alma había heredado de él esos miembros finos y delicados, y entonces se había acercado con paso lento, embelesada, a aquella espalda ancha y se había sentado en la silla vacía frente a él y, una vez allí, sintió con una certeza inexplicable que aquella silla estaba destinada sólo a ella, a pesar de que no sabía jugar, porque tras la muerte de su padre ya no había quedado nadie que le siguiera enseñando.

—No sé jugar—se había apresurado a comunicarle al sorprendido

muchacho que le dirigía una mirada interrogativa.

—No pasa nada, porque la verdad es que prefiero jugar contra mí mismo—respondió él, y esa frase adquiere ahora, retrospectivamente, un significado añadido del que ninguno de los dos fue consciente entonces, porque la vida con una mujer que casi muere de amor no deja de ser una partida contra uno mismo, en cualquier caso, nunca a favor de uno mismo.

Ella se encontró allí hablando de su padre, que era adicto a ese juego, tanto, que su madre tenía que ir a buscarlo al club de ajedrez para obligarlo a volver a casa, y si perdía, se ponía de muy mal humor y estaba furioso toda la noche, mientras que si ganaba, la cogía en brazos, bailaba con ella y se sentía tan feliz que era imposible enfadarse con él, y el muchacho corpulento la escuchó pacientemente, y sus ojos negros, que al principio a ella le parecieron algo inexpresivos, se hicieron más penetrantes al oír lo joven que había muerto aquel aficionado al ajedrez y lo pequeña que era su hija entonces.

—¿Quieres que te enseñe a jugar?—le preguntó, con un hilillo de voz, como si temiera ir a meter la pata.

—No, sólo voy a mirar.

Y ella se quedó mirando en silencio cómo jugaba contra sí mismo, observando aquel rostro grande, moreno y de un ligero aspecto a masa de pan, que cambiaba deprisa de expresión pasando de la tensión a la complacencia, del engreimiento a la decepción, y ella pensó que si su padre hubiera jugado contra sí mismo le hubiera ahorrado a su madre los humillantes paseos al club de ajedrez y ella misma habría podido disfrutar de más horas junto a él, porque el tiempo que compartieron había sido tan poco, y mientras seguía mirando a aquel muchacho que tenía grandes todos los miembros y aun así parecía delicado, intentó calcular cuántas «horas con padre» había tenido en los pocos años en los que sus vidas coincidieron, y tan concentrada estaba en sus cálculos, contando con los dedos y moviendo los labios, que no se apercibió de que ahora era él quien seguía las expresiones de su cara, y cuando finalmente se dio cuenta, se rio confusa porque seguro que pensaba que era rara.

Colocó sus manos claras junto al tablero y miró las manos oscuras de él, mientras pensaba en que si entrelazaran los dedos parecerían peones de ajedrez colocados juntos unos frente a los otros, y tanto ansiaba entrelazar sus dedos con los de él que de repente se oyó a sí misma diciéndole:

—Todos estos años he guardado el ajedrez de mi padre, pero si tú lo quieres, te lo doy.

—Vaya, muchas gracias, pero no puedo aceptarlo, eso es algo que debe quedarse contigo—dijo él sorprendido por el gesto.

—Tienes razón, tiene que seguir conmigo—respondió pensativa—, pero de verdad que quiero que también sea tuyo, porque yo no sé jugar.

—Tengo la solución perfecta—exclamó él—, podemos vivir juntos.

Y los dos se rieron como si se tratara de una broma, que sin embargo se materializó mucho antes de lo esperado. Estaba tan hechizada por el entusiasmo de él y por el hecho de que no había tenido dudas sobre su relación con ella. ¿Cómo iba a saber que, durante aquellas semanas en las que preparaban la unión que le permitiera entregarle las piezas del ajedrez de su padre sin tenerse que separar de ellas, subiría Eitan Rosenfeld las escaleras de casa de su madre para preguntar por ella, ni que su madre lo echaría de allí como si fuera un mendigo o un delincuente?

¿Y cómo iba a saber que con los años, precisamente lo que tanto la había atraído de él se iba a convertir en algo odiado, igual que lo había sido para su madre, a pesar de que los clubes de ajedrez hubieran sido sustituidos por la pantalla del ordenador y las larguísimas partidas fueran ahora brevísimas partidas relámpago, lo que no había impedido que la dependencia y la desconexión del entorno no hubieran hecho más que empeorar hasta el punto de que casi no se podía hablar con él por las tardes hasta entrada la noche, porque el único interés de él era el juego, incluso en horas de trabajo, eso le parecía a ella a veces, porque cuando lo llamaba por teléfono notaba en su voz la típica impaciencia de los adictos. «Ahora no, que estoy haciendo algo», soltaba impaciente cuando uno de los niños le pedía que lo acercara en coche a algún lugar o le ayudara con los deberes, y ella se consolaba pensando en que si ése era el padre que se había perdido, quizá la pérdida no hubiera sido tan grande, y ahora masculla detrás de su espalda, esa misma espalda hacia la que se encaminó como embrujada hace veintitrés años:

—Dicen que ser propenso a las adicciones es genético. Alma ha visto a un padre dependiente del ajedrez y ella se ha colgado de las drogas.

—Ahora no, que estoy a mitad de la partida—murmura él.

—Puede que si no estuvieras tan enganchado a esos juegos tuyos—insiste Iris—, Alma estaría hoy bastante mejor.

Y lo dice a pesar de que sabe que Alma ha sido la única que ha podido disfrutar de su atención, incluso a mitad de una partida, la única que ha accedido a ver su brillante juego y que se ha alegrado con él en la victoria, y sobre todo la que lo consolaba en sus derrotas, porque de la misma manera que el mundo real carecía de sentido para él—porque normalmente no sabía contra quién jugaba y el número de puntos que ganaba o perdía no le interesaban a nadie—le escocía perder, como en este mismo momento en el que iba perdiendo en la pantalla frente a ella, que ni tan siquiera se molesta en ocultar su alegría al verlo perder:

—No vuelvas a empezar ahora una nueva partida para vengar esta derrota, que nos vamos.

—¿Adónde?—musita mientras se levanta y se encamina pesadamente hacia

la cocina como si acabara de despertar de un profundo sueño.

—Pues a ver a nuestra hija.

—¿No exageras, Iris? Si lo único que quiere es recrearse.

—¿Recrearse?—repite ella esa anticuada expresión—. Pero ¿en qué mundo vives? ¿Te parece normal intentar ligar con los mejores amigos de su hermano, así, sin ton ni son?

—Quién eres tú para juzgar qué es normal y qué no—masculla Miki—. Ahora sé, por lo menos, que no es una asexuada como su madre.

Ella retrocede como si le hubiera dado una bofetada y se dirige en silencio al dormitorio. ¿Asexuada? ¿De dónde saca eso ahora? ¡No le pega nada hablar así! Iris sabe que se siente ofendido por el hecho de que ella haya abandonado el lecho conyugal y porque el sexo no la vuelva especialmente loca desde hace ya unos años, como a la mayoría de las amigas de su edad, pero de ahí a que le suelte algo así… Debe de estar mucho más nervioso de lo que está dispuesto a admitir. Iris se sienta en la cama. Enseguida se tomará un analgésico más y se irá a ver a Alma, sin avisarla, irá directamente al bar, para cogerla por sorpresa. Seguro que la chica protestará por la intromisión, pero no le quedará más remedio que soportar su presencia, aunque puede que lo que haga sea observarla desde fuera sin que se dé cuenta, si es que hay ventanas, y el solo pensamiento de lo que pueda llegar a ver por la ventana le produce un escalofrío.

Verá la vida sexual de su hija, cuando los padres no tienen por qué ver esas cosas. Puede que Miki tenga razón, en realidad, porque a ella le parece que, por el bien de todos, los padres tienen que ser asexuados a ojos de sus hijos y los hijos tienen que ser asexuados a ojos de sus padres, porque si no es así resulta incómodo, aunque en estos momentos eso es algo completamente marginal, porque si Alma se está comportando de una manera extraña ella tiene que ir a ayudarla, aunque sea en contra de su voluntad, así que se quita la ropa y se queda de pie ante el armario. Normalmente no se fija demasiado en lo que se pone, pero esta noche le importa mucho verse bien para que su hija no se avergüence de ella. Finalmente, pues, escoge una falda tubo negra. Desde que el dolor ha vuelto apenas come, así que la falda ya no le queda tan ajustada como antes, y la blusa blanca de lunares negros siempre le ha favorecido, pero cuando está pintándose los labios a toda velocidad Miki entra en la habitación con el teléfono en la mano y una sonrisa ufana dibujada en los labios.

—Mamá ya se ha puesto guapa en tu honor, chatita—se burla muy contento mientras del teléfono brota una risita chillona—, quiere que vayamos a visitarte porque está preocupada por ti.

Y ahora oye Iris a la hija de ambos diciendo muy deprisa: «No tienes por qué preocuparte por mí, papá, estoy perfectamente. Hoy doblo el turno, así

que no vengáis. No voy a parar, no tendré ni un momento para vosotros y, además, tengo que colgar ya, ¿me oyes?».

—Sí, te oigo y lo que me parece entender es que no te urge demasiado vernos—y continúa la conversación ante la mirada encendida de ella—. Me han llegado noticias de que los amigos de Omer estuvieron ayer a verte. ¿Qué tal fue?

—¡Ni me los nombres!—se queja—. ¡Menudos niñatos! No saben beber. Al primer chupito de vodka ya se les van las manos hacia lo primero que se les pone delante. Tuve que echarlos. Me la jugaron bien y encima le tuve que mentir a Boaz diciéndole que tienen dieciocho años. Dile a Omer que no me vuelva a mandar a ningún amigo suyo.

Miki la escucha encantado, con una sonrisa que no hace más que ensancharse.

—¿Quién es Boaz? ¿El dueño del local?—indaga.

—Sí, mi jefe—responde ella pletórica—, que está supercontento conmigo. La semana que viene me pone de encargada de turno.

—¿Y cuándo vas a venir?—pregunta él—. ¿Y si pasas aquí el fin de semana? ¡Hace casi un mes que no te vemos!

—Pero papá—se queja Alma—, si los fines de semana es cuando mejores son las propinas. Me fastidia tenerme que perder esos turnos. ¿Sabes qué? Puede que vaya el domingo, ¿vale? Es el día más flojo.

—Claro, chatita. Cuando puedas. Adiós, cariño. Cuídate mucho. Besos—y frunce sus carnosos labios sobre el móvil, que le devuelve también el sonido de unos besos.

—Adiós, papaíto.

En el silencio que se extiende por la habitación se diluye el enfado que ha sentido por el hecho de que Miki haya revelado su secreto plan, y la verdad es que ahora siente un gran alivio al haber oído la alegre y tranquila voz de Alma mezclada con sus dudosas explicaciones exculpatorias, y además reconoce que a pesar de sus partidas de ajedrez, Miki ha conseguido llegar mucho más lejos que ella en su relación con su hija, así que la sensación de fracaso que siente luego le resulta tan dolorosa que por un momento logra imponerse sobre el dolor de la cadera que le baja por la pierna, además de que se siente ridícula con esa ropa tan festiva, ni que se hubiera estado arreglando para la boda de su hija, encima de que no ha dejado de pintarse y repintarse los labios durante todo ese rato hasta dejarlos embadurnados de una espesa y pegajosa capa de carmín, y ahí está ahora la sonrisa de él en el espejo, detrás de ella, una sonrisa satisfecha y a la expectativa, como si le acabara de hacer un regalo y estuviera esperando las exclamaciones de júbilo y sorpresa de ella.

—¿Qué vamos a hacer, Miki?—murmura, con los labios como corchos de tanto pintalabios.

—Salgamos a comer algo. Hace tiempo que no comemos fuera, y ya que te has vestido…—dice él, expeditivo como siempre.

Ella renuncia a buscar cualquier excusa. Aunque le duela, aunque no tenga hambre, aunque deba madrugar al día siguiente y aunque él la haya ofendido, sabe que ese momento no puede perdérselo.

—Cualquier cosa menos arroz con fréjoles—bromea él mirando la carta—. ¿Qué tenéis que sea lo más opuesto posible a arroz con fréjoles?—le pregunta a la camarera que no acaba de entender la broma.

Iris lo mira con cariño. Al fin y al cabo es su Miki, que la quiere a su manera, que quiere a sus hijos, que los vio nacer, que te decepciona pero a la vez te sorprende positivamente, que la cuidó con entrega cuando resultó herida, que la apoyó cuando decidió presentarse a directora y que tan orgulloso está de su éxito, y junto a ese cuerpo grande ella siente que tiene una casa, como si ella fuera una tortuga y él su caparazón; a medida que van pasando los minutos se va sintiendo más cerca de él, hasta el punto de que casi le cuenta que cree que el médico ese de la barba blanca fue el amor de su juventud, Eitan Rosenfeld, y que desde que lo ha visto no piensa en otra cosa, y ya tiene las palabras en la punta de la lengua cuando se las traga con la sopa fría de pimientos picantes. ¿Qué sentido tiene contar nada de lo que nunca sucedió? Y en ese mismo instante decide no volver al hospital, decide no intentar verlo ni abrirle la puerta de su vida. El daño que le hizo pertenece a su vida anterior y, aunque ahora se echara a sus brazos o se arrodillara ante ella pidiéndole perdón y piedad, ya no habría cómo reparar lo sucedido. Bien que hizo su madre en echarlo de su casa como él la había echado de su vida, y bien hará ella en no permitir que ese dolor nuevo y viejo la guíe hasta él, porque curarla ya no va a poder hacerlo, y volverla a enfermar, no se lo piensa permitir.

VI

De ninguna manera, vuelve a tomar la misma decisión al día siguiente, y al otro, de ninguna manera va a intentar volver a verlo, de ninguna manera se va a dar a conocer ante él. En vez de ocuparse de los desechos de su juventud, se ocupará de la juventud de su hija, y quizá a eso se refería, sin saberlo, al escoger el nombre, Alma, que en hebreo significa doncella, muchacha, en referencia a la juventud que le fue robada a ella y que quiso darle a su hija, una juventud eterna, y sentada en su despacho mirando los dibujos de los alumnos que cuelgan de la pared piensa en que tampoco tuvo infancia, por la muerte prematura de su padre, que la convirtió en un abrir y cerrar de ojos en una persona con una enorme carga sobre sus hombros, de niña pequeña en adulta. Quizá sea por eso por lo que a veces se siente tan vieja, porque ya desde los cuatro años fue mayor y por eso quizá hace tiempo que la acompaña esa ligera indolencia de los ancianos mezclada con una tenue ira. Pero nada de eso importa ahora, se dice; hoy va a salir pronto del trabajo porque Alma ha prometido que por fin va a ir a casa, y a pesar de que la duda la corroe, se va a comportar como si la visita fuera una certeza. Preparará para ella la tarta de galletas que tanto le gusta, con capas alternas de crema de vainilla y crema de chocolate, el dulce que antes preparaban todas las semanas. Antes la hacían juntas todos los viernes y la niña se manchaba la cara hasta la frente, pero cuando Omer nació se convirtió en algo muy raro, relegado casi exclusivamente a los cumpleaños.

Qué difícil fue criar a Omer. Mira con disgusto su sonrisa en la fotografía que cuelga de la pared frente a ella, una vieja foto de familia. Se diría que desde el momento en el que él llegó al mundo tomó la determinación de que ya nada sería como hasta entonces, ni las noches ni los días, y hasta el insignificante rito casero de preparar una tarta se topaba con innumerables escollos. O gritaba iracundo porque no se le dejaba participar y escondía los ingredientes por toda la casa, o si se avenían a que las ayudara, se pasaba el rato discutiendo, imponiendo su criterio, cambiando las cantidades, y si no se plegaban a sus deseos, convertía todo el proceso en una pesadilla, hasta que Alma se marchaba hecha un mar de lágrimas. Ahora recuerda que una vez quiso engañarlo y llamó a una canguro para que se lo llevara al parque y poder así hacer con Alma la tarta de su octavo cumpleaños. Pero cuando el niñito volvió con cara de celoso amante despechado, enseguida descubrió la tarta en la nevera, y aprovechando un momento de distracción la tiró al suelo furioso y el ruido del molde al estrellarse contra el suelo bajo la espléndida masa la aterró hasta el punto de que se quedó mirando fijamente a su hijito con un escalofrío de asombro: así que es verdad que eres capaz de todo, tal como lo sospechaba, como lo he sentido siempre.

Desde que nació sus amigas intentaron tranquilizarla: «Así son los niños, es que tú te has acostumbrado a tu niña, tan tranquilita además. Los niños son unos salvajes, él es como todos, no le pasa nada en absoluto», y ella, claro está, se abrió enseguida a todas esas palabras tranquilizadoras, aunque una y otra vez se estrellaba contra la realidad. Él era diferente, no era como todos, era más violento, más gamberro, y en aquel momento, ante una Alma que berreaba con todas sus fuerzas, entendió que la era de los desmentidos había llegado a su fin, que había que prepararse para unos años duros y que el precio, según parecía, lo pagaría la niña, cuya tarta de cumpleaños había sido destruida con la peor de las intenciones.

Y ella misma, cuando se rehízo lo suficiente, respondió al reto. No en balde había escogido la educación como profesión, de manera que si conseguía salir adelante con su niñito, también lo conseguiría con los congéneres de éste que había diseminados por toda la ciudad y que provocaban en tantísimos padres, profesores y cuidadoras una profunda sensación de impotencia y desesperanza. Y la verdad es que lo logró con creces, porque en unos pocos años el niño se convirtió en una persona mucho más manejable y disciplinada. Fueron unos años de esfuerzo constante que transformaron a Omer de niño casi imposible en un chico casi normal, en alguien como los demás, quizá un poco más movido y rebelde, aunque a cambio, durante todos esos años, Alma fue abandonada a su suerte, y está bien claro que ninguna tarta la va a resarcir de aquella tarta de cumpleaños, porque tampoco lo consiguió la otra tarta que le preparó en aquella ocasión a media noche, aunque a pesar de ello corre ahora a la tienda y se hace con los ingredientes ante la emocionante certidumbre de que en esta ocasión el encuentro va a ir muy bien.

Pero las galletas que con tanta ilusión acaba de comprar se van a ablandar desmigajadas en un cuenco, porque el ruido del ascensor la sorprende demasiado pronto, mientras todavía está sumergiéndolas en leche para colocarlas en el molde, así que vuelve la cabeza con una sonrisa alegre y esperanzada, pero la chica que sale de allí es tan diferente a su hija que casi ni la reconoce, y por un momento le parece que se ha convertido en un muchacho, de tanto como se ha cortado el pelo, y no conforme con la rapada de sus espléndidos mechones de color nuez, se ha teñido lo poco que le queda de un tono negro cuervo que le resalta las facciones heredadas de la madre de Miki dándole un aspecto completamente diferente, y ese cambio la deja tan estupefacta que, aterrada, renuncia por completo al estúpido esfuerzo de seguir preparando la tarta, por lo que deja que las galletas se hundan en el baño de leche que una cucharadita de café soluble ha teñido de un suave tono moka.

—¿Alma? Pero ¿qué te ha pasado?—pregunta, limpiándose las pegajosas

manos en un paño de cocina y corriendo hacia ella, como si su hija estuviera a punto de desmayarse y necesitara que ella la sujetara, y está claro que ésa no ha sido la pregunta correcta, porque Alma, como era de esperar, se pone a la defensiva y le dice con frialdad:

—¿Qué te pasa, mamaíta? ¡Me miras como si se te hubiera aparecido un fantasma! ¡Pero si sólo me he pelao!

Iris, que nota al instante que su hija ya se arrepiente de haberse molestado en ir, intenta corregirse:

—No, si no es sólo el corte de pelo, es el color, es que te cambia por completo, hace que te parezcas a tu abuela Hannah.

Después la abraza, ese cuerpo tenso, enjuto, que ha añadido a su delgadez de siempre una nueva rigidez. ¿Qué le estará ocultando ese cuerpo? ¿Qué le estará pasando a ese cuerpo que en su útero tantas patadas le había dado, que brotó del suyo propio y que ahora se despega de él con premura, como si temiera que pudiera descubrir el secreto que guarda?

—Hola, ¿cómo vas, hermanita?—asoma Omer desde su habitación—. ¡Joder, menuda rapada! ¿Por qué será que ahora me recuerdas a la abuela Hannah?

Pero ella va y se ríe, a pesar de que Omer le estropeó adrede la tarta de cumpleaños hace ahora trece años, y le explica, en un tono tenso, que en Tel Aviv todas intentan ser la más guapa, pero que a ella le apetece ir contracorriente y no esforzarse por estar bella, sino esforzarse justamente para no estarlo. ¿Por hacerlo al revés que las demás? Y añade ese pequeño interrogante que hace que él se ría burlón y le diga:

—Guay, hermanita, lo importante es que a ti te guste.

—Pues claro que me gusta—exclama, mirándose de reojo en el espejo que cuelga de la pared y revolviéndose un poco el pelo con una sonrisa provocativa y de justificación, la sonrisa preocupante de la abuela Hannah, y su madre observa intranquila sus gestos porque sabe lo que Omer no sabe, ni tampoco su hermana, que la abuela Hannah, que murió cuando ellos eran niños de una grave enfermedad, fue durante muchos años una mujer maltratada.

A ver qué dice Miki, piensa ella mientras sus hijos hablan relajadamente y se ríen, a ver si ahora se va a quedar tan tranquilo y va a seguir burlándose de ella y diciéndole que se preocupa en vano, porque el sufrimiento de su madre lo acompañó a escondidas, siempre negado, durante toda su infancia y juventud, a pesar de que ella hizo lo indecible por protegerlo de su padre, que era mucho más mayor que ella y tenía unos celos enfermizos y violentos. Sólo cuando Miki ya fue un hombre adulto y estaba casado, consiguieron juntos ayudarla a dejar al padre, pero al poco tiempo ella enfermó y, en vez de disfrutar de su nueva vida como mujer libre, pasó a ser esclava de la

enfermedad, los tratamientos y el sufrimiento, hasta que murió exhausta, casi con un suspiro de alivio, mientras el padre, mucho mayor que ella, sigue viviendo junto a una nueva mujer, pero como Miki cortó toda relación con él no saben si la nueva mujer ha corrido mejor suerte que la anterior.

«Me recuerda a mi padre», reconocía Miki de vez en cuando, con una voz que denotaba cierto embarazo, cuando Omer tenía un ataque de furia, «según parece ha habido un salto de una generación y le ha tocado a Omer», pero más grave para él va a ser experimentar por lo que está pasando ella en ese momento, y es que su hija, que acaba de regresar de la gran ciudad para hacerles una breve visita, trae consigo el antiguo y amenazador hedor de la sumisión.

—¡Hola, chatita!—exclama pletórico, volviéndose hacia ella cuando el ascensor lo expele directamente a sus brazos—. ¡Mi Almita!

Iris se da cuenta de que Alma se suelta muy deprisa también de su abrazo y que igual que ha hecho antes con ella rehúye la mirada de su padre, y se escabulle con esa alegría impostada que irradia para correr hacia el mármol de la cocina y coger el paquete de galletas que todavía no han sido mojadas y ponerse a roerlas nerviosamente una tras otra.

—No te atiborres de galletas, que hay mucha comida—se apresura a decirle, porque le parece que eso es lo que una madre corriente diría en ese momento, y hasta añade con una sonrisa complaciente—: justo te estaba haciendo la tarta que tanto te gusta.

Una madre corriente de una familia corriente de dos padres y dos hijos, porque ahí está ahora Omer arrebatándole unas cuantas galletas a su hermana para ir luego a tirarse al sofá azul grande, y Alma se sienta a su lado, mientras Miki se sirve un vaso de agua y se une a ellos, y se diría que sólo la esperan a ella para que se siente en el sofá de flores frente a ellos y disfrute de una pizca de paz, que sienta una pizca de orgullo por la familia corriente que han logrado formar, a pesar de no provenir ellos de dos familias precisamente corrientes, pero se ve incapaz de dejarse arrastrar por la alegría del encuentro. El aspecto de su hija le duele tanto que no se siente con las fuerzas suficientes para sentarse frente a ella y aparentar alegría, así que, volviéndose de espaldas a ellos, se limita a murmurar:

—Me falta preparar la ensalada.

—¿Va todo bien, Irisi?—pregunta Miki, y le cuenta a Alma que a su madre le ha vuelto el dolor de cadera que le baja por la pierna, que sufre mucho últimamente.

—Estoy perfectamente bien.

No se siente cómoda refugiándose bajo la sombra de aquel suceso por el que su hija ya sufrió bastante y del que se liberó hace tiempo, así que se concentra en sacar de la nevera las hortalizas para cortarlas descuidadamente mientas

intenta calmarse. ¿Qué le pasará a su hija? Aunque quizá su hija sea la que ha tenido razón al preguntarle qué le pasa a ella, porque nadie parece notar nada raro, sino que todos están contentos, y sólo ella siente el corazón desbocado y se ve asaltada por un gran temor que se cierne sobre ella sin que sepa muy bien por qué.

El caso es que se ha cortado el pelo, ha tirado su larga cabellera que tanto se cuidaba al cubo de la basura de vete tú a saber qué peluquería, aunque por lo descuidado del corte se puede suponer que se lo ha cortado ella misma, y después ha cambiado su hermoso color castaño de tonalidades de nogal por un negro azabache, cosa que tampoco es ninguna tragedia, porque le confiere cierto equilibrio a su rostro, y junto con la ropa que ha elegido ponerse, un polo negro desgastado y unos tejanos grises, se la ve muy poco atractiva, tanto que nadie se va a volver por la calle para mirarla como pasaba no pocas veces en el pasado, cuando llevaba sus vestidos cortitos y el pelo suelto. ¿Por qué asustarse? Años estuvo criticando a su hija porque le dedicaba tantísimo tiempo a su apariencia externa, así que se supone que ahora lo que debería hacer es alegrarse por ese cambio repentino, pero está claro que no es la pérdida temporal de su belleza lo que tanto le molesta, sino la pérdida de algo en la expresión de su rostro, ¿de la libertad, quizá?

Es difícil definir la expresión de una cara, así que es posible que sea el súbito parecido con la abuela Hannah lo que le hace ver la sombra de algo como si fuera el objeto real, porque qué tiene que ver aquella mujer torturada que se casó en contra de su voluntad con un hombre dominante y violento con la chica que vive sola en la gran ciudad con todo su futuro por delante, de manera que ahora respira varias veces profundamente, echa sal gruesa en la ensalada, exprime un limón y ve que el quiche que ha metido en el horno ya ha cuajado.

—Venid a comer—llama—, Omer, ¿dónde está la *mujadara*? No me digas que te la has acabado.

—En el bar tenemos una *mujadara* impresionantemente rica—dice Alma mientras se sienta en su sitio de siempre—. La servimos con mantequilla de cabra derretida.

—Parece que estás muy contenta en tu trabajo—se esfuerza ella por sonreírle.

—¡Sí, mucho! Es como un hogar, todas las camareras somos amigas y Boaz está supercontento conmigo. A partir de la semana que viene seré encargada de turno—añade Alma, y al momento se abalanza sobre la comida y la engulle con un sanísimo apetito.

Según parece, no hay por qué preocuparse, pero por la manera en que lo ha pronunciado, con orgullo y sigilo a la vez, el nombre del tal Boaz le resuena en los oídos incluso después de que hayan salido por su boca otras palabras.

—¿Cuántos años tendrá Boaz?—indaga ella, como si intentara acordarse.

—No lo sé exactamente, como vosotros, más o menos—intenta zafarse su hija.

—¿Y es majo? ¿Se porta bien con vosotros?—le pregunta con júbilo, por no despertar sospechas en su hija.

—Es una persona muy especial. Tiene el bar para ganarse la vida, pero lo que le interesa es la ayuda psicológica que da. Hay unas cuantas chicas a las que literalmente ha salvado—responde su hija, cayendo de lleno en la trampa.

—¿Salvado de qué?—le pregunta, al tiempo que la mano con la que sostiene el tenedor le empieza a temblar, y su hija, que se da cuenta, intenta escapar como puede.

—De nada en particular, ya sabes, son chicas que andan un poco perdidas, que se están buscando a sí mismas. Él las ayuda a encontrar el camino, a trabajarse interiormente.

—¿Y también a ti te ayuda, Alma?—le pregunta, intentando estabilizar la voz y la mano.

—¿Qué ayuda necesito yo, en tu opinión? Yo soy una chica de casa bien, con unos padres que se preocupan por mí. ¡Yo no necesito ayuda!—dice su hija, parapetándose enseguida tras su tono burlón.

—¡No me digas que te lo has tomado al pie de la letra!—le riñe a Miki cuando vuelve de la estación central de autobuses.

La niña se negó en redondo a dormir en su casa a pesar de que Iris había puesto sumo cuidado en retirar todas sus pertenencias de la habitación de su hija, había cambiado las sábanas y le había pedido insistentemente que se quedara. «Podrás dormir hasta tarde y cuando te levantes saldré del trabajo y podemos tomar café juntas», había intentado convencerla, pero por lo visto su proposición había sonado más a amenaza, porque su hija la rechazó casi con pánico, aduciendo que le gustaba dormir en casa, así que estaba claro que el lugar al que llama casa ya no es la casa de ellos y que le resultaba más cómodo volver por la noche que al mediodía, cuando hace calor y hay mucho tráfico, y tras un abrazo precipitado había desaparecido en el interior del ascensor junto a su padre, que se había ofrecido a llevarla a la estación central de autobuses, y así fue como Iris se había quedado petrificada ante las puertas de acero del ascensor, esperando a que volviera Miki, para poder repetirle esa frase aciaga e hiriente: «¿Qué ayuda necesito yo, en tu opinión? Yo soy una chica de casa bien, con unos padres que se preocupan por mí. ¡Yo no necesito ayuda!».

—He entendido al pie de la letra lo que ella ha querido decir—le responde un sorprendido Miki al regresar, mientras se sirve un vaso de agua de la nevera y se sienta frente a ella a la mesa de la que ella ya se ha llevado los platos—. Ha visto que estabas preocupada y ha querido tranquilizarte. ¿De

qué ironía estás hablando? ¿No tiene unos padres que se preocupan por ella? ¡Pues mírate ahora, lo preocupada que estás! Escúchame, Iris—añade en tono cariñoso—, me temo que no ves la realidad tal y como es. Puede que sea por tantos analgésicos como tomas, porque producen alucinaciones. Tenemos que ir a una clínica del dolor y que te prescriban un tratamiento adecuado. ¿Y si vamos directamente al director de la unidad, aunque tenga un poco pinta de psicópata?

—¿De psicópata?—se sorprende Iris—. ¿Por qué?

Una extraña alegría se apodera de ella. Puede que Miki tenga razón, que tenga alucinaciones y que sea necesario que vea al director de la unidad. Claro que tiene que volver a verlo, no puede desperdiciar esa oportunidad, a pesar de todas las decisiones que ha tomado y los juramentos que se ha hecho; incluso se niega a renunciar a la oportunidad de cotillear sobre él con Miki, así que le vuelve a preguntar:

—¿Y por qué te parece un psicópata?

—¿No te diste cuenta de lo raro que es?—pregunta Miki con una risita burlona—. ¡Pero si salió corriendo de la consulta sin ni siquiera mirarnos, como si huyera de su propia sombra!

—¡O de la nuestra!

Por primera vez se le ocurre pensar en la posibilidad de que él la reconoció y que fue por eso por lo que salió huyendo como alma que lleva el diablo.

—Pero ¿por qué iba a haberse asustado de nosotros?—le toca ahora sorprenderse a Miki, que se apresura a contestarse a sí mismo—. Quizá sea un misántropo, aunque he oído que es un buen médico; a una del trabajo la ha ayudado mucho.

—¿Ah sí? ¿A quién?—pregunta, sorprendida por el flujo de información que brota de repente de una fuente inesperada.

—Se trata de una nueva que tú no conoces—dice Miki poniéndose en pie —. Fue ella la que me propuso que te llevara a ese médico cuando te empezaron los dolores, pero tardaban demasiado en darnos una cita, además de que es carísimo.

—Ay, Miki, no lo sabes tú bien lo caro que es—le dice ella, siguiéndolo hasta el dormitorio en busca de los objetos que vuelven a estar en su sitio, los tapones de los oídos, la crema de contorno de ojos, el camisón, el libro abierto; en el pequeño espejo del armarito del cuarto de baño asoma la parte superior de su cabeza junto a la oreja de él, una frente despejada con el pelo liso y apagado.

Se lavan los dientes a conciencia uno al lado del otro, pero cuando está a punto de escupir el contenido de su boca en el lavabo, la detiene una extraña turbación, nueva. No le resulta cómodo que Miki vea la papilla que tiene en la boca, cuyo color es rosado por el sangrado de las encías, y esa consistencia

repugnante, así que tiene la esperanza de que él se le adelante, pero parece que también él se siente turbado, porque sigue moviendo el cepillo por el interior de la boca hasta que ella se hace a un lado y escupe en la taza del váter, meditando sobre lo que eso significa acerca de ellos, acerca de su intimidad, porque también él aprovecha precisamente que ella se ha apartado para librarse de la papilla de su boca, que hace desaparecer tubería abajo con un potente chorro de agua, y casi en contra de su voluntad recuerda ella ahora al chico que tanto amó; nada los separaba, ni al levantarse por la mañana ni al acostarse, porque ella se dormía entre sus brazos y respiraba el aire que él expiraba.

Éramos unos niños, suspira, ¿cómo se va a poder comparar? Mira con descontento su pelo canoso. ¿Y si va mañana a la peluquería que hay cerca del colegio y pide que le tiñan el pelo de negro azabache como a su hija? Puede que el parecido artificial que adquieran las lleve a un acercamiento tardío cuando la sorprenda a la puerta del restaurante, porque no se ha quedado nada tranquila ni convencida.

—¿A qué se debe este honor?—pregunta Miki con sorna, al ver que ella se tiende a su lado en la cama—. Ya me he acostumbrado a dormir solo. No habrás empezado a roncar, ¿verdad?

Ella se le acerca y posa la cabeza en ese pecho lampiño cuyo contacto siempre le ha gustado, tan suave y poderoso a la vez.

—Dime—dice ella, arrastrando la palabra hasta formular la continuación de la frase—, ¿qué más te ha contado la chica esa de tu trabajo? ¿Qué dolores tenía ella? ¿Cómo consiguió, exactamente, ayudarla ese médico?

Y para su sorpresa, Miki le responde con todo detalle:

—Tenía un terrible dolor en la parte baja de la espalda, sufría muchísimo, estaba totalmente impedida, y tiene una niña pequeña que cría ella sola. No había nada que la ayudara, hasta que dio con él. Le puso unas inyecciones de cortisona que la han salvado.

—Vaya, pues sí que estás enterado—observa ella—, no tenía ni idea de que te preocupara tanto la gente que te rodea.

—No es que me preocupe en absoluto—se pone él, de inmediato, a la defensiva—, pero cuando una chica llora a tu lado todo el día no te vas a quedar impasible.

—Ahora entiendo cómo diste con esa clínica, la verdad es que me extrañó —dice Iris, procurando reconducir la conversación hacia el médico, no hacia la enferma, porque qué le importa a ella la enferma, pero se diría que a Miki sí le importa, porque de tanto como le importa se apresura a contraatacar:

—Pero ¿qué es lo que te pasa, últimamente? ¡No se puede hablar contigo! Todo despierta tu suspicacia, lo mismo la mañana del atentado, y ahora esta pobre chica a la que sólo intenté ayudar.

—¿Y cómo intentaste ayudarla, exactamente?

—No tiene nada de especial. La llevé una vez a ese médico porque no podía ni conducir de los dolores que tenía—responde.

—Te felicito, Miki, no sabía que estuviera casada con un ángel. Y entonces, ¿por qué cada vez que Omer te pide que lo lleves a algún sitio te enfadas tanto?—pregunta con sorna. Pero qué sentido tiene todo eso ahora, si no es lo principal. Así que vuelve a intentarlo—: ¿Qué más te ha contado ella?

—Nada de particular, que está en tratamiento con él y que desde entonces ha mejorado mucho—masculla él.

—Qué bien, me alegro por ella—suspira Iris.

No ha conseguido la información que esperaba, pero en su lugar ha conseguido otra, un poco preocupante, o por lo menos preocupante para Miki, por lo visto, porque levantándose furioso de la cama dice irritado:

—Me voy al ordenador, se me ha pasado el cansancio.

—¿Qué te pasa, Miki? Estás más susceptible que una adolescente. ¡Ni que tuvieras algo que ocultar!

Pero él se ha abalanzado ya sobre las piezas de ajedrez y no oye sus últimas palabras. Y mejor que así sea, porque algo anda mal con las palabras entre nosotros últimamente, piensa Iris; las estamos utilizando para ocultar en lugar de para revelar. Hemos traicionado las palabras, algo quizá todavía más grave que traicionarnos el uno al otro. Hemos traicionado las palabras y ahora ellas nos castigan.

—Negro azabache—le dice al peluquero—, lo más negro que tengas.

Y mientras el tinte impregna su pelo, que ha crecido muchísimo últimamente, se mira en el espejo esperanzada. Nunca ha hecho extravagancias con el peinado, ni en general tampoco puede decirse que sea una persona excéntrica, pero esta mañana tiene la sensación de que la juventud se cuela hacia ella de repente a través de un ventanuco misterioso que se ha abierto sin que se haya dado cuenta, llevándole un soplo de rebeldía. Hoy no volverá al trabajo, sino que hará otra cosa. Lleva demasiados años haciendo lo que se espera de ella. Ha llegado el momento de hacer lo que quiera. Ya le han lavado la cabeza y se mira con curiosidad en el espejo. No está pero que nada mal. La melena le llega casi a los hombros y le resalta, con su negrura, el tono claro de la piel y el verde de los ojos, y como últimamente ha adelgazado, se le marcan más los pómulos. El vestido de lino azul que se compró unos días antes del atentado y que ha estrenado hoy la envuelve con naturalidad, porque ya es otra.

—¡Pero mírate, si te has quitado diez años de encima!—exclama el peluquero.

Ella sonríe, porque la verdad es que no se esperaba un cambio tan radical y, en un arranque, se hace un selfi y le manda la foto a Alma, quien también inusitadamente le contesta:

—¡Me encanta!

—¿Vas a estar libre en algún momento de las próximas horas?—pregunta, al ver que ha picado el anzuelo—. Tengo una reunión en Tel Aviv. ¿Puedo ir a verte después?

Pero para su decepción, su hija rechaza la idea de inmediato:

—No, no puedo—escribe—, ¡tengo el día a tope! Hoy doblo turno y, además, cierro caja.

¿Qué te creías, que tiñéndote el pelo del mismo color que ella ibas a conseguir borrarlo todo? ¿Creías que ibas a poder comprarla con tan poca cosa? Tan poca cosa no es, piensa, cuando le paga al peluquero, ni para mí ni mucho menos para ella. ¿Cuántos turnos habrá tenido que hacer para conseguir ponerse tan fea? Porque a ella sí le favorece ese nuevo tinte negro, mientras que a su hija no, tan distintas son de aspecto y de tono de piel y de ojos.

—Hola, Dafna—dice al oír la voz de su amiga en el interior ardiente del coche, una voz abatida e impaciente que al momento reacciona.

—¡Iris, no he visto que eras tú! ¡Por fin! ¿A qué se debe este honor?

—Qué manía tenéis todos con lo del honor—se ríe—, ¿cómo estás? ¿Qué tal fue por Barcelona?

—Ya ni me acuerdo, del trabajazo que tengo—suspira Dafna—. ¿Qué tal van los dolores?

—Gracias a las pastillas, soportables—responde—. Oye, mira, creo que he llegado a entender por qué resulté herida.

—Resultaste herida—dice Dafna—a causa de un conflicto que tiene por lo menos cien años. No hablemos de política, por favor.

—Pero si la política no tiene nada que ver, Dafna, me hirieron porque en aquel momento Miki tenía una aventura y por eso no llevó a los niños al cole aquella mañana.

—¡Qué estupidez! ¿Miki? ¡No puede ser!—grita. Pero ¿cómo se te ha ocurrido eso ahora?

—Porque creo que también ahora tiene una aventura, y si en estos momentos tiene una amante, seguro que también la tenía entonces. Lo que sabemos del pasado lo sabemos por el presente, ¿no?

—Pero si sólo habrá querido ayudar un poco a esa pobre chica. ¿Por qué lo tratas así?—le dice Dafna cuando se encuentran en la cafetería que hay al lado de su trabajo, con su expresivo rostro atormentado y a la vez inescrutable—. ¿Qué te pasa? Estamos dos semanas sin hablar y el mundo se viene abajo. ¡No me puedo creer que me haya molestado en salir del trabajo para oír una idiotez tan grande el día del año en que más ocupada estoy!

—Alma también está hoy muy ocupada—observa Iris.

Suelen hablar de sus hijas, de Shira, la hija de Dafna, y de Alma, la suya, que son muy buenas amigas desde la guardería y por eso también son amigas ellas. Lo principal, que ha visto a Eitan, sigue sin contárselo y ahora duda si hacerlo. ¿Te acuerdas de que te hablé de Eitan? ¿Mi primer novio? Porque a veces Dafna no se sabe dominar y se lo cuenta a su marido, y a éste, que es un bocazas, se le puede llegar a escapar algo delante de Miki un día que estén los cuatro juntos. No, no se lo contará; antes tiene que hablar con Eitan, ya que es un secreto de ellos dos, porque después de casi treinta años de desconexión absoluta ahora comparten un secreto, del que él no es todavía del todo consciente, pero se trata de algo sólido, real, y los une, aunque puede que él sí lo sepa, puede que fuera por eso por lo que salió huyendo de la consulta con tanta precipitación. Quizá esté esperando desde entonces que vaya sola a la consulta; puede que se pase los días revisando la lista de las visitas concertadas en busca de su nombre y hasta se asome de vez en cuando al pasillo. Recuerda cómo la esperaba a veces después de clase, y del incomparable placer que sentía al salir de su aula y verlo allí, cómo se encaminaba hacia él emocionada, como una novia a la que el novio está esperando bajo el palio nupcial. De pronto se le corta la respiración y nota que no va a poder contenerse más, exactamente como le pasó a José cuando exclamó, antes de darse a conocer a sus hermanos: «Haced salir a todos de mi presencia».

—Me tengo que marchar—le dice a su amiga, que se queda boquiabierta.

—No me lo puedo creer, pero ¿qué te pasa? ¿Me sacas del trabajo y ahora resulta que te tienes que ir?

—Perdóname, Dafnuni—dice poniéndose en pie—, se me había olvidado que tengo una cita muy importante, lo siento muchísimo, te compensaré con creces.

Dafna mira con desespero el plato con la gigantesca ensalada que le acaban de servir.

—Pues vale, les diré que me la pongan para llevar—dice furiosa—. De verdad que no te entiendo. Me cuentas que Miki te engaña, pero por otro lado me parece que hace años que no tenías tan buen aspecto. ¿No serás tú la que tiene una aventura? ¿Con quién has quedado que sea tan importante como para dejarme así?

Iris se inclina hacia ella y le besa la mejilla.

—Con el pasado—le susurra al oído—, la cita es con el pasado.

—¿En cinta? ¿Estás embarazada? No irás a una ecografía, ¿verdad? Pero ¿qué me estás contando?—dice Dafna, intentado sobreponerse al ruido del local mientras quiere retener a Iris agarrándole la mano.

—No, pues claro que no—se ríe Iris—, te lo cuento luego, que ahora me tengo que ir antes de que me falte valor para hacerlo.

Pero se diría que su valor no hace más que aumentar, un valor que parece haberla hechizado durante la noche mientras ha dormido sola en la cama matrimonial y Miki al otro lado de la pared, en la cama de Alma. Por primera vez, desde hace mucho, se han intercambiado las camas, por primera vez desde hace mucho ha pensado en él completamente concentrada, como piensa a veces en sus estudiantes, en los más difíciles, en los misteriosos, cuando se concentra en uno de ellos e intenta entender qué le interesa, cómo podría llegar a él, así ha estado ocupada con Miki durante toda la larga noche, hasta que todo se le ha dibujado con la mayor precisión, aunque desde el momento en que lo ha visto todo claro, aquello se ha limitado a convertirse en una realidad más del mundo, y ni siquiera en una realidad que tenga que ver especialmente con ella o que ella tenga que hacer algo con respecto a eso o sentir algo especial.

No, no siente nada excepto la urgente necesidad de regresar al lugar en el que se le apareció Eitan, esa necesidad apremiante que tan bien conoce de su juventud, y por eso le parece que a Miki todavía ni siquiera lo ha conocido, que ese día que se coló de repente en su vida pertenece a una época más antigua, de antes de conocerse, y que por eso la vida de Miki y toda su biografía no la atañen.

Pero ¿qué la atañe? Los sonidos que se derraman sobre ella desde los altavoces la acarician con sus vibrantes ondas, un chelo y un piano se

acompañan el uno al otro por un camino no pavimentado, imitándose el uno al otro, esperándose el uno al otro, las imágenes que ve con los ojos del espíritu mientras desciende de la montaña, un muchacho y una muchacha alados subiendo y bajando por una escala cuyo extremo alcanza el cielo, que se encuentran por un instante y vuelven a separarse, porque los caminos que se les han impuesto tienen direcciones opuestas. Él es la vida, y ella, la muerte, él es la muerte, y ella, la vida. ¿Quién habrá decretado sobre ellos un eterno desencuentro? Pero si la vida y la muerte están entrelazadas. Y ahora recuerda aquellas semanas que pasó tendida en su cama de adolescente, los ojos secos, sin sentir ni hambre ni sed, sin moverse, en su pequeño cuarto, tan oscuro. A través de las rendijas los haces de luz cambiaban de intensidad, pero para ella todo era lo mismo, porque si no iba a ver más a Eitan, ya no quería ver nada, si no iba a poder hablar con Eitan, ya no quería decir nada, si no iba a oír más su voz, ya no quería oír nada. A veces le parecía que la llamaba por su nombre, que volvía con ella, pero ya no era él, porque el Eitan que había sido capaz de dejarla así ya no era la misma persona, sino que había desaparecido para siempre, y por eso ella yacía de espaldas, cada vez más pequeñita, absorbida por el colchón, que era absorbido por la cama, que era absorbida por el suelo, que a su vez era absorbido por la tierra, y lo principal es que ella ya no tenía que hacer nada, porque tarde o temprano llegaría ahí, a la tierra, y lo único que hacía falta era tener paciencia hasta desaparecer para siempre.

De vez en cuando entraban en su habitación cuerpos extraños que intentaban molestarla y estropearle su plan: la médico de familia, la tutora del colegio, su profesora. Se sentaban junto a su cama y le hablaban de tú a tú, pero ella no escuchaba, porque no era la voz de Eitan. Después se oían cuchicheos en la habitación contigua, frases sobre una posible hospitalización a la que su madre se oponía con firmeza. Recuerda vagamente lo asustados que estaban sus hermanos gemelos, y que Yoav, el más sensible de los dos, trepaba hasta su cama, de vez en cuando, para suplicarle que despertara, pero ¿qué tenía ella que ver con sus súplicas ni con ningún despertar?

Olvidadme para siempre, les quería decir, renunciad a mí igual que yo he renunciado a vosotros; parece difícil, pero es tan fácil. Ése es precisamente el mayor fraude que existe y por el cual la humanidad sigue existiendo, el ocultarles a las personas que es mucho más fácil renunciar a alguien que seguir siéndole fiel, pero desde el momento en que eso se descubre, es como darle un mordisco furtivo al fruto del árbol de la ciencia, porque se da uno cuenta de su espantoso sabor insípido del que ya no hay vuelta atrás. Y entonces ya no tiene sentido comer, ni tiene sentido beber, no tiene sentido bañarse, ni tiene sentido vestirse, no tiene sentido salir, ni tiene sentido volver, no tiene sentido trabajar, ni tiene sentido estudiar, no tiene sentido casarse, ni

tiene sentido dar a luz.

En realidad, aún hoy no sabe cómo se curó. Seguramente que en la transfusión que la médico de familia le conectó a las venas cuando ya estaba demasiado débil como para poder oponerse a ello fluyeron también unas cuantas gotitas del elixir de la vida que al fin y al cabo consiguieron rescatarla de las profundas aguas de su abatimiento y conferirle, aunque fuera artificiosamente, el mínimo empuje necesario como para salir adelante, y como una niña pequeña que aprende a andar, aprendió de nuevo las artes de la vida, que casi había olvidado por completo, y regresó despacito y con cautela al mundo. Pero en ese mundo ya no estaba Eitan Rosenfeld, de manera que no lo vivió como un regreso, sino como el encuentro con un mundo nuevo, extremadamente insulso, que la dejó indiferente a casi todo y en el que sólo los instintos más básicos de cumplir con el mínimo exigido la llevaban de un día al otro, y después también a hacerlo cada vez mejor, hasta que poco a poco se fueron añadiendo al instinto otros contenidos que llenaron ese mundo, aunque ahora, cuando vuelve a meterse con calzador en la diminuta plaza de aparcamiento que parece haberla estado esperando desde entonces, siente que todo eso no ha sido más que un mero espejismo.

Y por eso cruza ahora, con las mandíbulas apretadas, los pasillos convertidos en torrentes desbordados y escala las montañas de las escaleras, con el corazón golpeándole el pecho, con paso ligero a pesar del dolor, para no llegar tarde, mirando una y otra vez el reloj como si tuviera una cita. Pronto serán las doce del mediodía, ¿estará también él mirando ahora el reloj y preguntándose cuándo va a llegar? ¿Cómo habrá conseguido perderse en ese extraño y ardiente pasillo, frente a los montes boscosos, en un pasillo que no lleva a ningún lugar, precisamente cuando tanta prisa tiene? Debe volver sobre sus pasos, sudorosa, preguntando a los que por allí pasan. La vez anterior la había guiado Miki, el camino resultó muchísimo más corto y, en su inocencia, ni siquiera se dio cuenta de lo bien que él conocía el lugar, pero ahí está la flecha que le indica que siga recto, así que sigue todo recto, que tuerza, y tuerce, y ya está, allí es, ha llegado hasta él, agitada, sudorosa, jadeante, porque según parece así es como uno llega siempre a su cita con el pasado.

Pero la puerta está cerrada y hay una larga cola. Son muchas las personas que ansían su ayuda. ¿Cómo va ella, entonces, a conseguir romper la barrera del asedio del dolor? ¿Cómo logrará entrar? Porque ninguno de los que esperan le cederá su anhelado turno y la cita que le han dado a ella queda muy lejos, faltan casi dos semanas. Una secretaria de semblante circunspecto está vigilante, así que ahora duda ante la puerta cerrada; la situación es mucho más complicada de lo que esperaba, quizá se pueda colar un momento cuando la puerta se abra, aunque sólo sea para decirle que está allí, es decir, que es ella, pero seguro que se le echarán todos encima de inmediato, porque

las personas con dolor no son especialmente tolerantes. Muy alterada, escruta a los primeros de la cola. La que está más cerca de la puerta es una chica guapa y rellenita con una espesa melena castaña que tiene los ojos clavados en una pequeña tableta mientras sus dedos revolotean por ella. Se le dirige en un susurro, como si fueran a tramar algo contra el resto de los que allí esperan.

—¿Eres la siguiente?—le pregunta—. ¿Me puedes dejar pasar contigo un momentito? Sólo le tengo que decir una cosa y salgo, es que es muy muy importante, ¿vale?

La chica frunce el ceño, sorprendida por su desfachatez, pero asiente con un movimiento rápido de la cabeza, irritada, como enfadada consigo misma por no haberse sabido negar, y con Iris por haber sabido aprovecharse de ello.

—Vale, pero sólo si es un momento—dice entre dientes, devolviendo la mirada de inmediato a la pantalla.

Iris se lo agradece con afecto, se apoya en la pared, mira la puerta y el nombre escrito allí al lado. Qué fantástica coincidencia, quién habría podido ni siquiera imaginar que algo así pudiera llegar a suceder, que ella se encontraría un día esperando frente a una puerta junto a la que estaría escrito el nombre de Eitan, hasta que de repente se da cuenta de que a veces los médicos se intercambian entre ellos sin molestarse en avisar a los que esperan en el pasillo; a ella misma le ha pasado en más de una ocasión, así que vuelve a dirigirse a la chica.

—Dime, el que está ahora ahí dentro, es el doctor Rosen, ¿verdad?

La chica deja su ocupación, mira hacia el letrero y después a su tableta, como si ahí estuviera la respuesta.

—Me parece que sí—le responde con indiferencia, porque según parece a ella le da lo mismo, y entonces Iris le vuelve a dar las gracias y mira de reojo la pantalla.

Los ojos se le abren de asombro al ver allí el conocido tablero de ajedrez, un tablero aparentemente antiguo de un color marrón crema que le recuerda al de su padre. ¿Cómo no se le habrá ocurrido antes? Ésa debe de ser la chica de la que Miki le habló ayer, la que trabaja con él, es decir, su amante, quizá, aunque al volverla a mirar eso le parece demencial, porque es demasiado joven y demasiado guapa, con su vestido corto, de rayas. ¿Por qué va a querer estar con Miki? Aunque no deben de ser muchos los que juegan al ajedrez rápido en la cola del médico y no sería extraño pensar que haya sido Miki el que le haya contagiado ese infrecuente pasatiempo. Por eso ha accedido a hacerle ahora ese favor, porque debe de ser una compensación por haber tomado prestado a su marido, por lo que vuelve a dirigirse a ella:

—¿Juegas al ajedrez rápido? ¡Mi marido también está completamente viciado!—le dice con retintín, y la chica le dirige una mirada vacía, parecida a la de Miki cuando lo molesta a mitad de una partida.

—Ahora no—masculla, y de inmediato sigue moviendo las piezas con los dedos, los bucles cubriendo la pantalla.

Iris la observa intranquila. ¿Será del gusto de Miki? Aunque la verdad es que no sabe muy bien cuál es el gusto de Miki en lo referente a mujeres. ¿Le gustarán las delgadas, las rellenas, las bajitas, las altas, las rubias o las morenas? Cuando se conocieron, ella estaba muy delgada y tenía el pelo largo, pero con los años ha cambiado de aspecto y él no parece haberse sentido menos atraído. La novia anterior que tuvo era completamente distinta a ella, una pelirroja pizpireta y regordeta. Según parece, el físico no es algo determinante para él, así que no hay motivo para que no se sienta atraído por esa chica de ojos castaños como su pelo, de piel tersa y que lleva los pies enfundados en unas sandalias que dejan a la vista unas uñas pintadas de un rojo vivo, aunque dentro de un momento todo será olvidado, porque la puerta se abrirá y una anciana bajita y de pelo blanco saldrá de allí con las manos llenas de impresos, uno de los cuales se le caerá a la puerta de la consulta, Iris se agachará para recogerlo y al levantarse se lo encontrará frente a ella, clavándole unos ojos interrogativos y la arruga del entrecejo haciéndose cada vez más profunda.

Despacio dará un paso hacia él, o puede que dos pasos infinitamente largos, porque ya no sabe andar, hoy mismo se ha levantado de la cama por primera vez y tiene que volver a aprenderlo todo desde el principio, así que le tenderá los brazos y le rodeará la nuca con un abrazo tembloroso, a pesar de que la puerta estará abierta, a pesar de que la chica sentada a la entrada de la consulta estará vigilando su turno, y para su sorpresa él le corresponderá, la abrazará, y ella dirá: «¿Eres tú, verdad?», porque no le estará viendo la cara, y él ni lo confirmará ni lo desmentirá, sino que se limitará a susurrarle: «Espérame», y la acompañará hasta la puerta, y ella se sentará en medio de su sueño en la silla que acaba de dejar libre la chica que ahora entra en la consulta, y a ella todavía le tiembla el cuerpo por el contacto de los fríos dedos de él en sus brazos, unos brazos que ahora cruza para envolver el contacto de él.

Y durante las siguientes horas eso mismo volverá a suceder una y otra vez, de nuevo avanzará hacia él despacito con los brazos extendidos, de nuevo enlazará con ellos la nuca de él y volverá a preguntarle: «¿Eres tú, verdad?», y sólo el final será distinto de vez en cuando, porque habrá dicho «espérame», o «no me esperes», la habrá acompañado hasta la silla o la habrá echado de allí, como antaño, «estoy harto de esta pesadez, quiero vivir». Ahí sigue sentada, inmóvil. La chica que ha entrado con ella ya ha salido, y la ha mirado de reojo con curiosidad; un hombre espantosamente flaco entra después de ella, lleva puestas unas magníficas zapatillas de deporte a pesar de que apenas puede andar, y mucho menos correr, pero ahí está saliendo también él con unos impresos, y después entra muy deprisa una mujer, más o menos de la edad de

ella pero calva, que seguro que a él le recordará a su propia madre. ¿La echará de allí sin contemplaciones diciéndole que lo que él quiere es vivir?

Para su sorpresa, la mujer se demora dentro más que los pacientes precedentes y al salir conserva una sonrisa leve. A continuación le toca a un anciano al que acompaña su impaciente hija, y mientras tanto ella ni pestañea, ni siquiera abre el bolso, a pesar de que el teléfono móvil no deja de sonar. Ella se limita a esperarlo, tal y como él le ha pedido que haga, y aunque no se lo haya pedido, ella lo va a esperar, porque puede que no lo esté esperando a él, sino al pasado, que en parte también era de él, porque ahora le parece que nada de lo que ha hecho desde entonces, nada de lo que ha vivido desde entonces y ninguno de los sentimientos que ha experimentado desde entonces han logrado superar a aquel pasado.

Hay vidas, según parece, que avanzan paso a paso, ladrillo a ladrillo, hasta llegar a lo más alto y estabilizarse, y cuando toca replegarse todo resulta lo esperado y natural, mientras que hay vidas que se repliegan casi en sus inicios, porque llegan a la cumbre muy pronto, como la vida de ella, ahora lo tiene claro, y en realidad también entonces lo sabía, y por eso le parece que es un vínculo muy débil el que une a la chica que fue entonces con la mujer que es hoy, un vínculo tan endeble que no permite que lleve una vida plena, porque le falta el eslabón central. Cómo creyó, en su inocencia, que construiría una estructura de vida sin él, sin ese eslabón que está sentado ahora al otro lado de la puerta cerrada, por lo que clava la mirada en la puerta y no se atreve a relajarse, por no perderse la oportunidad de verlo, aunque sea de refilón, o de oír su voz.

Qué raro que no salga. ¿Temerá toparse con ella? Esperaba poder verlo varias veces para dirigirle miradas cómplices cuando saliera al pasillo al ser llamado para aconsejar a otros médicos, como lo habían llamado cuando ella se estaba visitando y yació allí desnuda ante él. ¿Acaso la reconoció y fue por eso por lo que se marchó con tanta precipitación? ¿Habría regresado a su casa aquella noche y le habría contado a su mujer que había visto a su amor de juventud? No te vas a creer a quién me he encontrado hoy en la consulta, a mi primera novia, aquella a la que dejé, y casi no la he reconocido de lo cambiada que está.

Pero pensar en su mujer no le hace bien, así que vuelve la vista hacia la cola, que no parece menguar, porque están llegando nuevos pacientes que reemplazan a los que se van, como si el mundo estuviera lleno de dolor y todo él fluyera hacia allí. Así debe de verse, sin duda, el ciclo de la vida a través de los ojos del que está sentado en los cielos: unos se van y otros vienen, en un ir y venir en el que resulta difícil distinguir a unos de otros. Todos se parecen porque todos sufren dolor, y resulta que precisamente él, que tanto dolor le causó al principio de su vida, pretende saber mitigar el dolor. ¡Qué paradoja!

¿Será el modo que tiene de expiar su pecado? Pues yerras el blanco, piensa decirle ella, porque sólo puede compensarse al afectado mismo, no hay sustituto, no hay atajos, porque si pecados como ése no puede absolverlos ni siquiera Dios, mucho menos puede expiarlo un mortal.

Pero por otro lado, ¿cómo es posible culparlo o exigirle que expíe su culpa? Si era un niño sólo un poco mayor de lo que su Omer lo es hoy, un niño desamparado, perdido, asustado. No tiene la culpa de lo mal que ella se lo tomó, ni tampoco tiene la culpa de haber huido de ella como del Ángel de la muerte. Fue su manera de afrontar la muerte de su madre, un hecho tan espeluznante y triste, huir del duelo dejándoselo a ella en prenda. De lo contrario no habría desaparecido de una manera tan cruel y durante tanto tiempo, aunque ¿será verdad que después la buscó?

Ahora se sienta a su lado una mujer con la cara amarilla por la enfermedad y un pañuelo en la cabeza, aunque en la camiseta lleva estampados unos corazones sonrientes. Qué patente se hace ahí el abismo entre la ropa y los que la visten. También ella, la mañana del atentado, llevaba puesta una ligera camiseta de rayas, como si se fuera de picnic al campo, y la verdad es que voló por los aires como si fuera ingrávida, pero cuando cayó finalmente entre los cadáveres ardiendo, los trozos de cristal, las esquirlas, los objetos que habían salido de los bolsos, su alegre camiseta se llenó de sangre, y después su madre se la tiró a la basura, a pesar de que le había pedido con insistencia que la lavara y se la guardara. A su madre siempre le habían dado reparo sus camisetas de rayas, porque le parecían demasiado juveniles, de manera que aprovechó la ocasión para deshacerse por lo menos de una, y a ella misma también dejaron de gustarle esas camisetas después del atentado, por lo que las apartó junto con la ropa que ya no le cabía y las donó a una asociación de mujeres maltratadas, y ahora se acuerda del vestido de rayas que llevaba puesto la chica que estaba jugando al ajedrez y de nuevo casan los datos aleatorios para formar un cuadro sospechoso, amenazante, de vidas paralelas que convergen a pesar de que nunca deberían encontrarse, aunque ahora lo ve como algo mucho menos amenazante, ya que tampoco debería tener lugar el encuentro que con tantas ansias espera, porque quizá lo contrario debería ser lo correcto y resulta que lo que nunca debería haber tenido lugar es la separación.

¿Hasta cuándo tendrá que esperar? Tiene la impresión de que ya han salido de la consulta por lo menos diez personas desde que llegó y ahora ya conoce el protocolo. Cada uno permanece dentro aproximadamente un cuarto de hora, a veces más, así que en un solo día ve a decenas de pacientes. ¿A cuántos de ellos logrará ayudar? ¿Y por cuánto tiempo? Ve que ninguno de ellos sale con las manos vacías de la consulta. Todos llevan unos impresos blancos y todos ellos están más risueños, quizá porque le sonríen agradecidos al salir y

todavía les queda un resto de sonrisa al volver al pasillo, al regresar a sus vidas. ¿Saldrá también ella sonriente de allí? ¿También a ella le dará esos papeles blancos?

Se sonríe al recordar cómo se sentaban juntos en la cama de él rodeados de papeles cuando ella le daba clases en vistas a los exámenes. A pesar de que era un año más joven que él y estudiaba un curso por debajo, conseguía enseñarle materias que ella todavía no había estudiado, con una paciencia infinita que desconocía tener, de tanto como lo amaba, y a él le costaba prestar atención, se distraía, así a saber cómo consiguió después estudiar medicina, porque lo que es el bachillerato no lo hubiera pasado sin ella. A ella los estudios siempre le habían resultado fáciles, mientras que a él le costaba concentrarse, en los exámenes siempre le faltaba tiempo y el sistema educativo era entonces mucho menos tolerante de lo que lo es hoy. Un muchacho que cuidara él solo de su madre no gozaba de ninguna consideración especial por parte de los profesores y ni siquiera por parte de sí mismo. Cómo se deprimía cuando no le daba tiempo a terminar el examen, o se olvidaba de responder alguna pregunta y perdía puntos por pura negligencia, y todavía peor era cuando se olvidaba de las respuestas que ella le había recitado al oído la noche anterior en aquella cama llena de papeles, mientras intentaba tranquilizarlo, no te culpes, Eitani, tienes la cabeza en otra cosa, claro que te cuesta memorizar, motivos no te faltan.

Se echaba en la cama de espaldas, colocaba bien las almohadas, el hermoso y largo cuerpo muy tenso, y ella le susurraba la lección al oído una y otra vez, ecuaciones, guerras mundiales, los inicios del sionismo, el poder legislativo, el poder ejecutivo, las reglas de la sintaxis y las de la vocalización masorética, una novela tardía de Agnon y un poema primerizo de Bialik, porque ninguno de los dos había escogido la rama científica. Recuerda ahora su cara de alivio cuando entendía las cosas, lo dulce que era, y que la besaba con frenesí mientras le recitaba las respuestas que ella le había enseñado. Disfrutó tanto enseñándole que quizá por eso, cuando finalmente se recuperó un poco y tuvo que escoger qué hacer en la vida, recordó los placeres de la enseñanza, el amoroso y agradable manejo del conocimiento, y por eso se hizo en el servicio militar maestra soldado y después estudió magisterio, para decepción de su madre, que tenía la esperanza de que estudiara derecho, mientras que él, su primer alumno, tan lento y hasta corto de entendederas, consiguió sacarse la carrera de medicina sin su ayuda e incluso sin que ella ni tan siquiera lo supiera.

Al abrirse la puerta ve al chico de las muletas salir con una leve cojera. Ha estado allí dentro casi media hora y enseguida entrará el siguiente, un hombre barrigudo que se levanta impaciente de su asiento, pero parece ser que de pronto se ha trastocado el orden de los que entran y salen, porque otro

hombre sale de la consulta y cierra la puerta tras de sí sin que nadie entre en su lugar. Sin la bata blanca, parece uno de sus pacientes, enjuto, algo encorvado, el rostro barbado de aspecto fatigado, la camisa arrugada; un paciente que sale de la consulta del médico con las manos vacías y un peso en el corazón que, sin sonreír, se dirige a ella y le dice:

—Ven.

Siempre anduvo más deprisa que ella, a grandes zancadas, y también ahora casi corre tras él por los pasillos. Se ha sentido una privilegiada cuando la ha escogido a ella en la rueda de reconocimiento masiva que se agolpaba junto a su puerta, mientras que ahora se siente turbada al verlo bajar a toda velocidad por las escaleras, como si huyera de ella, un piso tras otro, hasta que reconoce los fríos quirófanos y allí, por primera vez, él se vuelve para asegurarse de que ella lo sigue y señalarle luego con un gesto de la mano una de las salas de espera.

Es una sala sin ventanas, en la que nadie los puede ver, en la que nadie puede ver cómo él se le echa al cuello y la abraza.

—Irisim—susurra—, Irisim.

Mientras le acaricia el pelo y le palpa la cara como si fuera ciego, con ese contacto desconocido y conocido a la vez, también ella cierra los ojos y se le pega al cuerpo enjuto, es él y sus manos recuerdan, es ella y su cuerpo lo sabe, son ellos y el muñón de su amor, fuera del espacio y del tiempo, como ha estado, casi desde siempre.

Y entonces él la aparta de sí y la sienta en una butaca dura frente a la que coloca otra butaca que acerca hasta que sus rodillas se tocan y, mirándola a los ojos, le dice con una voz muy suave:

—Me has encontrado, Irisim, me siento como un delincuente al que han atrapado.

—No te preocupes, te libero—se apresura ella a decirle, ofendida, confusa, porque las palabras que él acaba de pronunciar no casan con su emocionado gesto.

—No me liberes, estoy encantado de que me hayas atrapado, porque hace años que te quiero pedir perdón.

Y ella vuelve a sentirse ofendida. ¿Sólo por eso está contento de verla? ¿Para volver a su vida con la conciencia limpia? Por lo que le responde con frialdad:

—Te perdoné hace tiempo, no eras más que un niño, un niño huérfano.

Le examina cada arruga y cada mancha de la cara y hasta la barba engaña, porque la mayoría de los pelos son grises y sin embargo se ve blanca, y los claros ojos aún son jóvenes, sólo los párpados se le han caído ligeramente, y en el entrecejo tiene una profunda arruga, aunque la frente sea tersa. Sólo por un momento lo ve como es hoy y, al instante, como era entonces. ¿La verá él a ella de la misma manera, al pasear la mirada por su cara? Pero por algún

motivo se siente segura, tranquila, como si tuviera la piel tan tersa y lozana como antaño.

—Los dos éramos niños huérfanos—dice—, pero tengo una hija de tu edad, y si alguien le hiciera lo que yo te hice a ti, lo mataría.

—¿De mi edad?—dice ella en tono de burla—. Estoy a punto de cumplir los cuarenta y cinco.

—Sí, sí, claro, de la edad que tenías entonces.

—Pero yo, por desgracia, no tenía un padre que te pudiera matar y por eso sigues vivo. ¿Cómo se llama tu hija?

—Miriam—responde él, pronunciando el nombre con devoción.

Y ella asiente. Claro, como no podía ser menos, se llama igual que su madre, Miriam Rosenfeld, la magnánima, convertida ahora en Miriam Rosen, una chica alta y delgada, seguramente, de ojos claros.

—¿Se le parece?—le pregunta en un susurro, sin saber muy bien por qué.

—Menos de lo que esperaba. No la hice yo solo, como te puedes imaginar. Es mucho más clara de piel que mi madre, pero sí guarda cierto parecido.

Y, de repente, nota como si se atragantara al pensar en la niña que ellos debían haber tenido, su niña Miriam, con el pelo oscuro y los ojos de un azul verdoso, su cenicienta. ¿Será por eso por lo que Alma se enfada tanto con ella, porque se da cuenta de que no es la hija que ella esperaba tener?

—No estés triste, tú también tienes hijos, ¿verdad? Lo he visto en la ficha: casada, dos hijos. —Sus ojos también brillan, húmedos, emocionados, febriles.

—¿Me reconociste enseguida?—le pregunta ella.

—¡Pues claro! ¿Cómo no te iba a reconocer? «Carne como tu carne nunca cae en el olvido»—cita él de uno de los libros que le enseñó a analizar cuando estaban juntos, y ella le sonríe agradecida.

—Creí que había cambiado muchísimo.

—Para mí eres la misma, Irisim—dice él, con una sonrisa de muchacho en los labios y acariciándole la cara como si nunca hubiera dejado de hacerlo.

—¿Cómo es posible?—protesta ella, feliz.

Pero también a ella el presente de él se le difumina y alrededor de su conocida sonrisa aparecen los rasgos del muchacho que fue, su chico, y siente que el cuerpo se le llena de amor, como si fuera un pozo vacío que se llenara finalmente con una bendita lluvia que fluye hacia él, un pozo agrietado que ha sido reparado y ahora está de nuevo en condiciones de contener agua, toda esa agua que no pudo apagar el amor, todos esos ríos que no la han bañado y que fluyen ahora hacia ella, haciéndole olvidar el paso del tiempo, soldando la fisura. Las heridas del amor sólo puede curarlas el que las infligió, recuerda ahora un dicho que oyó hace tiempo, y sus dedos sobre los de él acarician su propia cara, todo tipo de dichos acuden en tropel a su mente, bien está lo que

bien acaba, más vale tarde que nunca, día tras día, noche tras noche estuvimos juntos, todo lo demás lo olvidé ya hace tiempo.

—Tengo que volver a la consulta—dice él mientras se saca del bolsillo el móvil que vibra y mira la pantalla—, me están esperando—y al levantarse la atrae hacia sí, a ella, que tiene la barbilla levantada y que pega sus labios a los temblorosos labios de él, y conteniendo la respiración se besan como nunca antes, sin que note el roce de los pelos de la barba, sino tan sólo las mejillas lampiñas del muchacho de entonces, y los labios de antes, más carnosos, aunque también entonces olían a hospital, a desinfectante y medicamentos.

—Gracias por haberme perdonado, Irisim—dice él con voz ronca, susurrándole las palabras al oído, como si ese hubiera sido el propósito de su encuentro—, tengo que irme—y, soltándola bruscamente, abre la puerta.

—Eitan, espera un momento—dice ella.

Él se detiene, pero un médico joven vestido con la ropa azul de cirujano lo para en el pasillo, y entonces ella se queda a un lado y lo observa, le ha cambiado la cara y de nuevo parece preocupado y distante, y cuando vuelve a quedar libre, ella repite «Eitan», porque está dispuesta a decir su nombre de la mañana a la noche, día tras día, hasta que se vuelvan a ver, así que se oye a sí misma diciendo:

—Eitan, ¿cuándo nos volvemos a ver?

—Cuando quieras—dice él, como si no hubiera nada más fácil que eso.

Se queda atónita ante ese cambio radical. ¿Cómo es posible que ese recuerdo, ese capítulo de su vida que quedaba ya fuera de la realidad, sobre el que casi estaba prohibido hasta pensar, algo tan oscuro, tenebroso y enfermizo, haya quedado al descubierto de repente y se encuentre bañado por el sol, el aire puro y resulte agradable, como una mazmorra de tortura convertida repentinamente en balneario?, y entonces él se saca una tarjetita de visita del bolsillo y se la entrega.

—Llámame—le dice.

La espalda de él desaparece ya escaleras arriba, mientras ella decide volver sobre sus pasos por el ruidoso pasillo; ahí está la puerta que abrió ante ella, ahí la fría sala sin ventanas, ahí, también, los dos sillones que se miran con anhelo, y ahí está ella misma, temblando, emocionada, con las manos sobre los labios que han sido besados allí mismo, con las manos sobre la cara que ha sido acariciada allí mismo. Se sienta en el sillón, apoya los pies en el que tiene enfrente y cierra los ojos. La cara del chico que fue se aproxima a ella, tiene la boca entreabierta, las espesas pestañas le sombrean los ojos, las mejillas sonrosadas por el sol como las mejillas de un bebé, si abriera ahora los ojos vería la copa de la morera que los cobija. Bajaron por la cuesta escarpada desde la casa de Eitan hasta el manantial que había bajo el árbol, el día más resplandeciente de todos, en la estrecha grieta que se abre después del frío y

antes del calor. La floración del final del invierno estaba en su apogeo y el aire parecía impregnado de miel, y puede que quizá fuera ese día el único que se permitieron comportarse como una pareja de amantes y nada más, y ése fue también, se ve obligada a reconocerlo, el día más feliz de su vida, más que el día de su boda, más que los días en los que nacieron sus hijos. El contacto de la roca caliente en su espalda, su hermoso chico acariciándole los pechos, las rosadas moras de sus extremos, y ella enredándose alrededor de él entre los antiguos bancales con la absoluta certeza de que nada iba a poder separarlos jamás. Recuerda que cogió hojas de morera para los gusanos de seda que sus hermanos criaban en una vieja caja de zapatos, que sumergió los pies en las aguas del manantial mientras él se bañaba entero. «Ven al agua», le había dicho, pero ella dudó: «¿No está demasiado fría?».

Sí, el aire acondicionado está ahora más fuerte, haciéndola reaccionar. No es sólo que hayan pasado treinta años, sino también su reencuentro que acaba de terminar y que ya pertenece a ese pasado que ella tanto ansía y que quiere revivir. Qué es lo que se han dicho, qué sabe de él, apenas nada, en realidad, que tiene una hija de su edad, es decir, de diecisiete años, que necesita su perdón, que a sus ojos no ha cambiado, y eso es casi demasiado bueno para ser verdad, aunque en realidad es malo, porque por esa puerta que se abre se va toda una vida como el agua sucia por el sumidero, ya que ahora no tiene ganas de volver a casa, no hay nada que quiera hacer excepto volverlo a ver, como si no hubieran pasado treinta años, y por eso se quedará ahí en esa sala, esperándolo, le dejará un mensaje diciéndole que sigue ahí, en la diminuta sala de espera cuya existencia sólo conocen los que trabajan allí. En la pantalla azulada que acaba de descubrir se van sucediendo las iniciales de los nombres de los pacientes operados y puede que a ellos se sume su nombre, I. E., que sigue sin haber conseguido que la reanimen de esa operación que dura ya casi treinta años, y ahora resulta que todo ha sido en vano, que en vano se han esforzado los cirujanos en extirparlo de su cuerpo, porque en un abrir y cerrar de ojos acaba de volver a llenar el vacío que nada conseguía llenar, ni Miki, ni sus hijos, ni el trabajo, el vacío que quedó, infectado y dolorido.

Tiene la mirada clavada en la pantalla y estira un poco las piernas. Los sillones son duros, pero ella se arrellana como si se preparara para una larga espera, mientras sigue la escueta información que parpadea en la pantalla: las iniciales, el año de nacimiento, el sexo, la duración de la operación. Ahí está M. D., nacido en 1938, lo han pasado ya a reanimación, tiene exactamente la edad de su padre, si éste viviera. ¿Habría matado a Eitan de estar vivo? ¿Se habría sentido ella menos muerta si hubiera tenido padre?

Qué larga la operación de R. L., se fija, una mujer de aproximadamente su misma edad, a la que están operando desde las cinco de la mañana. ¿Dónde estará esperando su familia? Y entonces piensa en su propia familia, que la

estuvo esperando en una de esas salas hace diez años, Miki, los niños, su madre, que todavía estaba bien, aparentemente, hasta que las primeras señales de la enfermedad empezaron a asomar justo por aquellos días, cuando tenía que ayudar a Miki con los niños y su ayuda derivó en carga, y hasta en peligro, como cuando se empeñó en que los tres cruzaran la calle en rojo o cuando se confundió y entró en sentido contrario en una calle de dirección única, o cuando les preparaba día tras día caldo de pollo porque no se acordaba de que eran vegetarianos, y así, todos los intentos de Miki para que le ayudara resultaron vanos. Fueron una familia desastrosa, tan patiquebrada como ella misma, a la que intentaron repararle las piernas durante horas y días, semanas y meses, con la ayuda de tornillos y clavos, como si fuera Pinocho, una marioneta, y la verdad es que nunca volvieron a ser la familia que habían sido porque la absoluta certeza de su fragilidad y de su vulnerabilidad se convirtió en parte intrínseca de todos ellos.

Aparentemente estaban muy unidos por el hecho de preocuparse por ella y cuidarla, pero por dentro todo se rompió, lo mismo que se había roto su cadera, porque en un solo día pasaron de ser una familia joven e inocente a ser una familia adulta y abatida, sin ilusiones, sin nada que esperar, y todo eso lo sabe ahora mientras dormita con los ojos cerrados. Tiene que huir de ahí, pero sigue dormida, ¿cómo va a brincar como una gacela hacia la espesura del bosque? Los gélidos párpados le cubren los ojos, se rodea con los brazos las costillas de hielo, el aire acondicionado embiste cada vez con mayor fuerza, como si hubieran dejado su cadáver en la morgue mientras todavía sigue con vida.

La ha llevado a esa sala para congelar el tiempo, para devolverlos a los dos a aquellos años, porque ¿qué sentido tiene volver a amarse? Entretanto el mundo ha cambiado, se han contado nuevas historias, se han dado nuevas situaciones, hay personas nuevas, como sus Alma y Omer, como Miriam, la hija de él, se han interpuesto entre ellos unos seres, porque incluso cuando la ha abrazado, ella ha notado esas presencias extrañas. Miki y la mujer de él, sus pisos, sus hipotecas, sus amigos comunes, todo lo que han ido acumulando desde entonces, y ahora intenta imaginarse a su hija, pero no lo consigue, seguro que vive en una casa amplia y elegante no lejos de allí, pero ella sólo es capaz de verlo en casa de su madre, en el pisito de la planta baja de un barrio cercano a la ciudad, allí de pie, al final de los siete días de duelo, comunicándole la decisión que había urdido a escondidas. ¿Se desbordarían ahora las lágrimas tanto tiempo contenidas? Se despierta asustada, temblado de frío, tiene congeladas las puntas de los dedos y le escuece la garganta, una oleada de llanto avanza hacia ella, empuja la puerta de su secreta sala de espera, irrumpe desde el interior de unas bocas abiertas, y para su horror, se da cuenta enseguida de que esos visitantes suyos a los que no ha llamado ya

no están esperando, sino que son dolientes, justamente ahora que no tienen a quien esperar, se reúnen aquí frente a la pantalla. «¡Mamá, vuelve, mamá!», gritan, y ella mira la pantalla y ve que R. L. ha desaparecido, dejando tras de sí una cantidad enorme de deudos dolientes que la rodean a ella, así que mirando fijamente la pantalla con cara de preocupación, se hace pasar por un familiar que espera, mientras ellos lamentan conmocionados su pérdida.

«Los médicos aquí son unos carniceros—le grita un hombre de aproximadamente su misma edad y que lleva puesta una kipá negra—, han matado a mi mujer, la han matado a sangre fría. No tenía nada, era una operación muy sencilla, ¡destruyen familias! ¿Es su marido al que están operando? Sáquelo de ahí mientras siga con vida, ¡este lugar es un infierno!». Desde que la han visto, se han reunido a su alrededor como si estuviera en su mano salvarlos, vierten en sus oídos detalle tras detalle como si ella fuera capaz de reconstruir el momento que lo estropeó todo, y le recuerdan a sus alumnos cuando le piden exaltados que medie en sus disputas y encuentre al culpable. «Le dije: "Para mí estás muy guapa así, ¿para qué quieres ese anillo en el estómago?"—le dice el hombre de la kipá balanceándose como si rezara —, pero ella quería adelgazar, había engordado con los partos, quería adelgazar y ahora los niños son huérfanos, ¡Dios los proteja!», exclama rompiendo a llorar. Y a su lado grita una mujer muy oronda que lleva la cabeza cubierta con un pañuelo negro, según parece la madre de la difunta: «¡Ocho hijos! ¡El último parto fue de gemelos! ¡Cumplirán tres años dentro de dos meses!». Iris los escucha atónita, ¿no pensarán que ella se hará cargo de esos niños?

Con un ligero tartamudeo, sigue el padre describiendo las últimas horas previas a la operación, y ella ya no tiene claro si se lo están contando a ella o si lo están hablando entre ellos, cómo se dieron cuenta de que la operación se iba a complicar, que ya nada iba a ser como antes, cómo recitaban salmos una y otra vez, sálvanos, oh Dios, que el rey nos responda el día que lo invoquemos, envíe tu ayuda desde tu santuario y desde Sion te sostenga, la presencia de todos ellos allí sube la temperatura de la sala y ella nota que su cuerpo se descongela poco a poco, así que intenta escapar, pero ¿cómo los va a dejar solos con su dolor? De vez en cuando se dirige a ella un miembro distinto de la familia para añadir un detalle nuevo, como si ella tuviera que escribir la crónica del suceso, pero el centro de atención de ella es el marido, que según parece se llama Zion y que grita una y otra vez: «¡Un anillo! ¡Un anillo en el estómago! Pero ¿qué inventos son ésos? ¡Con un anillo te santifiqué! ¿Y ahora mueres por un anillo? ¡Adelgazar, quería! ¡Ahora sí que vas a estar delgada después de que se te coman los gusanos, sin peso te vas a quedar!», solloza, y todos sus hermanos y hermanas, los hermanos de la difunta y sus hermanas, y sus hijos mayores rompen a llorar hasta que vuelven

a tomarla con los médicos: «¡Son unos asesinos, ellos la han matado, destruyen familias, saca a tu marido de aquí antes de que muera!», le aconsejan, y ella se toma ese consejo como una coartada y se apresura a hacer lo que le dicen, mientras pronuncia palabras de condolencia y ánimos y sale deprisa de la sala, y sólo al subir a la superficie se da cuenta de que ya ha oscurecido, que queda muy poca gente, que incluso el pasillo que hay junto a su consulta está vacío, la secretaria no está y al llamar a la puerta la encuentra cerrada con llave.

Allí ya no queda nadie excepto ella, como si el dolor hubiera desaparecido del mundo cuando toca dormir, y sólo en los boxes de la zona de urgencias oye el temible bullicio. Puede que deba dirigirse hacia allí en lugar de al aparcamiento, porque le da la sensación de que tiene fiebre, le duele la garganta, le castañean los dientes y su cuerpo ha convertido el frío que ha absorbido en un enorme calor que la congela y en un frío enorme que la abrasa, alternativamente, pero al final se va dando traspiés hasta el coche, lo arranca, enciende la calefacción y se queda mirando las oscuras ventanas. Un calor negro la envuelve, el calor de una noche de verano que no termina en una mañana, y saca del bolso el teléfono móvil que lleva horas silenciado, y se encuentra con decenas de llamadas perdidas, mensajes escritos y de voz, decenas de correos, su vicedirectora la ha estado intentando localizar casi cada hora, Rahel, del Ayuntamiento, la ha llamado también una y otra vez, y Arieh, del Ministerio de Educación, profesores y profesoras, madres y padres, la inspectora, Dafna, Prashant en nombre de su madre, Miki con su lacónico «¿Dónde estás?». Y Omer, pidiendo que lo acerque en el coche a casa de Yotam, y después que lo recoja en casa de Yotam, y otra vez Miki, primero preguntando: «¿Estás bien?», y luego conformándose con enviarle un signo de interrogación, pero ella no responde, porque si empieza a contestar no terminará nunca, no quiere responder, sino que le respondan, así que saca del bolso la tarjeta que le ha dado hace unas horas y copia el número en su móvil en un nuevo contacto y, en lugar de guardarlo con su nombre o su apellido, escribe: Dolor.

VIII

¿Qué creías, que te iba a contestar a mitad de la cena? ¿Que le diría a su mujer: «Perdona, es mi amor del pasado», y se levantaría de la mesa para ir a cuchichear contigo a la terraza y que nadie lo oyera? ¿Qué le diría a su hija Miriam: «Se trata de alguien que un día tuvo tu edad y a la que amé hasta que la dejé; si alguien te deja así, lo mato»? O puede que lo que pase es que tenga hijos más pequeños y que les esté leyendo un cuento en este momento, o los esté acostando, y no oiga esa llamada que reclama respuesta, por lo que deja un mensaje mínimo para después lanzar el teléfono al asiento de al lado.

¿Por qué has esperado hasta tan tarde? Te quedaste dormida en la nevera de los muertos como si hiciera años que no dormías, y aunque es verdad que se ha emocionado al verte, seguro que luego ha reflexionado, ha visto sopesado lo que tiene y ha decidido cortar con la vieja nueva relación antes de que empiece siquiera a tomar forma, porque si te dejó a los diecisiete, en la flor de tu juventud, en la cumbre de vuestro amor, no le costará nada volverte a dejar a los cuarenta y cinco, ahora que ya estás marchita, a pesar del tinte azabache del pelo, así que suspira, hubiera tenido que golpear el hierro mientras todavía estaba al rojo vivo, debía haberlo llamado de inmediato para concertar una cita o seguirlo por el pasillo cuando saliera de su consulta el último paciente, pero el hierro parece haberse enfriado en la sala de espera. No en vano sigue temblando de frío y nota como si tuviera alfileres en la garganta, tiene que correr a casa, acostarse en su cama, Miki está preocupado y hasta Omer la ha echado de menos, le había prometido darle clase de lengua, pero no es en dirección a ellos hacia los que se pone en marcha el coche, con los dientes castañeándole, sino hacia la casa que ha vislumbrado mientras dormitaba, la casa de la madre de Eitan. Nota que le está subiendo la fiebre y que la cabeza se le balancea pesadamente sobre el cuello, como la cabeza de la madre enferma, y eso que sabes que no la vas a encontrar allí, ni a él tampoco, porque el pisito del valle se vendió o se alquiló, allí no podrá seguir el encuentro, allí sólo quedó la separación, como el cadáver que ha ardido por completo pero sigue humeante.

Durante muchísimos años no se atrevió a acercarse por allí, mientras que ahora conduce casi a ciegas, a una velocidad de vértigo, como si alguien la estuviera esperando en aquel piso abandonado, en la planta baja de un edificio que ya parecía viejo desde el mismo momento en que se terminó de construir. Se diría que el coche recuerda el camino que jamás ha recorrido, y al llegar, aparca junto a la parada del autobús, donde se sentaban los dos, abrazados, tras largas noches de amor y sueño, de sueño y amor, cuando iban al instituto, o al hospital, o cuando ella se veía obligada a volver a casa para ayudar a su madre con los gemelos y él, por lo general, esperaba en la parada

con ella, siempre agarrándola de la mano o echándole el brazo por encima de los hombros, sus jóvenes cuerpos enredados el uno en el otro irreflexivamente y con naturalidad.

Hoy el autobús circula con mayor frecuencia, acaban de pasar ya dos por delante de la parada vacía, pero entonces había muy pocos, y si lo perdía, era muy difícil llegar a tiempo a ningún sitio, así que a veces, cuando esperaba allí sola, por la mañana, volvía para de nuevo despedirse dulcemente de él, metiéndose en su cama si él todavía dormía, y hasta que salía de allí ya había perdido otro autobús, pero no lo lamentaba porque había estado más tiempo con su amor, y desde allí mismo también salió aquella mañana del final de los siete días de duelo, cuando él la echó, y ese día, precisamente, el autobús sí llegó enseguida, recuerda ella ahora, justo cuando ya no tenía adónde ir.

Un seto alto y frondoso rodea el edificio al que los años, quién lo diría, han mejorado, confiriéndole un aspecto más digno; se dirige hacia la entrada principal e intenta encontrar la manera de colarse en el jardín para asomarse a las ventanas del piso. Excepto por unos cuantos algarrobos y un ciruelo, allí no ha crecido nada, en aquel jardín tan abandonado que siempre estuvo vacío. Sólo durante los siete días de duelo se llenó de vida, cuando los sucesivos grupos de visitas se sentaron allí fuera a la fresca de la tarde del verano. Algunos encendieron velas, otros tocaban la guitarra y ella pasaba entre todos reuniendo para él las condolencias de las que se destinaba para ella el diezmo. Eitan apenas se levantaba de donde estaba sentado, recuerda ella ahora, mientras que ella andaba entre las mesas redondas que les habían prestado los vecinos y conversaba con los amigos y los parientes, disfrutando en secreto de su papel. De vez en cuando se unía a los que estaban a la mesa de él, sentándose en sus rodillas, si no había ninguna silla libre, echándole el brazo por encima de los hombros. «Cómo os parecéis—hubo quien les dijo —, como hermanos», porque ambos eran altos y delgados y tenían el pelo oscuro y los ojos claros, sólo que él tenía la nariz un poco aguileña y ella, recta. En su opinión, él era muchísimo más guapo, a pesar de que cuando ella se miraba de reojo al llegar a su casa en el espejo que colgaba en el pasillo, casi se sentía satisfecha de su cuerpo espigado y de su espesa melena y los ojos le brillaban como los de una novia el día de su boda. Sí, ésa fue la cuestión, se estremece ahora, ése fue por lo visto su pecado original por el que sería castigada, que aquellos siete días de duelo en el pequeño jardín fueron para ella los siete días de sus esponsales, unos días envueltos en una gran felicidad, de un profundo gozo que ahora la salpican a través del seto como las gotas de agua de un aspersor que estuviera enfocado sólo hacia ella. Casi puede oírlos allí, cantando y tocando la guitarra, riéndose y llorando, bebiendo y fumando, día tras día, noche tras noche, estábamos juntos y todo lo demás lo olvidé hace tiempo.

¿Qué sentido tiene haber vuelto ahora a este jardín para asomarse a las ventanas de un piso que lleva años sin visitar? Sentido no tiene ninguno, pero no va a renunciar a ello, es el único hilo que tiene del que tirar y va a tirar de él o va a dejar que él tire de ella, porque una fuerza desconocida la empuja hacia los arbustos del seto en busca de una brecha por la que pasar. Una rama espinosa le hace un rasguño en la mejilla, pero ya está allí, en el seto, mimetizada con él, tan poco operativa como el propio seto. Para espanto suyo oye unos pasos que se acercan al edificio, según parece un padre y su hijo, que habla con voz de pito y que por un momento le suena conocido. ¿Se tratará, por desgracia, de uno de sus alumnos? Tiene unos cuantos que viven en ese barrio. Por favor, que no la vean, porque el rumor de que la directora ha perdido el juicio se extendería como la pólvora.

—Papá, los ladrones llevan ropa blanca, ¿verdad?—balbucea el niño—. Papá, ¿verdad que los ladrones sólo van a las plantas bajas?

El padre asiente distraído, se detiene en la entrada, hurga en el buzón, nunca podrá explicar su presencia entre los arbustos, pero ya los ve subir al refugio seguro del primer piso, mientras el niño sigue expresando sus temores:

—Papá, ¿a que los ladrones hacen mucho ruido?

Sólo ahora el padre lo escucha por primera vez, y en lugar de tranquilizarlo, se molesta en contestarle con todo lujo de detalles:

—Pues no, qué va, los ladrones intentan ser muy silenciosos para que no los pillen.

—No es verdad—protesta el niño, asustado—. ¡No sabes nada de ladrones!

Por suerte para él, la puerta se cierra tras los dos justo en el momento en el que se oye el crujido de una rama que cede bajo el peso de ella, que sorprendida cae en las profundidades del arbusto mientras intenta abrirse paso y salir, es decir, entrar en el jardín. Le parece haber estado allí atrapada una eternidad, pero el extremo del hilo al que se aferra no lo suelta, así que saca las piernas de entre la maraña de ramas ayudándose con los brazos como si remara y embiste con la cabeza el espeso follaje, como si fuera un bebé que intentara pasar por el canal del parto. Nota que la otra mejilla también recibe un arañazo, que la melena se le enreda en los espinos, pero es incapaz de detenerse, así que se agarra de las ramas y las empuja hacia atrás hasta que su cuerpo sale expelido hacia delante y queda tendido al otro lado del seto.

Nunca se habría imaginado que pudiera ser tan difícil cruzar un seto y ahora no sabe cómo se las va a arreglar para salir de ahí, a no ser que los inquilinos de la planta baja se den cuenta de su presencia y llamen a la policía para que la echen, o los del primer piso, porque ya está oyendo los gritos del preocupado niño:

—Papá, ¿has oído ese ruido? ¡Seguro que es un ladrón!

Pero por suerte el padre no le hace caso y se limita a reñirle para que se

termine de una vez los cereales en vez de decir tonterías, y entonces ella se levanta con cuidado y, apoyándose en la pared del edificio, intenta rodearlo de incógnito, hasta llegar al ventanal del salón.

Para su desgracia, el salón está a oscuras, lo mismo que el jardín, en esa noche sin luna, y ahora continúa hacia la ventana del dormitorio, que tiene la persiana a medio bajar y del que sale una luz turbia, y sólo el ruido del agua corriente le indica que el piso no está vacío, así que se queda esperando con los ojos clavados en el ventanal, como si estuviera mirando muy fijamente una pequeña pantalla; lleva todo el día esperando, la vida entera esperando. Pero ¿qué está haciendo allí? Tiembla de frío pero su aliento arde, tiene la cara arañada, el vestido hecho jirones y se aferra a los barrotes de la reja como si hubiera perdido el juicio. Pero ¿cómo es posible que él sea capaz todavía de trastornarla de semejante manera? Porque se ve regresando a su casa dentro de un rato para tenderse en la cama y quedarse inmóvil como entonces, presa de una crisis de amor a sus cuarenta y cinco años. ¿Quién hubiera podido creerlo?

¿Qué busca ahí? El piso parece estar alquilado a una pareja de estudiantes o a una familia joven, aunque en el jardín no hay juguetes ni nada que indique la presencia de niños, y en realidad no tiene ninguna prueba de que allí haya alguien o de que el tiempo haya pasado. A la tenue luz se diría que nada ha sido añadido ni quitado en el lugar en el que siguen los deslavazados algarrobos y el ciruelo que ella tan bien recuerda. Durante los siete días de duelo decidieron que empezarían a arreglar el jardín, que plantarían flores y puede que hasta hortalizas, pero entonces él la dejó y también dejó aquel lugar que le recordaba a la enfermedad. Según parece, plantó flores y hortalizas en otro jardín en el que vive con su familia, con su hija Miriam y la madre de ésta, y puede que uno o dos hijos más, y a pesar de que le ha acariciado la cara y la haya besado en los labios, renunciará a ella, porque lo suyo fue un amor de juventud y qué tiene ella que ver ahora con su vida de adulto, ya no son quienes una vez fueron. Ha pasado toda una vida, todas las elecciones decisivas han sido tomadas y han quedado ya atrás, y las citas con el pasado son estériles, como ese jardín en el que nada ha crecido, porque de cualquier manera sus mejores años han pasado y lo hecho, hecho está, no se puede volver atrás, así que lo que hará ahora será regresar a su coche e irse a su casa como ha venido, con la esperanza de que las ramas la cubran, porque los vecinos actuales del piso no conocieron a la noble mujer que vivió aquí con su único hijo y no podrán iluminar su vida con una luz nueva y vieja, ni su pasado ni su futuro, por lo que vuelve sobre sus pasos apoyándose en los algarrobos.

Por un momento se ve golpeada por el haz de luz de una linterna, pero no es más que la lámpara que alguien enciende en el dormitorio frente al que se

halla, y para su asombro ve entre las rendijas a un hombre con barba, que ya no es joven, y que le vuelve su enjuta espalda; sólo lleva puestos unos calzoncillos y ella mueve la cabeza insistentemente con incredulidad o puede que sean los escalofríos lo que hace que la cabeza se le mueva de lado a lado involuntariamente. No puede ser, es inimaginable, pero diría que es él, que vive allí, que ha vuelto allí a fin de cuentas. ¿Dónde estará Miriam, su hija, y dónde su mujer? No parece que haya más personas en la casa. ¿Irán a regresar pronto? ¿Será posible que viva solo y que esté esperándola exclusivamente a ella? Lo sigue hasta el salón, cuya luz acaba de encenderse, ahora abre la nevera y saca un botellín de cerveza, si en este momento la ve, no se lo va a creer, cómo es posible que haya regresado por voluntad propia al lugar del que fue expulsada.

Apenas ha cambiado desde entonces, ese piso gris y dejado; sigue tal y como lo recordaba, y nada denota en él la presencia de una mujer. ¿Estará solo, libre para ella, libre para seguir con aquel duelo? Lo ve poniéndose una camisa gris y unos pantalones cortos de color claro y sabe que se dejará la camisa desabrochada y que las gotas de agua del pelo llenarán la tela de puntitos. Lo ve salir de nuevo del salón para sentarse frente a un ordenador que hay en la mesa de la cocina; teclea muy deprisa, el semblante serio y la espalda algo encorvada, ¿se alegraría ahora de verla o se asustaría? El caso es que no se ha molestado en responder a su mensaje. Puede que haya creído que se trataba de una paciente molesta y ni siquiera lo haya escuchado, así que tiene que volverlo a intentar ahora que lo tiene a la vista. Lo volverá a probar y entonces sabrá la verdad, en tiempo real; lo ve levantarse trabajosamente, parece estar buscando el móvil, y luego desaparece en el dormitorio y ella lo oye hablar dos veces, por el aparato y por la ventana, su voz fluyendo hacia ella con la brisa del atardecer.

—¿Hola?—pregunta, y como ella no dice nada, sigue hablando—. ¿Eres tú, Irisim? No sabía si podía devolverte la llamada a estas horas, porque a lo mejor estás con la familia—explica.

Dice *familia* como si de un término abstracto se tratara, y entonces ella le responde con una suave ronquera:

—No estoy con la familia, Eitan, estoy contigo, estoy aquí, en el jardín.

—¿Que estás en el jardín?—exclama con voz risueña—. ¡No puede ser!

Ella se deja caer sobre la reseca tierra, los dientes le castañean y sabe que él ahora abrirá la puerta del salón, bajará los precarios escalones, cuatro o cinco, el teléfono en la mano y su luz azulada la iluminará mientras le diga:

—Estás aquí—y en lugar de agarrarla de la mano y llevarla a su antigua casa, se sentará a su lado en el suelo—. ¿Qué haces aquí, Irisim? No me puedo creer que estés aquí—susurra iluminándole la cara con el teléfono—. Pareces enferma—dictamina mientras le toca la frente—. Tienes fiebre y arañazos en

la cara, tienes el vestido roto, ¿por qué no has entrado por la puerta? ¿Cómo sabías que estaba aquí?

—No lo sabía—murmura ella—, no sabía quién vive aquí.

—Siempre tuviste una gran intuición—sonríe—, siempre supiste lo que había que hacer y lo que iba a pasar.

—En absoluto, y la prueba está en que no tenía ni idea de que me fueras a dejar—protesta.

—Yo tampoco lo sabía—dice, para su sorpresa, y a continuación pregunta —: ¿Cómo vas a volver a tu casa? ¿Qué le dirás a tu marido?

—Le diré que me han asaltado—susurra.

—Ah, ¿sí?—exclama él, y añade—: ¿Y qué le dirás que te han robado?

—Todo, mi vida entera, le diré que lo entregué todo por salvarme.

—Bien hecho. ¿Y te parece que te va a creer?

—Pues claro que me creerá, porque nunca miento.

—Mi niñita buena—se ríe, sigues siendo la niña buena de siempre—añade, intentando enfriarle la frente con el botellín de cerveza que todavía sostiene en la mano—. Al mediodía, cuando te he visto, no tenías fiebre. ¿Te has puesto mala por mí?

—Pues claro—responde—, y ahora te toca curarme.

—Haré todo lo que esté en mi mano—dice ofreciéndole la cerveza, que ella se toma con avidez, sedienta como está, mientras el pelo mojado de él le gotea en la cara al apoyarse en el codo para mirarla allí tendida, a los pies del ciruelo.

Se siente más cómoda en la reseca tierra que en su propio dormitorio, se siente tranquila tendida en la tierra junto al conocido cuerpo de él, porque esta tierra la siente suya, tiene la sensación de que sus pasos de antaño siguen grabados allí, como las huellas del primer hombre que pisó el polvo lunar y que quedaron allí tal cual, porque con la ausencia de viento y de lluvia, con la ausencia de los cambios meteorológicos, nada se transforma, de manera que ella ha regresado ahora a su luna, la tierra le abraza las caderas, el cielo la cubre y ella los une. Ella pertenece a este lugar, a este ciruelo, cuyos frutos siempre fueron o todavía agraces o ya casi podridos, y sólo un día al año parecían estar en su punto, a pesar de lo cual ella los devoraba con avidez, calientes por el sol, y ahora, entrecerrando los ojos ve entre las ramas unos frutos diminutos.

—¿Las ciruelas han mejorado algo, desde entonces?—pregunta.

—La verdad es que no. Saben a aceituna, porque debe de ser un injerto de ciruelo y olivo—responde él, mirando hacia el ciruelo con indiferencia—. Y, por cierto, tampoco yo he cambiado.

—Tú no tienes por qué haber cambiado—susurra ella, mirándole como hechizada los ojos hundidos bajo la sombra de las pobladas cejas oscuras—, tú

eras maravilloso tal y como eras.

—Qué raro que ninguna mujer después de ti pensara lo mismo—reconoce él.

—¿Lo ves? Tenías que haberte quedado conmigo—se ríe ella.

—Ay, Irisim, ¿crees que no lo sé?—suspira.

Y en ese momento se oye un grito agudo proveniente del primer piso:

—¡Papá, hay ladrones en el jardín! ¡Los estoy oyendo! ¡Oigo ruidos!

—Basta ya con tus tonterías—le riñe el padre—, todas las noches me sales con algo con tal de no irte a dormir.

—¡Quiero dormir en casa de mamá, allí no hay ladrones!—grita ahora el niño, llorando.

—Pobre niño—se sonríe Eitan—, qué miedo tiene, me recuerda a mi hijo.

—¿Tienes un niño pequeño?—se sorprende—. ¿De qué edad?

—Nueve años.

Y ahora ella adopta un tono oficial, más adecuado al contenido de la pregunta:

—Entonces, ¿cuántos hijos tienes?

—Tengo dos hijos y dos mujeres—pero enseguida se corrige—, de dos mujeres, quiero decir, y ninguna de las dos vive conmigo.

Ella deja escapar un largo suspiro de alivio, como si de verdad hubiera llegado a creerse que además de no estar libre, estuviera casado con dos mujeres a la vez, pero por otra parte es tan maravillosa esa nueva información, y aunque nace en ella cierta duda acerca de lo que parece una vida amorosa especialmente fracasada, no quiere regodearse en esa idea. No es el momento de investigar ni de exigir, sino el de disfrutar de ese increíble encuentro, por inesperado, insospechado, impensable y hasta podría decirse que indeseado, aunque ahora le parece que sólo ha vivido por él desde entonces, que todo lo que ha hecho mientras tanto, los estudios, el matrimonio, los hijos y el trabajo, no ha sido más que una distracción, el deber de cualquier persona normal.

—Ven—le dice levantándose y tendiéndole la mano—, entremos en casa, tengamos piedad del vecino de arriba.

Ella se levanta pesadamente, la negra noche se le clava en los ojos y apenas ve, si no se apoyara en él se caería, pero él la guía, casi la lleva en brazos, como un novio llevando a la novia a la casa que ha preparado para ella, así es como la devuelve a la casa de la que fue expulsada hace casi treinta años, y de la misma manera que ve en el rostro de él su rostro de entonces, se presenta ante ella la casa tal y como es ahora y como fue un día, en una especie de imagen doble, profunda, que a ella le parece que es la única que puede tener sentido. Desde el umbral ve el pequeño salón con un nuevo sofá, aunque está exactamente en el mismo sitio que entonces, cuando fue a esa casa por

primera vez y vio una espalda cubierta con una manta de la que sobresalía una melena negra, lisa y muy cuidada, y Eitan dijo con voz dulce: «Mamá, te presento a Iris», y entonces la manta se movió lentamente, con esfuerzo, y el rostro que estaba vuelto hacia la pared se volvió hacia ella y la escudriñó con unos enormes ojos azules sorprendentemente jóvenes.

«Bienvenida, Iris—le dijo la madre con una voz cálida y suave, al tiempo que se inclinaba hacia un lado apoyándose en el codo para sujetarse la cabeza con una mano y tenderle la otra—, encantada, soy Miriam, perdona que no me pueda levantar para recibirte, pero me duelen las piernas», y entonces Iris le dio la mano emocionada y desde ese instante ya la quiso de corazón, y le dijo: «No tiene que levantarse por mí, estaré encantada de ayudar a Eitan a cuidarla».

«Bastante haces con cuidar de él—le sonrió la madre—, me alivia mucho saber que no está solo», y al intentar incorporarse un poco se le cayó de la cabeza de pronto la espesa melena, por el movimiento brusco que había hecho, y dejó a la vista el cráneo desnudo, abatido, y la madre se sonrojó confusa: «No me las arreglo con la peluca», murmuró mientras la sacudía y la dejaba sobre un cojín, y la verdad es que desde entonces no se la volvió a poner, y ahora, al toparse sus ojos con su imagen en el espejo, que sigue en el pasillo desde entonces, se pasa la mano sorprendida por su propia melena que sigue ahí tan lisa y brillante, incluso después de haber rodado por el suelo.

—¿Te acuerdas de su peluca?—le pregunta, y él sabe al instante a lo que se refiere.

—Precisamente he querido decirte antes que te pareces a ella, no sólo por el pelo, es increíble lo mucho que te has ido pareciendo a ella.

—Murió cuando tenía justo la edad que tengo yo ahora. ¿Qué significará todo esto?

—Pues ya lo iremos viendo—dice Eitan, y a ella le da un escalofrío porque le parece detectar cierta amenaza en sus palabras.

—Estás temblando—exclama él—, tienes mucha fiebre, ven, que me ocuparé de ti. No sé por dónde empezar, ¿te quieres acostar—y señala el sofá con un gesto de la mano—o ducharte?

—Las dos cosas.

—Pues empecemos por la ducha—propone, y la lleva con delicadeza al cuarto de baño del que él mismo ha salido hace tan sólo un rato—. Agárrate a los asideros, no vaya a ser que te caigas—le dice señalándole las barras de aluminio a las que se agarraba su madre—, y llámame si me necesitas.

Cuando entra para darle una toalla, ella ya casi se ha desnudado por completo y él se apresura a salir, mientras que ella, para su sorpresa, no siente ningún pudor, porque él no la examina, no le ve las estrías en el vientre, ni las cicatrices de la operación, ni la flacidez de todos sus miembros, sino que ve en

ella a la chica que fue y, por encima de todo, ve a su madre, para bien y para mal, eso ya lo iremos viendo.

Por eso tampoco se sorprende cuando le tiende una bata de flores descolorida que ella recuerda vagamente, al verla salir de la breve ducha envuelta en la toalla, porque se ha dado mucha prisa, pensando que se está perdiendo un tiempo precioso de estar con él, aunque ahora, de pronto no le ve sentido.

—¿Y si te pones esto, mientras tanto?—le propone, y ella se envuelve en la bata de la que emana un aroma sorprendentemente agradable, como si la acabaran de lavar para ella, y a continuación se tiende en el sofá y se toma el té que le ha preparado, decidida a dejarse llevar del todo por él.

Ahí está partiendo en dados una sandía que luego le sirve, poniéndole una toalla helada en la frente, trayéndole un vaso de agua, atendiéndola tanto que se diría que todo lo que ella hizo por él entonces, vuelve a ella concentrado, así que no debería tardar en sentarse a su lado para ayudarla a pasar los exámenes.

—¿De qué te ríes, Irisim?—le pregunta con dulzura.

—Me estoy acordando de cuando te daba clases para que pasaras los exámenes de bachillerato y de lo difícil que era. ¿Cómo conseguiste terminar medicina?

—Siempre hubo chicas que creyeron que el esfuerzo merecía la pena—se ríe.

—No me cabía ni la menor duda de cómo lo lograste—deja escapar, visiblemente contrariada.

—La verdad es que con el tiempo fui teniendo una mente más clara. Después del servicio militar me di cuenta de que en realidad me gustaba estudiar. No me juzgues tan severamente—le pide, tendiéndose en el sofá junto a ella—. Sé que fui un verdadero idiota, pero tenía atenuantes, tú misma lo dijiste.

—Claro que sí—sonríe ella—, si no te juzgo en absoluto—añade, aunque no sabe bien si él se está refiriendo a sus dificultades para los estudios o al hecho de que la dejara.

Pero ahora eso no le importa, porque cierra los ojos, lo toma de la mano y le parece que se le derrite el cuerpo de tanta calidez, que se le funde y se le mezcla con la carne de él hasta convertirse los dos en una masa que ya no se va a poder separar.

—¿Cannabis medicinal? Porque diría que tengo alucinaciones.

—No, es un simple Optalgin—se ríe él.

—Optalgin tengo en casa—protesta ella—, no necesito ningún médico especialista en dolor para tomarme uno. ¿Por qué te especializaste en dolor?

—Quien no cree en las terapias, va a dolor. Es una concepción del mundo

completamente distinta. Para la mayoría de los médicos la enfermedad es lo principal, mientras que para nosotros es sólo algo circunstancial. Nosotros no intentamos curar, sino paliar el dolor. Y tú deberías ser la última en preguntar algo así, porque estuviste conmigo entonces.

—Sí, y fue terrible, su sufrimiento—dice ella.

En sus oídos resuenan todavía los lastimosos quejidos que se oían al otro lado de la mampara el día de la muerte de la madre de él. Por un momento le parece que ahora brotan de su propia garganta. ¿Le estará ofreciendo la enfermedad para cuidarla con la misma entrega con la que cuidó de su madre y minimizar ese sufrimiento suyo del que en realidad es el único responsable? Estaría dispuesta a ello con la condición de poderse quedar ahí con él hasta el día de su muerte, con la condición de no tener que regresar a su casa. Necesita tiempo con él. Tiene tantísimas preguntas que hacerle, porque todavía no sabe nada, no sabe, por ejemplo, qué hizo después de echarla de allí, ese mismo día, y el día siguiente, en realidad querría repasar con él todo el calendario, día a día y hora a hora, desde entonces hasta hoy, aunque les llevara treinta años hacerlo, reconstruir los pequeños y grandes detalles en el mismo orden en el que tuvieron lugar. Qué hizo en el ejército y dónde estudió, con quién se casó, dónde vivió, cuándo se separó, con quién se casó después, dónde viven sus hijos, cuándo los ve y si todavía le gustan las manzanas ácidas, pero una sensación de tiempo infinito sopla a su alrededor con la brisa de la noche, no tiene ni idea de qué hora es, su tiempo es otro, está en otro lugar, en la cara interna de la bola del mundo, donde se acumulan todos los años.

—¿Estás dormida?—le pregunta en un susurro.

—Estoy feliz—dice ella, para su propia sorpresa.

—Irisim, ¿y tu familia? Te estarán esperando preocupados—dice él mientras le acaricia los brazos desnudos y sus dedos revolotean después sobre sus pechos también desnudos bajo la bata.

—Pues que sigan preocupados—susurra ella.

—Mándales por lo menos un mensaje—insiste—. ¿Dónde está tu móvil? No quiero meterte en ningún lío.

Le pone el teléfono en la mano y ella descubre que sólo son las diez y media. Se puede quedar con él un rato más, porque ve imposible volverse a separar de él, así que le deja un mensaje lacónico a Miki: «Estoy en Tel Aviv, volveré tarde, no te preocupes», y al instante Miki le pregunta: «¿Qué haces en Tel Aviv?», por lo que se apresura a enviarle un mensaje a Dafna: «Estoy contigo en Tel Aviv, ¿vale? Mañana te lo explico», y sólo cuando Dafna le confirma que de acuerdo, entonces le escribe de nuevo a Miki: «Estoy con Dafna, no me esperes».

Con sorprendente pericia, lo organiza todo como si su vida con Miki fuera

un cúmulo de mentiras, y eso que nunca le ha sido infiel, nunca le ha mentido, siempre le asombraban las amigas que tenían amoríos, porque a ella le parecían una carga física y anímica inasumible, nunca hasta ahora se había encontrado con un hombre que justificara el tener que soportar semejante carga. De vez en cuando había algún padre de uno de sus alumnos que se demoraba más de lo debido en su despacho de directora, o en las reuniones del Ministerio de Educación se daba cuenta de que a veces le lanzaban unas miradas babosas, sobre todo antes de que resultara herida en el atentado, pero ella nunca les había correspondido, y no sólo por fidelidad a Miki y a su familia, sino desde el convencimiento de que el hambre que ella sentía no iba a saciarla ninguno de aquellos hombres. Pero ahora se encontraba en otro país en el que esa enorme hambre se había calmado, ella estaba ahora en su propio Egipto bíblico, y por eso les mentiría con alevosía incluso a sus hijos, así que para mayor seguridad ahora se pone a escribirle también a Omer: «Estoy en Tel Aviv, mañana estudiaremos juntos», y él le responde de inmediato con una carita sonriente y añade: «Diviértete, mamaíta», porque a él qué le importa nada, qué le importa dónde estés mientras tenga la ropa lavada y un plato en la mesa.

Durante todo ese rato él anda en la cocina para darle su espacio de privacidad, a pesar de que ella no se lo ha pedido, y mientras sigue urdiendo sus mentiras con el móvil, él saca de la nevera otro botellín de cerveza y se vuelve a sentar frente al ordenador, y ella lo mira como si siguiera en el jardín al otro lado de la ventana mientras él teclea muy deprisa, y por un momento se diría que hasta se ha olvidado de que ella está allí, porque sigue escribiendo con el ceño fruncido, el pelo gris que ya se ha secado echado hacia atrás, los labios oscuros, fruncidos también, confiriéndole a su perfil un aspecto grave, y ella cierra los ojos y se queda escuchando el sonido del teclado.

—¿Qué escribes?—le preguntará finalmente y solamente entonces él se levantará de la silla y se dirigirá hacia ella estirando sus brazos de muchacho hacia arriba y hacia atrás.

—Contesto preguntas de mis pacientes—suspira—, no tiene fin, todas las noches le dedico horas a los correos electrónicos.

—Yo también tengo preguntas—susurra ella, tendiéndole los brazos—, pero yo quiero respuestas orales.

Él, entonces, vuelve a tenderse a su lado en el sofá. Ha apagado todas las luces y sólo hay un resplandor azulado proveniente de la pantalla del ordenador, mientras por la ventana asoman los dedos del viento frío típico de la noche en las montañas de Jerusalén y que le trae un aroma a ciruelas.

—¿Te puedo responder oralmente pero sin palabras?—le pregunta con voz ronca.

—¿Cómo?—pregunta ella.

—Así—susurra él, y posa sus labios sobre los de ella, que nota como si le transfundiera con ese potente y larguísimo beso la esencia de su vida vivida hasta ahora, sin ella, mucho más solo que ella, sí, ahora ya lo sabe todo, no tiene más preguntas, quizá solamente una y es cómo no teme que le contagie las anginas.

Bajo la bata floreada que había envuelto el cuerpo de la madre de él, el cuerpo de ella es ahora cubierto de besos, su piel brota, es un ciruelo en flor, es un seto, ha pasado de estado animal a vegetal por obra de una sorprendente transformación, un vegetal con unas necesidades muy básicas, plantado en la tierra, «porque el hombre es un árbol del campo». De pronto recuerda cómo le ayudó a prepararse para el examen de Biblia de bachillerato y que él no conseguía entender ese versículo, «porque el hombre es un árbol del campo». Recuerda lo mucho que se esforzó por explicarle las distintas interpretaciones opuestas de la razón por la que el hombre es comparado a un árbol del campo. Y la verdad es que sí son comparables, porque el hombre, como el árbol, nace de una pequeña simiente, y crece y se ramifica como un árbol, pero el versículo en cuestión habla de cuestiones bélicas, así que también significa lo contrario, y entonces la pregunta es si el árbol del campo es capaz de soportar un estado de sitio como lo es el hombre, porque el hombre puede escapar, pero el árbol no, el hombre puede atacar, y el árbol no, y por eso no se le puede maltratar.

Estaban allí sentados junto a la mesa, estudiando, y él le dio una patada a la silla de pura desesperación, los ojos bañados en lágrimas. Era de llanto fácil, mucho más que ella, excepto el día en que la echó de su lado, ese día no lloró, pero ahora ya no podría echarla porque está plantada aquí como el ciruelo, nunca había notado antes esa sensación de pertenencia, en ninguno de los pisos en los que había vivido había tenido esa profunda sensación de hogar. Ahora la lleva en brazos al dormitorio, le quita la bata y no hay ya separación entre su piel helada y la de ella, ardiente, como el encuentro entre dos climas, dos continentes convertidos en una tormentosa nube, pesada por los espesos vapores, por las bolas de granizo entrechocando, cargada de corriente eléctrica desintegrada en una explosión de luz. Éste es el encuentro que forman el rayo y el trueno, que rueda por el cielo como su propia voz, que repite una y otra vez «amor mío, amor mío», porque no hay límite para las palabras que ella desea pronunciar y cada una de ellas quiere ser dicha infinitas veces, en una sola frase cuya longitud es la de su propia vida, y resulta que él le responde, porque para su sorpresa empieza a susurrarle al oído mientras enlaza sus miembros a los de ella, y le habla de los primeros años tras su separación de ella, con una voz más y más ronca, tanto que ella llega a temer que no le dé tiempo a oírlo todo antes de que se quede sin voz, y escucha con ansias sus susurros jadeantes.

—Estaba tan solo, Irisim, ¿puedes llegar a entender lo que es no tener a nadie en el mundo? Me lancé de cabeza al ejército, pedí incorporarme a una unidad de combate, quería morir. Los fines de semana iba cada vez a casa de un amigo distinto. Los escogía según la distancia a la que vivieran de Jerusalén. Mejor cuanto más lejos. No quería ver esta casa, ni a mis abuelos, que bastante destrozados estaban ya. Creo que no puse los pies en Jerusalén por lo menos durante tres años.

—¿Y a mí?—pregunta ella—. ¿Tampoco querías verme?

Al instante la historia de su madre se convierte en otra de las fantasías de su delirante cerebro, y no sabe si alegrarse por ello o lamentarlo, y entonces él apoya su cabeza canosa en sus pechos.

—Pues claro que quería, tontita, tú eras la persona más cercana a mí, pero tenía miedo de esa cercanía, hui de ella lo más lejos que pude, sólo por no sentir nada. Quien no siente no sufre. Ése fue mi sueño durante años, anestesiar el sentimiento; por eso hice la especialidad de anestesista. Me acosté con mujeres sin sentir nada, me casé sin sentir nada, y únicamente cuando Miriam nació volví a sentir.

—¿Y cómo fue volver a sentir?—pregunta ella, al tiempo que se da cuenta de pronto de que sus propios meses de sufrimiento, de los que él no sabe nada, fueron insignificantes al lado de esos largos años que él le está describiendo. Y quizá sea mejor no hablarle de ellos, sobre todo si no pregunta. Porque ¿qué le va a decir? ¿Que se quedó en la cama inmóvil, paralizada, día tras día? ¿Que no comía, ni bebía, ni hablaba, ni oía? ¿Que era como un vegetal, porque el hombre es un árbol del campo? ¿Cómo podía estar enfadada con él si había huido de ella por exceso de amor, de tanto dolor como sentía?

—Pues fue maravilloso—responde él a la pregunta—, pero sobre todo destrozó mi matrimonio.

—¿En serio?—se extraña ella—. ¿Por qué?

—Porque entonces entendí que no amaba a su madre y ése no fue un descubrimiento especialmente agradable. Al poco tiempo me fui de casa. Miriam fue la que salió perdiendo con eso de que yo volviera a sentir.

—Estoy segura de que también salió ganando—se encuentra ahora consolándolo, exactamente como entonces, cuando eran adolescentes y corría a cargar con el dolor de él.

—No lo suficiente, lamento decir, con toda la pesadez de los turnos y esa madre hostil, fue muy difícil construir una relación con ella. Era demasiado pequeña cuando nos separamos. Y después, encima, me fui a estudiar al extranjero y casi ni la vi.

Iris recibe abrumada esa enorme cantidad de información que no se imaginaba que pudiera existir. Siempre que pensaba en él lo imaginaba, sin

que supiera por qué, casado felizmente con una mujer más exitosa que ella, una mujer a la que era imposible abandonar y junto a la que estaba criando a unos hijos perfectos. Nunca había pensado en él en términos de divorciado, pero el caso es que durante todo ese tiempo él había estado solo, mientras que en el tiempo presente le está haciendo el amor a ella hablándole con todos los miembros; había olvidado que él es así, que ellos dos son así. Porque se había acostumbrado al contacto expeditivo de Miki, que distingue entre la palabra y el contacto físico, mientras que aquí, entre ellos, todo se mezcla con el pasado de él y con el pasado de ella, el pasado que ella va reconstruyendo en paralelo, porque su hija Miriam nació unos meses antes que su propio Omer, así que cuando él dejó a su mujer ella ya estaba embarazada de su segundo hijo, aunque ella se preguntaba si ese embarazo era pertinente, una pregunta que se volvió más apremiante después de que Omer creciera y le robara todas sus energías, aunque luego terminó por amoldarse porque no tenía tiempo para profundizar en la pregunta y también porque, a su pesar, le estaba agradecida a ese bebé tan irascible y movido que no dejaba de darle problemas por el hecho de que la distraía de todo lo demás, y así, cuando ahora reconstruye su vida en paralelo a la de Eitan, le sorprende constatar que según parece ha sido más feliz que él, por lo menos durante aquellos años, a pesar de la vaga sensación de derrota que la acompañaba, porque después de recuperarse de aquella crisis en la que sintió con tanta fuerza la proximidad de la devastación, le bastó con la sencillez de la vida diaria, por lo general, de una vida al ralentí, y cuando parecía que había aprendido la lección llegó aquel terrorista suicida, un policía palestino de Belén, para recordarle de nuevo lo cerca que había estado de la nada y que existir merece mucho la pena, y ahora toda esa concatenación de acontecimientos cobra un nuevo significado y una nueva apariencia, la doble apariencia de su chico convertido en un hombre ya no joven y, según parece, tampoco fácil. Esas oscuras y pobladas cejas, esos hermosísimos ojos, esos labios que sólo se revelan carnosos cuando la besa, así que vuelve a asombrarla esa doble apariencia, capa tras capa, y piensa que así es por lo visto como nos vemos a nosotros mismos y a nuestros seres más próximos, aunque ella no ha visto cómo se poblaban sus mejillas ni cómo encanecía su cabello, no había visto cómo alcanzaba su máxima estatura, porque ahora ya está menguando, y es que tienen tanto que recuperar, porque les han sido robados casi treinta años.

Ahora tienen que volver a tener veinte o treinta años, casarse y tener los hijos de su viejo amor, su profundo amor, su Miriam en común, porque el semen de él inunda ya los conductos del cuerpo de ella y le parece inimaginable que no lo esté esperando un olvidado óvulo de su juventud, y él sigue moviéndose encima de ella como si estuviera rezando y con esa barba y esa expresión de devoción en su circunspecta cara parece un cantor de

sinagoga elevando su canto en la oración que cierra el Día del Perdón un momento antes de que se dicte sentencia, «Ábrenos la puerta cuando la puerta se cierre al terminar el día, el día se irá, el sol vendrá y se irá, profecía de tu puerta, apiádate, oh Dios, llévame, perdóname, absuélveme, apiádate, redímeme, elimina el pecado y la falta», y ella se le une en la oración, su cuerpo late con el de él con pulsaciones de gozo, consagrado, tu oración ha sido atendida, mi oración ha sido atendida, nuestra oración ha sido atendida.

IX

Cuando abre los ojos por la mañana también se siente bendecida, a pesar del dolor de garganta y de la mucha fiebre que tiene. Despacio y gradualmente se le aclaran las imágenes. La interrumpida trama de su vida es ahora una guirnalda de colores, como la que solían hacer en su infancia para la Fiesta de las Cabañas, y ella, que tanto ansiaba tener una cabaña, recortaba y pegaba más y más aros de papel creyendo que cuanto más larga fuera la guirnalda que le ofreciera a sus vecinos, mejor la recibirían en su propia cabaña, porque en su casa no había quien la construyera. Por eso recortaba y pegaba y se vestía de fiesta aunque de camino a casa de los vecinos la guirnalda, demasiado larga, se le enredaba en los pies y se rompía y entonces regresaba a su casa llorando amargamente, y ahí está ahora pegando papeles, un recorte rojo pegado al azul, uno azul pegado al verde, cada guirnalda de papel se contagia de su ilusión y la ilumina con sus matices, transformándola por completo, lo mismo que se transformó junto a Eitan, y el solo hecho de pensar en él ahora le cambia la cara. También cuando se despide de él junto a su casa, por la noche, nota que nada sigue siendo como hasta entonces. Él teme dejarla conducir sola y la sigue en su coche, las luces del vehículo acariciándola como dos ojos resplandecientes que irradian sobre ella una serenidad agitada mientras lo guía a su casa, a su vida.

Aparca junto a ella en el aparcamiento destinado a los vecinos del edificio, la ayuda a salir del coche y le sirve de apoyo hasta que entra en el ascensor que se abrirá enseguida en el salón de su casa, y desde donde avanzará pasito a paso con sumo cuidado hasta la habitación de Alma, sumida en una profunda sensación de no pertenecerles ni al piso ni a sus habitantes. La puerta de Miki está cerrada y, para su alegría, no tendrá que encontrárselo y presentarse ante él sintiendo que pertenece a otro hombre y a otro tiempo, y también Omer duerme pesadamente, así que se deja caer con un suspiro en la cama de su hija con la sensación de que regresa de un larguísimo viaje y que no es a su casa a donde ha vuelto, sino a una parada intermedia, a una especie de fonda, porque el viaje es muy largo y éste no ha hecho más que empezar.

También ahora presta atención con los ojos cerrados a los ruidos de la casa, unos pasos apresurados en el pasillo, la nevera que se abre y se cierra, el ascensor trepando por el hueco, las hojas que se abren y se cierran, y sólo cuando acaba reinando el silencio se atreve a salir de la habitación con precaución, como una visita que prefiere no toparse con sus anfitriones. Según parece, se han marchado juntos, Miki al trabajo y Omer al instituto, pero a pesar de todo sigue en guardia para que nadie la sorprenda desprevenida y analiza el rastro que hayan podido dejar antes de salir. Aunque ella misma no dejó rastro anoche: todos sus objetos delatores los mantuvo

custodiados, el vestido, el bolso y por supuesto el teléfono móvil, adoptando en una sola noche las imprescindibles normas de precaución, y ahora se apresura a lavar el vestido, y su piel, a lavarse el pelo con champú y enjabonarse el cuerpo con jabón, a ocultar con maquillaje los arañazos de las ramas en su cara y a ponerse un camisón limpio. Ahora ya está lista para recibirlos, preparada y tensa, porque quien tiene un secreto debe mantenerse siempre en guardia, incluso mientras duerme, aunque ¿cómo conseguirá el jabón borrar la verdad, esa verdad que va más allá de esta o aquella mancha, que ha cambiado toda su existencia, esa verdad cuya semilla oculta germina de pronto con fuerza? Eso no podrá ocultarlo el maquillaje, así que se vuelve a la cama con una taza de té ardiendo y una rebanada de pan con miel, mientras sigue pegando una tras otra las anillas de papel de su guirnalda.

Cómo se había quedado allí plantado frente a ella, clavándole unos ojos interrogativos, la arruga del entrecejo ahondándose, y ella yendo hacia él despacio, hasta rodearle la nuca con los brazos en un abrazo tembloroso, y para su sorpresa él le había correspondido abrazándola, mientras ella le decía: «¿Eres tú, verdad?», porque no le veía la cara, y él le susurraba: «Espérame», mientras la conducía hasta la puerta, y sí, allí se quedó esperándolo, hora tras hora lo esperó, hasta que finalmente fue a recogerla y ella corrió tras él hasta la gélida sala de espera donde los dos se dieron a conocer como José se había dado a conocer a sus hermanos, y cómo lo encontró en casa de su madre, cómo se tendió sobre la tierra junto a ella bajo el ciruelo. Cómo se reencontró con ese conocido cuerpo, tan amado, como si nunca se hubiera visto alejada de él, cómo había conducido siguiéndola hasta su casa con las luces del coche acompañándola como dos ojos resplandecientes, y todo eso había sucedido en un solo día, suponiendo que hubiera sucedido, porque era demasiado bueno para ser verdad, demasiado fácil, contradecía todo lo que hasta entonces había ido aprendiendo de la vida, pero ahí está el móvil avisándola y ahora lee con avidez el mensaje que le acaba de enviar en ese mismo instante: «¿Cómo estás, amor mío?», le pregunta Dolor, y ella, tras acariciar con los ojos y con los dedos las letras que le ha enviado, escribe: «Enferma y feliz».

«¿Estás sola?—pregunta—. ¿Te puedo ir a visitar sólo un momento?». Y ella se trastorna tanto ante esa posibilidad que le responde al instante, con todas las palabras que se le ocurren: «Claro, por supuesto, naturalmente que sí, ven», porque no quiere que él note ninguna vacilación o reticencia por su parte, precisamente porque sí siente cierto temor, y sí, está sola, lleva casi treinta años esperándolo, y Miki está en el trabajo y Omer en el instituto, así que las probabilidades de que vuelvan de repente a esa hora tardía de la mañana son casi nulas, lo mismo que lo era la probabilidad de volver a encontrarlo a él, y ahora corre a alisarse el pelo con la plancha alisadora que guarda para las ocasiones especiales, se maquilla muy deprisa, y mientras

todavía está buscando en el armario un vestido que le favorezca más que el camisón viejo que lleva puesto, suena el timbre provocándole un emocionado temblor. Está aquí, ha venido y entonces le dice por el interfono: «¿Eitan? Te mando el ascensor», pero allí no hay nadie y el timbre sigue sonando, la confunde, hasta que se da cuenta de que es el timbre de la puerta que tan poco uso tiene, y la abre con mano temblorosa para caer de inmediato en sus brazos, el cuerpo ardiendo por la enfermedad y el corazón desbocado.

—¿Has subido los seis pisos por la escalera?—le pregunta, apoyando la mejilla en su hombro—. ¿Por qué no has cogido el ascensor?—Le habla como si no hubiera asuntos mucho más importantes de los que hablar entre ellos.

—Nunca utilizo los ascensores, están infestados de microbios—responde él.

Pero de los microbios que pululan en la boca de ella parece no tener ningún miedo, porque con sus manos le levanta la barbilla y sus labios engullen los de ella, hasta el punto de que se diría que en cualquier momento la va a succionar al completo por la ansiedad que revela su boca, y sobre el fino camisón las manos de él se posan en sus pechos, esos pechos suyos que han amamantado a dos hijos que no son los de él, pero que ningún hombre había tocado antes que él. De nuevo se encuentra rodeada de sus brazos, otra vez es suya, siente una mecha ardiendo entre las piernas, su cuerpo se funde con el de él, ésta es la entrega absoluta que recordaba de entonces y que después nunca volvió a sentir, jadea entre sus manos, la piel erizada con su contacto, diría que ya no se sostiene sobre sus propios pies sino sobre los de él, porque sus brazos la izan mientras inclina el cuerpo de ella hacia atrás y le mordisquea los cálidos pechos a través de la tela del camisón, y el placer es tan inmenso que ya ni recuerda dónde está. Aunque Miki entrara en ese mismo momento ella no se detendría, aunque Omer saliera de repente de su habitación y la mirara atónito, ella seguiría, no renunciaría al placer absoluto, no se soltaría del cuerpo de él fusionado al suyo por completo, porque está unido a ella desde los pies a la cabeza. Ésa es la fuerza de la gravedad de la naturaleza, así es como fuimos creados, como dos partículas de un campo magnético, y es un fenómeno que tiene lugar en la tierra y que resulta imposible de evitar, uno de tantísimos, y los hay peores, se oye a sí misma justificándose en su jadeo.

—¿Qué has dicho?—le susurra él al oído entre risas.

—Nada, es que la fiebre me hace delirar. Ven, vamos a sentarnos un momento.

Lo lleva al sofá y, en cuanto se sientan y antes de que le haya dado tiempo a soltarle a él la mano, oye el conocido resoplido del ascensor al detenerse en su piso y para su asombro las puertas se abren y aparece Shula, la asistenta.

Siempre se cuida de vestirse muy bien para a acudir a trabajar, zapatos de tacón, minifalda, que enseguida se cambia por unos zuecos y una túnica vieja, y ella le alaba la buena presencia que tiene, y por eso, su estupefacto cerebro

se esfuerza en ese momento por idear como de costumbre un comentario agradable sobre la blusa roja que lleva:

—Qué bien te sienta ese color—exclama, y sólo la conmocionada expresión de sorpresa de su veterana asistenta la hace reaccionar como si le hubieran echado por encima un cubo de agua helada y la pone en pie de golpe—. ¡No sabes lo malísima que estoy! Por suerte mi médico estaba por aquí cerca y ha sido tan amable de venir a visitarme. Te presento al doctor Rosen, director de la Unidad del Dolor—balbucea, y Shula avanza hacia ellos todavía atónita, aunque el respeto por la profesión de él suaviza el asombro y le proporciona una explicación tranquilizadora al sospechoso cuadro que tiene delante, sobre todo cuando el respetable médico se levanta también y le da la mano muy educadamente, aunque Iris sabe que tiene los labios hinchados, el pelo revuelto y unas delatoras manchas húmedas en el camisón.

—¿Qué me aconseja entonces, que tome algún antibiótico?—le pregunta circunspecta mientras Shula entra en una de las habitaciones para cambiarse de ropa.

—La verdad es que no tengo ni idea de lo que tiene, porque yo sólo entiendo de enfermedades incurables—dice él, y los dos se echan a reír a carcajadas, incapaces de dominarse, ni siquiera cuando Shula regresa al salón vestida con la túnica.

—Si te parece, hoy lo hacemos asín: empiezo por la habitación de Alma para que te puedas volver a la cama cuanto antes.

—Sí, Shulinka, buena idea—asiente Iris encantada mientras la asistenta se aleja.

—Espero que no tuvieras la intención de despedirla, porque ahora estás en sus manos—apunta él con sorna—. Mañana mismo te pedirá un aumento de sueldo.

—¡Qué va! No es de ésas. Ella nunca me haría daño—responde Iris, pero a pesar de todo, la sensación de que ahora existe una nueva realidad la amenaza al verlo también a él echarle una mirada al reloj.

—Me tengo que ir a la consulta, lo siento si te he metido en un lío, Irisim, será mejor que seas tú quien dicte las reglas, porque tú tienes mucho más que perder que yo.

—Yo no tengo nada que perder, excepto a ti—murmura ella al acompañarlo hasta la puerta.

Pero a pesar de todo, corre hasta donde está Shula para intentar evaluar el grado de sospecha, y se deja caer en la cama mientras la asistenta maneja la aspiradora a su alrededor.

—¡Qué suerte he tenido!—vuelve a exclamar—. Me encontraba tan mal que no me sentía con fuerzas para acercarme al ambulatorio, pero por suerte me acordé de que el doctor Rosen estudió conmigo en el instituto, así que lo

he llamado y resulta que no andaba muy lejos.

—Ah, ¿estudiasteis juntos en el instituto? ¡Qué bueno!

Por lo pronto parece que no se haya fijado en el momento de intimidad del que ha sido testigo, aunque es imposible que no se haya dado cuenta, porque tiene una expresión enfadada, como cuando descubre que Omer ha vuelto a dejar la toalla mojada en la alfombra de su habitación, y ahora se pone los auriculares y sigue limpiando, siguiendo su costumbre de escuchar la radio y comentar lo que va oyendo con quien esté en casa.

—¡Qué bueno!—exclama de repente—, están diciendo que el porcentaje de infidelidades en Israel casi se ha duplicado durante los últimos diez años. Me gustaría saber cómo lo saben—dice pensativa—, porque las personas suelen guardar en secreto sus infidelidades.

Aunque la aspiradora tapa con su estruendo lo que ha sido dicho y lo que no, así que Iris opta por cerrar los ojos. No cabe la menor duda de que ha surgido un problema, pero ya se ocupará de eso más tarde, cuando se mejore, porque ese contratiempo es como una pequeña matrioska en el vientre del gran problema, y por eso esperará, no pensará ahora en la palabra que ha sido lanzada a ese espacio limpio de polvo y que es lástima que no haya sido aspirada con él: infidelidad.

Pero ¿se puede llamar infidelidad a lo que ella considera un milagro? ¿Se tratará realmente de una infidelidad, cuando a ella lo que le parece es que nunca se ha sido más fiel a sí misma? ¿Se encontrarán ahora de pronto, ella y Miki, a ambos lados de una barricada por el hecho de que ser fiel a sí misma supone serle infiel a él? Y si eso es así, ¿no será la prueba irrefutable de que esa unión tiene un error de base? Qué fea es la palabra *infidelidad*. ¿Cómo puede llamarse así a un encuentro tan hermoso y tan lleno de placer? Es gozo y no infidelidad, protesta ante el silencio que le devuelve la estancia, porque Shula ya no está ahí, se ha llevado la aspiradora y recorre toda la casa diseminando por ella una palabra nueva, una visita no deseada, y cuando Miki vuelva a casa notará que ha estado allí un extraño llegado desde el pasado, ¿y qué va a hacer ella entonces?

«Mejor será que seas tú quien dicte las reglas», le ha dicho Eitan de pie en la puerta, alto aunque algo encorvado, sus largas y oscuras pestañas cerradas ante ella, y aunque parezca razonable, será imposible, porque ahora sabe que nunca podrá negarle nada, nunca podrá renunciar ni al más fugaz encuentro, aunque se trate de uno tan breve como el de hoy, porque está demasiado sedienta de él, lo quiere demasiado y ya no hay reglas, quebrantemos todas las reglas habidas y por haber, eso es lo que ella quiere gritar. Puede que cuando se cure sea capaz de llevar la relación con cierta mano izquierda, tal y como ha conseguido manejar el colegio, pero por ahora se siente débil, incapaz de ponerse límites, lo mismo que un estanque del que se fuera a escapar el agua

por cualquier vía. Tiene una sed de agua espantosa, pero como le cuesta levantarse se toma con avidez el té que se ha enfriado junto a la cama; enseguida llamará a Shula y le pedirá un vaso de agua y, como quien no quiere la cosa, le insinuará que no le diga nada a Miki de la visita del médico. Ya sabes lo problemático que es con el dinero, lo criticará a sus espaldas, así que es preferible que no sepa que le he pagado a un médico privado en vez de ir al de la seguridad social, pero antes de que le dé tiempo a cumplir con su plan, que le parece de lo más ingenioso aunque también algo ruin, se queda dormida.

Cuando abre los ojos ha caído la tarde, una penumbra azulada cubre como un visillo la ventana abierta y ahora oye las rítmicas señales horarias del inicio de las noticias. Sólo pide que no emitan la noticia que Shula le ha dado acerca del porcentaje de infidelidades en el país, que parece haberse multiplicado últimamente, noticia que puede dar pie a que Miki le pregunté dónde estuvo anoche. Ayer mismo era ella la que sospechaba de él y ahora resulta que se han vuelto las tornas, aunque es posible que los dos sean infieles y hasta puede que a causa de ellos se hayan disparado las estadísticas; intenta escuchar las noticias, pero sin éxito, porque las palabras de la locutora son engullidas por los ruidosos golpes de una cuchara o de un tenedor contra un plato, y las palabras y los golpes parecen complementarse, como si la elegante locutora estuviera comiendo en el salón de la casa de ellos.

Con la mirada perdida en la ventana que se oscurece, recuerda los días que pasó en cama escuchando los ruidos que hacía su familia, como si fuera una vieja radionovela sobre la vida familiar de los lejanos días en los que los sonidos estaban más presentes que las imágenes. Una radionovela que no la atañía a ella especialmente, eso es lo que pensaba entonces, y en la que se hablaba de un padre y sus dos hijos que intentaban llevar una vida rutinaria mientras seguían aferrándose a la esperanza del regreso de la madre herida, un regreso del que los oyentes tendían a dudar.

—Tu comida es asquerosa, quiero la comida de mamá—oía a Omer lloriquear.

—Pues no te lo comas, peor para ti—se enfadaba Miki, aunque enseguida se arrepentía—. Todos queremos que mamá se ponga buena enseguida, chatito, pero entretanto tendremos que ser un poco flexibles.

Alma sí que había conseguido adaptarse, porque lejos de la mirada preocupada de su madre había comido a dos carrillos de los extraños guisos de Miki, al que le gustaba combinar los alimentos más dispares o cocinar los restos de una sopa en una sola cazuela junto con pasta nueva y arroz viejo, o eso es lo que le llegaba a los oídos, mezclado con críticas y alabanzas, desde el *office*. Todas las noches oía esa radionovela y descifraba la trama, analizaba los acontecimientos, a pesar de que una profunda indiferencia la separaba de los

personajes, como si un biombo de insulsez la aislara de ellos. ¿Será que todo lo que observamos después de habernos alejado de ello nos parece falto de sentido? En ocasiones se lo pregunta. ¿Es la sensación de profunda pertenencia, que no nos cuestionamos, lo que nos lleva a implicarnos en las cosas, a enamorarnos de un bebé, a entregarnos a la pareja? Porque desde el momento en el que cualquier fuerza arbitraria irrumpe de golpe en nuestras vidas, se pierde el gusto por todo.

Después de la cena y del baño entraban Omer y Alma en el dormitorio para darle las buenas noches a su madre, y ella se esforzaba por escucharlos y sonreírles, aunque los dolores la estuvieran matando. Nunca derramó una sola lágrima en su presencia, sino que siempre mostró contención y autodominio para hacerles más fácil la situación, aunque en lo más profundo de su ser reconocía que habría preferido que no hubiera nadie con ella durante aquellos difíciles meses, y muchísimo menos unos niños. En el hospital se sintió siempre más protegida y después de la tercera operación suplicó que la dejaran quedarse allí unos cuantos días más. Recuerda que le enviaron al psiquiatra del hospital para que averiguara si todo marchaba bien en su casa, y ella naturalmente no se desahogó, sino que se limitó a decir: «No tenemos ningún problema en casa, lo único que pasa es que me resulta más cómodo estar aquí». El psiquiatra, por su parte, le había dicho con su fuerte acento anglosajón: «Les ocultas demasiadas cosas, déjales que vean lo difícil que te resulta esto y permíteles que te ayuden». Pero ella lo rebatió con petulancia: «Eso va en contra de mi concepción del mundo», y lo dijo con tanta suficiencia que no es de extrañar que el psiquiatra ya no volviera a acercarse a su cama.

¿Es posible que tampoco a Miki le brindara la oportunidad de ayudarla? Aparentemente se hizo ayudar por él constantemente, porque al no poder tenerse en pie dependía de él por completo, lo mismo que había dependido de su madre cuando aquella otra primera crisis, y por eso quizá conseguía arreglárselas, dentro de sus limitaciones, y quizá también por eso le molestaba tanto la presencia de los niños. Lo que sí hizo Miki fue esforzarse mucho, pero el café que le preparaba siempre estaba frío, la comida era rara y él mismo estaba igual de frío y raro, y justo ahora está abriendo la puerta con un cuenco de sopa en la mano y dejando entrar en la habitación un haz de dolorosa luz.

—¿Estás aquí?—le pregunta con una sonrisa mientras sorbe de la sopa. Parece estar de muy buen humor, puede que porque le haya ganado una partida de ajedrez a algún contrincante anónimo—. Shula debe de estar enamorada porque le ha echado medio salero a la sopa. ¿Y a quién se le ocurre hacer una sopa con este calor?—añade enfadado, pero sin renunciar a una sonrisa un tanto perversa.

Iris lo observa con los ojos entrecerrados, todavía no le ha preguntado cómo se encuentra, no se ha dado cuenta de que está enferma, irritado como está, exclusivamente, por el regusto de la sopa, y convencido de que si eso es lo que a él le preocupa, resulta evidente que también le tiene que interesar a ella, y así le sigue hablando sin percatarse de si está dormida o despierta. ¿Es por eso por lo que lo escogió a él? ¿Porque desde el principio tuvo mucho que ocultarle y prefirió a un hombre cuya capacidad para tener en cuenta al prójimo es mínima?

—Miki, no me encuentro bien—le dice abriendo un solo ojo, y a la luz del pasillo casi parece una figura abstracta carente de detalles.

—¿Otra vez ese dolor?—le pregunta, y ella se sobresalta, pero enseguida se da cuenta de que su pregunta es inocente.

—No, no es el dolor, creo que me he resfriado en Tel Aviv, por los aires acondicionados, tengo mucha fiebre.

—¿Qué hacías allí?—refunfuña él—. ¿Qué demonios estabas haciendo allí?

Pero a ella no le ha dado tiempo a acordar algo con Dafna, así que intenta que se conforme con una repuesta vaga:

—Dafna me pidió que la acompañara a un encuentro. Tráeme un poco de sopa, por favor.

Su plan ha funcionado, de momento, porque él parece encantado de poder volver a la conversación que lo tenía ocupado desde el principio.

—Pero ¿cómo te voy a traer sopa con este calor?—exclama enfadado.

—Pues porque estoy enferma. Tráeme un poco a mí también. No he comido nada en todo el día.

Él se va a la cocina y ella suspira aliviada. Parece que recela, pero está demasiado centrado en sí mismo para formular sus sospechas o sacar conclusiones. Eso es demasiado trabajoso para un vago como él. No se ha fijado en que el móvil de ella estaba al lado de la cama. Ni siquiera se ha dado cuenta todavía de que se ha teñido el pelo, ni de que tiene arañazos en la cara. No tiene la costumbre de observarla atentamente, pero para mayor seguridad es preferible seguir a oscuras y, por eso, cuando él regresa con el cuenco de sopa, se apresura a pedirle que no encienda la luz.

—Me hace daño en los ojos—susurra, y al momento se sorprende a sí misma por su nueva iniciativa—, pero fíjate, me estoy quedando sin voz.

Se diría que todas las mentiras que le han dicho sus alumnos a lo largo de los años, y en ocasiones también los profesores, han quedado grabadas en su memoria para que ahora que las necesita se sirva de ellas.

—Te puedes ir al ordenador, porque de todas maneras me cuesta hablar—añade con generosidad, utilizando un lenguaje neutro para lo que normalmente habría llamado «tu maldito ajedrez», y él se queda dudando entre la cama y la puerta, sorprendido por haber sido liberado, pero temiendo

decepcionarla, porque sabe que si se va le contará como una falta que quedará anotada y le será tenida en cuenta en un futuro.

—Pero ¿cómo me voy a ir a jugar encontrándote tú tan mal? Me quedo aquí sentado contigo—protesta caballerosamente.

Ella suspira. Todas las peleas que han tenido durante años a cuenta del ajedrez le parecen ahora tan incongruentes, de pronto. ¿Qué esperaba de él? Si de cualquier forma no podía darle lo que ella necesitaba, aunque no se hubiera movido de su lado ni un milímetro, y por un momento siente piedad de él, de ese hombretón tan simple, porque en realidad él también es uno de sus hijos, un primogénito crecidito, corpulento, que no se irá de casa cuando crezca como sí lo harán sus hermanos. ¿Cómo habrá podido sospechar de él? Seguro que no le ha sido infiel. Dafna tiene razón, no le pega nada, es un inocentón, es recto, no tiene culpa de nada, lo único que sucede es que a ella no le basta con él, simplemente porque no es Eitan, y por eso lo seguirá cuidando como a Omer, pero su vida sentimental se la reservará para ella, como hacen las madres. Una madre tiene todo el derecho a enamorarse, siempre y cuando no descuide a sus hijos, y ella no los va a descuidar. Se quedará ahí con ellos, guardará las apariencias, pero de vez en cuando se escapará a escondidas a su otra vida, y ni siquiera se puede llamar a eso una doble vida, ya que no existe paralelismo alguno. Porque allí es mujer y aquí es madre, y ésas son dos partes que forman un todo y resultan ser la solución que surge del devenir de su vida casi con absoluta naturalidad.

Porque si no la hubiera abandonado Eitan Rosenfeld cuando eran jóvenes, hubiera vivido con él desde entonces hasta hoy, y con los hijos que hubieran tenido, y habría tenido una vida plena, pero no sucedió así y ahora existen en el mundo tres personas a las que ella se debe y va cumplir con el deber con el que se comprometió, mientras ellos respeten las necesidades de ella, sus sentimientos, el compromiso para con la chica que fue y para con la mujer en la que se ha convertido.

—¿Por qué me miras de esa manera?—pregunta él.

—¿Yo? ¿De qué manera?—dice ella recomponiéndose.

—Como si fuera la primera vez que me ves, o la última, eso dímelo tú.

—Me voy a morir de esta gripe, Muki, así que puede que sea la última vez que te veo, siempre hay alguien que se muere de la gripe—dice ella tosiendo confusa y procurando quitarle importancia a la pregunta, haciéndose la que no se ha dado cuenta de la certera intuición de él.

—Normalmente son más viejos—responde él con una extraña seriedad.

—Ya soy lo bastante vieja—se apresura a decir ella, porque cuanto más piense en ella en esos términos, menos sospechará y puede que hasta la desee menos.

¿Es por eso por lo que sigue allí de pie, a la entrada de la habitación, porque

tiene la esperanza de que el estado pasivo de ella en la cama le pueda dar opción a acercarse a ella? El solo pensamiento de que la pueda llegar a tocar despierta en ella un vago rechazo, como si se tratara del contacto inadecuado con un niño que ya ha crecido, y como se le está empezando a acabar la paciencia, susurra:

—Quiero dormir.

—Pero si todavía no te has tomado la sopa que te he traído—protesta él.

—Es que ahora tengo náuseas. Quizá más tarde—suspira ella, y para no dejar lugar a dudas, añade mientras él está saliendo de la habitación: «Y cierra la puerta, buenas noches», a la vez que intenta ocultar la sonrisa involuntaria que le asoma a los labios, como la sonrisa automática de un bebé.

Porque en realidad esa enfermedad le está gustando; qué bien que el aire acondicionado le haya causado estragos en la morgue. Porque le permite descansar, estar sola, ser libre, todo lo que una mujer infiel necesita, y aunque esa palabra que ha brotado de la garganta de Shula sigue vagando por la casa para su intranquilidad, se pasma una y otra vez de la inventiva y la creatividad que está desarrollando, cómo se le está agudizando el ingenio cada vez más, como si estuviera destinada desde su más tierna infancia a ser una mujer infiel, una mujer con un secreto. Hasta puede que abra un taller de infidelidades, se burla de sí misma, para guiar a hombres y a mujeres sobre cómo llevar adelante una infidelidad perfecta sin despertar sospechas; empezaré, claro está, por los padres del colegio y mi fama se abrirá camino hasta convertirme en una conferenciante muy demandada. Sorprendida, sigue sus rápidos progresos, porque a la mañana siguiente él regresa, y aunque no sea el día de la asistenta, la experiencia le dice que lo lleve a su habitación y cierre la puerta con llave para poder así, en la cama de su hija, disfrutar del mejor de los encuentros, y su cuerpo, que se había ido encogiendo últimamente, extrae de su interior el potencial oculto de la chica que un día fue, en cuerpo y alma, entera, llena de ansia, y aunque parece saciada, al momento vuelve a despertar para él.

—No te vayas, quédate conmigo.

Pero él no dispone de más tiempo, tiene que volver con sus pacientes, intentará regresar mañana.

Al día siguiente no logrará ir a verla durante las horas que ella está sola en casa y entonces ella dará vueltas en la cama, decepcionada, su piel lo necesita con urgencia, como se necesita un cálido abrigo en invierno o la brisa fresca un día de siroco. ¿Se habrá cansado ya de ella? Esta vez no podría resistirlo. Pero al día siguiente llega temprano, unos minutos después de que Miki y Omer se hayan marchado, oliendo muy bien y con la mirada encendida.

—No puedo pasar ni un solo día sin ti, me he vuelto adicto—le susurra.

—A mí me pasa lo mismo—reconoce ella feliz—, apenas pude resistirlo

ayer.

Cierra la puerta con llave, lo desnuda y deja su ropa en el respaldo de la silla de Alma, frente al escritorio en el que solía hacer los deberes, junto a su acuario, vacío ahora de peces. Le acaricia el cuerpo entero con todos sus miembros. ¿Qué tendrá ese cuerpo para volverla tan loca? Es enjuto, sensible, huesudo, la hace llorar de placer, reír de dolor, él le habla sin fin, la requiere en su totalidad, por completo, con toda su alma y con todo su ser, con los dulces pellizcos de su deseo. Las desnudas paredes de la habitación los observan, sólo quedan las líneas de los bordes de los cuadros y pósteres de diferentes tamaños que colgaron de allí un día a medida que Alma pasó de niña a adolescente y luego a mujer joven: fotos familiares, dibujos que ella había pintado, pósteres de las estrellas de las series que le gustaban.

—Me recuerda a tu habitación—le dice él—. Tú también tenías una cama como ésta, demasiado grande para uno y demasiado pequeña para dos, y siempre decíamos que tu madre debería intercambiarse con nosotros la cama, ya que siempre dormía sola. ¿Cómo está? ¿Vive, todavía?—pregunta, pero sobre Alma no pregunta nada, a pesar de que está acogido en su cama, y también ella consigue apartar de sí los preocupantes pensamientos sobre su hija.

Cuando él está ahí no quiere pensar en ella porque en ella tiene que pensar en exclusiva, y cuando él se va, tampoco, porque entonces sólo piensa en él, reconstruyendo cada momento y multiplicando así su deleite, el prodigio de su regreso a la vida, y por la tarde tampoco, porque Miki vuelve del trabajo y entonces ella intenta ser amable con él, ni cuando Omer llega del instituto y se sienta en la silla que hay enfrente de ella, con el plato lleno, y se pone a parlotear; al contrario de lo que le sucede a Alma, a él sí le gusta hacerla partícipe de sus cosas, y ahora tiene sus dudas sobre cómo decirle a su novia que necesita un poco de distancia; ni tampoco cuando responde desganada a los montones de correos electrónicos, intentando derivarle el máximo número de ellos a la subdirectora, su joven pupila que todavía mantiene el entusiasmo y está inmensamente agradecida ante cualquier muestra de confianza por parte de la directora, y ahora Eitan examina la habitación con la mirada y pregunta:

—¿Te has aislado aquí porque estás enferma?

—No, porque ronca.

Y él se ríe aliviado, alegrándose por la desgracia del roncador. Hasta ahora apenas ha preguntado nada y ella le ha contado muy poco, ni siquiera han hablado sobre la crisis por la que pasó cuando él la dejó. Es una lástima perder el tiempo con cosas que ya sé, piensa ella, es preferible oírle a él lo que no sé, o simplemente estar con él, volver a conocerlo, porque el enamoramiento nuevo y viejo precede al encuentro físico y la ha devuelto de pronto a una

vivencia olvidada, a la vivencia de un fortísimo sentimiento que la colma totalmente.

En su juventud sucedió al revés, claro está, porque primero lo conoció y luego se enamoró de él, y hasta puede ser que nunca lo conociera, sino que se acostumbrara a su presencia, a pesar de que estudiaba un curso por encima de ella y casi no había contacto entre los distintos niveles, hasta que él llegó al último curso y a su clase le tocó organizar el Día del Recuerdo de aquel año. Hoy siente pavor al ver a los jóvenes a punto de alistarse recitando los textos en memoria de los caídos y casi preparándose para su propia muerte, pero entonces le parecía algo normal, como normal le parecía su propia participación en la ceremonia. En su colegio había varios padres que habían perdido a sus hijos en la guerra, pero ella era la única huérfana de guerra, y por eso estaba invitada a subir al escenario todos los años para hablar de su padre y contar la historia que, huelga decir, siempre era casi la misma, sobre su heroica muerte en un tanque en llamas a orillas del canal de Suez, y hasta cantaba con su hermosa voz dos canciones en su memoria, unas canciones que sí variaban. Aquel año, y no por casualidad, ya que Eitan era alto, tenía los ojos azules y su semblante serio parecía el apropiado para la ocasión, resultó elegido para dirigir la ceremonia y fue así como coincidió con él en no pocas ocasiones durante las largas semanas de ensayos y preparativos, y a pesar de estar rodeado de las chicas de su clase, la prefirió a ella por encima de todas.

Ella notaba que a él le interesaba su orfandad, pero todavía no sabía por qué, y lo único que hacía era procurar darle unas respuestas lo más profundas posible a las preguntas que él le hacía: si los recuerdos se desvanecen con el tiempo, si estaba enfadada con su padre por haberla abandonado, o con el Estado, que se lo había arrebatado, o con los soldados egipcios que lo mataron. Para complacerlo, intentaba reunir todos los recuerdos que conservaba de su padre, algunos de los cuales no lo dejaban en muy buen lugar, como el pánico que le tenía a los insectos y que le transmitió a ella, y cómo la cogía en brazos para apartarla de cualquier pequeño bicho, llevándosela de allí aunque se tratara de una simple cucaracha o de cualquier arañita, ante las insistentes protestas de su madre. También le habló de su mal gusto para las mujeres, como probaba el hecho de que hubiera escogido a su madre, y hasta le reveló que casi estaba segura de que tenía que haber sido un embarazo no deseado lo que lo obligó a unir su vida a la de su madre, es decir, la llegada de una hija no buscada, es decir, ella, y que en realidad escogió morir para librarse de esa mujer que no le iba. «Por culpa de mi madre no me despedí de él—le contó—, porque no le dejó que me despertara cuando lo llamaron a filas, y todo por no romper la rutina», y sobre todo le habló de cómo les cambió la vida la muerte del padre, como si hubieran recibido un

machetazo, como si se hubieran mudado a otro país o se hubieran reencarnado en otra cosa, y que la pérdida más terrible para ella fue la de la esperanza, porque de repente ya no esperaba nada. Hasta entonces las horas del día pasaban deprisa ante la expectativa de que él volviera a casa por la tarde, porque hablaban de cualquier cosa, sentada en sus rodillas y abrazada por él, porque podía mirar el mundo con ojos de vencedora, así que la pérdida de la esperanza le resultó más dura que la del padre, porque su padre sólo la acompañaba durante dos o tres horas todos los días, mientras que la esperanza de verlo la acompañaba a lo largo de la mayor parte del día y sin ella se convirtió en una niña trabajadora y estresada, una niña que ayudaba a su madre a criar sin alegría a aquellos dos bebés que estaban de más, porque todo se convirtió en negativo, que no se despertaran por la noche, que no estuvieran enfermos, que la madre no se enfadara.

Le gustaba la inclinación de su cuello mientras la escuchaba hablar y que la mirara con un interés al que no estaba acostumbrada mientras le formulaba unas preguntas tan maduras y directas, el fondo resplandeciente de sus ojos, la carnosidad de los labios, pero no se atrevía a esperar que fuera a interesarse por ella y suponía que después de la ceremonia volverían a mantener la distancia que siempre había existido entre ellos, pero para su sorpresa y felicidad no fue eso lo que sucedió, porque en cuanto la ceremonia llegó a su fin y tras cantar el himno nacional le preguntó qué iba a hacer aquella noche, víspera del Día de la Independencia, y le propuso que lo acompañara con unos cuantos amigos a un manantial que quedaba cerca de su casa, un manantial que había bajo una morera y que nadie conocía. «¿Nuestro manantial existe todavía?», le envía la pregunta en cuanto él se ha ido. «En ese valle construyeron un barrio, y lo estropearon. Pero creo que ahora están intentando recuperarlo, lo comprobaré este sábado cuando salga a montar en bicicleta», responde con retraso. Los sábados que los hijos están con sus respectivas madres, él monta en su bicicleta de última generación, según le ha contado, y al pensar que él va a volver a aquel sitio en el que se sintió la chica más feliz del mundo, le escribe: «Espérame, que quiero ir allí contigo». «Te esperaré», le responde él a las dos horas.

Pero por la noche ya está libre para ella y le envía frases largas, mezclando recuerdos, deseos, planes y hechos: «Mi madre te quería tantísimo—escribe de pronto—, antes de morir me dijo que me casara contigo. Qué tonto fui. ¿Qué te parece si nos casamos sobre su tumba?». Y ella oye como Miki entra en casa, así que le responde precipitadamente desde debajo de la manta: «Teníamos que casarnos junto al manantial, ¿se te ha olvidado?».

«No, no se me ha olvidado», responde él y le dice que esa noche es imposible, porque tiene a su hijo con él y están jugando a serpientes y escaleras. «Tengo que verlo», escribe ella, y él se apresura a enviarle una foto.

Vuelve a meter la cabeza debajo de la manta para observarlo a escondidas, qué pequeño es el niño, se le encoge el corazón, tiene nueve años y parece que tenga seis, y cree apreciar en sus ojos una pizca de malicia. No se parece nada a su padre. De su madre todavía no ha oído ni una palabra, porque hablan desordenadamente, saltando de un tema a otro, una conversación interrumpida constantemente por el contacto físico, por los recuerdos, por la falta de sosiego. «Qué dulce—escribe ella de inmediato—, me gustaría estar con vosotros, ahora», y él le responde: «Ven», lo mismo que hace unos días «Llámame», cuando asoma Miki por la puerta:

—¿Qué haces ahí debajo de la manta?

—Nada, es que me molesta la luz—responde, saliendo enseguida, sofocada.

—¿Qué luz? ¡Pero si estás completamente a oscuras!—dice, y añade en tono de queja—. ¿Por qué no vas al ambulatorio? Hace ya una semana que estás mala, parece que esta gripe se te ha complicado.

—Es que no tengo fuerzas para ir hasta allí, Muki, me siento muy débil—suspira ella.

—Pues llamemos a un médico particular, nos cueste lo que nos cueste—le propone él, muy generoso.

Y ella ya se está disculpando ante él en silencio por haberlo acusado de tacaño ante Shula. ¿O se habrá enterado por Shula de la visita del médico y ahora la está poniendo a prueba? Será preferible, a partir de ahora, hacerse la dormida hasta que se mejore; el móvil le vibra en la mano y lo único que ella quiere es volverse a meter bajo la manta para ver lo que Eitan ha escrito, pero Miki sigue ahí mirándola muy preocupado. Hace una semana que no la ha visto fuera de la cama, esa cama que parece haberse convertido en su bastión, esa cama a la que no lo invita, sino que los separa, porque en ella esconde su cuerpo que encierra un secreto, y esconde su móvil, que esconde el mismo secreto, y a Miki se le ve disgustado. A través de las rendijas de sus párpados lo ve alejarse de allí cariacontecido.

—Voy a hacer *shakshuka*, ¿quieres?—le pregunta desde la cocina.

Pero ella no le contesta. ¿Cómo es que le ofrece comida si ha visto que se ha quedado dormida? De nuevo le vibra el móvil y como esta vez no se puede dominar, mira el mensaje y la mano le tiembla al leer: «Voy a hacer *shakshuka*, ¿quieres?».

Pero ¿esto qué es? Piensa asustada, ¿acaso ha leído Miki el mensaje antes siquiera de que le haya llegado a ella? Como trabaja en alta tecnología, quizá conozca una manera secreta de interceptar los mensajes en el aire, como quien caza mariposas. Menuda estupidez, intenta tranquilizarse a sí misma, seguro que se trata de una casualidad, ya que en muchísimas casas estarán ahora preparando *shakshuka* para cenar, pero a pesar de eso esta vez no se da prisa en contestar. El corazón le late con fuerza bajo la manta. Puede que no le vaya

eso de ser una mujer infiel. Quizá mentir no sea lo suyo, ni ocultar cosas, ni intentar descifrar cada palabra y cada gesto. Es agotador, pesadísimo, denigrante, y cuando regrese al trabajo le impedirá funcionar como antes. ¿Y si se levanta de la cama, se sienta frente a él en la mesa y se lo cuenta todo mientras él se come su *shakshuka*? Él no tiene la culpa, ni ella, nadie la tiene. Ella está en su derecho de enamorarse y él, de saberlo. Las personas casadas también son libres. Él será libre para escoger cómo seguir con su vida y ella se verá libre de mentiras. Se incorpora despacio en la cama, pone los pies en el suelo, la cabeza le da vueltas.

—¿Miki?—lo llama mientras sigue avanzando hacia la espalda de él, que está frente a la pantalla del ordenador, en su rincón, y a su lado el plato vacío.

—Ahora no—le responde mecánicamente—, que estoy a mitad de la partida.

Quizá sea mejor así, piensa ella, como impelida hacia atrás; siempre habrá tiempo para confesar, y todo es tan reciente todavía, apenas conoce a Eitan, ni a sí misma se conoce ya, su vida se ha visto completamente trastocada en sólo una semana, es demasiado pronto para emprender un camino del que no habrá regreso, pero de todos modos se vuelve a la cama con la sensación de haber perdido su oportunidad.

«Casi se lo cuento a Miki», le escribe, y él responde de inmediato: «Lástima», y ella se queda pensando a qué exactamente se habrá querido referir con ese «lástima». ¿Lástima que no se lo haya contado o lástima que haya estado a punto de confesar poniendo en peligro irreflexivamente su matrimonio? Qué inmensa diferencia existe entre esas dos posibilidades. ¿Y si se lo pregunta? Seguro que si no lo ha especificado es porque ha supuesto que ella lo entendería por sí misma y que si no lo entiende es porque no lo conoce lo suficiente, por eso quizá haya sido mejor no decir nada, pero una sensación rara la incomoda, y es que ese momento no se vuelva a dar y que entonces ella pueda llegar en un futuro a arrepentirse por no haberles concedido a Miki, a sí misma, a los años que han estado juntos y a los dos hijos que han traído al mundo, ese respeto básico que es el derecho a saber.

X

Queridos padres, el amor tiene miles de caras, las hay buenas y malas, evidentes y crípticas, permisivas y prohibicionistas, generosas y coercitivas. Como padres y educadores, escogemos constantemente una de esas caras de la variedad que se nos ofrece según las circunstancias del momento. Justo cuando nuestros niños crecen y su independencia se amplía gradualmente, les ponemos por lo general unos límites claros que separan la familia del mundo exterior, con el fin de que distingan entre lo conocido y lo desconocido, entre el amigo y el enemigo.

Pero ¿cuándo y dónde estas definiciones mudan de piel y se convierten en trampas que nos aguardan? La realidad de la sociedad israelí supone para nosotros un reto constante sobre cómo aproximarnos y como tratar al otro, al diferente, al no judío que vive entre nosotros. En una ciudad mixta en la que viven judíos, árabes, sefardíes, asquenazíes, religiosos, laicos, refugiados y extranjeros, los padres que quieran proteger a sus hijos educándolos deben revisar los límites y los conceptos establecidos. La decisión de aceptar en este colegio a hijos de trabajadores extranjeros y de construir un plan de estudios multicultural forma parte de una causa más amplia defendida por esta institución y que llamamos «El otro soy yo».

En el marco de este programa, el año que viene tendrá lugar un encuentro entre nuestros estudiantes y los chicos de la misma edad del sistema educativo árabe, encuentro en el que tratarán juntos las fiestas de los judíos y de los árabes, estudiarán las tradiciones comunes y podrán conocerse mutuamente sin intermediarios. Si todavía queda algo de esperanza en este rincón del mundo, puede que brote de este encuentro.

Agotada por el esfuerzo de escribir, deja el ordenador portátil junto a la cama y cierra los ojos. Continuará mañana porque ahora no está concentrada y de cualquier forma nadie lee hasta el final sus cansinas peroratas llenas hasta el delirio de buenas intenciones. Además de que tampoco sirven para nada. El poder de la calle es siempre más fuerte, y la calle se está radicalizando a ojos vistas. Es más fácil odiar que amar, a pesar de que a ella le resulte tan fácil amar, últimamente. Quiere sacar adelante el proyecto «El otro soy yo» a toda costa, caiga quien caiga. El otro es ella misma y ella misma es el otro, el enemigo convertido en amado, el extraño que vive en ella; su amor tiene múltiples rostros y todos apuntan hacia él.

Recuerda maravillada los largos años durante los que los asuntos del colegio constituían el centro de su universo, mientras que ahora esos asuntos transcurren por los márgenes de su vida y lo único que le preocupa es que no suceda una desgracia. Entretanto intenta apagar los incendios como puede, dirigiendo los chorros de agua hacia los distintos focos. El final de curso se aproxima y la presión es doble: hay que cerrar el año escolar y abrir el siguiente, muchas profesoras están enfermas y no hay suficientes sustitutas, todavía no han terminado de discutir las evaluaciones, un debate que le parecía central hasta hace unas pocas semanas, cómo evaluar al niño, hasta qué punto tener en cuenta las circunstancias personales de cada uno. Lleva

años intentando convertir el expediente escolar en un documento más profundo, pero ahora le parece que llega tarde a eso, porque ya no le interesa, así que van a tener que continuar debatiendo sobre el tema pero sin ella, y hay que entrevistar a profesores, reunirse con los padres, parece que la subdirectora aprende muy deprisa en vistas a alcanzar el puesto de directora, justificando así la confianza que ha depositado en ella. Es más que evidente que estará encantada de sustituirla y, de momento, a ella la idea le gusta, mucho más que la idea de salir de la cama.

¿Cómo va a salir al mundo si todavía no se ha curado? Le parece que su vida ha sido suturada de nuevo tras una complicadísima operación, porque esos días durante los que yace enferma en la cama de su hija se unen directamente a aquellos otros días durante los que estuvo tendida en casa de su madre casi inmóvil, y se diría que todas sus oraciones de entonces han sido escuchadas hoy, que aquel tiempo se adhirió a este tiempo de ahora, mientras que los años que hubo entre esos dos períodos han desaparecido sin dejar rastro, como si le hubieran cosido la cabeza a los pies dejando todos los demás miembros intermedios fuera de su nuevo cuerpo. Lo que ha habido en medio son Miki, sus hijos y el trabajo, ahí en medio se encuentra todo lo que ha construido en su vida adulta y que ahora le parece insustancial, un sucedáneo insulso al lado del sabor de su verdadera vida, porque ahora que él ha vuelto está convencida de que ha vuelto con aquella chica, la que rezaba todas las noches y todas las mañanas para que se obrara este milagro, en su cama de adolescente, en casa de su madre: ven y dime que te has equivocado, ven y dime que esta separación ha terminado, que no puedes vivir sin mí de la misma manera que yo no puedo vivir sin ti. Porque somos pareja desde el principio de los tiempos, como la arena y el mar, como el rayo y el trueno, la nube y la lluvia, el arco y la flecha, como el sonido y el eco. Durante horas oía a su pesar los sonidos de la casa y de la calle, a los gemelos peleándose, a su madre riñéndoles, los telediarios empezando y terminando, los vecinos hablando en la terraza, pasos apresurados en la calle. Ven sólo a ver si vivo o estoy muerta, porque no puede ser que te dé lo mismo, así rezaba, repitiendo una y otra vez las sílabas de su nombre, y resulta que al final la ha oído, porque ha vuelto a ella, porque viene cuando la casa está vacía, su madre está en el trabajo, los gemelos en la escuela, llama a la puerta con los nudillos, flojito, y al instante se ve transportada por una ola de gozo esperanzado, y todo padecimiento se esfuma, todo sufrimiento es borrado.

—Hoy nos vamos a sentar en el salón—le dice, tirando de él hacia el sofá grande, porque Omer no se ha encontrado muy bien esa mañana y puede aparecer en cualquier momento—. Hoy vamos a tomar café y vamos a hablar como dos viejos amigos.

—No puedo hablar contigo sin tocarte, ésa es una condena demasiado

grande—dice él sonriéndole.

—Pues bien que aguantaste casi treinta años sin tocarme—finge ella reñirle.

—De verdad que me resultó muy difícil.

—Pobrecito mío, qué pena me das—le responde acariciándole el pelo.

—A mi manera te fui fiel, y la prueba es que no aguanté mucho con nadie, lo que no puede decirse de ti—se apresura él a comentar, y señalando con un gesto de la mano a su alrededor, añade y a ella le parece notar cierta ironía en su voz—: has formado un hogar judío.

—No me dejaste otra alternativa, querido, no te olvides de que fuiste tú el que me dejaste.

—Créeme que no lo he olvidado ni un solo segundo—suspira—, fui un verdadero idiota—añade, y atrayéndola hacia sí le pregunta—: pero me perdonas, ¿verdad? Porque no voy a dejar de besarte hasta que me perdones.

Ella se sienta en sus rodillas, con su vestido corto de andar por casa que le deja los muslos al aire.

—Pues para que no me dejes de besar, no te pienso perdonar.

¿Ha pronunciado esas palabras o sólo las ha pensado? Los límites de la realidad se le desdibujan, pero qué más dará, ya nada importa, ni la edad ni la situación familiar, porque se comportan como dos despreocupados adolescentes libres de responsabilidades, como Omer y su novia de pelo rojo, y al acordarse de Omer sí se suelta de él y corre a la cocina para regresar con dos tazas de café y un tazón de uvas. Todavía no te he visto comer, todavía no te he visto dormir, muéstrame más cosas de ti, pero vuelven a llamarlo de la consulta, tiene que irse, y mañana es viernes y pasado, sábado, transcurrirán muchísimas horas hasta que lo vuelva a ver.

—Venga, ponte ya buena de una vez y podremos estar en mi casa. Ya hemos jugado bastante a los médicos, vayamos más allá.

—¿Cómo que más allá? ¿Adónde?—pregunta ella.

—Buena pregunta, Irisim—suspira él.

—¿Y tú, tienes una buena respuesta?

Se queda frente a ella apoyado en la puerta, la mira muy fijamente, con la arruga del entrecejo cada vez más marcada.

—Generalmente, en esta vida, no existen las segundas oportunidades—murmura pausadamente—, pero a nosotros sí nos ha llegado. Esta vez es tu turno, Irisim. Yo hice una mala elección la vez anterior, ahora escoge tú.

Dicho esto, se besa la punta de los dedos y los posa sobre los labios de ella, como si fuera una *mezuzá*, para a continuación abrir la puerta y salir. Ella se queda junto a la puerta que acaba de cerrarse, profundamente conmocionada por las palabras tan claras que acaba de oír, hasta el punto de que no se da cuenta de que el ascensor se ha detenido en la parada de su salón, ni de que Omer está detrás de ella, hasta que rebuzna con ironía:

—Hola, mami, ¿qué miras de esa manera? ¿Has visto un fantasma?

Se vuelve hacia él muy despacio y mira con unos ojos que le escuecen a su niño convertido en un hombre joven. El crisol por el que han pasado los dos juntos hasta fundirse él y ella se proyecta en ese momento allí ante ellos, y ahora resulta que tendrán que separarse. ¿La perdonará? ¿Se identificará con el padre abandonado y la castigará? ¿Quedará esa mañana en su memoria como la mañana en la que su vida cambió?

—¿Qué te pasa? ¿Has visto un fantasma?—se burla Omer, pero para alegría de ella no espera respuesta alguna. ¡Qué poco les importa el prójimo a esa edad, una edad de la que muchos de su género no son capaces de escapar nunca—. Me has contagiado la gripe—añade enfadado—, me encuentro fatal.

—Ven, échate en la cama y mira a ver si tienes fiebre mientras te preparo un té—se apresura ella a decirle, al tiempo que se tranquiliza al adoptar ese rol tradicional.

Los labios que hace un momento han sido besados, revolotean ahora por la frente de su chico, porque ahora el chico es él y no Eitan, no debe equivocarse de época a pesar de que todo sea tan confuso, así que le sirve un té con limón y le prepara los cereales que a él tanto le gustan. ¿Recordará en un futuro, cuando esté enfadadísimo con ella, la entrega con la que lo cuidó? Porque ha sido dificilísimo criarlo, con esos estallidos de rabia que tenía tan a menudo y sus reacciones imprevisibles, su cabezonería, su febril verborrea, sus constantes provocaciones, y la poca ayuda recibida por parte de Miki, que siempre se ha plegado a él.

Ella, por su parte, hizo casi lo imposible, con constancia y dedicación, ayudada por profesionales y por los conocimientos que fue adquiriendo y la experiencia acumulada, con el fin de desarrollar en él el autodominio, la capacidad de sentir empatía por el prójimo. Ella no se rindió ante él ni ante sí misma y consiguió lo indecible, tanto que incluso ahora que Omer está en plena adolescencia, es un chico agradable y relativamente cómodo de trato, que no hace tonterías ni es quisquilloso, y ahí está ella hablando en su defensa para sus adentros, ante ese muchacho que acaba de quedarse dormido, cuando se sienta a los pies de su cama y se queda mirando esas mejillas sonrosadas por la fiebre, su carnosa boca entreabierta y su melena contundentemente modelada hacia atrás por el fijador de pelo.

En la pared, detrás de él, cuelga una foto del niño que fue, risueño, desdentado, levantando la copa ganadora tras un partido cualquiera en uno de los campamentos de verano. Cuánto ha cambiado desde entonces y cuánto va a cambiar todavía; ahora intenta verlo tal como será de adulto, la suave línea insinuada entre las hermosas cejas acabará siendo una arruga; la todavía fina pelusa de las mejillas se irá espesando, y dentro de bastantes años, cuando

ella ya no esté aquí, se tornará canosa, como la de Eitan. ¿Cómo la recordará él? ¿Se habrá convertido en la mujer que hizo añicos su familia, que estropeó su juventud? Porque ya no es un niño y dentro de unos pocos años se marchará de casa para seguir su propio camino, pero la casa que deje, ¿cómo la verá? Eso sólo dependerá de ella, sí, sin lugar a dudas va a depender de ella si Omer, cuando emprenda el camino de su propia vida, vaya a dejar tras de sí una base estable y sólida, o una familia en ruinas, y ahora le parece que todo este asunto es algo a tratar entre ella y Omer y no entre ella y Miki, como si lo que estuviera sucediendo es que a ella se le va a obligar a escoger entre dos chicos y dos futuros, entre el futuro conocido y previsible en esa casa y un futuro nuevo, tempestuoso, de los que te remueven las entrañas, y acaricia la mano ardiente de su hijo, que irradia calor a su alrededor como una enorme estufa, un calor que la alcanza también a ella; dicen que la fiebre es sana, que la fiebre destruye microbios, pero en su caso, lo que le ha traído la fiebre han sido los microbios de la infidelidad.

Recuerda el terrible miedo que le daban los microbios de pequeño, nunca quería beber agua de una botella por la que ya hubiera bebido otro, y si ella tocaba, sin darse cuenta, a alguno de sus amiguitos, se ponía a gritar como un loco, asaltado por los celos, «No me vuelvas a tocar nunca más», le ordenaba en una confusión de temores. ¿Cómo reaccionaría? Es verdad que durante los últimos años se le había ido domando mucho el carácter, pero una crisis como esa podría volver a ponerlo en danza, sobre todo ahora que tiene al ejército esperándolo con impaciencia, amenazándolo a él y amenazándola también a ella. ¿Y cómo va a reaccionar su hija? Está más que claro que, sin dudarlo, se pondrá de parte de su padre y que a ella le dará la espalda con frialdad, aunque fría ya lo es, piensa, al recordar el tenso abrazo que le dio durante su última visita, y de todos modos, con ella ya está enfadada de antemano. ¿Y Miki? ¿Cómo se verá luego su vida? Seguro que no se quedará solo, pero se sentirá herido para siempre, nunca la perdonará, y ahora ella sacude la cabeza como si intentara librarse del peso del futuro, su enorme precio. ¿Por qué te precipitas? ¿Qué es lo que ha pasado, al fin y al cabo? ¡Éste no es el momento de tomar decisiones! No lo conoces, es un completo extraño para ti. Ya no es el chico que fue, y al chico que fue tampoco lo conociste de verdad, y prueba de ello es que te sorprendió cuando le asestó el machetazo a vuestro amor, sin vacilar, sin el más mínimo titubeo, un machetazo directo a tu cuello. ¿Cómo podrás volver a confiar en él?

El sudor le resbala por el cuerpo y se levanta furiosa de la cama de su hijo. «Una segunda oportunidad», ha dicho él con los ojos velados por la emoción, pero vuelve a ser ella la que tendrá que pagar un precio, exactamente igual que entonces. «He vivido sin sentir», le ha dicho, y también ahora si se cansa de ella otra vez no sentirá nada ni perderá nada, mientras que ella les habrá

hecho mucho daño a los seres que más quiere. «Ahora es tu turno», le ha dicho, como si estuvieran jugando a escaleras y serpientes, ahora es tu turno, así que te va a tocar subir por la escalera hasta arriba del todo o bajar por la serpiente hasta abajo, hasta el extremo de la cola.

«Para ti es muy fácil—murmura furiosa—, tú no tienes nada que perder, ¿cómo te atreves a presentarlo como un proceso tan sencillo?». Se ducha deprisa y recobra las fuerzas, y con ellas el enfado y el miedo. Cambia la ropa de cama, lo pone todo a lavar para eliminar cualquier rastro de la enfermedad. Me he curado, sentencia, me he curado de ti. Tengo una familia, tengo un colegio que dirigir, está muy bien que te hayas dignado a venir, pero para mí ya es demasiado tarde. Con determinación, devuelve a la nevera el tazón con las uvas, y las tazas de café contaminadas con los microbios de la infidelidad las friega a mano una y otra vez y luego las mete en el lavavajillas, que pone en marcha a pesar de que está prácticamente vacío.

El zumbido de los electrodomésticos normalmente la tranquiliza, pero ahora no, mientras está allí de pie junto a la ventana de la cocina, intentando adaptar la vista a la luz del atardecer, para ver si consigue distinguir un retazo de desierto. Para su disgusto el mar Muerto les tocó a los vecinos, y a ellos el anodino paisaje urbano del oeste. Recuerda que Alma, precisamente, sí se puso de su parte en la lucha contra Miki por el paisaje, y a ella le entusiasmó su apoyo, por infrecuente, así que recrudeció la lucha sólo por seguir viéndola de su lado. «¿Qué sentido tiene vivir en Jerusalén si desde la ventana no se ve nada típico de Jerusalén? Para eso, mejor vivir en Tel Aviv», le decían a Miki cuando dudaban de qué piso comprar, pero la diferencia de precio era grande y Miki quería ascensor, y su buena relación con Alma se esfumó del todo tras el atentado, poco tiempo después de que se hubieran mudado al piso nuevo y hasta hoy no entiende por qué su hija se alejó de ella durante aquellos días difíciles, como si hubiera sido decisión suya estar fuera de casa tanto tiempo, estar postrada en una cama, y desde entonces no había hecho más que alejarse de ella hasta que finalmente se mudó a Tel Aviv, y no sólo porque no viera el mar Muerto, y allí se ha cortado su preciosa melena y se ha teñido de negro el poco pelo que le ha quedado, de modo que ha adquirido un aire como enfermizo, como si se estuviera pudriendo por dentro, y al acordarse ahora de ella nota unas punzadas como de miedo y de enfado por el hecho de que su hija no le haya perdonado que resultara herida en el atentado terrorista y a la vez se siente enfadada consigo misma por no haber aclarado nunca ese tema, por no haber luchado por ella en lugar de dejar que se alejara, y enfadada con Eitan por haber vuelto de repente y haberla hecho olvidar la preocupación que tiene por su hija, además de que ahora encima le pide que se olvide de todas sus obligaciones y se convierta en su amante renunciando a todo por él.

Para su sorpresa, el enfado que siente va en aumento mientras se dirige al

ordenador y repasa los correos electrónicos que leyó por encima durante la última semana por estar centrada exclusivamente en él. Qué arrogancia creer que porque él esté libre también lo está ella, que si para él todo es muy fácil, también va a serlo para ella. «Has formado un hogar judío», le dijo con sorna, señalando con un amplio gesto de la mano el salón burgués, pero la familia que ha formado no es motivo de burla y no piensa destruirla porque a él le venga bien ahora incluirla en su vida por un breve período de prueba para después volverla a dejar pasado un tiempo, como parece ser que ha hecho con sus dos mujeres, y ella, en su inocencia, ni siquiera le ha hecho preguntas, no ha investigado ni le ha pedido una explicación, sino que la muy estúpida se ha creído que la ha estado esperando únicamente a ella y que sólo por eso sus matrimonios fracasaron, mientras que las causas verdaderas deben de ser, sin ningún lugar a dudas, mucho menos complacientes, lo mismo para él que para ella.

Engañada, engañada, engañada, se oye murmurar a sí misma, no volverá a dejarse seducir, le escribirá ahora mismo, detengamos esto antes de que sea demasiado tarde. Me ha alegrado mucho verte y te deseo una vida sin dolor. Sí, le escribirá para acabar con esa locura, así que se dirige muy deprisa hacia el teléfono móvil para escribirle las palabras adecuadas, pero la está esperando un mensaje de él, cómo es posible que todavía le lea el pensamiento, como entonces, cuando la relación entre ellos era tan estrecha. «No hay ninguna prisa, amor mío—escribe—, estoy dispuesto a esperarte otros treinta años», y ella tira el móvil a la alfombra, como lo hacía Omer cuando le daban los ataques de ira, aunque enseguida se arrodilla y lo recoge para comprobar aliviada que sigue funcionando.

«No hay ninguna prisa, amor mío», vuelve a leer una y otra vez, repitiendo las palabras antes de borrarlas, «estoy dispuesto a esperarte otros treinta años, no hay ninguna prisa, amor mío», le resulta difícil borrar el mensaje, pero no le queda más remedio que hacerlo, tiene que ser cauta para que llegado el momento pueda tomar la decisión correcta, aunque ¿existirá la decisión correcta?

—¡Ahora lo entiendo todo!—exclama Dafna con una sonrisa amarga—, por fin entiendo por qué no te he visto últimamente, ¡porque has ido a encontrarte con el amor de tu juventud! Casi te envidio.

—Yo también me envidio—se ríe Iris—, esto es una locura, porque no es sólo reencontrarme con él, es reencontrarme con mi juventud, con el amor, es como si el tiempo se hubiera detenido de repente, ¡no se parece a nada!

Tiene la sensación de que podría seguir describiéndoselo a su amiga hasta el amanecer, seguir contándole todos los detalles. Porque hasta ahora sólo se lo ha contado a sí misma, pasándose la película de ese milagro una y otra vez ante los ojos. Esperaba que Dafna la escuchara emocionada, porque siempre la ha animado a que se salga de su rutina de sufrida cumplidora. «Vives como una hormiga», se enfadaba con ella a veces, pero esta noche la ve preocupada y, además, no se suma a su entusiasmo.

—¿Qué te pasa, Dafnuna, te has vuelto a pelear con Guidi?—le pregunta, y su amiga, repasando la carta muy seria, le responde:

—Para nada, ya no tengo paciencia para ese tipo de peleas. ¿Qué quieres comer? No hay nada como el amor de juventud—añade sin esperar la respuesta—, la verdad es que busqué hace tiempo a mi primer novio en Facebook, pero no está, parece que se lo haya tragado la tierra.

No aparta la mirada de la carta, como si lo fuera a encontrar allí.

—Deja ya la carta, si de todos modos vas a pedir una ensalada—la reprende Iris.

—Me muero de hambre, guapa—dice Dafna mirando finalmente a Iris—, no todos vivimos del amor como tú. ¡Estás anoréxica! Voy a tomar lo mismo que tú, a ver si se me contagia tu suerte. Cuéntame más. ¿Qué pinta tiene? ¿Ha cambiado mucho? ¿Cómo os reencontrasteis? ¿Está casado? ¿Ya os habéis acostado?

Pero más allá de su sonrisa, los rasgados ojos de su amiga le rehúyen la mirada y a pesar del aluvión de preguntas, nota que no está en condiciones de oír nada.

—No exactamente—se oye a sí misma mintiéndole a su mejor amiga, por si acaso, porque de pronto no se siente segura con ella.

—¿Cómo que no exactamente?—protesta Dafna de inmediato—. ¿Pues a qué esperas? ¿A tener ochenta años? Venga, acuéstate con él de una vez, desahógate y tira para adelante. ¡La vida avanza, no retrocede!

—Basta, Dafna, déjalo, no entiendo por qué era tan urgente que nos viéramos si no tienes paciencia. ¿Qué te pasa? ¿Dónde está tu buen juicio? ¿Te ha ocurrido algo en el trabajo?

—La verdad es que quería comprobar si a ti te queda juicio—le suelta

Dafna—. No devuelves las llamadas, no contestas a los mensajes, pero ¿quién habría podido imaginar que tienes un amante?

—No tengo ningún amante, Dafna, Eitan no es mi amante, es el amor de mi vida, ¿lo entiendes? Es la persona con la que más he intimado en toda mi vida. Casi me muero cuando me dejó. Y ahora todo vuelve a resurgir, ¿lo entiendes?

—Lo que entiendo es que has perdido la cabeza—dictamina Dafna en un susurro—, Eitan es tu amor de juventud, pero eso no lo convierte en el amor de tu vida. ¡Pero si has vivido la mayor parte de tu vida sin él! Todo lo que has hecho desde los diecisiete años no ha tenido nada que ver con él. Ya no eres la chica que eras. Estás a las puertas de la menopausia, querida.

—¿Y qué me quieres decir con eso?—murmura Iris incómoda—. Es que me cuesta seguirte. Venga, pidamos ya de una vez.

A través de las ventanas abiertas asoma la muralla iluminada con una luz dorada, qué bien se está y qué bonito es este nuevo lugar que ha recomendado Dafna, siempre tan al día. ¿Podrá ir allí con él, alguna vez, abiertamente?

—Lo que te estoy diciendo es que lo pases bien pero que no hagas tonterías —le dice Dafna, acercando su cara a la de Iris mientras un mechón de su pelo claro se balancea en la despejada frente—. Sigue adelante con tu romance, pero hazlo con cabeza, sin herir a nadie, sin cambios demasiado grandes.

—Te he entendido perfectamente—dice Iris irritada, porque cada una de las palabras que dice su amiga esa noche la subleva—. Pero ¿por qué dices eso? Claro que hay que esperar, pero si dentro de unos meses siento que sí es el amor de mi vida entonces tendrá que haber cambios. Tú misma lo acabas de decir, que no espere a cumplir los ochenta.

—Pues a mí no me parece bien, Iris, porque no es el momento adecuado— insiste Dafna, con un firme movimiento de cabeza.

—Tú lo hiciste teniendo una niña de cuatro años, que es mucho más difícil —la interrumpe Iris—. Mis hijos ya son mayores, cada uno lleva su vida. Muchas parejas se separan en esta fase, cuando ya han criado a los hijos.

—Nunca termina uno de criarlos. Shira sigue llamándome veinte veces al día. La familia siempre será importante para ellos. Cuando Omer esté en el servicio militar necesitará un entorno familiar estable, y Alma también lo necesita todavía. Puede que más de lo que crees.

—¿A qué te refieres?—pregunta Iris muy tensa, justo cuando llega la camarera a recitarles las recomendaciones del día. Tiene la sensación de que Dafna la entretiene a propósito con todo tipo de preguntas de fogueo sólo para no completar la frase que resuena sin cesar en sus oídos: puede que más de lo que crees, puede que más de lo que crees.

—¿Qué sabes que yo no sepa?—casi grita, en cuanto la camarera se ha marchado.

—Cálmate, no gran cosa—intenta Dafna tranquilizarla—, sólo que se ha alejado de Shira últimamente, queda con ella y luego anula el encuentro, cosas así. Shira está un poco preocupada.

—A mí me hace lo mismo—deja escapar Iris con enfado—, y desde que se mudó a Tel Aviv es peor todavía. Casi no viene por casa. Ves, según parece no me necesita para nada, ni tampoco a la familia. Le he dado lo que he podido, pero a ella no le interesa nada que venga de mí, y Omer está en su mundo, apenas se enterará, si me voy de casa. Y la verdad es que tampoco Miki lo notará.

—Eso es lo que tú te crees—se ríe amargamente Dafna—, la familia es mucho más que esos pequeños detalles, Miki, Alma y Omer y su situación en este mismo momento. El conjunto es mucho más que la suma de las partes. Cuando era joven no lo entendía, pero ahora lo veo clarísimo. Y ahora también veo más clara la alternativa. ¿Cuánto tiempo va a durar la pasión del principio? Como mucho, un año. Entonces no te quedará otra cosa más que envejecer con él, con toda la complejidad de su familia y la de la tuya, el sentimiento de culpabilidad y el desengaño. No merece la pena, es patético, es casi comparable a esas mujeres mayores que se visten como adolescentes.

—¿Cómo puedes ser tan categórica?—vuelve Iris a rebelarse—. Hay muchos amores tardíos que duran, continuamente hay hombres y mujeres que rompen sus familias por mucho menos de lo que yo tengo. ¿Entiendes, siquiera, el amor que nos tenemos? Es un amor inmenso, que murió y que ahora ha resucitado. Imagina que te encuentras con alguien que creías que había muerto y al que habías llorado durante años, ¿te das cuenta del milagro que es?

Mientras habla, también a ella le parece que va perdiendo fuerza la grandeza de esa cosa que se ha interpuesto en su camino, así que siente que le falta el aire, que se está poniendo nerviosa, porque teme, de pronto, no haberlo valorado lo suficiente y estarlo ya perdiendo, en parte, porque es precisamente la naturalidad con la que se ha dado la relación lo que los ha hecho acostumbrarse el uno al otro tan deprisa, porque le resulta natural hablar con Eitan, le resulta natural hacer el amor con Eitan, y esa naturalidad convierte el milagro en algo casi cotidiano, tanto, que ahora se pregunta si también se habría acostumbrado demasiado deprisa de haberse cumplido el milagro que ella tanto deseó todos los días de su infancia: que su padre volviera de pronto con ella. Pero el regreso de su padre no conllevaba tener que pagar un precio, mientras que el regreso de Eitan sí exige un precio, y por eso su amiga tiene esa cara de preocupación y el ceño fruncido, mientras ella le cuenta emocionada lo que le sucede.

—Yo no creo en los milagros—sentencia—, ni tampoco creo ya en grandes amores. Seguro que existe una gran atracción, pero exige siempre demasiado

trabajo. En ese sentido, el que te viene muy bien es Miki. Es un tipo estable, tranquilo. Yo no renunciaría a él tan alegremente.

—¡Y tan tranquilo!—exclama Iris en tono de burla, porque necesita degradarlo—. No es capaz siquiera de matar una cucaracha cuando se lo pido al borde de un patatús. Tendrías que ver la delicadeza con la que intenta sacarla por la ventana para que se vaya volando, y a lo que tú llamas estable, lo llamo yo apático.

—No tiene sentido discutir con una mujer enamorada—se ríe Dafna, y añade con sorna—: Y en cuanto a tu milagro con patas, ¿qué es lo que sabes, exactamente? ¿Que es azote de cucarachas, por ejemplo? Quiero pruebas, no impresiones. ¿Está casado? ¿Tiene hijos? ¿Hasta qué punto él va en serio?—insiste, y cuando Iris intenta concretar y hablar de hechos, Dafna mueve la cabeza recelosa—. Aparentemente es cómodo que esté libre, pero eso no es necesariamente buena señal. Aquí hay algo que me parece demasiado fácil, aunque puede que me equivoque, es sólo una corazonada. ¿Y la comida que hemos pedido? ¡Me muero de hambre!

—Creo que nuestra camarera acaba de llegar a la cocina en este mismo momento, con el interrogatorio que le has hecho. ¡Si no la dejabas que se fuera!—le recuerda Iris—. Y dime, ¿no te parece bastante deprimente que todo lo bueno despierte enseguida sospechas? ¿No es como si hubiéramos dejado de creer que en la vida también existe la felicidad?

Pero su amiga está ocupada buscando el teléfono que suena en el interior del gigantesco bolso y no está para reflexiones.

—Hola, Shirush—dice sonriéndole al móvil que finalmente ha sacado del bolso—, ¿qué hay? ¿Te ha contestado? No, ni se te ocurra volverle a escribir, seguro que ha recibido tu mensaje, porque no ha habido ninguna avería en la red. ¡Tienes que dominarte! Escúchame—dice, intentando cortar el característico monólogo acalorado de su hija—, ahora estoy con Iris, ¿quieres hablar con ella?—le pregunta en un tono muy raro que lleva a Iris a mirarla sorprendida y a preguntarse qué es lo que está pasando allí, qué es lo que le ocultan, pero la conversación llega a su fin porque Shira no ha querido seguir hablando, cosa rara en ella.

—¿Qué está pasando aquí?—se le escapa en un grito, para al instante taparse la boca con la mano—. ¿Qué tiene que contarme Shira?

—Ésa es la razón por la que era muy importante que nos viéramos hoy—suspira Dafna—. Iris, ya te he dicho que Shira está muy preocupada. Ayer fue al bar en el que trabaja Alma y ella la echó de allí con la excusa de que a su jefe no le gusta que vayan sus amigas. Me ha dicho que Alma estaba rara, pero ya sabes lo exagerada que es Shira.

—¿Y qué me quieres decir con eso, que no puedo pensar en mí misma ni siquiera un minuto?—pregunta, y después se oye susurrando muy irritada—:

¿Que si me olvido por un momento de que soy madre, voy a terminar pagando por ello? ¿Qué se supone que tengo que hacer ahora? ¿Enviarle a un detective privado para que la siga? ¿Tengo que renunciar por ella a la posibilidad de disfrutar del amor, a la única posibilidad que he tenido en la vida?

—Ay, Iris, estás desbarrando. ¿A qué viene ese dramatismo?—dice Dafna mirándola preocupada—. No tienes que renunciar a ningún amor ni enviar detectives privados a ningún sitio, lo único que tienes que hacer es abrir bien los ojos. Es como en tu colegio, donde tienes que estar al tanto de todos constantemente. En eso eres muy buena, justamente, ¿no te dieron el Premio de Educación el año pasado?

—Estoy harta de la educación—suspira Iris—, lo único que me interesa ahora es el amor.

—¡Pues vete a hacer el amor!—se enfada Dafna—. ¿Qué haces aquí perdiendo la noche conmigo? Vete, seré tu coartada hasta por la mañana.

—A ti también te quiero, Dafnuna, y además, esta noche está con sus hijos.

—¿Lo ves? ¡No es fácil!—se lamenta Dafna, negando con la cabeza—. ¿Y por algo así vas a querer hacerles daño a tus hijos? ¿Para prepararles un plato de *shakshuka* a unos hijos que no son los tuyos?

—La tenéis todos tomada con la *shakshuka* últimamente—suspira Iris—. No lo entiendes. Estoy tan enamorada de él que estaría dispuesta hasta a cambiarles los pañales si fuera necesario.

—Estupendo, porque pronto se los vas a tener que cambiar también a él. ¿Cuántos años buenos os pueden quedar? Él ya no es ningún jovencito y los hombres, cuando envejecen, son un palo.

—¡Cualquiera diría que Miki no está envejeciendo!—protesta Iris—. ¿Has visto su panza, últimamente? Y tu Guidi tampoco es que siga siendo un jovencito.

—Por supuesto—se ríe Dafna—, pero a ellos estamos ya acostumbradas, ¿no ves la diferencia?

—Lo que veo, sobre todo, es que me ha sucedido un milagro. Y que no voy a poder ignorarlo.

—No es que no te entienda—intenta Dafna reconciliarse un poco—, así de enamorada estuve yo también un día de Guidi, y al mes cogí a Shira y me marché de casa. Precisamente por eso estoy más prevenida, porque al fin y al cabo no estoy muy segura de que tanto sufrimiento mereciera finalmente la pena. El amor loco pasa rápido, es natural. Así que si eso no te supone un problema, ¡genial! Pero ¿enloquecer y dejar a un marido y a unos hijos? Decididamente, no.

—Sin despreciar tu experiencia con Guidi, te diré que existen otras posibilidades—masculla Iris.

Siempre había opinado que su amiga se había equivocado en la elección de aquel hombre vocinglero y dominante y para sus adentros tenía la esperanza de que se separaran, lo que decidían hacer casi todos los meses después de la tormentosa discusión de turno, pero al rato hacían las paces y ninguno de los dos conseguía recordar el motivo por el que se habían peleado en esa ocasión. La que se llevaba la peor parte era Shira, que andaba de casa de ellos a casa de su padre, que también había vuelto a casarse, y en cada una de esas dos casas vivían una madrastra y un padrastro a los que su presencia no alegraba demasiado, y ésa era quizá la razón por la que no había conseguido desligarse de su madre. Y ahí estaba ahora Shira de nuevo telefoneando a su madre:

—¡Me ha escrito!—grita, tan alegre que su voz se oye aunque el altavoz esté desactivado—. Propone que nos veamos mañana por la tarde, ¿qué le digo?

—Escríbele que mañana no puedes—le ordena Dafna con una voz muy dulce, y su hija protesta:

—¡Pero sí puedo! ¡Mañana por la tarde estoy libre!

—Pues claro que estás libre, y tendrás otras muchas tardes libres si te sigues mostrando tan ansiosa—le riñe su madre, impaciente.

—Voy a quedar con él mañana, se ofenderá si le digo que no y no lo volverá a intentar—dice Shira en tono de queja.

—Haz lo que quieras—le dice su madre—, pero luego no me vengas a llorar cuando también él salga corriendo.

Iris alarga la mano impaciente y le quita el teléfono a su amiga, que no se resiste.

—Haz lo que tú sientas que tienes que hacer y deja de pedirle consejo a tu madre.

—Entonces, ¿quedo con él mañana?—le pregunta esperanzada.

—¡Pues claro!—responde Iris—. Si se trata de algo verdadero no hay que andarse con triquiñuelas, y si no lo es, no hay triquiñuela que valga. Y ahora quiero que me cuentes toda la verdad sobre ayer. ¿Qué pasó en el bar de Alma?

—Pues eso, nada—intenta escabullirse Shira—, es que se oyen cosas raras de ese bar. Por eso fui a ver, pero Alma me echó.

—¿Qué cosas raras, exactamente?—le pregunta Iris con voz chillona—. Tienes que contarme todo lo que sepas.

—Puede que sean sólo tonterías—dice una asustada Shira—, pero dicen que ese Boaz domina a las chicas que trabajan para él como si fuera una especie de gurú. Que las aleja de su ambiente. Que es una especie de secta.

El teléfono se le cae de la mano a Iris al oír esa palabra y Dafna se agacha para recogerlo y seguir la conversación con su hija, que ya se arrepiente de haberles dado una información tan preocupante.

—Has hecho muy bien en contárnoslo—le asegura su madre—. Alma tiene

unos padres que deben saberlo, eso es lo que una buena amiga debería siempre hacer, no ponerse ciegamente del lado de su amiga, sino saber sopesar qué conviene más, y también referente a mañana por la tarde te aconsejo que lo pienses—insiste sin darse por vencida.

Iris oye las palabras de despedida de las dos como desde el ensueño de un desmayo, porque distintas imágenes flotan ante sus ojos unidas unas a otras. Las dos niñas bailando ballet en una sala llena de gente, Shira una cabeza más alta que Alma, corpulenta, de piel clara, Alma delgadita y morena, ninguna de las dos destacan por sus movimientos, ambas abandonarían pronto esa actividad extraescolar, pero en esa eternidad que sigue a las terroríficas palabras que acaba de oír, ellas siguen bailando y bailando, las caderas todavía sin curvas, los pechos aún por despuntar, sonriéndose la una a la otra mientras intentan hacerlo perfecto, y de pronto le parece que puede congelar la imagen, ella y Dafna sentadas una al lado de la otra, el bebé Omer en su regazo, Dafna embarazada, Shira todavía sin ser una chica neurótica y Alma sin haber caído en las redes de una secta. ¡Una secta! Vuelve a sentir pavor. ¿Qué significa eso, exactamente? ¿Habrá sido él quien le ordenó cortarse el pelo, teñírselo de negro y seducir a los amigos de Omer? ¿Qué más le ordenará que haga? Una arcada le sube hasta la garganta, así que aprieta los labios mientras Dafna la abraza por los hombros.

—No es el fin del mundo, Irisi—le susurra palabras tranquilizadoras—, seguro que Shira exagera un poco, y aunque se haya metido en un lío, tú la sacarás de él.

—Pero ¿cómo la voy a sacar?—suspira con la respiración acelerada—. Alma no es Shira, que lo cuenta todo y hace lo que se le dice, ¡ésta es dura de pelar! ¡No mantenemos ningún tipo de comunicación, no tengo ninguna influencia sobre ella! Tampoco la tiene Miki, aunque él crea que su relación con ella es estupenda. No sé qué hacer con esta información, cómo comprobarla, ni siquiera sé por dónde empezar.

—Esta noche te limitas a irte a dormir, porque no estás en condiciones de hacer nada—dice Dafna—, pero mañana tienes que hablar con Miki y ver qué táctica seguir. Hay especialistas para casos como éste, pero yo confío más en ti para solucionarlo. Lo importante es que no se sienta atacada por vosotros y que no hagáis nada que la pueda distanciar de vosotros todavía más. Hay que intentarlo por las buenas.

—Sí, iremos a verla—murmura Iris—, hace tiempo que quiero ir a ver cómo vive. Mañana iremos al bar después del trabajo a ver al tal Boaz, y sobre todo a que él nos vea a nosotros, así se dará cuenta de que no se trata de una mendiga a la que le puede sorber el seso, sino que es una niña con unos padres que la vigilan, una niña que tiene una familia, una casa, ¿cómo lo dijo Eitan? Ah, sí, un hogar judío.

—No pienso molestarme en ir a ningún sitio por un simple rumor ni imaginaciones histéricas—deja escapar entre dientes, furioso, mientras le da la espalda—. Pero ¿qué te pasa? ¡Tanta pastilla te ha hecho perder el juicio por completo!

Cree que humillándola a ella también empequeñecerá ese rumor que le ha servido de buena mañana, que si se pelea con ella acabará también con sus preocupantes sospechas.

Lo despierta con la historia de Shira, después de pasarse la noche dando vueltas en la cama. Cada vez que se mueve le duele todo, siente unas punzadas como si tuviera el colchón sembrado de gravilla. Te traigo una bonita historia mañanera para que me digas quién es el bueno y quién el malo, un cuento para despertar, sobre una chica en apuros, pero qué difícil es despertarlo, recuerda furiosa, tu hija está metida en un buen lío y tú durmiendo, tu hija ha caído en las redes de un gurú de dudosa reputación y tú durmiendo. ¡No dice mucho a tu favor! Pero él sigue en la cama, siempre le ha costado levantarse por la mañana, una y otra vez se pelea con el despertador, y quién sabe, puede que toda su vida haya resultado en fracaso a causa de esa dificultad, por eso no progresó lo suficiente en el trabajo, a pesar de haber sido un estudiante de informática de matrícula, por eso no ha alcanzado el puesto de director. Ahora, mientras sigue allí furiosa frente a la inmóvil espalda de él, a ella le parece que sólo una mañana, en toda su vida, madrugó, para provocar sin saberlo que a ella la hirieran en el atentado.

Porque ya estaba vestido cuando ella se despertó, como si ni siquiera se hubiera desnudado, como si no hubiera dormido en casa aquella noche, allí, de pie ante ella, con la americana de color mostaza. ¿Por qué, en realidad, se habría puesto la americana aquella mañana? Esto no es Europa, donde puede llover en verano, éste es un país de un sol implacable que no tiene fin y en el que solamente por la noche hace falta a veces una chaqueta, y eso en su ciudad. ¿Puede que volviera a casa por la mañana temprano y ya se quedara vestido?

—¿Dónde está aquella americana?—pregunta ella de pronto—. Hace años que no la veo.

Y para su sorpresa él le responde de inmediato:

—Hacía tiempo que no me la ponía, así que se la di a Shula para su marido.

Iris se va a la cocina para prepararse otro café. Qué difícil es aislar un momento concreto de la vida, este mismo de ahora, por ejemplo, porque a cada momento se le junta otro momento. Un enfado sigue a otro, una preocupación a otra, a la clara luz de la mañana los acontecimientos se suceden con una continuidad hiriente e inmisericorde, clavándose unos en

otros. Se puso la americana de color mostaza, corrió al trabajo porque había caído el sistema a causa de una avería, Omer todavía no estaba listo, daba saltos en pijama en la cama matrimonial, ella se ofreció a llevar a los niños en su lugar y le dijo que se fuera, Omer se escondió en el cuarto de baño y Alma quiso que le hiciera una cola invisible, y por eso salieron de casa con un ligero retraso, así que ella llegó al lugar inadecuado en el momento inadecuado, pero los acontecimientos pueden ser expuestos en otro orden y ser interpretados, entonces, de otra manera.

Ella se casó con ese chico grandote que se encaprichó de ella por el absoluto convencimiento de que compartían un destino y de que le estaba muy agradecido por eso, ella se encontraba demasiado dolida para enamorarse y por eso no sólo nunca le dio una oportunidad, sino que nunca pensó dársela. Cómo iba a sorprenderle entonces que él intentara encontrar un amor en otro lugar, en otro tiempo, y que por desgracia lo hiciera en un momento en el que andaban por las calles al acecho hombres bomba en busca del mayor número de víctimas mortales posible, entre ellas, ella misma. Alma, que aquella mañana lo que más deseaba era una cola invisible, no pagó el precio del cruel conflicto centenario, sino el precio del abandono cruel de Eitan Rosenfeld, porque a la hija de Eitan Rosenfeld quería haberla parido su madre, y por eso también ella, lo mismo que su padre, no gozó de la oportunidad que merecía, y por eso se había alejado de su madre y por eso no se cuidaba, pero se puede ordenar todo todavía de otro modo, de manera que el principio sea la muerte de su padre, y hasta antes de eso, con el coito de sus padres que se perpetuó en un embarazo no planeado y en una muerte no planeada y que la llevó a criarse junto a una madre deprimida y cruel, ciega a sus necesidades emocionales, lo que la convirtió en una madre inmadura cuando nació su primera hija y por eso esa hija ha acabado cayendo en los brazos de ese hombre, ¿cómo lo dijo Shira? ¿Una especie de gurú? ¿Algo parecido a una secta?

La ventana abierta le envía una bofetada de viento polvoriento, así que se apresura a cerrarla. Ahora tiene que actuar, no ponerse a analizar nada. A sus espaldas se oyen los pasos de Miki, que se está sirviendo un café para después sentarse frente a ella con sus calzoncillos bóxer de cuadros, el pecho ancho y robusto, el vientre bronceado y lleno de michelines, la verdad es que sí ha engordado últimamente o también es posible que se haya acostumbrado al cuerpo enjuto de Eitan, por lo que las carnes de Miki le producen asombro y rechazo, como si lo estuviera viendo por primera vez.

—Vayamos a verla después del trabajo—vuelve a decir—, tenemos que estar más presentes en su vida.

—No cuentes conmigo para este melodrama—sigue él en sus trece, mientras se pasa la mano por el afeitado cráneo que tiene ligeramente

inclinado hacia delante, como si la fuera a embestir—. Shira es una chica histérica a la que le gusta exagerar, y lo sabes. No pienso ir a ningún sitio por un rumor sin fundamento. Pero ¿qué te pasa? No te pega nada este comportamiento. ¿Cómo va a estar en una secta? ¿Qué tontería es ésa del gurú? ¡Hablo con Alma todos los días y la noto de lo más normal!

—Pero ¿qué problema tienes con ir a Tel Aviv?—oye su voz chirriar de puro enfado—. ¡Si apenas es una hora de viaje! ¡Hay personas que hacen ese camino todos los días!

Y los dos saben que esta queja encierra otra, porque a él le ofrecieron hace unos años un trabajo fantástico con un sueldo muchísimo más alto que el que tiene, pero lo rechazó sólo porque tenía que madrugar para ir a Tel Aviv, así que se pone a la defensiva:

—No tengo ningún problema con ir a Tel Aviv, sino que se trata de una cuestión de principios. ¡Yo confío en ella y tú no, yo creo en ella y tú no!

—¡Basta ya con esta ridícula competición!—exclama ella jadeando frente a él—. ¿Sabes qué? ¡Que no te creo! ¡Lo que te pasa es que te resulta cómodo negarlo todo, para no tener que afrontar nada! Prefieres jugar al ajedrez con personas a las que nunca conocerás a ocuparte de los problemas de tu hija. Cuando dices que confías en ella lo que estás diciendo, en realidad, es que no te importa, que lo que quieres es que te dejen tranquilo. Estás en tu derecho, ¡pero no te creas superior a mí!

—¿Cómo te atreves a hablarme así?—se sulfura—. ¿Que a mí no me importa? ¿Quién de los dos prefirió dedicarles la vida a unos niños ajenos, tú o yo? ¡Porque tienes mucha más paciencia con cualquier niño del colegio que con tus propios hijos!

—¿Me acusas de estar entregada a mi trabajo?—tiembla ella de rabia—. ¡Eres un machista! A un hombre no te atreverías a hablarle así. ¿No será que tienes envidia de que a mí me haya ido mejor en el trabajo que a ti?

—En absoluto—masculla él—, yo no me dedico a competir con nadie, como haces tú. A mí me ha ido lo suficientemente bien para no tener que ser el mejor a fin de ser feliz, no me paso el día mirando hacia atrás no sea que alguien me vaya a adelantar.

Ella toma un sorbo del café, que está tan amargo como esas palabras, como verse a sí misma a los ojos de él, ¡la cantidad de mugre que se acumula tras años de convivencia! Tan sólo una finísima capa separa la vida rutinaria del día a día de ingentes montañas de basura, piensa. ¿Y si escribe sobre eso en su próximo «Comunicado de la directora»? Creemos que nuestra casa queda limpia cuando todos los días tiramos la bolsa de basura al contenedor, creemos que nuestros cuerpos están limpios tras la ducha diaria, pero la suciedad verdaderamente peligrosa se nos acumula bajo la piel y ésa no hay quien la elimine, porque incluso cuando la sacamos de ahí tal y como él está

haciendo ahora, no queda eliminada, sino que se multiplica, y ahora estará también dentro de ella, porque todas las personas son un pequeño universo que va acumulando basura, y aunque nos duchemos y perfumemos, aunque nos vistamos elegantes y salgamos al restaurante, al teatro o a la ópera, o cuando hablamos educadamente o incluso cuando hacemos el amor, se trata de dos montones de basura que se harán visibles a la primera ocasión, como ahora, que él se niega a ceder, porque mientras se abrocha la camisa clara sobre el prominente estómago, dice:

—No tengo ningún problema con tu éxito profesional, sólo me parece una lástima que sea a costa de los niños.

—¿Cómo, exactamente, es a costa de los niños?—grita ella, dejando la taza en la mesa con un fuerte golpe.

—¡Es un hecho! La prueba es que conoces mejor a cualquier niño de tu colegio que a tu propia hija.

Le resulta casi cómico estar viendo a través de la ventana el camión de la basura detenerse junto al edificio de ellos, como si fuera una ambulancia que acude para recoger a alguien que haya perdido el juicio, y de repente no sabe qué contestar, quizá él tenga razón, ojalá la tenga, y ahora le pregunta a media voz:

—Entonces, ¿no vienes conmigo?

—Sí, iré contigo—responde de inmediato para su sorpresa.

Pero esas palabras no han salido de su boca, sino de la de Omer, que está allí en el pasillo mirándolos incómodo.

—Yo iré contigo, mamaíta—repite, recalcando la primera palabra, dejando al descubierto a la perversa luz del sol matinal las telarañas casi translúcidas por las que se mueven, cuando Miki, como era de esperar, salta enseguida:

—Claro, tú siempre del lado de mamá.

—¿Qué tiene esto que ver con mamá?—responde Omer de inmediato—. Te diré que a mí también me parece que Alma está mal.

—¿Eso es lo único que se te ocurre decirle, en vez de alabarlo porque se preocupa de su hermana?—dice ella casi por lógica.

—Lo siento, Omer—murmura Miki mientras entra muy deprisa en el ascensor—, pero es que para mí todo esto está de más, y odio lo que está de más.

—Tú sí que estás de más—le suelta ella, pero las puertas del ascensor aplastan sus palabras—. Lo siento, Omer—suspira mientras se sienta alicaída en el sofá, notando que le escuecen los ojos—. Siento muchísimo que nos hayas oído.

—No pasa nada, ya soy mayor—dice Omer, con una candidez que no encaja con su gran altura—. Yo tendré otro tipo de vida en pareja, mamaíta—sentencia.

Y aunque a ella le dé grima la palabra *pareja*, le sonríe.

—Ojalá, y eso que nosotros no somos de los peores, no sé cómo hemos podido caer tan bajo esta mañana, porque normalmente no solemos llegar tan lejos.

—Tengo un problema con papá—dice, sentándose en el sofá frente a ella, tan guapo, con los pantalones cortos tejanos y esa camiseta verde que le resalta el verde amarronado de los ojos.

—Lo sé, Omeri, y espero que cuando seas más mayor vuestra relación mejore—suspira ella.

—Pero ¿qué tiene que ver con la edad? Es cuestión de carácter. Algo le pasa conmigo—protesta.

—¡Qué va! No le pasa nada de nada contigo. Te quiere mucho. Si tiene un problema con alguien, es conmigo—puntualiza ella enseguida.

—Y, entonces, ¿qué tiene que ver conmigo?—pregunta él, tan inocente que ella se derrite de amor.

—La verdad es que no tendría por qué tener nada que ver, pero en las familias las cosas se lían. Todos tenemos defectos y virtudes, Omeri, y espero que en un futuro tu padre te deje ver más sus virtudes.

—Pero ¿por qué te casaste con él?—pregunta enfadado—. ¿Estuviste alguna vez enamorada de él de verdad?

—El amor tiene muchas caras—le dice, intentando convertir una mueca en sonrisa.

El reloj de pared que está viendo detrás de la cabeza de él le recuerda lo tarde que es, pero se resiste a levantarse del sofá, se resiste a interrumpir esa conversación, ¿cuántas veces más van a poder hablar así con tanta intimidad? ¿Será capaz de recordarlas en un futuro? De nuevo ve las letras del nombre de su hijo temblequeando sobre una lápida. Cuanto mayor sea Omer, peor será la cosa.

—¡Qué tarde es!—exclama ella—. ¿De qué quieres el bocadillo?

Mientras le hace una tortilla piensa en lo erróneos que son los piadosos consejos de Dafna, que últimamente parece haberse convertido en la mujer de un rabino, o en rabina, como ahora se dice. ¿Qué sentido tiene proteger tanto a la familia? Puede que haya familias que tengan que seguir existiendo contra viento y marea aunque haya que sacrificarse, pero lamentándolo mucho, la familia que ha formado con Miki no se cuenta entre ellas. De cualquier modo jamás les ha preocupado comer juntos los sábados o los demás días de fiesta y tampoco han sido nunca de hacer excursiones familiares, además de que las pocas celebraciones que lograron organizar dejaron de repetirse cuando ella resultó herida en el atentado y nunca intentó revivirlas, porque cuando volvió a la vida estaba ya demasiado ocupada. ¿Tendrá razón él al decir que conoce más a sus estudiantes que a su propia hija, carne de su carne? Pero aunque él

tenga razón, quién sabe si la culpa no la tiene el exceso de trabajo. Dafna también trabaja muy duro en su despacho de arquitectos y eso no ha impedido que Shira siga muy unida a ella. Pero todo eso es ahora secundario, está pasado, como el bocadillo de ayer que saca de la mochila de Omer antes de meter el que acaba de hacerle, calentito y aromático. Todo lo que Miki le ha dicho es marginal y todo lo que ella le ha dicho esa mañana y todas las mañanas que han vivido juntos es secundario, incluso aquella mañana en la que estuvo allí ante ella con la americana de color mostaza. Ella no mira hacia atrás, sino hacia delante, hacia el límite del desierto que asoma en algún raro momento entre los edificios a través de la ventana de la cocina, y con esa mirada que intenta ver lo más lejos posible, le parece sentir que su familia, que lleva existiendo durante casi un cuarto de siglo, ha agotado ya todas sus posibilidades, por lo que ya no está justificado que siga existiendo.

Con qué rapidez la mañana deja paso al mediodía, y cuantísimo trabajo la espera aún. Una reunión sigue a la otra, lo mismo que se suceden las tutorías. Los post-it amarillos se multiplican en su mesa como la hierba cana tras la lluvia y los analgésicos se multiplican en su estómago mezclados con infinitos cafés bien cargados. Ve que Miki la ha estado intentando localizar y que Omer le ha dejado un mensaje que dice que es el cumpleaños de Yotam y que siente mucho no poder acompañarla. De todos modos no pensaba llevarlo, sólo estaba contenta de que se hubiera ofrecido, y antes de que le dé tiempo a responder llega la maestra joven a la que tiene que entrevistar, con un vestido largo de color celeste y unos ojos también celestes y, de entrada, ya le gusta.

—Me habían aceptado en Londres para ir a estudiar, había avisado en el trabajo que me iba, cuando conocí al amor de mi vida y decidí quedarme en Israel—cuenta abiertamente—, así que ahora tengo amor, pero no tengo trabajo.

—Estás al principio de tu vida, ¿cómo puedes saber que se trata del amor de tu vida?—se oye preguntarle.

—Simplemente lo sé, porque cuando sucede, uno lo sabe, de lo contrario no estaría dispuesta a pagar un precio tan alto—responde la joven, sus hermosos ojos irradiando un fuego azul.

Iris la escucha preocupada, ojalá no sufras ninguna decepción, ni te dejen, ni te diga dentro de un año que le recuerdas la desgracia, ni te diga dentro de veinticinco años que has descuidado a tus hijos, ni te mire jamás con los ojos llenos de basura, y al momento decide admitirla para el puesto, incluso antes de que finalice el curso, como profesora sustituta, para ayudarla a rebajar un poco el precio que pagará en un futuro por haber escogido el amor. ¿Y qué hay del precio que ella misma tuvo que pagar?

Cansada, observa con la mirada vacía las notas que se amontonan en su mesa. A esa sofocante hora del mediodía su precio le parece insignificante.

Aunque Alma ahora los necesite, no tienen por qué verse obligados a seguir juntos. Las parejas separadas también se ocupan de sus hijos. El caso es que los hijos han crecido y con ellos también las frustraciones, los enfados, los rencores, los ajustes de cuentas, las decepciones. Lo único que no ha crecido es el amor, y por eso, aunque no haya disminuido, su espacio, en todo ese cuadro, se ha reducido. Si por lo menos supiéramos amar en la misma medida en que nos sabemos enfadar, hacer el bien en la misma medida en que nos peleamos, disfrutar y hacer disfrutar en la misma medida en la que sabemos torturar y torturarnos. Se diría que con los años se perfecciona la capacidad de hacer daño, mientras que la capacidad de disfrutar se atrofia. ¿Dependerá de los años que tenemos nosotros o de los años que tiene la relación? Quizá, al fin y al cabo, se trate de la consistencia de la relación, de su cualidad y sus aptitudes, y ellos, ella y Miki, han agotado ya por completo, por lo visto, el cupo de atracción que había entre ellos y no han dejado nada, ni siquiera oculto, que no haya sido ya puesto en práctica, porque aunque a veces ella sienta que nunca le ha dado una oportunidad a Miki, lo que está claro es que ahora ya no se la podrá dar, después de haberse reencontrado con Eitan, después de haber pisado el continente perdido del placer viejo y nuevo que nunca se agotará, porque finalmente se ha sumergido en las aguas purificadoras de un manantial inagotable.

Al pensar en él le cuesta concentrarse en el trabajo, le cuesta atender a lo que de ella requieren los montones de notas amarillas, y por eso intenta a toda costa evitarlo. Él la estará esperando esta tarde, así han quedado por medio de un breve mensaje, que pasará por casa de él de camino a Tel Aviv, porque desde que se ha curado no lo ha visto y también esta tarde el encuentro será breve, así que mira el reloj, todavía faltan cuatro horas, qué difícil se hace la espera, a medida que el día se acerca a su fin ralentiza la marcha, como si se hubiera cansado de correr. Esta semana está intentando combinar todos los componentes de su vida, enhebrarlos juntos, porque no puede dedicar su vida al amor. Ha descuidado el colegio y ahora tiene que volver a reunirlos a todos a su alrededor, transmitir la seguridad que sabía transmitir, la misma convicción, tan necesaria, la evidencia de que se encuentran en el lugar adecuado haciendo lo que deben hacer. Cuando está sola en el despacho sus pensamientos vuelan, pero cuando alguien entra, consigue dominarse y, por eso, se alegra cuando vuelven a llamar a la puerta y entra una mujer aproximadamente de su edad, muy alterada.

—¿Tienes un momento para atenderme?—pregunta.

—¿Referente a qué asunto? ¿Has pedido hora?—dice Iris sorprendida.

—No, he venido sólo para ver el colegio y he decidido asomarme por si estabas libre. Es que nos hemos decantado por este colegio, pero estoy un poco intranquila porque temo que el ideario sea demasiado rígido para mi

hijo.

—¿Estuviste en la reunión de padres de invierno?—pregunta Iris.

Tiene la sensación de que muchísimas estaciones del año han pasado desde que hablara ante decenas de padres para explicarles con detalle y también con orgullo las líneas del colegio y sus principios. Hoy, sin embargo, le cuesta sentir orgullo. A los niños del colegio puede que los conozca, pero a su hija no, con esos niños desconocidos habrá alcanzado logros, pero con su hija no, y ahora está ahí, escuchando esa dura descripción, déficit de atención, altibajos en el comportamiento, problemas de rebeldía.

—Por un lado sé que necesita un marco, pero por otro lado temo que un sistema demasiado estricto sólo consiga aumentar su frustración, así que me siento completamente perdida y creo que soy un fracaso como madre.

—Pues no eres la única que se siente así en este despacho—se oye decir Iris, aunque enseguida se ríe, como si se hubiera tratado de una broma—. Tenemos mucha experiencia con niños así y la mayoría de las veces conseguimos nuestro propósito.

Esta mujer le recuerda a la preocupada madre de Sacha, el alumno más difícil que haya tenido. La apoyó sin descanso y ahora se pregunta si también a esta madre podrá dedicarle tanto tiempo.

—Si me pasas los informes del niño—le propone—, los estudiaré y te diré con toda sinceridad si somos las personas adecuadas para él.

Nunca antes le había hecho a nadie una propuesta tan generosa, pero la angustia de la inesperada visita le ha llegado al corazón, y cuando la mujer sale de allí agradecida, el despacho se le llena con los representantes del comité de integración, la tutora, la psicóloga, la pedagoga y los padres, y ella procura ser la de antes, alguien que confía en sí misma y en el sistema que ha creado, pero su preocupación crece y lo único que ansía ya es echar de allí a los confundidos padres para discutir con las profesionales el caso de su hija.

Podría, al terminar la reunión, pedir consejo a la veterana psicóloga, aunque quizá sea preferible no hacerlo, porque ella no deja de ser la directora. No conviene que su fracaso personal resuene entre esos muros, por lo que parece que ahora sólo le quedan dos opciones: ocuparse exclusivamente de Alma, como su madre que es, o no ser la madre de Alma, es decir, estar con él, como la chica de diecisiete que era antes de que Alma naciera, aunque de momento sólo le resulta viable la vía intermedia, así que aparenta estar escuchando a los que hablan alrededor de su mesa. Qué jóvenes son esa pareja de padres, la madre parece todavía una chiquilla, ella misma fue madre joven, sólo unos pocos años pasaron desde la separación de Eitan hasta el nacimiento de Alma, menos de los que han pasado desde que resultó herida en el atentado y el día de hoy, así que claro que no se ha repuesto, que no lo ha superado. Le urgía tantísimo formar una familia, demostrarse a sí misma que la vida le iba bien,

a pesar de todo, pertenecer a una familia en la que hubiera un padre, pero por lo visto no basta con un padre, también hace falta una madre.

—Por supuesto que ha tenido una madre—se oye discutiendo consigo misma en voz alta para sorpresa de todos los presentes, aunque enseguida se repone, turbada—, perdonadme, estaba pensando en otra cosa—y, juntando rápidamente las migajas de su autoridad, añade—: le daremos cuatro horas de clase individual e intentaremos conseguirle profesora de apoyo—sentencia.

Puede que sea más de lo que el niño necesita, pero tiene que recompensar a los padres por su falta de atención, y al momento entran los siguientes padres y el debate gira en torno a otra niña con unas dificultades completamente distintas aunque el nivel de angustia de sus padres sea el mismo, y ella no hace más que mirar el reloj disimuladamente. Dentro de una hora estará en su coche alejándose de allí, de camino hacia casa de Eitan, y tiene la sensación de que si no fuera porque le ha prometido a Eitan ir a verlo, no habría podido resistir todo eso, y es que no consigue entender cómo ha podido vivir tantos años sin la esperanza de verlo, a no ser que la esperanza haya estado ahí siempre, oculta pero testaruda, empujándola hacia delante día tras día, año tras año.

Por fin va al encuentro de él, cuando por el camino se detiene en una tienda dudando qué comprar. ¿Cómo puede alguien resultar tan conocido y tan desconocido a la vez? ¿Preferirá vino o cerveza, tinto o blanco, dulce o salado, verdura o fruta, queso o carne, té o café? Es tan poco lo que sabe de él que hasta sabe más de su hija Alma, y por eso es preferible, según parece, que escoja según su propio gusto, queso curado, pan de olivas, tomates cherry, unas nueces y vino tinto. ¿Qué llevaron entonces, aquella vez que salieron de excursión al manantial del valle inundado de flores, aquel único día de primavera cuando todavía no hacía ni demasiado calor ni hacía ya demasiado frío y en el aire flotaba un aroma a miel? En aquellos tiempos los jóvenes todavía no solían tomar alcohol, ni siquiera cuando estaban a punto de quedarse huérfanos. Recuerda vagamente un simple paquete de galletas que ahora, claro está, intenta en vano encontrar en los abarrotados pasillos del súper, pero qué sentido tiene si ya lleva muchísimas cosas, demasiadas vituallas para el brevísimo encuentro que los espera, porque ella tendrá que seguir luego su camino hasta Alma.

La vez anterior estaba enferma y temerosa, recelosa como un ladrón mientras se dirigía a esa casa, mientras que ahora regresa por la entrada principal, acariciando distraídamente el seto y el dedo presionando el timbre. La puerta es otra, no cabe ninguna duda, pero su nombre de joven sigue allí grabado junto a su nombre de adulto, y él se apresura a abrir, vestido con unos pantalones cortos de color gris y un polo descolorido, mezclando así también la vestimenta de su juventud con su madurez, y de nuevo se siente

sorprendida por ese cuerpo tan juvenil que parece casi desconectado de su cara, que sí ha madurado, aunque ahora, al sonreírle, los años transcurridos también desaparecen de su rostro.

—Irisim—dice con dulzura—, me parece que han pasado otros treinta años desde que nos vimos. ¿Qué has traído? No te fías de mí, y con razón—se ríe—, no me ha dado tiempo a preparar nada, he pensado que podíamos pedir algo, o salir a cenar. Ah, se me olvidaba. No puedo salir contigo. Aunque deberías decirle a tu marido que yo estaba antes—sigue bromeando—. ¿Cuánto tiempo tienes para mí? ¿Hasta la media noche, más o menos? Nunca he estado con una mujer casada, me siento como una concubina.

Ella vacía las bolsas en la pequeña cocina; ¿cómo le dirá que los planes han cambiado, que tiene que ir a ver a Alma esa misma noche? No quiere hablarle de Alma, no quiere cargar ese peso sobre su nueva relación, sobre todo porque cuando está con él ella no es madre, las madres no sienten de esa manera la exclusividad absoluta, egoísta y dictatorial de su amor.

Por primera vez se da cuenta de lo ajeno que le resulta ese sentimiento de absoluta incondicionalidad. Muchísimos años ha vivido sin él. Maniobrando entre el temor al dolor y la inestabilidad de la alegría. Y ahora se da cuenta de que quizá sea así como se siente su hija, que quizá sea eso lo que le falte. ¿Sentirá por el tal Boaz esa emoción absoluta que la lleva a obedecerlo ciegamente? Tiembla sólo de pensarlo, pero no se lo contará, aunque él vuelve a preguntarle qué le preocupa y entonces ella piensa en la hija que no tuvieron y en si hubiera sido mejor madre con ella por el amor absoluto que sentiría por su padre. En ocasiones es así, aunque otras veces sucede precisamente lo contrario: que una excelente relación entre los padres excluye a los hijos.

Ha visto tantos casos distintos durante todos esos años en los que ha sido responsable de cientos de niños y ha conocido a sus familias. A veces los niños ganan con las migajas del amor de los padres que no es correspondido, ganan o pierden, resulta difícil establecer leyes, pero Alma seguro que ha perdido, no sólo porque su madre no ha amado locamente a su padre, sino porque su madre todavía no se ha recuperado de la depresión postparto, ya que siguió lamentando la vida que había perdido, y de ahí que el culpable de todo sea él, y por eso se lo puede contar y hasta enfadarse con él. Pero ¿cómo se va a enfadar con él, con ese hombre tan maravilloso, que está abriendo el vino que ella ha llevado y sirviéndoselo en una copa?

—Por ti, hermosa mía, te he echado muchísimo de menos. Un solo día sin verte es un infierno.

—Por ti—dice ella, bebiendo con ansiedad esas palabras únicas, porque a qué ha estado esperando toda su vida si no a esas exactas palabras.

Se toma con placer el oscuro vino, le arde la cara y la inunda una oleada de

calor que le recuerda su edad y su situación. ¿Habrán llegado esas palabras demasiado tarde, como los sueños que se hacen realidad cuando las circunstancias ya no son las adecuadas y en lugar de bendición se convierten en maldición? ¿Qué va a hacer con ellas ahora que el móvil le está sonando y el nombre de Miki titila en la pantalla? No piensa contestar. Tiene derecho a ignorarlo, sobre todo después de que la haya ofendido tanto esa mañana, y también ignorará la edad que tiene, porque por lo menos al lado de Eitan los años no existen, hasta el dolor ha desaparecido de repente a pesar de que hace ya unas cuantas horas que no ha tomado ninguna pastilla, y también la preocupación por su hija se esfuma cuando está con él, quizá sea cierto que Shira exagera, cómo va a ser una secta, qué tontería es esa del gurú, por qué hacer caso de rumores infundados.

—¿Tu marido te está buscando?—pregunta, poniendo al fuego una olla grande antes de añadir—: Deja a tu marido, Irisim.

—¿Qué has dicho?—lo mira atónita, y él se le acerca emocionado, como un muchacho, con sus largas y hermosas piernas y la mirada encendida.

—Mira, he pensado mucho en eso durante los días que no nos hemos visto. Nos ha pasado algo grande, Irisim, ¿lo entiendes? ¿Entiendes lo que nos ha pasado en contra de toda lógica en el último momento?

Ella le sonríe. Pues claro que lo entiendo, quiere decirle, no hago más que pensar en eso en lugar de en cómo ayudar a mi hija que se ha metido en un buen lío con no sé qué gurú de algo parecido a una secta.

—Tenemos una segunda oportunidad, es decir, una última oportunidad, y no la podemos dejar pasar—susurra, y sus dedos le acarician la cara al tiempo que le tiembla el labio superior—, vuelve conmigo, Irisim, no nos hemos reencontrado para nada después de tantos años, nuestro amor nunca ha muerto, aquella separación fue un error espantoso. Creí que escogía la vida, pero para mí fue un suicidio.

—Creo que fue una combinación especialmente mortífera de asesinato y suicidio, porque yo casi muero también.

Y, sentándolo en el sofá a su lado, le cuenta por primera vez lo que no pensaba contarle jamás, lo que no le ha contado jamás a nadie, porque incluso con los pocos testigos de ello se negó siempre a comentarlo, y no le habla de ella sino de la chica de diecisiete años que no se levantó de la cama durante semanas, que no habló, que ni comió ni bebió, que no se comunicó con su entorno, la chica cuyo cuerpo quedó petrificado en una sola postura.

—Quisieron ingresarme pero mi madre se negó—le cuenta—, y se lo permitieron sólo porque era enfermera y podía manejar el gotero en casa.

Él la escucha con los ojos cerrados, pesaroso, la cabeza gacha y cubriéndose la boca con la mano.

—No lo sabía—murmura—, no pensé que te había pasado eso.

—¿Pues en qué pensabas? ¿Ni siquiera pensabas en mí?—casi le grita.

—No lo suficiente, según parece. Me sentía muy culpable. Ahora entiendo por qué tu madre me echó.

—¡No es verdad! ¡No puede ser!—susurra ella.

—Empezó a gritar como una loca. Se estaba tomando un té y me lanzó el vaso, que se estrelló en el suelo.

—¿Cuándo fue eso? ¿Por qué no me lo has contado hasta ahora?

—Me daba vergüenza. Fue uno de los momentos más humillantes de mi vida. No sé qué me pasó por la cabeza. Fue un poco antes de casarme. Pasé cerca y decidí probar. Pensé que era posible que todavía vivieras allí, pero fue ella la que abrió la puerta y en cuanto me vio empezó a gritar como una loca.

Iris recuerda vagamente una calurosísima tarde que le llevó a Alma, pequeñita, a su madre, y cómo la encontró barriendo furiosa las escaleras. «Se ha roto un vaso. Tened cuidado», les riñó, como si ellas tuvieran la culpa, y entonces ella cogió a la niña en brazos y preguntó por preguntar: «¿Cómo ha sido eso?», y su madre se quejó entre dientes de los vecinos, así que dejó a la niña en el salón y se fue corriendo a una reunión, «Miki la recogerá a las seis», dijo deprisa, pisando los añicos de su deseo casi cumplido.

—¿Qué vamos a hacer con todo esto?—susurra él, apoyando los codos en las rodillas, la espalda doblada, como quien contempla un cúmulo de ruinas, y ella, recuperando una vieja costumbre pasa sus dedos por la espalda de él, ida y vuelta, por las marcadas vértebras, y nota su pesada respiración. Ahora le parece que romperá a llorar en cualquier momento, como cuando se echó a llorar junto a la tumba de su madre después de recitar el *kadish*, cuando las piernas no lo sostuvieron y cayó de rodillas quedando allí abatido frente al montón de tierra. «Vuelve conmigo, vuelve conmigo», gritaba, y ella se arrodilló a su lado y le acarició la espalda, exactamente igual que lo está haciendo ahora, y de repente una enorme tristeza le atenaza la garganta, se ahoga, hasta el punto de que le cuesta respirar, porque le parece que los dos yacen ya en la tierra y que aunque hayan conseguido cavar una estrecha galería entre sus tumbas para enlazar sus manos de tierra, aquello no es más que un espejismo, así que lo palpa asustada:

—¿Eres real? ¿Estás vivo?

—Según parece, sí—suspira—, porque sólo alguien vivo puede sentir un dolor como éste.

Ella se pega a él, apoya la cabeza en su hombro, el calor de su cuerpo la tranquiliza un poco, su olor, su respiración, el vapor que se eleva de la borboteante cazuela. Uno al lado del otro siguen allí sentados al borde del sofá, encogidos, como supervivientes huidos que saben que sus perseguidores volverán pronto, hasta que él se pone en pie, añade agua a la cazuela y le sirve a ella un poco más de vino.

—Ven, hagamos el amor—dice—, tenemos treinta años que recuperar. ¿Sabes la cantidad de amor que eso supone?

Se le nota que se esfuerza por parecer contento, por borrar el angustioso pasado, pero qué nos quedará sin él, piensa Iris, si es por ese pasado por el que estamos ahora aquí, y aun así intenta no decepcionarlo, no sea que le vuelva a decir: me recuerdas a aquel último año espantoso, me recuerdas la enfermedad, de manera que se toma el vino, acepta la rápida recuperación de él y hasta se alegra de que así sea, y se tiende debajo de él en el sofá, el agua todavía borboteando en la cazuela mientras la besa, un coche de juguete asoma de repente de la alfombra y él retira el mando de la tele de la espalda de ella, lo inerte revive, lo vivo se convierte en inerte, ella se siente como si se le hubiera vuelto la piel del revés, porque por la parte interior de la piel nota su proximidad, no por la parte exterior, rugosa, y por eso cuando él la toca su contacto es poderoso, punzante, casi doloroso. Seguro que así es como se siente un bebé recién nacido cuando lo tocan por primera vez. ¿Estará sintiendo él lo mismo que ella? Le parece que tiene lágrimas en los ojos, siempre fue un chico de llanto fácil; todavía se acuerda lo turbado que estaba cuando le contó llorando que su madre estaba enferma, y que a ella le conmovió muchísimo, porque su corazón vacío de huérfana veterana podía abrirse para acoger el dolor del futuro huérfano, y ahora atrae hacia sí su cara y le besa los ojos húmedos.

—Mi amor—le susurra, adentrando los dedos en el cabello de él mientras los de él se mueven por las raíces de su cuerpo, extrayendo de ella el placer más absoluto, espeso, viscoso, porque una capa de pegamento caliente la une a él y cuando el pegamento se enfríe resultará que no podrá despegarse de él aunque quiera, pero es que no quiere, porque no hay nada por lo que merezca la pena separar su brazo del de él, su vientre del de él, su muslo del de él.

—Tengo que añadir agua a la cazuela o se quemará—susurra, pero no se separa de ella.

—Pues que se queme—susurra a su vez, y al hacerlo se acuerda de un haiku que le oyó en una ocasión a Miki sobre un poeta que salió a meditar y al volver se encontró con la casa quemada—. En lugar de lamentarse escribió: «El cobertizo se ha quemado. Ya nada me oculta la luna».

—Qué maravilla—dice él—, eso de llamar a la casa de uno cobertizo es contundente, muy adecuado para esta casa en concreto—y repite las palabras del haiku en voz alta mientras señala hacia la luna llena que brilla en la ventana de enfrente, un enorme huevo de color naranja que se diría que es el huevo de un enorme animal extinguido.

—El mundo está lleno de milagros.

—De milagros y de desgracias—murmura él, y a la brillante luz de la luna repasa con el dedo la cicatriz que ella tiene en el vientre y que le baja por la

curva de la cadera—. Lamento tanto no haberlo sabido a tiempo, hubiera ido a cuidarte, si lo hubiera sabido, te habría ingresado en mi unidad. ¿Cuándo sucedió, exactamente?

Aunque enseguida se da cuenta de que él entonces estaba en Estados Unidos, sigue lamentándose por la oportunidad perdida.

—No hubiera permitido que ningún médico te tocara sin mi supervisión, te habría anestesiado yo mismo antes de la operación, me habría quedado allí durante toda la operación besándote por dentro. Perdimos diez años.

Y ella piensa en esos diez años, en su colegio, la obra de su vida. ¿Habría podido hacer lo que hizo, con él a su lado? ¿Habría sido posible no resultar abducida por su amor?

—Habríamos podido tener un hijo juntos—continúa, regodeándose en el sufrimiento.

—No creo—lo interrumpe—, porque por dentro todo me quedó destrozado.

—Yo lo hubiera arreglado, he hecho cosas mucho más complicadas que ésa, créeme.

—Te creo—susurra ella—, te quiero.

Un día tras otro, una hora tras otra, desencuentro tras desencuentro, ¿qué hacer con todo eso? Le acaricia la cara y se demora en la barba gris y rizada.

—¿Cuánto hace que la tienes?—le pregunta.

—Muchos años, desde siempre, en realidad, porque estoy de duelo, ¿se te ha olvidado?

—Pero yo no te recuerdo con barba.

—Porque entonces casi no tenía pelo en la cara, pero cuando me salió, lo dejé crecer; al principio me dejé la barba por el duelo y después por costumbre.

—Creí que querías huir del duelo—susurra ella sin poderse contener—, eso es lo que me dijiste, pero según parece al final sólo huiste de mí.

—Basta, por favor—suplica él—, no volvamos a eso, estaba de duelo por mi madre y también por ti, no era capaz de diferenciarlo.

—El duelo por mí ha terminado. ¿Y si te afeitas la barba? Tengo tantísimas ganas de verte tal y como eras.

—¿Estás segura de que el duelo por ti ha terminado? Porque temo que empiece de nuevo.

—Estoy segurísima—susurra ella, mirando a su alrededor, como si quisiera cerciorarse de que no hay ningún otro testigo de esa promesa.

—¡La cazuela!—exclama él al seguir la mirada de ella, y sale corriendo desnudo hacia la cocina para echarle agua, y al volver al salón lleva puestos unos calzoncillos negros, se mira fijamente en el espejo del pasillo y en su mano destellan una cuchilla y espuma de afeitar—. Ven, me pongo en tus

manos—le dice, y al rato, riéndose—: Vamos, que he visto operaciones a corazón abierto más rápidas que esto—porque ella se eterniza moviendo la cuchilla por su cara por temor a cortarle la blanca piel que va quedando al descubierto—. Mis pacientes se van a asustar. Estoy más pálido que un muerto—añade, al tiempo que unos vapores con olor a quemado empañan ahora el espejo del pasillo en el que los dos se ven como una aparición dentro del marco de madera pintado de color turquesa.

—Es que no dejas de moverte—le riñe—, ya no me acordaba de lo inquieto que eres.

—Porque me haces cosquillas—se ríe él—, es peligroso ser demasiado precavido, déjame que termine yo.

—De eso nada, mírame un momento sin moverte—dice ella—. ¿Cuándo creciste tanto? No te recuerdo tan alto.

—Lo siento, pero maduré muy tarde en todos los aspectos y tú, por cierto, te volviste más guapa.

—¿En serio?—protesta encantada—. ¡Eso es imposible!

—Pues sí. Se te ve más vital. Eras tan delicada, estabas tan delgada y tan pálida, como la idea de ti misma. Ahora eres mucho más femenina. Venga, déjame acabar con esto de una vez.

Le arrebata la cuchilla y con dos rápidas pasadas deja al descubierto los elevados pómulos tal y como ella los recuerda, así que se queda sin aliento y siente un escalofrío frente a ese rostro reconstruido al milímetro.

—Ahora sí que me creo que eres tú—dice abrazándolo—. Hasta ahora aparentaba que me lo creía. Mira, pero si casi no has cambiado.

Tiene la piel de la cara suave y tersa, y excepto por las mejillas hundidas y la incipiente papada, es su chico. Cuando está ante él siempre se le humedecen los ojos y ahora niega con la cabeza mientras se muerde los labios, atónita. El rostro que ha aparecido bajo la barba le produce una añoranza dolorosa, como las fotos de los seres queridos muertos cuando aparecen de pronto después de muchos años arrojando su inestimable luz sobre un pasado desconocido.

Ve su rostro en el instituto, entrando en la clase de ella en el recreo, sonriéndole confuso, y ahora su rostro apoyado en la almohada de la cama de ella, las espesas pestañas sombreándole los párpados mientras duerme, y ahí está su rostro el día más resplandeciente de todos, en la estrecha grieta abierta tras el frío y antes del calor. El contacto de la cálida roca en su espalda, la copa de la morera dándole sombra, su hermoso chico acariciándole los pechos con la boca entreabierta, sus deslumbrantes ojos claros, las mejillas ligeramente sonrosadas por el sol, como las de un bebé, y ella enroscándose a su alrededor con la absoluta seguridad de que nada los iba a poder separar jamás.

—¿Y ése quién es? ¡No lo conozco!—dice examinándose con recelo,

palpándose las mejillas, haciendo muecas—. ¿Qué me has hecho? Me siento como si hubiera cambiado de identidad—se ríe—. ¡A mis hijos les va a dar algo! Me siento desnudo—exclama tapándose la cara con las manos y marchándose a la cocina para llenar la olla de agua por tercera vez y sacar unos tomates de la nevera que corta en pequeños dados, dejándola sola ante al espejo.

Se diría que también del rostro de ella ha caído últimamente un velo, porque desde que lo ha encontrado se ve diferente, todos lo dicen, tiene los ojos más grandes y ha adelgazado de cara.

«¿Cómo pude no darme cuenta de los ojos tan bonitos que tienes?», le ha dicho alguna profesora del colegio y eso que la ven a diario desde hace diez años. Puede que le haya cambiado la expresión, porque ¿cómo le acaba de decir él? «Se te ve más vital». Pero enseguida vuelve la mirada hacia él, por no perdérselo ni un solo momento.

¡Qué deprisa pasa el tiempo a su lado! Ya son las ocho. Del piso de encima de ellos oye la banda sonora del inicio de las noticias. El niñito debe de estar hoy en casa de su madre y por eso el padre está libre para mirar tranquilamente los angustiosos sucesos del día, infinitamente más preocupantes que tener ladrones en el jardín. Se marchará dentro de una hora, aproximadamente, porque no lo puede dejar ahí preparando la cena, y eso que ni siquiera le ha dicho todavía que tiene prisa.

—¿Qué hago, Eitani?—pregunta.

—Dejar a tu marido—dice él con toda tranquilidad, mientras pica unos dientes de ajo.

—Me refería a en qué te ayudo con la cena—se apresura a responder—, no era ninguna pregunta transcendental.

Su desprecio al decir «marido» le ha molestado un poco, así que mira de reojo el móvil, temerosa de que Miki los esté oyendo de alguna manera misteriosa, o puede que incluso los esté viendo, orondo y quieto como la luna. El mundo está lleno de desgracias y de milagros.

—Pon la mesa en el jardín—le propone.

Ella baja los desgastados escalones y se encuentra con una inestable mesa de madera cubierta de hojas secas que retira con la mano; regresa a la cocina y encuentra con toda facilidad una bayeta, un mantel, platos, cubiertos, porque esa casa la conocía como su propia casa, hasta el punto de que incluso ahora reconoce algunos cacharros.

—Dime, ¿desde cuándo vives aquí?—pregunta—. ¿Has vivido aquí con tus mujeres?

A pesar de la curiosidad que siente, todavía no se ha atrevido a hacerle demasiadas preguntas sobre su vida de adulto, concentrada como está en la vida que tuvieron en común en el pasado, porque le da miedo adentrarse por

el camino que él tomó desde que los suyos se separaron.

—Tú eres mi mujer, no he tenido otras mujeres—se apresura a responder.

—Ya, claro—se ríe ella con un deje de burla—, por eso te casaste dos veces y tienes dos hijos.

Él fríe los ajos, los tomates, cuela la pasta y la añade a la sartén.

—La prueba está en que no me quedé con ninguna mientras que tú sigues con tu marido—dice él.

—Esa prueba puede interpretarse desde la manera más favorable a la más desfavorable.

—Las mujeres siempre la interpretan desfavorablemente—se ríe tendiéndole la fuente con los espaguetis en salsa mientras él lleva una bandeja con la botella de vino, un platito de aceitunas negras y un cuenco con *labneh*, y cuando por fin se sientan se oyen unos suaves pasos, y ella se asusta, quizá sea Miki que la ha seguido hasta allí y se ha escondido en el seto, pero al momento aparece un gato flaco, cuyo gesto preocupado casi le da risa.

—Ven, *Gulliver*, tranquilo—dice Eitan—, que Itamar no está, no temas—y se levanta para echarle croquetas de gato en un tazón que hay debajo de la escalera—. Itamar lo hace rabiar un poco—añade—, y por eso después de que haya estado durmiendo aquí el pobre gato no se fía.

Y ahora ella se anima a preguntarle, indecisa:

—¿Quién es la madre de Itamar?

—Tú no, por desgracia. ¿Te acuerdas de que estuvimos convencidos de que te habías quedado embarazada cuando nos bañamos aquella vez en la bañera de tu casa?

—Pues claro que me acuerdo, qué susto tuvimos—asiente ella—. Enseguida empecé a tomar la píldora.

—Podríamos tener un hijo de veintisiete años—suspira él.

—Una hija, no un hijo—se apresura ella a corregirlo.

—¿Cómo puedes estar tan segura?—se ríe.

—Porque tenía que ser una niña a la que íbamos a llamar Miriam.

—Yo ya lo hice—dice muy seco, y se limpia los labios con la servilleta, esos labios que ahora se le ven al completo sin la barba, rojos por la salsa, y al estar tan blanco parece que se ha maquillado.

—Pero no conmigo—dice ella, aunque de repente siente que está traicionando a su propia hija, una traición no menos cruel que la que él cometió contra ella, así que se apresura a preguntarle—: ¿Quién es la madre de Miriam?

Y, para su sorpresa, esta vez no se escabulle.

—Se llama Susan. Es ginecóloga.

Iris siente un escalofrío. Entonces sí se casó con una doctora, y sí la buscó, fragmentos de realidad se mezclan con falsedades, porque eso es lo que le

contó su madre, casado con una médico y padre de tres hijos majísimos.

—¿Estudiasteis medicina juntos?—le pregunta—. ¿Te ayudaba con los exámenes?

—Desde luego que sí, sin ella no me habría sacado la carrera.

Se nota que el tema le aburre, pero no piensa soltarlo porque lo que ella quiere ahora es saberlo todo, a pesar de sus temores, dónde se casaron, dónde vivían, de qué hablaban, cómo hacían el amor, qué tipo de pareja era él y qué tipo de padre, y quiere ver fotos, todas las que tenga, aunque puede que se esté equivocando como se equivocó cuando no se distinguía a sí misma de él, porque quiere estar con él bajo el palio nupcial, y en la cama, y ver a su hija salir del útero de otra mujer. Ya que así fue decretado que sucediera, por lo menos quiere estar allí, junto a él, pero por otro lado ella no quiere contarle nada, ni de su matrimonio ni de sus hijos, y sobre todo nada de su Alma, que nació pequeñita pero tremendamente preciosa, aunque ella la mirara decepcionada porque no era la bebé que tenía en mente, una niña de miembros largos, ojos azules y pelo negro, porque no era la Miriam de ellos dos.

—¿Qué quieres saber?—pregunta él—. Si te lo he contado, ¿no?

Ella mira el reloj de reojo, aquella preciosa bebé parece haberse metido en un lío y tiene que ir a sacarla de él para resarcirla por la primera mirada con la que la obsequió al nacer, una mirada de desapego y decepción, pero cómo le va a decir que se tiene que marchar y cómo va a conseguir ponerse en pie para irse de ahí con lo bien que está sentada frente a él en ese jardín tan dejado, un jardín que le pertenece no menos que a él, porque en ese jardín, envuelto en aroma a resina, se conserva intacto el fósil de la chica que un día fue.

Él le llena el plato una y otra vez, y la copa; ¿cómo va a poder conducir? Ahora que la luna ha empalidecido y se ha hecho más pequeña parece estar colgando del árbol bajo el que se encuentran como si fuera una ciruela amarilla. El mundo está lleno de milagros y desgracias, y ahora ella se encuentra en su lado milagroso, así que nada tiene de raro que le cueste levantarse para dirigirse al lado de las desgracias, pero no le queda más remedio, por lo que se pone de pie balanceándose ligeramente y se acerca a él agarrándose a la desvencijada mesa.

—¿Adónde vas?—le pregunta, sentándola en sus rodillas—. Es increíble cómo te has ido pareciendo a mi madre.

—Es sólo por el pelo, que te recuerda a su peluca.

—No es sólo eso—niega él con la cabeza—, también son los ojos y un poco la manera de andar, me asombra, no entiendo lo que me pasa, en qué época vivo.

Le agarra el pelo con fuerza como si intentara quitarle una peluca y le cubre con los labios los suyos hasta que a ella se le corta la respiración, porque le

está desabrochando la blusa y entierra la cabeza entre sus senos.

—Amor mío—murmura ella—, tengo que marcharme.

—No te vayas—susurra él—, quédate conmigo.

Al volver a mirar el reloj ve que es más de medianoche y que su cuerpo está colmado por su amor, lleno de la resina de su juventud, de hojas secas que se deshacen, de promesas y juramentos, de añoranzas, y que tienen la misma edad que sus hijos nonatos, y ahora se separa de él muy agitada, tampoco ella recuerda ya quién es ni en qué momento vive, de dónde ha venido ni adónde va, ¿será ella quien tenga que dictar la sentencia? Pero ¿ante quién?

Mientras su coche sube la montaña la asaltan las preocupaciones, como si fueran salvajes bandoleros, así que procura tranquilizarse un poco. Irá a ver a Alma mañana, un día más o menos no cambiará mucho las cosas, y en casa seguro que Miki ya estará dormido, convencido de que ella ha ido a Tel Aviv. No parece lógico que la esté esperando si se negó a acompañarla, y Omer ha avisado de que se queda a dormir en casa de Yotam, de manera que nadie la verá llegar con sus labios besados y el cuerpo recién amado que exhala los aromas de la intimidad amorosa, y aun así entra en su casa de puntillas. Se duchará por la mañana, es preferible no hacer más ruido del estrictamente necesario, se lavará corriendo los dientes en el fregadero de la cocina y se encerrará a oscuras en el cuarto de Alma, pero tras desnudarse en silencio, en el momento de irse a meter en la cama, se tropieza con un cuerpo extraño debajo de la manta, así que grita asustada. ¿Será que Miki la acecha, muerto de celos? Pero no se trata de su corpulento cuerpo, por lo que salta de la cama jadeante, sube sin hacer ruido la persiana, y a la luz de la luna llena que la ha seguido hasta allí, con la boca entreabierta, con expresión de pasmo y de asco, como si estuviera teniendo una visión especialmente molesta bajo los párpados, ve a Alma.

Con el corazón desbocado, se queda mirando a su coartada que ahora se esfuma, una coartada enjuta, críptica, frágil. ¿Qué le dirá ahora a Miki? ¿Por qué no le ha dicho él que Alma ya estaba en casa y que por eso ya no tenía sentido ir a verla? Se diría que le ha tendido una trampa, así que ahora ella tiene que actuar con astucia aunque no dispone de los suficientes datos. ¿Cuándo habrá llegado Alma? ¿Hasta cuándo habrá estado trabajando? Puede decir que la fue a buscar y que no la encontró en el restaurante, pero tiene que despertar a Alma para que no descubran sus mentiras.

—Alma—susurra—, ¡qué bien que has venido! ¿Cuándo has llegado?

Sabe que está dormida, por lo que se sorprende cuando la chica responde a su impostada alegría sin despertarse del todo:

—¡Mamá! Te he estado esperando, ¿dónde estabas?

—En el trabajo. ¿Cuándo has llegado? ¿Por qué no me has avisado de que estabas en casa?

Pero Alma se da la vuelta y le da la espalda, esa estrecha espalda que se pierde en la gigantesca camiseta de Miki. Iris baja la persiana con cuidado y se va de puntillas a la habitación de Omer para dormir en su cama. Que Miki no se despierte, por favor, porque no puede presentarse ante él así, con esa capa de amor en la piel y la cabeza vacía de mentiras.

Pero ¿cómo es posible? Si le ha dicho que iba a dormir en casa de Yotam y sin embargo está en su cama. Nota el calor de su cuerpo que sube desde el colchón y, además, está roncando suavemente. Su presencia es evidente y que duerme, también, por lo que sale de allí como impelida y, dando traspiés, se llega al sofá. Todas las sábanas y las mantas se encuentran guardadas en el dormitorio en el que de ningún modo piensa entrar. No le queda más remedio que tenderse allí vestida, sin manta, a pesar de que ya nota el fresco de la noche. Se levanta para coger un par de toallas usadas y taparse con ellas, a pesar de que están húmedas y frías, porque alguien se ha duchado hace poco. La casa le envía mensajes misteriosos. Sus habitantes la castigan inconscientemente, cambian de planes sin avisarla, dan informaciones falsas, la destierran al sofá. Siente escalofríos bajo la húmeda toalla. ¿Por qué no habrá ido Omer al cumpleaños? ¿Será porque Alma ha venido? ¿Habrá venido por iniciativa propia o la habrá vuelto a llamar Miki para calmar sus temores de madre, es decir, para demostrar que él lleva razón? Y puede que sí tenga razón él y puede también que la conozca mucho mejor que ella. Qué extraña dulzura ha notado en su voz cuando le ha dicho «¡Mamá! Te he estado esperando».

Quizá sea verdad que Shira exagera. Mañana hablará con su hija para intentar entender lo que sucede. Porque es tan joven, y a esas edades, todo cambia muy deprisa. Puede que mañana por la mañana sea capaz de librarse de la preocupación que la invade, y la verdad es que ya se está riendo bajo la húmeda toalla, como una chiquilla enamorada, porque podrá seguir caminando sin impedimentos por el camino milagroso que se va pavimentando bajo sus pies, hacia un mundo en el que los años son borrados, en el que se puede caminar hacia atrás entre plazas florecientes de tiempo, pasear una y otra vez por el perfumado valle, entre nubes de miel, en el único día de primavera en el que no hace ni demasiado calor ni frío.

XIII

Será la primera en levantarse, se duchará en el cuarto de baño de los chicos y entrará lozana y llena de energía en el dormitorio para vestirse y maquillarse. Si es eficiente resultará menos sospechosa, sobre todo si él no se ha despertado del todo. Puede que hasta se le olvide, al levantarse, todo lo que pasó anoche, la larga ausencia de ella, tan ridícula, con el argumento de que se iba a Tel Aviv para espiar a Alma, mientras que Alma estaba justamente yendo hacia Jerusalén, de modo que no cabe la menor duda de que la misión resultó un absoluto fracaso. Se organizará deprisa, se escabullirá del dormitorio justo cuando el despertador de Miki suene para despertarlo al nuevo día. Pero ¿para hacer qué, en realidad? Qué poco sabe ella del orden del día de Miki, de la relación de éste con sus superiores y con sus subordinados, de las tareas que tiene encomendadas. ¿A cuántas mujeres en apuros estará ayudando, llevándolas y trayéndolas en su coche a los más variados y diversos médicos? ¿Cuántas partidas de ajedrez conseguirá colar a escondidas? ¿Con quién hablará? Y si duda de ella, ¿a quién hará partícipe de sus sospechas? Sus necesidades sociales son mínimas. Siempre lo han sido, y desde que su amigo de la infancia se fue de Israel, apenas si tiene amistad con nadie.

Prepara rauda el bocadillo de Omer y luego se asoma a la habitación de Alma. El cuarto sigue a oscuras y parece que duerme profundamente. Le enviará un mensaje diciéndole que la llame cuando se despierte, y hasta cancelará una de sus reuniones para poder encontrarse con ella. «¡Mamá! Te he estado esperando», le dijo, unas palabras tan poco frecuentes en ella, ¿querría contarle su vida? Naturalmente que la escuchará con amor, sin juzgarla ni criticarla, sino que la apoyará, todos cometemos errores al principio de la vida, le asegurará, cada error constituye una lección valiosísima.

Ahí está Miki avanzando hacia ella pesadamente como un sonámbulo y para su sorpresa le sonríe de camino a la cafetera, sin preguntarle nada, aunque puede que no sea una sonrisa, sino un educado reconocimiento por algo.

—Tengo que irme ya, despierta a Omer, ¿vale?—se apresura ella a decir—. El bocadillo lo tiene en la mochila, después hablamos.

Y ya está en el ascensor, en el coche, atrapada en el tráfico, sube y baja, a la derecha y a la izquierda, lo principal es quedar fuera del alcance de su vista.

Qué bien que ha salido tan pronto, así le dará tiempo a preparar la reunión de final de curso con la inspectora, aunque la verdad es que ya no es tan pronto, porque ahí están llegando ya los primeros niños, algunos saliendo de coches que casi ni se detienen, otros andando con la pesada mochila a la espalda, y los más pequeños acompañados por sus padres. Ella no acompañó a

Alma y a Omer a sus aulas aquella mañana porque no era necesario. Salieron juntos del coche, cruzaron juntos el portón de entrada y luego cada uno se fue a su clase. Si los hubiera acompañado el autobús habría explotado sin ella, pero ¿qué conclusión puede sacarse de ello, qué lección se puede extraer de ese error? Qué poco sentido tiene ese dicho de que uno aprende de los errores. Eitan se equivocó al dejarla y la vida de ellos quedó desahuciada. Incluso sus hijos, que le deben la vida a ese error, sufren el daño. Con el corazón encogido, recuerda la leyenda talmúdica del muchacho que incumplió la promesa de casarse con una chica que encontró en el camino, se casó con otra mujer y perdió a sus hijos a causa de unas muertes muy extrañas, hasta que volvió con ella. Siempre que enseñaba ese pasaje en clase pensaba en Eitan, pero en la leyenda la chica lo sigue esperando, aunque tenga que aparentar haber perdido el juicio, para que no la casen con otro, mientras que ella había formado una familia y por eso sus hijos también estaban en peligro, no sólo los de él.

Por eso le tiene que escribir un mensaje urgente a su hija antes de salir del coche y que todos se abalancen sobre ella. Mi niña, escribirá, avísame en cuanto te despiertes para que vaya a verte de inmediato, tenemos que hablar, pero sus dedos hurgan en el fondo del bolso sin encontrar el teléfono móvil, así que vuelca furiosa el contenido al completo en el asiento de al lado. Son tantos los objetos necesarios e innecesarios que caen del bolso, analgésicos, chicles, nueces de Brasil, listas de la compra, las gafas de sol que llevaba dos semanas buscando, un pintalabios abierto, bolígrafos, lapiceros, post-it, crema de manos, crema solar, impresos arrugados, pero su móvil, tan importante, repleto, delator, se tiene que haber quedado en el mármol de la cocina y por eso no le puede enviar ningún mensaje a Alma y lo que es peor, ahora está completamente al descubierto ante Miki, que con sólo apretar una tecla puede descubrir dónde estuvo anoche, y hasta sin necesidad de apretar ninguna tecla, porque una mirada distraída puede llegar a captar cualquier mensaje que aparezca en pantalla de repente, unas apresuradas palabras de amor matinales, cualquier mensaje que aunque uno no tenga la intención de tocar el móvil quede a la vista.

Una de las profesoras llama con los nudillos al cristal de la ventanilla, las puntas de los dedos bailoteando con un naranja chillón, pero ella le hace señas de que ya hablarán más tarde. Un dolor agudo se le clava en las sienes. Qué fatalidad del destino, tanta prisa por alejarse de su presencia y va y le deja el secreto a su alcance. Tiene que volver a casa a recoger el teléfono, pero entonces llegará tarde a la reunión. Lo que le faltaba, con lo recelosa que parece estar últimamente la inspectora. Con la excusa de interesarse por su salud, disimula el hecho de que se está dando cuenta de cómo descuida sus responsabilidades últimamente. No parece estar muy lejos el día en que

aconseje que la releven, además de que ya es demasiado tarde y no tiene sentido volver a casa; Miki se encontrará ya de camino hacia el trabajo, valle abajo, habiendo visto el teléfono o no, y ella ahora se agacha y lo busca entre los asientos, porque puede que lo haya dejado en el asiento de al lado y se haya caído, así que hurga incluso debajo de las alfombrillas intentando acordarse, entretanto, de qué mensajes de Dolor siguen en el móvil. Normalmente los borra todos en el ascensor, antes de entrar en casa, sólo el último se olvidó de borrarlo, pero para Miki sería suficiente, no hay duda, porque no necesita el historial amoroso al completo para darse cuenta.

Y si por un milagro el móvil hubiera escapado a los ojos de Miki, podrían verlo Omer o Alma, se da cuenta horrorizada, justo cuando vuelven a llamar a la ventanilla del coche y ella se incorpora para indicar de nuevo, con un movimiento circular de la mano, que la dejen en paz, que ahora no, pero para su sorpresa asoma tras la ventanilla una mano grande que sostiene el conocido móvil y entonces baja la ventanilla intentando ocultar su azoramiento.

—¿Es esto lo que estás buscando?—pregunta él, con la misma sonrisa de por la mañana, esa sonrisa educada y desconocida, congelada en su moreno rostro, porque seguro que ha estado ahí observando con su característica pachorra la frenética búsqueda de ella—. He supuesto que te sería difícil pasar el día sin él—dice, y se vuelve a meter en su coche, que está aparcado en paralelo junto al de ella.

¿Cuánto tiempo llevará ahí? No lo ha visto llegar, de la misma manera que tampoco ahora lo ha visto irse. No le ha dado tiempo a decirle ni una sola palabra de agradecimiento, porque le ha arrebatado el aparato de la mano, ansiosa por comprobar si ha habido algún mensaje nuevo de Dolor y si podrá saber si alguien lo ha visto.

«¿Cuándo vas a venir? Te estoy esperando, ven ya, amor mío, estoy en casa». Lee ese último mensaje que le diría todo a quien quisiera enterarse, pero nada le indica si ha sido visto por un ojo ajeno. Por suerte no ha habido ningún mensaje nuevo de Dolor desde que se despidieron por la noche, a no ser que haya sido borrado de pura rabia, pero eso, por lo menos, sí lo puede averiguar. «Buenos días, amor mío—escribe rápidamente—, ¿me has escrito, esta mañana?», y para su alegría él le responde al instante: «¿Por qué me lo preguntas?». Y ahora ella teclea muy tensa: «¿Sí o no?». Pero a eso ya no le contesta, puede que porque justo en ese momento haya entrado un paciente, aunque también es posible que sea su manera de protestar ante las circunstancias que lo obligan a ocultar su amor por ella convirtiendo sus mensajes de felicidad en amenaza peligrosa que perturba la paz de ella. Apoya la cabeza en el volante, qué situación más repugnante, esos dos hombres le ocultan una información vital, cada uno de ellos por su propio interés, y ahora le tocará entrar en la reunión sin saber a lo que se enfrentará al salir de

ella; ahí se oye ya el timbre, de manera que sale pesadamente del coche y se topa con riadas de alumnos que fluyen hacia las aulas. Lo va a perder todo, dentro de un momento lo va a perder todo, a esos alumnos a los que tan bien conoce, este lugar que ha construido con sus propias manos, a Miki, a Alma, todavía no le ha dado tiempo a enviarle el mensaje y ya tiene a la inspectora ante ella. Le escribirá en cuanto termine la reunión, a Alma le gusta dormir por la mañana, como a su padre, seguro que no se despierta hasta el mediodía.

«Buenos días, mi niña, llámame en cuanto te despiertes y voy para allá», teclea al regresar al despacho dejándose luego caer en su sillón, sin aliento, y también en esta ocasión obtiene respuesta de inmediato, pero no con las palabras deseadas. «Estoy en la estación central de autobuses—escribe su hija —, hasta luego». Suspira, qué mala suerte, otra vez se le escapa la niña, vuelve a quedarse sin información, pero no se rendirá tan fácilmente, porque por la noche le dijo bien claro: «Mamá, te he estado esperando», así que decide llamarla:

—¿Alma? Espérame en la estación que voy para allá—le propone—, nos tomamos juntas un café y luego te vas.

—Tengo prisa—responde la niña—, estoy subiendo al autobús.

—Pero ¿cuándo llegaste a casa?—le pregunta Iris—. Siento tanto no haber estado, ¿por qué no me dijiste que venías?

—Ni yo misma lo sabía—contesta—, encontré a alguien que me llevaba y de repente me vi en Jerusalén.

Iris la escucha preocupada.

—Pero ¿qué es eso de que no sabías ni adónde te llevaban?—indaga con una voz cortante que lo que consigue de inmediato, naturalmente, es cerrarle la puerta.

—No importa, es difícil de explicar—murmura la niña—, iré la semana que viene.

—Pero a mí sí me importa—insiste Iris sin ceder—. ¿Con quién viniste? ¿Te subes en un coche sin saber adónde va?

—No te oigo bien, mamá, hay un ruido espantoso aquí en el autobús, hasta luego—responde su hija.

¿A cambio de qué consiguió que la llevaran? ¿Estará relacionado con la secta? ¿Es posible no sólo que Shira no haya exagerado, sino que se haya quedado corta? Imágenes tremendas se le agolpan ahora, polvos en el asiento trasero del coche, hombres desconocidos, drogas, violencia, ¿qué hacer con todas esas durísimas imágenes? ¿Y si corre a su coche para bloquear la salida del autobús de Alma, amenazando al chófer, antes de que salga de la estación? Dame a mi hija o te reviento el autobús, le dirá. Será un nuevo tipo de atentado terrorista, un atentado materno, porque seguro que así es como lo

llamarán en las noticias, y es que le parece que en estos momentos es capaz de cualquier cosa, hace años que le cuesta mirar un autobús, pero hoy ese problema es nimio. Se apoderará del autobús, tomará rehenes, hasta que no te vengas a casa conmigo no pienso liberar a nadie, le dirá a su hija, o puede que opte por atentar contra sí misma, suicidándose, vuelve a casa o me tiro a las ruedas del autobús, ese autobús que te lleva a tu perdición.

—¿Va todo bien?—pregunta la secretaria al entrar en el despacho con una pila de documentos para firmar.

—Nada va bien hoy—dice ella negando con la cabeza.

—¿Sólo hoy?—añade Ofra—. Creo que ya llevas así bastante tiempo. ¿Hay algo en lo que te pueda ayudar, Iris? Tú te ocupas de todo el mundo y no dejas que nadie te ayude.

—Nadie puede ayudarme—dice con frialdad, y lo repite casi sorprendida, como si solamente ahora le quedara claro ese triste hecho—, nadie puede ayudarme.

—Pues haz un último esfuerzo antes de que acabe el curso—la mira Ofra apenada—, pronto son vacaciones.

—¿Qué vacaciones?—suspira ella—. ¿Sabes la cantidad de profesores a los que todavía tengo que entrevistar y cuántos cursillos de formación tengo que organizar? Por no hablar de las reformas en las aulas de los de primero.

—Eso no es nada para ti—dice Ofra.

Y, naturalmente, tiene toda la razón del mundo, porque estaría dispuesta a reformar el edificio entero, a cambiar a todos los profesores, con tal de no tener que pensar en esa hija que con tanta frivolidad está haciendo realidad sus peores pesadillas.

En la sala de profesores se encuentra con la profesora joven que acaba de unirse a ellos y que no es mucho mayor que Alma, aunque se diría que un abismo las separa: ésta tiene trabajo y amor, mientras que su hija se trae entre manos algún asunto raro que sólo de pensarlo le dan escalofríos. «Me vi en Jerusalén—le ha dicho—, me vi en Jerusalén», y se sienta frente a ella asaltada por unas ansias enormes de conocerla mejor, de que le hable de su familia, en particular de su madre, porque quizá así pueda dar con lo que ésta ha hecho diferente, pero ¿qué le preguntará? ¿A tu madre la dejaron de joven y pasó por una crisis amorosa terrible? ¿Tu madre se casó con tu padre sin entusiasmo, sin alegría, sólo por cumplir con su deber de persona civilizada? ¿A tu madre la asaltó una terrible pena la primera vez que te vio al comprender que no eras la niña con la que había soñado porque no eras la hija del hombre al que amaba?

Podría seguir añadiendo una y mil preguntas similares, pero qué sentido tendría, porque aunque ella misma sea la culpable de todo o aunque no sea culpable de nada, tiene que hacer todo lo que sea para sacar a su hija del lío

en el que se haya metido, y a pesar de ello no se consigue dominar, y dirigiéndose a ella con una sonrisa impostada le dice:

—¿Qué tal? ¿Cómo va el amor?

—Es un sueño, un auténtico sueño—le responde Yaara, con una amplia sonrisa.

—Toquemos madera—dice Iris al tiempo que golpea tres veces con los nudillos la mesa que tiene al lado—. Me alegro muchísimo por ti—y enseguida le pregunta—, ¿tuviste ese ejemplo en casa? ¿También tus padres se quieren tanto?

Y, para su decepción, la joven asiente sin dudarlo, la mirada encendida:

—Mis padres son increíbles, después de treinta años juntos, ¡todavía hacen manitas!

Iris afronta resignada la información, cuando para su alegría se entromete en la conversación otra profesora:

—Eso no quiere decir nada. Mis padres se separaron cuando yo era niña y a mí me ha ido muy bien en mi matrimonio.

Y la profesora de ciencias naturales aporta información contraria acerca de unos padres que eran una pareja de tortolitos y resulta que luego su hija ya se ha divorciado dos veces, pero Iris se aferra justamente al caso que más daño le hace: «¡Después de treinta años juntos, todavía hacen manitas!».

¿Los habrá visto Alma, alguna vez, hacer manitas? Lo duda, porque no es el estilo de ellos. Demasiado pronto dejaron de ser románticos y pasaron al sarcasmo, aunque siguieran funcionando bastante bien como padres, como familia. Seguro que no lo hicieron tan mal, pero no es la relación entre Miki y ella lo que cuenta, sino la relación entre ellas dos, ahí es donde radica el fracaso, el fallo ha sido sólo de ella, que no ha sabido inculcarle a su hija la seguridad plena de que la ama, así que se vuelve derrotada a su despacho dejando a sus espaldas la conversación que continúa su curso.

Tiene que hablar con Miki, haya visto lo que haya visto, porque eso ahora no importa, ya que para siempre serán los padres de Alma y todo lo que pase entre ellos es secundario en estos momentos, y ahora relee el mensaje que quizá haya visto: «¿Cuándo vas a venir? Te estoy esperando, ven ya, amor mío, estoy en casa». Pobre Miki, qué espanto encontrarte con un mensaje así en el móvil de tu mujer. Qué decepción, qué desengaño, y a pesar de todo no parece estar destrozado, sino que casi parece contento, alegre, su ancha mano en la ventanilla sujetando el móvil de ella, su rostro grande y sereno, ¿tendrá también él un romance, como ella hace tiempo que sospecha, y el hecho de descubrirla le ha supuesto un alivio? Debe llamarlo y hablar con él de Alma, pero el dedo vacila sobre la pantalla táctil y toca el nombre del bar, que por cierto se llama Balaam, bar restaurante Balaam.

Muy nerviosa, lee la información que la conduce hasta el nombre del

santón, Boaz Gerber. ¿Cómo es que no se le ha ocurrido hacerlo hasta ahora? Aunque por otro lado, ¿qué sentido tiene? Porque ni el motor de búsqueda más potente de todos los existentes será capaz de contarle nada acerca de su hija y ahora ve que tampoco es capaz de mostrarle ni una sola foto del tal Boaz, ni lo vincula a ninguna secta, ni a Alma, y eso que tiene una abundantísima y terrorífica información sobre las sectas, el motor de búsqueda, que le exige que cruce los datos ella misma, y así empieza a leer, aterrada, sobre la ingente cantidad de personas que han caído en las redes de las sectas en comparación con la poca información que de ese fenómeno dan los medios de comunicación, sobre la importancia decisiva de que se detecte el problema en su primera fase y también sobre lo difícil que es darse cuenta de ello, y repasa asustada las señales que pueden darle a uno la pista, cambios en la manera de vestir y en el comportamiento, alejamiento de la familia y de los amigos. Una arcada le sube por la garganta al tiempo que se le revuelven las tripas. «Alma, no—murmura—, Alma, no», como si su hija se encontrara en el tejado de un altísimo edificio con un pie columpiándose en el aire, y ahora se acuerda del estrés que suponía darle de comer, porque entonces también se la imaginaba así, en continuo peligro, necesitada de ayuda. «Hoy he terminado pronto. ¿Quieres que nos veamos?», tapan las palabras de Eitan los amenazantes informes sobre las sectas y, agarrándose a ellas como a una tabla de salvación, le responde: «Claro que sí, ¿dónde?».

Menos mal que ha propuesto ese sitio fuera de la ciudad, en un pueblo árabe en lo alto de una colina, porque allí no existe la más mínima posibilidad de encontrarse con ningún conocido. Nunca ha estado ahí, así que se pasma mirando el tranquilo paisaje campestre de gallinas picoteando el suelo junto a dos vacas flacas que avanzan por un campo seco. Claro que no es más que una ilusión, porque bajo cualquier tejado se puede esconder la desgracia, en la ciudad y en un pueblo, en palacio y en una carpa, la vida sencilla no es garantía de nada, pero de todos modos el aire puro con aroma a siega la relaja un poco cuando se sienta en el jardín, en la última mesa, casi fuera del restaurante, porque desde allí avista la subida a la montaña y podrá ver el coche plateado ir a su encuentro. Qué asombrosa visión, increíble, los rayos del sol se juntan en el tejado del vehículo, que por un momento parece estar en llamas, «padre mío, padre mío, el carro de Israel y sus jinetes», así que se levanta y corre a su encuentro. En cada una de sus citas la sorprende de nuevo. Tantos años pasados sin él y tan cerca como ha estado de llegar al final de su vida sin volverlo a ver. No son pocos los que tienen la edad de ella y están enfermos o han muerto, y aquella mañana de hace diez años estuvo más cerca de la muerte que de la vida y, sin embargo, si no hubiera sido por el atentado no se hubieran reencontrado, un pensamiento que le resulta insoportable, no menos insoportable que pensar en el atentado mismo, y al

abrirse la puerta del coche sale de él tan larguirucho y desaliñado que le cuesta creer que se trate de él, de su Eitan, que ha vuelto con ella, porque el dolor que los separó ha sido el que los ha vuelto a unir y no para que se vuelvan a separar de nuevo.

Esa cara tan pálida sin la barba es inmensamente hermosa a ojos de ella, enmarcada por ese pelo gris y todavía abundante, y el sol poniente que mira en el interior de sus ojos ilumina las celestes anillas hipnóticas que envuelven las pupilas, y ella le da un largo abrazo, casi colgándose de ese enjuto cuerpo. Porque allí no hay nadie, excepto el dueño del lugar que está trajinando en la cocina, y además nadie la conoce, pero a Eitan, el dueño, sí parece conocerlo bien, porque acude corriendo hacia ellos agitando los brazos, tan emocionado que casi se les cuela en su abrazo.

—¡Doctor!—exclama—, bienvenido, ya estaba preocupado por usted, hace mucho que no venía.

—Ya sabes cómo son las cosas, no tengo tiempo ni para respirar. ¿Qué tal, por aquí? ¿Cómo está tu madre?—le pregunta Eitan, dándole unas palmadas en el hombro—. La madre de Musa es una antigua paciente mía—le explica a ella.

—Él la salvó, sufría muchísimo, lloraba de dolor. Gracias a él hoy se las arregla perfectamente y hasta cuida de los nietos.

Al momento los lleva a la mesa para ocuparse de ellos, les enfoca un ventilador, les trae una jarra de agua con menta y limón, tres vasos de *arak*, uno de los cuales está destinado a él mismo, porque al instante se sienta con ellos.

—Orit lamentará no haberle visto, porque hoy trabaja hasta tarde.

—¿Cómo se encuentra? ¿Qué tal vosotros?—pregunta Eitan.

—Pues qué quiere que le diga… No es fácil vivir juntos, ya lo sabe—suspira Musa.

—Musa cometió el error de su vida casándose con una judía—le explica Eitan con una amplia sonrisa—. En vez de escoger a una chica sencilla del pueblo, se complicó la vida con una urbanita sabihonda que se lo discute todo.

Musa se ríe y se apresura a brindar por su mujer:

—Estoy loco por ella, pero me vuelve loco. ¿Cuándo van a encontrar un medicamento para eso?

Ella los escucha embelesada, porque desde que se reencontraron siempre han estado solos, los dos solos en el oasis del desierto de su regreso al pasado, y en realidad también entonces, en su juventud, no solían salir con amigos por lo ocupados que estaban con la enfermedad de la madre de él, así que ahora disfruta viéndolo conversar tranquilamente, saborea el hecho de verse como la pareja de ese hombre en esa zona del mundo que de cualquier modo

casi es utópica, un pueblo árabe precioso y amigable en los montes de Jerusalén, bajo el techo de una pareja mixta que materializa la fantasía más ferviente de la zona, la de la convivencia de los dos pueblos.

La bebida se le está subiendo a la cabeza. Mira con admiración su rostro afilado. Si ellos lo han conseguido, también lo conseguiremos nosotros, se promete a sí misma, porque no se nos ha brindado una segunda oportunidad para que volvamos a fracasar. Quizá también le venga bien a Miki, puede que resulte increíblemente sencillo, y que lo mismo que se casaron sin gran entusiasmo, lleguen a separarse sin aspavientos, y ella convertirá el amor de su primera juventud en el amor de lo que le queda de vida, y ahora, según parece, se le ha escapado sin querer una risita de alegría porque los dos interrumpen su conversación y la miran.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia, Irisim?—le pregunta Eitan con ternura, posando la mano sobre su muslo.

Ella lo abraza y apoya la cabeza en su cuello y sus labios ansían besarlo a la luz de ese sol que se está poniendo despacito, y a los ojos del anfitrión. Porque por fin tiene un testigo al que demostrar que todo es verdad, que se encuentra unida a ese hombre desde la aurora de su juventud. Desliza los dedos por la mejilla de Eitan, quiere vivir en ese pueblo, en la casa solitaria de la cima de la montaña, criar vacas y cabras, no salir nunca del pueblo, y ahora vuelve a reírse, aspirando el amado olor de él, un olor a jabón y medicamentos, el olor de su orfandad. Para pena de ella ve que el testigo se apresura a abandonar la mesa, como si huyera del contacto físico de ellos, pero enseguida regresa con unos platos llenos de manjares que distribuye por la mesa, por lo visto la comida que sabe que le gusta a Eitan. Qué hambre tiene, pero excepto por un cuenco con un arroz amarillo, todo tiene carne, lo que la hace contenerse.

—Coma, coma—la anima Musa, mientras Eitan se abalanza sobre la comida.

—Soy vegetariana—se excusa ella.

—¡No lo sabía!—exclama Eitan, soltando sorprendido el tenedor—. Antes no lo eras—y, casi enfadado, añade dirigiéndose muy decepcionado a Musa —: ¿Qué vamos a hacer con ella?

—Eso no es problema, ahora mismo le preparo unas verduras—se apresura Musa a tranquilizarlo.

Se vuelve a disculpar ante Musa, que se marcha mientras ella lo mira por detrás, ahí, con su camisa blanca y lleno de buena voluntad, y sólo entonces vuelve la mirada hacia Eitan, que devora con placer una chuleta sanguinolenta, un jugoso kebab, unos pinchitos, moviendo las mandíbulas muy deprisa. Los vapores de la sangre calcinada ascienden desde la mesa provocándole verdaderas náuseas.

—¿Desde cuándo eres vegetariana?—le pregunta Eitan.

—Desde hace más de veinte años. Cuando me casé con Miki decidimos no tocar ningún animal muerto.

Le resulta desagradable reconocer la existencia de la persona con la que lleva viviendo tantos años, con la que comparte una visión del mundo y una forma de comer, y Eitan asiente incómodo:

—Espero que estés tomando vitamina B12.

—Sí, cuando me acuerdo, claro—responde, contenta de reducir un tema tan importante para ella, para Miki y para sus hijos a una cuestión práctica.

Las parejas superan diferencias mucho mayores que ésta, intenta darse ánimos, aunque de todos modos le cuesta verlo masticar tan tranquilo, como si no fuera un animal con conciencia, lo que tiene en el plato y como si nunca se hubiera parado a pensarlo.

—No creí que hubieras evolucionado tan poco—le dice finalmente, sin conseguir dominarse—. ¡Son animales como tú y como yo! ¿Cómo te los puedes comer?

Eitan se echa hacia atrás, como si hubiera recibido un puñetazo.

—Pues vuélvete con tu marido, si tanto te molesta—masculla entre dientes, las mandíbulas moviéndosele sin interrupción, y cuando toma un trago de *arak* la cavidad de la boca se le ve negra y vacía.

—Todavía no lo he dejado—dice ella.

—Claro que lo has dejado—sentencia él—, de lo contrario no estarías aquí.

Sus ojos, que se han oscurecido con la puesta de sol, se clavan en los suyos.

—Tú vuelves conmigo—le dice sonriente, mientras se mete un pedazo de carne en la boca y lo mastica con arrogancia, y entonces le alza la barbilla y le mordisquea los labios hasta que se ve obligada a abrir la boca, que se le llena de ese sabor olvidado y repugnante de la sangre asada, y horrorizada nota una espesa papilla de carne que él le empuja con la lengua hacia el interior de su boca, por lo que intenta separarse de sus labios sin conseguirlo, aunque tampoco consigue devolverle la papilla, y con el estómago revuelto y los pulmones vaciados de aire su capacidad de resistencia empieza a debilitarse por lo que se lo traga todo con una punzante sensación de derrota y sólo entonces él la suelta.

—Tú no eres normal—le riñe ella jadeando, a sabiendas de que suena como una vieja y estricta profesora—, pero ¿esto qué es?

Y para su sorpresa, él se ríe:

—Pues sí que te has vuelto aburrida. ¿Dónde tienes el sentido del humor? ¿Todos los vegetarianos son igual de cargantes o sólo tú?

Iris abandona la mesa y va al lavabo, donde se llena la boca de agua y jabón y escupe una y otra vez. No, no le ha hecho gracia, ni pizca de gracia, pero tampoco le hace gracia recordar cómo le daba de comer a Alma de bebé, casi de la misma manera, metiéndole en su pequeña boca aquellas papillas, entre

súplicas, amenazas, sobornos, incluso sabiendo que la niña lo odiaba, ella seguía. ¿Cómo fue capaz de algo así y cómo ha sido capaz él ahora? Oye el sonido de un coche que arranca y tiene la esperanza de que sea él, que cuando regrese a la mesa ya no esté allí, pero ¿es eso, realmente, lo que desea? Alguien tiene que desaparecer, o él o ella o Miki o Alma o todos los animales, pero al salir lo ve esperándola a la puerta.

—Perdón, Irisim, pero contigo me vuelvo tan loco como un adolescente enamorado—le dice abrazándola.

El restaurante, entretanto, se ha ido llenando y ella barre muy deprisa con la mirada las caras de los comensales con la esperanza de no conocer a nadie y, sobre todo, de que nadie la conozca a ella. Con la cara bien larga se libera del abrazo y se dirige a la mesa del jardín bajo la pérgola con la vid. Se han llevado todos los platos y sólo sus verduras a la brasa la esperan allí junto al arroz amarillo que se ha enfriado, pero con el sabor a jabón que tiene en la boca ya no le apetece probar nada.

—Creo que lo que me pasa es que estoy celoso—constata él en tono de broma.

—¿Tú?—dice ella asombrada—. No recuerdo que fueras celoso.

—Y yo no recuerdo que fueras vegetariana, es decir, que estuvieras casada.

Ella sonríe, ¿cómo va uno a enfadarse con él? Prefiere no enfadarse mientras siga teniendo la opción de elegir.

—Me recuerda a cuando yo obligaba a mi hija a comer—le confiesa—, seguro que tenía que ser espantoso para ella, pero no me quedaba más remedio, porque tenía miedo de que se me fuera a morir.

—¿A morir?—se sorprende él—. ¡Qué exagerada! Ningún niño se muere de hambre en esas circunstancias.

—Cometí un error espantoso, creí que la salvaba. Ella nunca pedía comer, nunca tenía hambre, no crecía, no sabía qué hacer—suspira.

—Puede que todo sea tan simple como que quería comer carne. Si le hubieras dado carne, la habría devorado—se ríe él.

—No tiene ninguna gracia, Eitan—lo reprende, volviendo a sonar como una maestra.

—Puede que no, pero tampoco es que sea trágico, suponiendo que hoy ya no la tengas que seguir obligando a comer.

—Hoy es otra persona la que le obliga a hacer otras cosas—dice, sintiendo la imperiosa necesidad de contárselo—. Estoy preocupadísima por ella, Eitan, creo que está metida en un buen lío.

—¿Cuántos años tiene?—pregunta él, todavía medio bromeando—. Me resulta raro que tengas hijos—reconoce—, no me acostumbro a la idea, antes no los tenías.

—Veintiuno—responde ella, justo cuando el móvil de él empieza a vibrar

en la mesa.

—Perdón, es del hospital.

Cambia de inmediato el tono de voz y se pone serio, como si todavía se tratara de su madre muerta.

—Pues aumentadle la dosis—dice—, enseguida estaré ahí y la veo.

¿Será por eso por lo que no le preocupa lo de Alma, porque está acostumbrado a las malas noticias, o porque no es su hija?

—Tengo que irme, Irisim, ¿cuándo te veo?

—Mañana estaré ocupada hasta tarde—responde encogiéndose de hombros.

—Pasado mañana tengo a los niños.

Lo que ella quiere decirle es: «Pues veámonos hoy, veámonos ahora, no soy una chica de diecisiete enamorada, soy una madre con una hija que se ha metido en un lío, eso es lo que soy». Pero él ya se ha levantado de su silla tan tranquilo.

—Ah, y a propósito, a finales del mes que viene me voy a un congreso a Roma, ¿quieres venirte conmigo?

—Pero ¿cómo voy a ir contigo?—murmura.

—Si quieres, lo harás. Ya hemos sufrido bastante, ¿no? Ahora nos toca disfrutar.

Y, agachándose hacia ella, le besa la frente y le revuelve un poco el pelo.

—Lo siento, Irisim, pero ya te advertí de que hoy sería poco rato, ¿verdad? Tengo que volver al hospital.

—No me lo advertiste, pero no pasa nada—dice ella, y por primera vez desde que lo reencontró vuelve a sentir que la existencia de él en su vida es parcial, que nunca habrá una solución completa, absoluta.

No pasa nada, porque aunque te quedaras aquí otras diez horas no podrías dar respuesta a la angustia que me tortura en estos momentos, pero tampoco pasa nada por eso, porque tú no tienes por qué darme una solución, el error es esperar que sí, y bebe distraídamente del *arak* que ya se ha caldeado y sólo cuando se ha vaciado el vaso se da cuenta de que no va a poder conducir de inmediato, ni a su casa ni a ver a su hija y no sólo porque tema cometer una infracción, sino porque la cabeza le da vueltas, le duele, así que le hace señas con la mano a Musa, que atiende a su llamada de inmediato.

—¿Está todo bien?—pregunta—. ¿Quieres un café? ¿Té con menta? ¿Algo dulce de postre? Así es el doctor, siempre desaparece a media comida—la consuela.

Le parece que la mira con compasión y se pregunta qué más sabrá ese hombre que le pueda estar ocultando. ¿Va Eitan allí a menudo con mujeres? Pero no es eso lo que ahora la angustia, así que señalando la silla que tiene al lado le pide que se siente con ella un momento.

—¿Tienes hijas, Musa?

—Tengo tres hijas—responde—. ¿Por qué me lo preguntas?

Y así es como se encuentra continuando la conversación interrumpida hace sólo un momento.

—Mi hija tiene veintiún años—dice—y creo que se ha metido en un lío. Es camarera en un bar de Tel Aviv y se ha alejado de nosotros y de sus amigas, ha cambiado de aspecto, creo que su jefe en el trabajo la tiene completamente dominada. Puede que no se trate exactamente de una secta en el sentido convencional de la palabra, pero tengo miedo.

Todo lo que le quería contar a Eitan se lo cuenta a él mientras la noche cae y las luces de las casas del pueblo se van encendiendo, mientras los pájaros reúnen a sus polluelos en el nido desgañitándose con su piar, y él la escucha en silencio, enciende un cigarrillo, su joven y agradable rostro concentrado en el de ella.

—Te voy a preparar un café bien cargado—dice finalmente—, con mucho azúcar, para que te dé energía. Tienes que ir a ver qué le pasa, pero no vayas sola, tienes que ir con su padre.

—No querrá—replica ella—, se lo he dicho, llevo unos cuantos días pidiéndoselo, pero él cree que el problema no existe.

—Irá—la anima Musa—, si realmente quieres que él vaya, irá.

Una camarera menuda y de la edad de Alma se acerca a su mesa y Musa pide para Iris una ensalada con mucho limón.

—Tienes que reponer fuerzas—dice él—, llegar allí llena de energía.

Empieza a comer obedientemente y para su sorpresa cuanto más come, más hambre tiene, así que se anima también con el arroz amarillo y las verduras a la brasa, tranquilizada por la presencia de Musa, del que le cuesta separarse, así que pide otro café rodeada por una oscuridad espesa y cálida, como el café que le han preparado. Los habitantes de las montañas no están acostumbrados a noches así, de una oscuridad tan ardiente, pero la noche en la que avisaron de la muerte de su padre hacía una noche idéntica a ésa. Recuerda que de tanto calor como hacía no se pudo dormir y que por eso oyó cuando llamaron a la puerta con los nudillos, los gritos de su madre, oyó la orfandad abriéndose paso por el pequeño piso, como si fuera una horda de alborotadores que llegara para llevar a cabo un pogromo.

¿Le transmitió a su hija esa orfandad sin darse cuenta? Alza la vista hacia el oeste, unos últimos rescoldos de luz todavía bailotean allí, en la llanura, más allá de las montañas, allí está su Alma, tiene que apresurarse antes de que se apague su luz, y justo cuando saca el móvil del bolso para llamar a Miki, él se le adelanta.

—¿Qué te pasa? ¿Todavía estás en el trabajo?—le pregunta.

—He tenido una reunión fuera de la ciudad—dice ella, por no querer

mentir en una noche como ésta—. Me duele la cabeza, no puedo conducir hasta casa y además tampoco quiero ir a casa, quiero que vayamos a Tel Aviv, a ver a Alma. Ya es hora de que vayamos, Miki. Recógeme en el cruce. —Como Miki no contesta de inmediato y oye su pesada respiración, le pregunta —: ¿Me has oído?

—Te he oído, estoy pensando.

—No hay nada que pensar, Miki, ya lo he pensado yo por los dos.

—No me gusta nada que seas tan dominante—se enfurece él.

—Ni a mí que lo niegues todo—se apresura ella a responderle.

—Vale, no tengo fuerzas para seguir discutiendo contigo—suspira él—, dame media hora.

Su voz es hostil y fría, le resulta más cómodo enfadarse con ella que preocuparse por su hija. Qué estúpido es suponer que si un hombre te ha decepcionado, el otro te va a sorprender positivamente, qué estúpido es suponer nada siquiera.

XIV

¿Será eterna esa contienda o algún día tendrá fin? Según parece, hasta su último aliento seguirán discutiendo la madre y el padre sobre quién es el culpable, quién fue un mejor progenitor, quién tenía razón y quién se equivocó. Se ha encontrado con tantísimos padres así a lo largo de los años; muy pocos se libran y, al parecer, ni Miki ni ella se encuentran entre ellos. En medio de un silencio hostil, la recoge en el cruce. ¿Estará enfadado por el viaje en sí o el lugar en el que han quedado lo hace sospechar? ¿O quizá haya leído el mensaje por la mañana y ya no sospecha, sino que lo sabe? Ella prefiere concentrarse ahora en la misión que tienen y no pensar en eso, pensar sólo en lo que le dirán a su hija, si es que está allí, o al dueño del lugar, si se lo encuentran. ¿Le expondrán el asunto directamente o se contentarán con tantear el terreno? ¿Quizá sea mejor en esta fase no decir nada y limitarse a observar? Ojalá pudiera hablar con Miki tranquilamente, como ha hablado con Musa, pedirle consejo de corazón, planear juntos los pasos a dar. ¿Cómo es posible que sea más fácil hablar con un extraño? Porque seguro que a Orit, la mujer de Musa, le resultaría más fácil pedirle consejo a Miki, en circunstancias similares, que a su marido, y ésa es sin duda la paradoja más habitual e indignante de la vida en común, que la intimidad produzca desconfianza. ¿Qué sentido tiene eso?

Tantos sufrimientos y sensibilidades, heridas y cicatrices produce la intimidad que cualquier tema está demasiado cargado de significado como para poder mantener una conversación práctica, pero tampoco tiene ahora sentido lamentarse de eso ante él, porque además ella es la última en tener derecho a quejarse con su nuevo estatus de mujer infiel. Aunque él todavía no lo sepa, ella sí lo sabe, y su móvil lo sabe, porque ahí está sonando, Dolor la requiere, pero ella, claro está, no piensa contestar, aunque si apaga el sonido se seguirá oyendo el delator zumbido, precisamente porque ella no contesta, precisamente porque él insiste, enviando un mensaje de texto que también hace zumbar el móvil en el espacio cerrado del coche. Los mensajes de él la alimentan, pero hoy le ha metido por la boca un animal muerto que la hace estremecerse.

—¿Tienes frío? ¿Bajo el aire?—le pregunta Miki.

—Sí, un poco—se apresura ella a responder, y sin motivo aparente él sube el volumen de la música al bajar el aire.

«Papá ha vuelto a sus raíces», le gustaba a Omer chincharlo por su nuevo amor por la música iraquí, aunque a ella, justamente, sí le gustaban los nuevos discos que Miki llevaba a casa, aunque nunca les había prestado demasiada atención. No hacía mucho que Miki le había dicho que lamentaba haber hebraizado su apellido de Mualem a Eylam, y ella se había apresurado a

recordarle que no fue idea de ella, a pesar de que en su momento apoyara la decisión, y que para él fue la manera de desligarse de su padre y añadió que por ella podía volverse a poner el apellido Mualem, pero según él era demasiado tarde, y ella volvió a sentir que la hacía culpable de ello, y también ahora lleva a cabo su protesta particular contra ella haciéndole oír a todo volumen las melodías de sus orígenes, la música de los judíos de Babel, como él la llama, pero ella no le piensa pedir, claro está, que la baje un poco, a pesar de que le parece que en cualquier momento se le van a reventar las cuerdas vocales a la mujer que canta en un árabe triste, porque más que cantar grita, como si se negara a calmarse a pesar de que el violín intenta consolarla con todas sus fuerzas. Parece estar sumida en un espantoso dolor, en la cumbre del monte del sufrimiento, doliéndose, intentando arrastrarlos a todos hacia ella, al lugar en el que a uno se le revela todo de por vida, y a Iris le dan ganas de decirle: estamos ahí, nosotros ya estamos ahí, no estás sola, pero la cantante les responde con un grito ronco: no os encontráis ni a medio camino, no tenéis ni idea de lo que os espera, y sintiendo un nuevo escalofrío vuelve la mirada hacia la llanura del otro lado de la ventanilla, hacia los deslumbrantes rascacielos de Tel Aviv que ya les hacen guiños con sus miles de ojos relumbrantes apagando con su luz las estrellas del cielo; qué cerca está Tel Aviv, en realidad, sobre todo por la noche, ya sin el intenso tráfico.

Hubo unos años en los que iban muchísimo a Tel Aviv, pero justo desde que su hija se mudó allí se diría que esa ciudad se alejó de la suya, lo mismo que su hija se había alejado de ellos, aunque ahí están ahora, adentrándose por sus iluminadas y bulliciosas calles. Unas chicas muy guapas cruzan la calle deprisa, vestidas con unas minifaldas claras, con unos pantalones cortos también mínimos, y camisetas, una ciudad abierta, entusiasta, absolutamente despreocupada, que no se detendrá por una muchacha llegada de otra ciudad que se ha metido en un lío. Dispone de muchísimas otras chicas con las que pasarlo bien, y también son muchos y atractivos los jóvenes que llenan las calles. ¿Cómo es posible que Alma, en vez de preferirlos a ellos, se haya decantado por un hombre adulto, el dueño de un bar marginal del sur de la ciudad? ¿Cómo es posible que precisamente en un lugar lleno de vida y de libertad, su hija haya encontrado la esclavitud?

Aunque quizá se trate de rumores desproporcionados, porque en ese momento están pasando por delante del bar, «Ha llegado a su destino», sentencia el navegador, y parece de lo más normal, su destino, muy iluminado, con los grandes ventanales dando a la calle, como si no tuviera nada que ocultar, y Miki encuentra sitio, con una facilidad sorprendente, en el aparcamiento de al lado, y sólo cuando apaga la música, el aire acondicionado se calla, apaga las luces y el motor queda en silencio, abre la boca y pregunta:

—¿Y qué es lo que quieres hacer ahora, exactamente? ¿Cuál es el plan?

—No hay ningún plan—dice ella—. Vamos a salir a tomar algo por Tel Aviv. Bastante hemos sufrido ya, ¿no? Ahora, a disfrutar.

—La verdad es que ya toca—sonríe él con amargura—, pero ¿por qué precisamente en el bar de Alma?

—Hazme el favor, Miki, aparca por un momento tu honor herido—dice ella mientras abre la puerta del coche—y colabora conmigo, ¿de acuerdo? Ojalá yo esté equivocada y tú tengas razón, pero tenemos que averiguarlo.

—¿Y cómo piensas averiguarlo, exactamente?—exclama furioso—. ¿Piensas entrar ahí para preguntárselo? ¿A ella o a él? ¿Los vas a llamar al orden en el despacho de la directora? Por favor, Iris, te creía más espabilada.

—¿Podrías por una vez en la vida estar conmigo y no contra mí?—le pregunta ella—. ¿Podrías dejar de competir conmigo constantemente? No tengo ninguna respuesta para tus preguntas. Simplemente vamos a entrar ahí y ya veremos qué pasa, ¿vale?

—Qué remedio me queda—masculla él—. Te conozco, y no vas a ceder hasta que no veas con tus propios ojos que tengo razón.

Se agarra de su brazo y ralentiza la marcha por la acera de enfrente de la que lleva hasta el bar, andando en fila india, como quien sortea un campo de minas. Desde un escaparate cercano los observa una maniquí desnuda, los arrogantes pechos de plástico bien erguidos, una pinza de la ropa rebota entre sus piernas como un saltamontes y al alzar la mirada ve a una vieja tendiendo la colada en la ventana, inclinada sobre las cuerdas. Ahora tenderá una vieja bata de flores, sorprendentemente parecida a la bata que ha envuelto su propio cuerpo hace poco, y una farola de la calle arroja una luz amarilla sobre la ropa, que como si hubiera llegado hasta allí con sus últimas fuerzas, se columpia mansamente empujada por la brisa marina.

La mayoría de las persianas de las tiendas por delante de las que pasan están echadas, pero de los descuidados pisos brotan los sonidos estremecedores e inspiradores de la amalgama humana que allí habita, los ecos de una pelea, jadeos de placer, el llanto de un bebé. Ahí hay un grafiti en árabe que recorre la pared entera y, a pesar de que ella cree en la lengua como puente cultural, todavía no ha tenido tiempo de estudiarla, y sobre el grafiti ondea, precisamente, una bandera de Israel, gastada y algo deshilachada, seguro que quedó allí desde las celebraciones del Día de la Independencia, más por desidia que por orgullo, permitiéndole al sol del verano que la desgaste, y ahora ya han llegado a la gran cristalera del Bar Balaam, la misteriosa palestra de la vida de su hija.

Una mujer de unos sesenta años con el pelo teñido de rojo está sentada junto al ventanal con un ordenador portátil abierto encima de la mesa y detrás de ella hay dos parejas de jóvenes. Más lejos se ven unas cuantas figuras

apoyadas en la barra, y una camarera que pasa entre las mesas con una bandeja, pero no es Alma. Tiene el pelo claro y está rellenita. ¿Aún no ha empezado su turno? ¿Y dónde está el dueño? Qué poco se ve desde fuera, y puede que también desde dentro. Pero tira del brazo de Miki y juntos cruzan la calle hacia la puerta de cristal que se abre para ellos.

—Pues vaya servicio—dice Miki cuando nadie se acerca a su mesa—, voy a telefonear a Alma para que nos coja el pedido.

—Muy gracioso.

Ella ni siquiera se ha dado cuenta del tiempo que ha pasado, porque lo está observando todo hasta el último detalle y tiene que reconocer que el lugar le gusta. La decoración es hogareña y nada afectada, la música no atruena, el sofá grande y azul que hay en un rincón hasta recuerda al sofá de ellos en casa y la camarera que finalmente les lleva la carta es agradable y amable.

—¿Queréis que os diga cuáles son nuestras especialidades?—pregunta, y de inmediato se las recita con el tonillo típico de los camareros.

¿Y si le preguntan por Alma? No, por el momento es preferible esperar y darse a conocer sólo cuando no les quede más remedio, así que le hace señas a Miki para que no diga nada, pero éste está demasiado ocupado con la carta, al contrario que ella, que ya se ha llenado hace poco en otro restaurante y ahora no tiene hambre.

—He oído que la *mujadara* que hacéis aquí es muy buena—dice Miki, aunque para su alegría no desvela la fuente.

—Todo lo que tenemos está bueno—asiente la camarera, que muestra unos dientes un poco prominentes cuando sonríe, y el pelo, que de lejos parecía recogido, es muy corto, como el de Alma.

Lleva puesta una camiseta negra y unos pantalones grises. ¿Será ése el uniforme del bar o el uniforme de la secta?

—Perdonad que haya tardado en atenderos—añade de repente, a pesar de que no se hayan quejado—, es que hoy estamos a medio gas.

—¿Por qué, qué ha pasado?—pregunta Iris nerviosa.

—Es que tenemos enfermas a unas cuantas camareras, pero nos las arreglamos.

—Tenemos que ir a casa de Alma. Anulemos el pedido—dice Miki cuando la camarera se aleja—, no tenemos nada que hacer aquí si Alma está enferma, la voy a llamar a ver qué le pasa.

—Espera, no la llames—se apresura Iris a detenerlo, con una voz potente y chillona, hasta el punto de que los que están en la mesa de al lado la miran, lo mismo que Miki, que le clava la mirada como si se hubiera vuelto loca para enseguida volcarse en su móvil ignorándola por completo.

Más de veinte años con él y todavía no ha descifrado su rostro, piensa mientras lo mira con desafección, un rostro en el que todo es grande y

manifiestamente presente, unos ojos negros grandes, una nariz larga, unos labios anchos, y a pesar de ello la impresión que da es de finura, por lo que ahora se centra en ese rostro para comprender de una vez por todas cómo es posible que eso sea así, pero en ese mismo momento se abre la puerta y entra un hombre que ya no es joven, bajo, con pantalones blancos y una camiseta negra ajustada, y de inmediato sabe que es el dueño del lugar, por una especie de tensión que aprecia en la cara de la camarera, puede que hasta de miedo, y tras él entra una familia bulliciosa que lo oculta de su vista, unos padres con dos niños ya grandes, niño y niña, como una copia de sus expectativas no cumplidas, porque ese cuarteto sí parece disfrutar de estar juntos. Se sientan a una mesa cercana y ella los oye reír, meterse los unos con los otros, el padre le da una palmadita al hijo y la hija cuchichea con la madre para después echarse a reír y de nuevo se ve asaltada por la sensación de que se asfixia. En lugar de cuchichear con ella, su hija le oculta secretos espantosos, en lugar de salir los cuatro para comer en familia, salen ellos dos para espiar a su hija y hasta en eso están fallando, según parece, porque no está allí, quién sabe dónde se encuentra, y si está enferma, quién la cuida, y en ese lugar no parece que haya nada preocupante excepto su ausencia, puede que sea verdad que se trate de habladurías, y ahora busca con la mirada al hombre de los pantalones blancos, acaba de salir de la cocina y parece ligeramente ruborizado, el pelo canoso muy corto, los ojos oscuros, penetrantes, y cuando la camarera pasa junto a él la sujeta por el brazo y le dice algo, desde lejos es difícil saber si ha habido violencia en el gesto, pero cuando llega a la mesa de ellos con el pedido se la ve azorada, las manos le tiemblan ligeramente al dejar en la mesa los platos de sopa, la ensalada de endivias y el pan blanco y caliente.

—¿Está todo bien?—les pregunta, al modo de las camareras.

—¿Y tú, estás bien?—le responde Iris con una pregunta.

La camarera se aleja enseguida y regresa con la carta para la familia que se ha sentado allí al lado y que parece conocer muy bien el lugar por la variedad de platos que piden de inmediato, y entonces Iris le susurra a Miki:

—¿Lo has visto? ¡Es él! El Boaz ese del que Alma tanto habla.

Pero Miki está concentrado en la sopa de guisantes.

—Tienes que probarla—le dice con deleite—, en mi vida he probado una sopa como ésta, ahora entiendo por qué Alma apenas pasa por casa.

Ella lo mira desesperada, aunque se ve obligada a estar de acuerdo con él por lo menos en lo de la comida, porque el chef que hay al otro lado de la puerta conoce el oficio, hacía tiempo que no comía unas cosas tan deliciosas. ¿Debería eso tranquilizarla?

El dueño se dirige hacia la mesa contigua, bandeja en mano, ayudando a la única camarera, que casi no puede con su alma, y el hombre intercambia unas palabras y unas sonrisas con los comensales.

—Se te ve estupendo, Boaz—lo alaba el padre, que es regordete—, ojalá pudiera yo mantener una figura como la tuya.

Pero la respuesta de Boaz no la oye, porque habla muy bajo, despacio, aunque el mero hecho de que exista, de que sea una persona a la que la gente conoce por el nombre y con la que hablan la tranquiliza un poco, y ahí llega ahora el plato principal, soja verde con polenta, exquisita, y un risotto con espárragos ante el que Miki esboza una amplia sonrisa, a pesar de que está comiendo mientras lee en el móvil, exactamente igual que en casa. No cabe duda de que el ambiente del lugar es bien casero, hasta el punto de que se tumbaría cuan larga es en el sofá del rincón para dormitar un poco, pero todavía es demasiado pronto para tranquilizarse, demasiado pronto para marcharse, y demasiado tarde para ver a Alma, según parece, y por eso no quedará más remedio que preguntar por ella, porque si no saldrán de ahí dentro de un rato con el estómago lleno pero sin ninguna información, y por eso, cuando la camarera vuelve a aparecer para preguntar cómo va todo y ofrecerles los postres, ella la detiene:

—Dime, ¿Alma no trabaja esta noche?

Y aunque no se identifica como su madre, la pregunta intranquiliza a la camarera, que responde muy deprisa:

—¿Alma? Ahora no está aquí.

—Sí, está claro que ahora no está aquí—sonríe Iris—, pero todavía trabaja aquí, ¿verdad? ¿Cuándo es su próximo turno?

—No estoy autorizada para dar información sobre nadie—dice entre dientes y desaparece sin preguntarles qué van a tomar de postre; Miki aparta los ojos, finalmente, del teléfono móvil y ella se da cuenta de que por primera vez se le ve preocupado mientras los dos siguen con la mirada y muy tensos a la camarera que se aleja.

—Ha ido a informar al jefe de que hemos preguntado por Alma—le susurra Iris, por no perder la ocasión de tener razón, a pesar de que estaría encantada de haberse equivocado y, en efecto, al instante llegan dos vasos de vodka a la mesa.

—A la bebida invita la casa—dice la camarera con una sonrisa helada antes de irse.

Iris busca con la mirada al anfitrión. Ahí está, en la barra, con un vaso idéntico al de ellos, que levanta hacia ella con una sonrisa antes de tomar un trago, pero ella no le devuelve la sonrisa. Esperaba que fuera hostil con ellos, pero su amabilidad no la tranquiliza ni tampoco, claro está, la desaparición manifiesta de la camarera, que no acude a la mesa aunque ella le está haciendo señas.

—¿Y ahora qué quieres?—pregunta Miki.

—Ahora nos toca el postre—responde ella impaciente, mientras sigue con

la mano en alto—, ¿no te apetece algo dulce?

—Espera, no bebas—lo previene, al acercarse Miki el vaso a los labios.

—¿Por qué? ¿Está envenenado?—exclama furioso y su pregunta pinta una amplia sonrisa en el rostro de Boaz, que se acerca a ellos con el vaso en la mano y el polo negro pegado al cuerpo marcando un torso musculoso y tenso.

—¿Os puedo ayudar en algo?—pregunta, inclinándose ante ellos.

Habla despacio, mira despacio y no duda en tomarse su tiempo allí parado, sosteniéndoles la mirada como si no tuviera nada que ocultar, mientras que ellos, ese par de espías que han entrado allí de incógnito disfrazados de inocentes clientes, sí ocultan algo, y sin esperar a que le respondan, acerca una silla y se sienta a la cabecera de esa mesa para dos, a la misma distancia de él que de ella.

—¿Dónde está Alma?—se apresura Iris a preguntar, sin molestarse en presentarse.

—Alma está perfectamente—responde Boaz tan tranquilo, mostrando unos perfectos dientes blancos al sonreír—, la que no está tan bien eres tú. ¿Por qué estás tan alterada?—pregunta, recalcando cada sílaba y fijando la mirada en los labios de ella, como a la espera de lo que vaya a salir por su boca.

—¿Que por qué estoy alterada? ¡Pues porque me preocupa mi hija!—contesta ella muy deprisa, a sabiendas de que más tarde lamentará haber perdido la ocasión de iniciar la conversación de una manera más agradable, haberlo atacado de entrada en lugar de intentar ganárselo.

—Brindo por Alma—dice Boaz alzando el vaso y dando un trago, para al momento animarlos a ellos—, brindad, brindad, que este vodka es excelente —añade, sonriéndole especialmente a Miki, que se apresura a vaciar el vaso —. Tiene que ser muy duro vivir siempre preocupados—añade Boaz mirándola ahora a ella y señalándole su vaso lleno—. Mira que tensa te pones, seguro que estás de acuerdo conmigo—se vuelve ahora hacia Miki, que lo mira con una media sonrisa, crispada.

—Yo no vivo siempre preocupada, pero ahora sí me preocupa mi hija. Desde que empezó a trabajar aquí ha cambiado. Quiero entender qué le está pasando, qué relación tiene contigo y en qué consiste su trabajo aquí—dice ella mirándolos furiosa a los dos.

—No te hace bien ser tan desconfiada, te agarrota los músculos del espíritu. —Boaz vuelve a centrar en ella la conversación, mirándola fijamente a los ojos; y a Iris su proximidad le produce una espantosa angustia, la que uno siente al toparse con un animal inesperado—. Mira, vienes con tu marido a un sitio nuevo, comes bien, bebes, ¡pero eres incapaz de disfrutar! ¡Eres tan desconfiada!—añade, chascando la lengua, como si de verdad le importara el bienestar de ella—. Mira cómo me has tratado nada más conocernos. ¿Te he

hecho algo, yo?

—No estamos aquí para hablar de los músculos de mi espíritu—lo interrumpe ella—, me he limitado a hacerte una pregunta muy sencilla. ¿Qué le está pasando a Alma? ¿Dónde está ahora, por ejemplo? Creímos que hoy estaría aquí trabajando y hemos venido a verla.

—Alma hoy trabaja, pero no aquí—responde él de inmediato, recalcando cada sílaba como si fuera sorda o corta de entendederas—. Alma hace un trabajo muy importante, un trabajo interior. No tenéis por qué preocuparos por Alma, os lo aseguro. Si ha cambiado, ha sido sólo para bien. Todavía no podéis entender de qué se trata, porque os faltan las herramientas para ello, pero ella lo necesita, dejadla que consiga lo que se propone—y, dicho esto, los mira directamente a los ojos alternativamente, como valorando la impresión que sus palabras les hayan podido causar, y a continuación, alargando la mano hacia el palillero que se encuentra en un extremo de la mesa, saca un palillo y se empieza a hurgar entre sus hermosos dientes.

—¿Un trabajo interior?—repite ella sintiendo un escalofrío—. ¿Qué quieres decir? ¿Dónde está ahora? ¡Quiero saber dónde está mi hija!

—Dime, Iris—sonríe Boaz con el palillo todavía entre los dientes—, porque te llamas Iris, ¿verdad? ¿La flor que te da nombre es hija del sol o de la simiente que la creó? ¿Alma es hija vuestra o del cosmos? Vosotros la habéis criado, educado, habéis trabajado para ella, le habéis dado todo lo que teníais, pero ahora ya no tenéis nada más que ofrecerle, no tenéis lo que ella necesita. Ha llegado el momento de que la liberéis, porque ahora es su turno y debe trabajar para sí misma.

—Tú no puedes decirnos cómo comportarnos con nuestra hija—interviene finalmente Miki con una mirada hosca y un semblante casi gris, que le hace parecer enfermo.

—Dios me libre—se apresura a decir Boaz—, se trata sólo de un consejo que, además, no va dirigido a ti, sino a tu mujer. Tú ves a tu hija, lo sé y no te asusta lo que ves, pero tu mujer no la ve. No es fácil vivir con quien no ve. ¿Dónde estudiaste, por cierto?

—En la Universidad Hebrea—responde Miki confuso.

—No, me refiero a dónde aprendiste ese conocimiento profundo que tienes —lo corrige Boaz.

Y mientras Miki se debate todavía entre rechazar el cumplido o recibirlo con los brazos abiertos, ella salta:

—No te va a funcionar eso de malmeternos entre nosotros. ¿Qué significa eso de trabajo interior? ¿Qué ocultas?

—Eso es lo que me gustaría preguntarte a ti, Iris—responde Boaz—, pero la verdad es que no quiero saberlo. Mírate, estás al borde de un ataque de nervios, ¿por qué no confías en mí?—y le toca el brazo con una mano muy

delicada y sorprendentemente pequeña—. Tu hija se está ejercitando, está haciendo un trabajo muy importante, pero primero se tiene que liberar de ciertos condicionantes previos, de acumular cosas, del apego. ¡Suéltala, libérala, no es propiedad tuya!

Lo dice con una voz firme y dulce a la vez y parece estar completamente convencido de sus ideas, porque ni disimula ni niega nada, sino que está orgulloso de lo que hace. ¿Debería eso preocuparla o tranquilizarla? Así es justamente como ella intenta instruir a sus profesoras en el trato de los alumnos, con firmeza y dulzura. ¿Lo aceptaría a él como profesor en su colegio? Un olor a loción para después del afeitado o perfume masculino emana de sus rasuradas mejillas y se pasa la mano por el pelo muy satisfecho. Hacía mucho que no veía a un hombre tan arreglado. ¿Debería eso preocuparla o tranquilizarla?

—Tampoco es propiedad tuya—masculla ella—y no estoy muy segura de que lo tengas muy presente. Lo mismo que tampoco estoy muy segura de que todo lo que pasa aquí sea legal. Ahora mismo llamo a la policía para que haga una inspección.

Él sonríe como si hubiera oído algo realmente chistoso.

—¿Vas a llamar a la policía porque tu hija se ha cortado el pelo?—dice burlón—. ¿Porque no va todos los días a casa? Os puedo ahorrar la llamada, porque aquí, en la mesa de al lado, tenéis al subinspector de la policía con su mujer, uno de nuestros clientes habituales. ¿Quieres hablar con él? ¡Adelante! —y, levantándose con agilidad después de sacudirse una miguita invisible de los blancos pantalones, dice—: Esta conversación ya me cansa—y mirándolos torvamente, como si los acusara de algo muy grave, añade—: ¿Sabéis qué? Será mejor que habléis con Noa. Nóaleh—llama a la camarera—, cuéntales a los padres de Alma lo que hacemos aquí, a ver si dejan de preocuparse tanto. Lamentablemente yo no lo he conseguido, me rindo.

Y con las manos en alto se aleja, aunque por el camino le da una palmadita en la espalda al hombre regordete. Se nota que se siente absolutamente cómodo en su pequeño reino. Iris lo sigue con la mirada y siente un escalofrío, nunca se había encontrado con una persona así; nota que la mera existencia de él en el mundo anula su propia existencia, porque pone en duda el mundo de ella desde el momento en que la está haciendo temblar de la cabeza a los pies, así que agarra la mano de Miki y, para su alegría, él le corresponde enlazando sus dedos a los de ella, y así los encuentra la camarera al sentarse en la silla que acaba de quedar libre, pero al contrario que Boaz Gerber, que ha estado ahí sentado imponiendo su presencia apoyado en el respaldo, ella se sienta en el borde de la silla, inquieta, mientras mira en todas direcciones.

—¡Qué bien que hagáis manitas!—comenta derritiéndose—. Jamás he visto

a mis padres agarrarse de la mano.

—Tampoco nosotros lo hacemos con frecuencia—dice Iris, porque le cuesta aceptar el cumplido y por pararle los pies—. Cuéntanos qué es lo que pasa aquí, en que consiste ese trabajo interior.

—Resulta difícil explicárselo a alguien de fuera—dice con una sonrisita conejil, rauda, y su tono de voz casi solícito se transforma ahora en crispado —. Llevo aquí dos años y ahora empiezo a entender algo. Alma llegó hace sólo cuatro meses, pero está dando grandes pasos. Aunque es difícil sacar conclusiones sobre alguien, porque cada proceso es personal. ¡Noa no es Alma! ¡Alma está haciendo su propia evolución!—y de repente les lanza un extraño reproche—: ¿Por qué creéis que Noa es Alma?

—Claro que tú no eres Alma—se apresura a decir Iris. Con ella, por lo menos, se siente cómoda. Es como si estuviera intentando tranquilizar a una alumna asustada, mientras que ante la sosegada seguridad de Boaz la alumna asustada y agresiva ha sido ella. ¿Se habrá comportado con demasiada agresividad? ¿Habría mejorado la conversación si ella se hubiera mostrado más confiada? De cualquier forma, ya es demasiado tarde y ahora se encuentra sumida en otra conversación, no menos importante, así que se dirige a Noa con una sonrisa afable—: Claro que todos los procesos son distintos, pero como tú ya llevas aquí bastante tiempo, nos encantará oírte hablar de tu experiencia, de las vivencias por las que has pasado desde que llegaste.

—Es muy difícil de explicar. Al principio el mundo se te viene abajo, como si dijéramos—murmura, con los labios húmedos y los ojos algo acuosos, observándolos—. Conoces a una persona así y comprendes que has vivido en la mentira. No es que vosotros seáis unos mentirosos, no se trata de vosotros, vosotros sois sus padres, pero no la conocéis, mientras que aquí ha conocido a una persona que tiene la capacidad de detectar todo lo que le molesta de sí misma y de ayudarla a liberarse de ello. En cuanto entré aquí, él me puso sobre la mesa todo lo que me molestaba de mí misma. Alucinante.

—¿Como qué, por ejemplo?—pregunta Iris, cortando el monólogo confuso y jadeante de Noa, que responde rápidamente:

—Siempre supe que yo era una mala persona—sentencia casi con orgullo —, nací así, no es culpa mía, nací siendo una mala persona que no sabía dar. Y me molesta a mí, sólo a mí, a nadie más. No soy capaz de amar, ni de perdonar, no soy una persona generosa, ¡y nadie estaba dispuesto a decírmelo! Todos me apuñalaban por la espalda. Me decían: eres buena, eres maja. Nadie me ayudaba. Hasta que conocí a Boaz nadie se había atrevido a decirme: Noa, eres una mala persona. Eres maligna, tienes que liberarte.

—¿Y cómo se libera uno?—le pregunta Iris, estupefacta, procurando ocultar el temor que le provocan esas palabras y al mismo tiempo no sonar demasiado crítica.

—En eso consiste precisamente el trabajo interior—exclama Noa soltando un fuerte suspiro, como si fuera una incomprendida—, Boaz nos enseña a liberarnos, nos enseña todo lo que él ha aprendido en la vida. Todo lo que ha ido reuniendo, piedra a piedra, nos lo regala. Vine buscando un trabajo y he encontrado un maestro—dice muy convencida—, un maestro de verdad; es algo que no se puede explicar.

—Ah, ya entiendo—dice Iris con dulzura—, estoy segura de que estás haciendo un gran trabajo. Pero ¿qué hace Alma, exactamente? ¿Alma también es una mala persona?

—¡No, Alma es diferente! ¡Alma es muy sensible! Pero no es abierta, ¡y tiene que abrirse! Es demasiado cerrada, no sabe liberarse. Tiene un ego muy fuerte —añade entusiasmada, ruborizada—, tiene que aprender a renunciar a ese ego, a soltarse, como si dijéramos. Alma se está labrando su propio camino con el trabajo interno que hace. ¡Es como volver a nacer!

—¿Labrando?—pregunta Iris.

—Sí, labrando, porque se había ido convirtiendo en una piedra, exactamente igual que yo. Hasta que llegué aquí me había pasado veintidós años convirtiéndome en una piedra. Lo que tiene que hacer Alma ahora es labrar la piedra y hacer de ella algo bonito. Es muy duro por lo que está pasando, ¡pero ése es el camino!—añade con vehemencia, la boca abierta y la mandíbula ligeramente caída.

—Es muy interesante lo que cuentas—dice Iris con aire pensativo, para añadir a continuación, como quien no quiere la cosa—: ¿Por qué estás tú sola aquí hoy? ¿Dónde está Alma? ¿Está enferma?

—No está enferma—dice Noa con convicción, moviendo la cabeza de lado a lado—, está perfectamente. ¿Qué más da dónde esté? Lo importante es que está trabajando, que se está liberando de sus condicionantes.

—¿Qué condicionantes?—dice Iris, intentando envolver la pregunta con una sonrisa tranquilizadora, pero los labios parecen habérsele petrificado, así que ahora tendrá que labrar la piedra ella también, y ojalá no hubiera formulado la pregunta, porque Noa se ha levantado.

—Tengo que volver con los clientes—dice, haciéndoles una extraña reverencia a modo de despedida—. Pues todo tipo de condicionantes, nuestras vidas están llenas de condicionantes, como, por ejemplo, que haya que acumular cosas, que haya que estar apegado a ellas, que haya que recibir un sueldo por trabajar, que haya que conocer a alguien antes de acostarse con él.

Y de inmediato regresa a su tono de voz profesional, casi robótica, cuando les vuelve la espalda y se dirige a la familia de la mesa contigua para ofrecerles los postres, y Miki, que ha estado escuchando la conversación con la cabeza gacha, levanta hacia ella la cara con un movimiento muy lento y ella ve lo

alterado que está, tiene los ojos rojos, las comisuras de los labios caídas.

—Quiero irme de aquí—murmura con una voz muy ronca.

—Y yo—susurra ella, con una risita histérica al darse cuenta de la gravedad de todos esos condicionantes, porque es un hecho que de toda esa colección manipulativa de consignas manidas, justamente la última, la guinda, es la que los ha convencido a los dos, y quiere hacerle la triste broma de que los dos, por lo visto, tienen mucho trabajo interior que hacer, pero el aspecto de Miki la asusta no menos que la información que acaban de recibir, además de que le ha soltado la mano y se la lleva al pecho mientras susurra:

—Estoy malísimo, noto una presión muy fuerte en el pecho.

—Ay, Miki—se asusta ella—, voy a llamar a una ambulancia.

—No exageres, ven, vámonos a casa—se niega él, y sacando unos cuantos billetes de la cartera los arroja sobre la mesa, se pone de pie pesadamente sin esperar la cuenta y se apoya en ella para salir de allí.

Para alivio de ambos, si es que es posible sentir cierto alivio, no se encuentran con el dueño del lugar, que parece haber desaparecido en la cocina, y sólo Noa acompaña con unos ojos preocupados su marcha, aunque el montón de billetes que han dejado sobre la mesa parece tranquilizarla de inmediato, así que les dice adiós con la mano cuando la puerta se cierra tras sus derrotados pasos.

—¿Y si vamos directamente a urgencias? ¿Qué notas, exactamente? ¿Te duele el brazo?—intenta Iris averiguar, al ver que se apoya en una farola.

—Siento presión en el pecho—dice él jadeando—, me cuesta respirar, me quiero ir a casa; ay, Iris, en mi vida me había sentido tan humillado.

Ella lo sujeta por la cintura y lo lleva hacia el coche, lo sienta en el asiento del copiloto y reclina el respaldo, y cuando ella se sienta a su lado, frente al volante, una mano llama a la ventanilla, y ella ve asustada un fajo de billetes; sin pensarlo, abre la puerta en vez de abrir la ventanilla, y se encuentra frente a unos resplandecientes pantalones blancos que refulgen en la oscuridad.

—Invita la casa—dice Boaz, y añade—: a vosotros no os puedo cobrar.

Y mientras los billetes revolotean todavía sobre los muslos de ella, se encuentra diciéndose: en mi vida me he sentido más humillada.

XV

Como el reverso deformado del acto amoroso, tampoco el duelo en pareja está destinado a ser expresado con palabras, piensa ella de vuelta a casa, sino sólo con gemidos, sollozos, con los suspiros del alma horrorizada que lucha contra la dolorosa información. No en vano esa noche se parece a la noche en la que le anunciaron la muerte de su padre, porque ésta es una noche de desgracias, la más maldita de las noches, «Y no cuide de ella Dios desde arriba, ni claridad sobre ella resplandezca», porque aunque no les hayan anunciado la muerte de su hija, sino el haber caído prisionera, quién sabe si la podrán rescatar ni cómo, ni qué secuelas arrastrará cuando vuelva a ser libre. Un viento negro envuelve el coche que sube desde la llanura de la costa hacia los montes, un viento de oprobio y cólera, de rabia y devastación. Apenas se ve el camino en esa pesada noche de duelo, cuya luna, que todavía no brilla, se burla de la débil luz de los faros del coche mientras ella conduce con los ojos desorbitados de puro abiertos y la cabeza casi embistiendo el parabrisas.

De vez en cuando llega a sus oídos el bocinazo de un coche cercano que la avisa de que se está saliendo de su carril, y ella entonces endereza el volante asustada, ojalá pudiera conducir Miki, pero él está peor que ella, porque ella ya iba preparada para recibir esa noticia, mientras que a él le ha dado de pleno como un meteorito y por eso está ahí tendido en el asiento, gimiendo, respirando con dificultad, con una mano en el pecho y la otra acariciando la manija de la puerta.

—Iris, tengo ganas de vomitar—grita de pronto—, para un momento en el arcén.

Ella suspira, ¿cómo va a llegar al arcén con el enorme tráfico que hay? Se diría que todos están huyendo de Tel Aviv esa noche, está rodeada de coches, y aunque finalmente lo consiga, el arcén ahí es especialmente estrecho, lo que lo hace muy peligroso, aunque por qué no, que choque con ellos un coche, por un momento hasta lo desea al parar agotada en el borde de la autopista, que un potente golpe los libere de esa existencia humillante en la que acaban de caer, ¿o será que siempre han estado ahí y sólo ahora se les han abierto los ojos?

De pronto se da cuenta de lo cerca que están del sitio en el que les espera su coche, el punto donde la ha recogido Miki hace unas horas, cuando todavía esperaba estar equivocada, cuando creía que exageraba. Le parece que hace años de eso, cómo han envejecido los dos, lo nota al ayudarlo a salir del coche. Miki se apoya en un árbol y le pide que se aparte, odia vomitar, ella lo sabe, pero su cuerpo rechaza con determinación los guisos con los que tanto ha disfrutado hace un rato. Un olor agrio asciende de entre las matas mezclado con el sonido de las arcadas y los olores de la noche, con el perfume

de la higuera, la paja seca, la hulla de los coches que se esfuerzan por subir la montaña, con el humo de una fogata lejana. Por su propio tubo digestivo trepa un vahído de carne asada, de sangre quemada, que le revuelve el estómago. Ahora le da la sensación de que la lengua, que se mueve por su boca casi sin control, se convierte en el rabo peludo del animal que se tragó a su pesar, así que se arrodilla, la cabeza dándole vueltas, y suelta el bolo alimenticio que se le ha ido acumulando en el estómago y que ahora le sale por la garganta; pues nada, aquí estamos nosotros liberándonos también de nuestros condicionantes, porque no hay que acumular nada ni apegarse a nada.

Como dos idólatras, están ahí prosternados ante la encrucijada de la autopista bajo el cielo negro, ofreciendo su vómito como ofrenda a los dioses del lugar, suplicando un milagro a cambio. Según parece, él se siente algo más aliviado, porque se acerca a ella más ligero, oye sus pasos en el suelo rocoso triturando ramas secas, mientras ella se ve incapaz de sostener la cabeza de lo pesada que la nota y lo mucho que le duele, hasta el punto de que se diría que está hecha de piedra labrada en la roca, dura estatua de madre.

Paralizada por el dolor se deja caer junto a su vómito, como si ése fuera su único bien. De la cabeza a los pies se ve asaltada por unas punzantes contracciones. En una noche como ésa fue engendrada Alma, lo sabe con certeza, porque Miki estaba de servicio en la reserva y ella deseaba tanto quedarse embarazada que tuvo una gran alegría al descubrir que su único día de permiso coincidía con el día fértil del mes de ella, y no le molestó que fuera el aniversario de la noche en la que quedó huérfana, sino que por el contrario esperaba mitigar aquel maldito recuerdo con la llegada de un pequeño ser que empezara a abrirse camino en el mundo haciéndoselo más dulce, por lo menos el mundo de ellos, sólo que ahora el mundo tiene un gusto espantosamente amargo en su boca, como si la hubieran envenenado y estuviera agonizando entre los arbustos. Qué deprisa pasan los coches que silban en sus oídos, el mundo sigue en movimiento mientras ella yace ahí, inerte, ¿cómo podrá la piedra labrarse a sí misma?

—Ven, Iris—dice con una voz turbia y lejana que parece subir de la tierra —, ven, no nos podemos quedar aquí la noche entera.

Intenta agarrarse de la mano que él le tiende balanceándose sobre las rodillas, que le crujen. Un fuerte hedor emana de ambos, como si fueran dos cadáveres en descomposición olvidados en la encrucijada, la caravana ha seguido su camino sin ellos porque no ha habido tiempo ni de enterrarlos. Hace casi veintidós años se acostaron desnudos en la cama de su primer piso, llevaban dos semanas sin verse y la añoranza mezclada con el deseo dio lugar a un aparente enamoramiento. Duchados y perfumados, ágiles y excitados, intentaron fundir con sus cuerpos el oro de su amor en un lingote único de sí

mismos, aquella noche a aquella hora de la fecha precisa, mientras que ahora avanzan derrotados hacia su coche, torpes, malolientes, fracasados y exasperados.

—Mañana lavaré el coche—murmura Miki, sentándose en el sitio de ella, al volante.

Y ella le da vueltas y más vueltas a esas palabras hasta que entran en casa, «Mañana lavaré el coche», repite una y otra vez en medio de una risa histérica, porque no puede haber una noticia más importante que ésa, no hay esperanza mayor que ésa, no hay palabras de consuelo más profundas que ésas.

Hasta en sueños se reirá, suponiendo que consiga dormir, porque la cama de Alma le repugna como si estuviera llena de los microbios de una enfermedad peligrosa, peste, pústulas, la plaga de los primogénitos, porque su hija está enferma y a saber si tiene cura. Esa misma mañana ha estado ahí acostada en esas mismas sábanas, «Me encontré en Jerusalén», ha dicho, y a saber quién la tocó por el camino. Las náuseas vuelven a su garganta al presentársele la visión del hombre de los pantalones blancos acostado en una cama frente a ella y a su lado Noa y Alma lamiéndole el cuerpo de la cabeza a los pies, maullando como gatas, así que huye a la cama matrimonial, Miki ya ha salido de la ducha y yace ahí con los ojos cerrados. Esta noche prefiere sus ronquidos a los ruidos que brotan de ella.

—¿Qué vas a hacer mañana, Muki?—le pregunta.

—Voy a lavar el coche—le responde, obediente.

Y de nuevo sale de la garganta de ella la risa histérica de antes, en la ducha, entre las sábanas, envuelta en la toalla, porque no tiene ni fuerzas para secarse y ponerse el camisón, Miki va a lavar el coche, lo limpiará por fuera y por dentro y todo se solucionará. Quizá lave también a Alma con la manguera, por fuera y por dentro, como se purifica a los muertos, así la va a purificar a ella, y después le taponará todos los orificios con cera, porque en realidad ya está muerta, no se trata de un nuevo nacimiento, sino de una muerte en vida, su risa va cediendo y siente un escalofrío entre las sábanas húmedas, le castañean los dientes y se acerca con cautela al pesado cuerpo que yace a su lado.

«¡Hay una ballena en la cama!», solían gritar los niños muy contentos, haciéndose los asustados mientras salían corriendo, pero ahora la ballena irradia un agradable calor, así que se pega a él, amparada por la protección que le brinda el hecho de que se haya quedado dormido. ¿Dónde estás ahora, niña, tú que huías de la ballena? ¿Con qué animal te has encontrado hoy en tu cama? Desde un tiempo remoto regresan ahora a ella aquellas mañanas invernales de sábado, cuando los niños saltaban alrededor de la cama de ellos en pijama y el aroma del *hamin* vegetariano flotaba por todo el piso. La cosa no solía acabar bien, porque Omer se pasaba con sus gamberradas, pero al

principio se podía disfrutar de la calidez de sus cuerpecitos, de la pereza matinal al no tener que correr a ningún sitio, de la sencillez de la vida en familia; ¿cómo lo había dicho Eitan? «Has formado un hogar judío». No quiere pensar en él ahora, ni leer los mensajes que le ha mandado. No puede consolarse con él ni desearlo, no quiere verlo aunque sea incapaz de renunciar a él, porque de todas las identidades que ha ido acumulando durante su vida como resultado del condicionante negativo de acumular cosas, ahora le queda tan sólo una identidad, la de ser la madre de Alma, una identidad que no le va en absoluto, así lo ha sentido hoy sin ningún lugar a dudas cuando ha intentado hablarle de ella, además de que tampoco le pega ser la madre de Alma estando con él, sino junto al padre de Alma, porque aquellas mañanas de sábado cuando Alma saltaba gritando de alegría alrededor de su cama con las mejillas encendidas por la emoción y el pelo castaño tapándole la cara, él estaba allí a su lado, y ahora intenta con la imaginación retirarle el pelo de la cara y no lo consigue, porque quiere volver a verla, verle esos ojos encendidos y negros como el carbón, la nariz respingona y los labios carnosos, y cuando finalmente lo consigue aparece ante ella un rostro vacío, sin facciones propias, así que grita, por lo visto se ha quedado dormida y ha tenido una pesadilla, y levantándose de un salto de la cama sale corriendo hacia el salón gritando: ¡hay una ballena en la cama!

Va sacando uno tras otro los polvorientos álbumes de fotos de las estanterías que hay en lo alto detrás del sofá; entonces todavía se molestaban en revelarlas en vez de enterrarlas en el ordenador, y hasta el amanecer repasa la vida de su hija, desde su nacimiento hasta que se hizo adolescente, buscando la simiente que la engendró. Desde siempre su rostro ha escondido un secreto y ahora, echando la vista atrás, parece determinante, pero las cosas deben ser examinadas en su esencia, despojadas de la túnica en llamas que les haya confeccionado el futuro, así que acaricia con ternura y mano temblorosa ese rostro que se va formando ante sus ojos, y lo cubre de besos. No temas, mi niña, pobrecita mía. No estás sola, yo te liberaré, te salvaré, aunque sea en contra de tu voluntad, y le da la sensación de estar consiguiendo levantar un monumento con todas las niñas pequeñas que asoman de las fotos, un monumento que perpetúe a la niña ya mayor que resultó de todas ellas.

Pero ¿cómo la liberarán? ¿Encerrándola en casa? ¿Llevándosela de viaje a París o a Berlín? ¿Cómo va a separarlos? Si lo ama de verdad, como ella amó a Eitan de joven, como ella lo ama hasta hoy mismo, o para ser más exactos como ha vuelto a amarlo ahora de nuevo, ¿cómo va a separarlos? ¿Qué puede ofrecerle a su hija, que sea similar a las vivencias que ella tiene a su lado, que compense la pérdida absoluta de las profundas experiencias del cuerpo y del espíritu junto a él? ¿Una tarta de galletas? ¿Una conversación íntima de madre e hija? ¿Ir de compras al centro comercial? Porque todas esas nimiedades que

la hacían feliz de niña ya no la hacen feliz hoy, además de que su felicidad fue siempre frágil. Recuerda ahora el día que cumplió seis años, la pequeña fiesta sorpresa que le hicieron en casa, sólo con la familia más cercana, la abuela y los dos tíos, que entonces estaban todavía solteros. El salón rebosaba de globos, los regalos amontonados en el sofá formaban una pila seductora, la tarta, muy adornada, estaba preciosa con sus velas, y hasta el pequeño Omer sonreía tranquilo, pero cuando ella llegó, porque Miki la había llevado directamente de ballet a la fiesta sorpresa, encendieron la luz y todos fueron hacia la niña felicitándola y cantando, ella se quedó muy seria a la entrada del salón, con el tutú rosa y las zapatillas de ballet, y se notaba que a pesar de que lo deseaba no era capaz de sentirse feliz, porque no había conseguido hacer lo que la profesora le había propuesto en la clase de baile, así que fue también incapaz de olvidarlo y disfrutar de su fiesta de cumpleaños, y ahora Iris recuerda muy bien cómo en ese momento empezó a ser consciente de lo limitada que estaba para hacer feliz a su hija.

Hasta entonces había creído que con sólo avenirse a comprarle un helado o un chicle, o llevándola al cine o al parque, la niña sería más que feliz, a la manera en que lo son los niños pequeños, pero ahora resultaba que veinte globos, cinco regalos, una tarta con velas y una familia amorosa, no podían borrar lo decepcionada que estaba de sí misma. Se sentó con los ojos llorosos en la adornadísima silla de cumpleañera que le habían preparado y se mostró cada vez más triste por la decepción que les causó a todos, además de que se notaba que aquella reunión estaba completamente de más para ella, porque redoblaba su pena, y era tan pronto, demasiado pronto, y recuerda también cómo casi se enfadó con ella para sus adentros, aquí estamos todos molestándonos por ti y tú no eres capaz ni de sonreír, y ese enfado de repente rebrota ahora, después de todo lo que te hemos dado vas y te dejas impresionar por un petulante charlatán que suelta la sarta de estupideces más grande que yo haya oído en mi vida, pero que a ti te lleva a ponerte en sus manos, aunque enseguida el enfado se convierte en piedad y preocupación, porque la magnitud de la caída es reflejo de la magnitud del sufrimiento, no es momento para enfados, sino momento de actuar. Sabe que hay especialistas en estos temas, pero antes prefiere intentarlo sola, hará todo lo que esté en su mano para ganarse su confianza, sin juzgarla, sin críticas, y luego, poco a poco, conseguirá que empiece a poner a Boaz en entredicho. Le va a llevar tiempo, hasta puede que fracase, pero dedicará a ese propósito todo su empeño, toda su alma, todas sus fuerzas, y en este nuevo día que ahora está naciendo, ardiente y cegador ya desde los inicios, como un bebé que naciera ya adulto, entiende que su vida ha cambiado, que no es sólo su hija la que ha perdido la libertad, sino también ella misma, porque su hija ha enfermado y está desahuciada, así que hasta que se cure se consagrará a ella por completo,

aunque al contrario de esos padres que no se separan de sus hijos enfermos, los acompañan a los tratamientos y se ocupan de todas sus necesidades, ella lo tendrá que hacer con astucia, con artimañas, a espaldas de su hija y en contra de su voluntad.

Justo frente a la cegadora luz que inunda el salón se le cierran los ojos, cuando el ruido insistente de un móvil la despierta. ¿Quién estará buscando a Miki a las cinco de la mañana? ¿Habrá vuelto a caer el sistema? Se levanta y se dirige con los ojos casi cerrados siguiendo el sonido. ¿Dónde habrá dejado Miki su móvil y qué secretos revelará? Fue sólo ayer cuando la verdad de ella quedó al descubierto y esta mañana es la de él. Le da tiempo a sacarlo del bolsillo de sus pantalones, que cuelgan de la puerta del dormitorio, justo cuando deja de sonar, aunque el nombre que aparece en la pantalla la asusta y tranquiliza a la vez.

—Miki, Alma te busca—le dice, zarandeándole el hombro.

—Hola—dice con los ojos llenos de sueño y alargando la mano hacia el móvil.

—Ya ha colgado, devuélvele la llamada.

—No sé qué decirle, habla tú con ella—le propone él, apoyado en la pared, tras levantarse pesadamente. Una bocanada de aliento amargo le llega desde su boca.

—Pero si te ha llamado a ti, no a mí—se queja ella, y en ese preciso instante su propio móvil suena en la mesa del salón.

Corre hacia allí y contesta:

—¿Alma?—exclama, sin aliento, sin comprobar el nombre que aparece en la pantalla—. ¿Alma? ¿Eres tú?

Y tras el silencio que se hace oye una voz masculina hablando muy bajo:

—Irisim, me tienes preocupado, no me has contestado. ¿Estás bien?

Oye a Miki yendo hacia ella y prestando atención a lo que dice para acompañarla en la conversación con su hija.

—Pon el altavoz—le pide Miki.

Y entonces ella cuelga. Ni se le había ocurrido que pudiera ser Eitan, porque nunca la había llamado a esas horas, así que ahora no le queda más remedio que llamar a Alma, por no despertar sospechas, y siente un alivio tan grande cuando su hija contesta que exclama radiante:

—Hola, Alma, se ha cortado—como si se les hubiera cortado la línea en medio de la conversación más agradable del mundo.

—Pero ¿de qué estás hablando?—brama su hija—. He llamado a papá, no a ti. ¿Qué significa esa visitita de ayer? ¿Con qué derecho me espiáis? ¿Por qué no me avisasteis de que veníais?—Y el distanciamiento que expresa su voz es tan enorme que a Iris le cuesta encontrar las palabras.

—Nosotros no somos tus enemigos, Alma, nosotros te queremos, estamos

preocupados por ti—murmura, pero esas palabras que acaban de ser susurradas al oído de su hija llevan a ésta a colgar y a dar por finalizada esa indeseada conversación, exactamente igual que ha hecho ella misma hace un momento.

—Prueba tú—le dice a Miki, dejándose caer en el sofá, desesperada, y él se sienta a su lado y deja su móvil encima de la mesa—. Es contigo con quien quería hablar antes.

—No sé qué decirle—repite él, desmoralizado.

—Ya hablará ella—insiste—, no te preocupes, lo principal es que estéis comunicados.

Miki suspira y termina por obedecer.

—Hola, chatita, ¿estás bien? ¿Cómo que una emboscada? Fuimos a verte, convencidos de que estarías allí, y de paso nos hablaron un poco de ese sitio, del trabajo interior que haces. Quedamos muy impresionados—le cuenta, con una voz muy convincente, mientras ella lo escucha pasmada, sorprendida por su capacidad de disimulo.

Nunca lo había visto actuar así. ¿O será que con ella también miente tan sutilmente? ¿Sabrá que ella le oculta un secreto? ¿O será él quien se lo está ocultando a ella? Miki, tan pesadote, tan torpe incluso, que pasa por ser una persona de pocas palabras, está ahí, con toda tranquilidad, manteniendo una conversación que ni ella ha sido capaz de mantener a pesar de toda su experiencia como docente, tanto que al final hasta consigue convencer a su hija de que vaya a visitarlos en los próximos días para hablarles más en detalle de ese trabajo interior tan importante al que ahora se dedica.

—*Chapeau*—le dice, acompañando la palabra con el gesto del que se quita un sombrero imaginario—, te felicito, Muki, me has dejado muda.

—No me ha parecido que esté bien, Iris—dice Miki sin dejarse impresionar por su lisonja—, creo que le han lavado el cerebro por completo—añade suspirando mientras se tiende en el sofá grande y cruza los brazos sobre el pecho—. Me cuesta respirar. No voy a ir a trabajar.

—Pues claro que no, vayamos a urgencias, tienen que verte.

—Deja, no me pasa nada, iré luego más tarde al ambulatorio.

Se queda tendido en el sofá, muy quieto, en calzoncillos, como una ballena varada, respirando pesadamente, la piel lisa y morena, los muslos juntos y los tobillos cruzados dan la impresión de ser una aleta gigante, la cola de la ballena. Los párpados le tiemblan sobre los ojos cerrados, de manera que no ve a Omer que asoma de la habitación con su característico mal humor matinal y el pelo a lo mohicano bien hirsuto.

—¿Qué le pasa a papá?—pregunta enfadado.

—Es que ayer volvimos muy tarde y está cansadísimo—responde ella.

—Tú también pareces acabada—dice Omer mirándola de reojo—. Esta

familia se está yendo al garete, ¿eh?—sentencia sin esperar respuesta—. Prepárame dos bocadillos hoy, ¿vale? Y dame dinero para pagar la tasa del examen de ciudadanía, que lo tengo esta tarde.

—¡Ay, sí, se me había olvidado por completo!

—La verdad es que últimamente me tienes un poco olvidado, mamaíta—dice Omer mirándola desde su altura.

¿Cuándo habrá crecido tanto? Lo estoy perdiendo, piensa, y vuelve a sentir una punzada en las entrañas, lo estoy perdiendo y dentro de nada se irá al ejército; coge un cuchillo afilado y corta los panecillos aún congelados.

—Lo siento, hijo, hay épocas así.

—No te preocupes, mamaíta—se ríe—, que no me lo tomo como algo personal. Si necesitas que te ayude, me lo dices.

Y dándole su hermosa espalda vuelve a la habitación para vestirse. Ella lo sigue con la mirada. ¿Cómo habrá crecido tanto? Y no sólo en altura. ¿Cómo se habrá convertido en ese muchacho?

Lo ha logrado, con él lo ha conseguido. Justo esa mañana le viene a mostrar que también se puede sentir orgullosa, no sólo fracasada. Lo ha conseguido, aunque muy pronto tendrán que separarse, porque se lo llevará el ejército. ¿Será por eso por lo que se ha entregado más a él que a Alma? ¿Será eso lo que este país les hace a las madres, empujarlas a que críen a sus hijos a la sombra de la sensación de que el tiempo es limitado, o le pasará sólo a ella porque la guerra le robó a su padre? ¿Qué tendrá que ver eso?, se dice a sí misma mientras bate los huevos con furia. Se trata simplemente de que Omer ha sido así, un niño que ha exigido dedicación especial, no tiene nada que ver con el país, no tiene nada que ver con el ejército, se repite asintiendo con la cabeza una y otra vez ante el líquido amarillo que burbujea cuajándose en la sartén. Le ha dedicado más energías porque él lo necesitaba, ¿o será ella la que le permitió que fuera tan exigente? ¿Será posible que el Estado exija más y más porque los ciudadanos se lo permiten? Suerte, hijo, en el examen de ciudadanía, que yo, en mi examen contigo, he sacado hasta nota, y mete la tortilla ardiendo en el panecillo congelado, lo envuelve a toda velocidad y lo deja encima de la mesa. El esfuerzo ha dado su fruto, aunque este fruto será devorado glotonamente por el Ejército de Defensa de Israel, que devoró también el cadáver calcinado de su padre, pero ¿por qué adelantarse a los acontecimientos cuando todavía no les ha llegado ni la primera orden de reclutamiento? Un olor a quemado se extiende por el piso mientras ella se está vistiendo a toda prisa. De la sartén en la cocina se eleva una columna de humo.

—¿Dónde tienes la cabeza, mamaíta? ¡No has apagado el fuego!—le riñe Omer con el tonillo de un jefe. Le gusta verla así y verse a sí mismo fuerte y operativo frente a ella, porque lleva demasiados años siendo la todopoderosa

de la casa.

—Qué suerte, Omer, nos has salvado.

—Sobre todo he salvado a papá—se ríe—, porque nosotros ya nos vamos.

Los dos miran a Miki que sigue allí tendido sin moverse. Sólo los párpados le tiemblan como antes.

—¿Cómo te encuentras, Muki?—Ella se le acerca y le posa la mano en la frente.

—Un poco mejor—y para su sorpresa añade—, pero no creo que pueda lavar el coche hoy, Iris, siento decepcionarte.

—Creo que lo podré superar—murmura ella—, con la condición de que vayas al ambulatorio.

Si hoy no fuera el último día de clase del curso escolar se quedaría con él, pero tiene tantísimas cosas que hacer, a pesar de la preocupación, a pesar del cansancio. Lo llama cada media hora para comprobar que sigue bien, y una y otra vez le pide a la secretaria que le lleve un café bien cargado. La tristeza del final de un período la acompaña y no la suelta, algo parece haberse perdido antes de tiempo, en la flor de la vida. Con amargura, escucha las conversaciones de las profesoras, que están muy contentas por la proximidad de las vacaciones de verano; planean viajar al extranjero en familia. También a ella le han propuesto un viaje tentador: la ha invitado a ir con él a Roma, a un congreso. ¿Podría haber sobre la tierra unos días más felices que ésos? Pero ahora no hay en su vida lugar para la felicidad, no para una felicidad como ésa, por lo menos. No os alegréis tanto de que el tiempo pase, les querría decir a los adolescentes que acuden en tropel a despedirse de ella, ceremoniosos y emocionados, mientras mira con recelo a los niños de primero de primaria que ella acompaña. Ojalá fuera posible congelar esta edad que tenéis, mientras vuestra piel es tersa todavía, antes del acné y de la incipiente barba, antes del ejército. ¿Qué os espera a vosotras, queridas mías?, se dice mientras abraza a las niñas de doce años que emprenden un nuevo camino; ojalá pudierais seguir siendo niñas. También Alma tuvo doce años, llevó uniforme escolar y volvía a casa al mediodía contando cómo le había ido en el colegio, y aunque no contara nada, tampoco ocultaba secretos espantosos.

Cuando su despacho se vacía un momento, cierra la puerta y apoya la cabeza en la mesa, intentando recordar aquel verano en el que Alma tenía la edad de ellas, a final de sexto grado, pero no lo consigue. Se diría que todo aquel curso de Alma se le ha borrado de la memoria, porque puede que ella no existiera en ese momento, ya que la perdió al resultar herida en el atentado, ahora lo recuerda, las operaciones, los ingresos, la rehabilitación, ¿sería entonces cuando la perdió para siempre?

—Iris, tienes una visita—le dice Ofra tras abrir la puerta con delicadeza.

—Dile que estoy ocupada—responde ella furiosa.

Pero Ofra, que siempre la protege celosamente, le dice con voz de misterio:

—Es que parece importante.

—Todo parece importante, pero nada lo es, realmente.

Y al levantar la cabeza lo ve allí plantado, desaliñado y confuso a la puerta de su despacho, ese hombre enjuto con el pelo gris y bajo cuyas espesas cejas tiene unos ojos de chiquillo, vestido con unos tejanos desgastados y un polo descolorido que parece haber conservado de otra época. En un primer momento no lo reconoce porque no pertenece a ese lugar ni a ese tiempo, y porque tampoco le pertenece a ella, y el dolor que la ha acompañado durante todo el día crece hasta hacerse insoportable.

—Eitan, ¿eres tú?—murmura—. ¿Cómo me has encontrado?

Se acerca a él y le echa los brazos al cuello apoyando la cabeza en su hombro, ante la mirada risueña de la vieja secretaria, que sale y se apresura a cerrar la puerta tras de sí, y según parece, más que sentir curiosidad por descifrar el significado de lo que acaba de ver, está orgullosa al poder constatar que no se ha equivocado al valorar la importancia de ese encuentro.

—Eitan, mi hija está enferma—dice, abrazándose fuertemente a él, como si estuviera a punto de marcharse a la guerra para no volver, o por lo menos para no volver con él.

—Me tenías preocupado, he entendido que algo te pasaba—le dice acariciándole el pelo—. ¿Qué le pasa? ¿Puedo ayudar en algo?—le susurra al oído.

—No es nada físico, es mental. Está bajo una mala influencia, tengo que salvarla.

Los labios de él le arden en la frente, en el pelo, tiene la sensación de que le estalla el cerebro, cómo lo ha estado esperando, ¿será ya demasiado tarde?

—Irisim, amor mío—susurra él—, no renuncies a mí.

—Aunque quisiera hacerlo, no podría—suspira ella, porque lo ama tanto en ese momento, con esa misma expresión de pena y estupor que tenía entonces, cuando iba de la cama de su madre a verla a ella, y ahora al mirarlo siente que la consume una tristeza inmensa, porque está tan cansada ahí, con la cabeza apoyada en su hombro y los brazos envolviéndole el cuello. Cómo le gustaba quedarse dormida entre sus brazos, porque no había nada que los separara, ni una rendija, y el aire que él exhalaba lo inhalaba ella.

—No hemos tenido tiempo de dormir juntos—le susurra ella—. Quiero dormirme contigo y no levantarme—añade, acordándose de la sartén que se ha olvidado por la mañana en el fuego y pensando en que ojalá ardieran juntos para resultar inseparables y que nadie pudiera saber que fueron dos, día tras día, noche tras noche, juntos.

—¿Vendrás a mi casa esta noche?—susurra él—. ¿O mañana? Al final los niños no vienen.

—Ojalá pudiera, pero tengo que ocuparme de lo de Alma, vive en Tel Aviv. —Aunque no sabe, en realidad, cómo va a ocuparse de ella esa noche, o mañana por la noche.

—De acuerdo, lo entiendo—suspira—, pero dime si puedo ayudar en algo —y apartándole la cabeza de su hombro, añade—. Tengo que volver a la consulta. Llámame cuando puedas.

Ella se apoya en la mesa intentando guardar el equilibrio. Nunca había estado ese despacho tan vacío como ahora que él se ha marchado, pálido y triste, su chico viejo que tanto ha tardado en volver. Se desploma sobre la mesa, se le pegan unos post-it en el pelo, no voy a renunciar a ti, Eitan, pero ahora me tengo que concentrar en Alma, ¿sabrá él siquiera cómo se llama? Me tengo que ocupar de ella y después volveré, espérame. Quiere correr tras él, prometérselo, convencerlo, desaparecer dentro de él, pero tiene los pies paralizados de puro cansancio, de pura pena, y al cabo de un momento Ofra abre las compuertas y de nuevo entran en tropel todos los que esperaban a su puerta, sin orden ni concierto, y ella los mira aturdida, los despide, los abraza, les desea lo mejor, ha abrazado a tantísima gente hoy, pero sus brazos siguen, por encima de todo, rodeando el cuello de su amado, casi treinta años llevan rodeando el cuello de su amado.

—¿Qué hacía aquí el doctor Rosen? Espero que no haya venido para matricular a su hijo—dice la coordinadora, que entra cargada de expedientes en el preciso momento en que el despacho vuelve a vaciarse.

—¿Lo conoces?—dice una sorprendida Iris—. ¿De qué lo conoces?

—Trató a mi madre hace un tiempo—responde Daniela—, y cuando se enteró de que me dedico a esto, me habló un poco de su hijo, porque acababan de expulsarlo del colegio. Menuda pieza, de los de antología. Me ocupé personalmente de que no consiguiera traerlo aquí, porque no me gustó nada lo que me contó. No lo aceptes, Iris, hazme el favor, que ya tenemos bastantes problemas sin él.

—Ni que lo digas—murmura Iris, que sin embargo no piensa renunciar a conseguir más información—. ¿Qué fue lo que tanto te asustó?—pregunta, porque con los años ha aprendido a confiar en la opinión de Daniela.

—Me dio la impresión de que el niño anda perdido y de que no hay con quién hablar. La madre sigue buscándose a sí misma, el padre se esfuerza, pero no tiene ni idea de lo que es ser padre, ya conoces a ese tipo de persona, siempre ocupado y sintiéndose culpable, de los que le compra regalos en lugar de ponerle límites. Hay algo ahí que no funciona.

—¡Pues sí que te contó cosas!—observa Iris, aceptando de mal grado esa información que parece no dejarlo en muy buen lugar.

—Ése es mi karma—le dice Daniela poniendo los ojos en blanco—, ¡es verme, y desembuchan! Estuve medio año en la cola de su consulta, y me

parecía Dios, pero luego resultó que Dios también tiene problemas.

—¿Y a tu madre la ayudó?

—Hasta que conseguimos que nos atendiera, ya no se podía hacer mucho, pero sí, consiguió mejorarla—afirma Daniela—. Es un buen médico, y una buena persona, creo, pero está muy perdido, como desconectado del mundo. Recuerdo que me contó unas historias durísimas sobre su hijo, pero con una sonrisa, como si no entendiera muy bien lo que le sucede al niño. Es una persona que tiene lagunas, como si no hubiera madurado del todo.

—Madre mía, cómo lo has calado.

—Sí, me interesó su forma de ser—sonríe Daniela—. Tuve ocasión de tratarlo bastante durante aquella época, sobre todo cuando mi madre estuvo ingresada. Estuvo muy entregado a ella y hasta fue al entierro.

—¿En serio?—exclama Iris asombrada.

—Te lo digo, que es una bellísima persona. En general, los médicos que tratan el dolor son mucho más humanos—asegura Daniela.

Pero a Iris no le ha sorprendido la presencia de él en el entierro, sino que pudo habérselo encontrado allí hace un año y medio, porque también ella estuvo allí, acurrucada bajo su paraguas junto al grupo de profesoras, las botas hundidas en el barro. Sólo con que hubiera alzado los ojos lo habría visto y entonces quizá hubieran podido disfrutar de más tiempo juntos. Hace un año y medio tenía más lugar en su vida para el amor, porque Alma todavía estaba bien; era una soldado disciplinada en una base del servicio de inteligencia que vigilaba la valla del complejo, y fuera del consabido engorro de tener que lavarle y plancharle el uniforme todos los fines de semana, no los molestaba en absoluto. ¿Quizá hicieron caso omiso de ciertas señales de peligro? El hijo que les preocupaba normalmente era Omer, mientras que aceptaban con naturalidad que ella fuera algo reservada y cerrada. Su vida amorosa parecía pobre: hubo un chico ruso, enorme, que iba a verla de vez en cuando, hasta que desapareció, y tras él llegó otro que se le parecía. Miki se ponía frenético cuando se encerraban en su habitación, pero tampoco ese chico duró demasiado tiempo, además de que nunca se quedaba hasta por la mañana. Ellos creyeron que todavía no habría madurado, que era como un capullito cerrado que ya florecería, y lo que nadie se podía imaginar es que ese capullo sería arrancado antes de abrirse, porque ¿cómo lo había formulado Noa? «Alma no está abierta, Alma tiene que abrirse». Y ahora niega con la cabeza mientras murmura:

—Cómo nos habrá pasado esto, cómo nos ha podido pasar a nosotros.

—¿De qué estás hablando?—se sorprende Daniela, mientras sigue ordenando los expedientes en los estantes.

—Ay, perdona, es que tengo la cabeza en otro lado—despierta ella de su ensueño.

—Eso está más que claro. ¿Y dónde la tienes? ¿Cuándo vas a aprender a pedir ayuda? ¿No estás harta ya de tu educación de judía alemana cabeza cuadrada?

—Pues claro que estoy harta, y encima ni siquiera es educación de judía alemana, sino la imitación de los vulgares judíos polacos, pero sólo te falta tener que oír mis penas, créeme que no te conviene.

—¿Qué hay de malo en oír las penas de los demás?—se ríe Daniela—. ¡Si no hay nada más reconfortante que eso! Espero que te vayas unos días de vacaciones. ¿En Israel o en el extranjero?

—Aquí, quiero estar unos días con mi hija en Tel Aviv.

—¡Qué bueno! Se me había olvidado que Alma se ha hecho telavivense—exclama Daniela con un entusiasmo exagerado—. ¿Cómo está la princesita? Hace mucho que no la veo.

—No te pega nada hablar así—le dice Iris con una mueca al oír esa ridícula expresión—. Desde que empezamos a llamarlos príncipes y princesas se creen que hay que dárselo todo, y nosotros también nos lo hemos llegado a creer.

—Tienes razón, pero Alma siempre pareció una princesita con esa piel tan morena y su pelo largo, como una pequeña reina de Saba.

—Pues se ha cortado el pelo cortísimo—la informa Iris secamente—y se lo ha teñido de negro, y eso no son más que los síntomas.

—Uf, cuando son pequeños queremos que crezcan de una vez, y cuando son mayores comprendemos que es mucho más difícil—dice Daniela cariacontecida, cogiendo su bolso—. Haz el favor de llamarme si necesitas que te ayude, ¿vale? Y no aceptes al hijo de Rosen aunque te prometa cannabis medicinal de por vida. ¡Hasta luego!

Le lanza un beso y, en cuanto sale, el despacho se vuelve a llenar de palabras de despedida y de agradecimiento, de buenos deseos, hasta el punto de que se le olvida llamar a Miki y cuando él la llama no se acuerda de que hoy no ha ido al trabajo, por lo que se sorprende al oírlo decir:

—Deberías venir, Iris, tu hija está aquí.

Si él ha dicho tu hija, señal de que el encuentro no va muy bien, porque normalmente suele llamar así a Omer, piensa ella de camino a casa, tras dar carpetazo a toda velocidad a la última tanda de despedidas, pero lo que no imagina es hasta qué punto, y sólo cuando se abren las puertas del ascensor le golpean los oídos unos gritos, y ve a Miki tumbado en el sofá cubierto por una fina manta, agarrándose el pecho con una mano y con la otra tapándose la cara, y a su hija, la hija de él, de pie al otro lado de la mesa del salón gritando espantosamente lo que por lo visto no hace más que repetir, pues ella acaba de entrar y oye la misma frase una y otra vez:

—¡Lo habéis estropeado todo! ¡Me habéis arruinado la vida! ¿Cómo habéis podido hacerme algo así? ¿Estáis contentos, ahora que me habéis arruinado la

vida?

Al ver así a Miki se compadece de él y quiere interponerse entre los dos, pero domina ese primer impulso y se acerca a Alma.

—Alma, no entiendo nada, ¿me quieres decir cómo te hemos arruinado nosotros la vida?

Su hija se vuelve hacia ella bramando. ¿Cómo es posible que un rostro tan pequeño pueda encerrar tantísimo odio?

—¿Y tú, todavía me lo preguntas?—se desgañita—. ¡Tú, con tu antipatía y tu desconfianza! ¿Cómo te atreves a venir a mi terreno a espiarme, a ofender a la primera persona que me entiende en toda mi vida y a amenazarlo con que vas a llamar a la policía? Pero tú ¿qué te has creído? ¿Pensabas en mí o como de costumbre sólo estabas pensado en ti?—y, dejándose caer sin fuerzas en el pequeño sofá floreado, repite—: Me habéis arruinado la vida. ¡Con padres como vosotros es preferible ser huérfana!

Qué sabrás tú de la orfandad, quiere decirle, cómo te atreves a hablarnos así, pero no es momento para las consabidas respuestas. Debe sorprenderla, nada de la perorata de siempre. Tiene la fina espalda encorvada, temblorosa, la cara oculta entre las manos, había olvidado lo diminuta que es su hija y por eso le sorprenden ahora sus medidas, se sienta a su lado en el sofá, lleva la misma ropa oscura, cuánto tiempo la habrá llevado puesta sin cambiarse, un olor a sudor y cigarrillos emana de ella, hasta un ligero hedor a orina.

—Almi—dice, intentando posar la mano sobre la endeble espalda de su hija —, lo siento muchísimo si nuestra visita te ha hecho daño. Esperábamos verte, darte una sorpresa.

Pero su hija se yergue y se sacude su mano de encima.

—¿Una sorpresa?—grita—. ¿Una sorpresa como la que me diste el día que cumplí seis años? ¿Todavía no te has enterado de que odio las sorpresas?

—Pues parece ser que no—murmura Iris, golpeada por el mal aliento de su hija, qué dejadez, con lo limpia y arreglada que iba siempre antes con su top y sus pantalones cortos, las horquillas del pelo y los perfumes—. Explícame cómo te hemos arruinado la vida—le pide, a sabiendas de que le espera otra acometida.

Y efectivamente, su hija vuelve a gritarle de inmediato.

—¿Qué es lo que no está claro? ¿Te parece que Boaz necesita que le organices una reunión de padres? ¡Aquello no es un colegio! Ahora me dice: ¿o sea que me estoy ocupando de una niña pequeña? ¡Vuélvete con tu mamá y con tu papá que parecen saber lo que es bueno para ti y así acabarás como ellos, en la gloria! ¡Me ha cancelado todos los turnos durante una semana!

—Pues no entiendo su reacción—dice ella—, porque no es culpa tuya que fuéramos allí. No te preocupes, nosotros te daremos el dinero del sueldo.

Pero qué difícil es, por lo visto, escoger las palabras adecuadas, porque su

hija se vuelve a poner de pie de un salto y la mira de arriba abajo echando fuego por los ojos:

—Pero ¿crees que se trata de dinero?—le suelta con desprecio—. ¡Eres todavía más materialista de lo que creía!

—¿Qué quieres decir? ¿No trabajas allí? ¿No te paga un sueldo?—pregunta aferrándose a las convenciones, a la tranquilizadora certeza del mundo de antes.

—Pero ¿tú crees que me tiene que pagar?—resopla—. ¡Soy yo la que le tiene que pagar por todo lo que me enseña! ¡Intento pagarle con mi trabajo! ¡Pero ahora que me he quedado sin turnos tampoco tendré clases!

—¿Qué clases?—le pregunta atónita.

—¿Qué clases?—repite Alma la pregunta—. ¡Pues las que él me da! ¡Es mi maestro!

—¿Y qué es lo que te enseña, Alma?—le pregunta Iris.

—¿Y de qué vives, Alma?—la interrumpe Miki.

Iris entiende que Miki quiere restarle importancia al asunto, pero su hija le responde al instante:

—Trabajo de camarera por las mañanas en otro sitio, ¡cualquiera diría que necesito mucho para vivir! Lo único que necesito es seguir tranquilamente con mi trabajo interior, y hasta eso me lo habéis arruinado.

—Por favor, explícame a qué te refieres, exactamente—le pide ella, intentando aparentar interés verdadero, sin trazas de desprecio o de duda.

Entonces Alma se vuelve hacia ella en un tono más calmado, se nota que está dividida entre la necesidad que siente de preservar su intimidad y el impulso misionero de todo creyente que consiste en difundir el nuevo dogma.

—Aprendo cosas nuevas sobre mí y sobre el mundo—explica—, aprendo a liberarme de mi ego para llegar a mi yo verdadero, ¡a liberarme de todos los condicionantes! Y no creas que es tan fácil. ¡Es como labrar una piedra!

—Ponme un ejemplo concreto, por favor. Es que no lo acabo de entender —susurra Iris, intentando ocultar el miedo que le da la palabra *condicionantes*.

—Pues, por ejemplo, ¿mi pereza? Siempre me acusaste de ser perezosa, pero ahora sé que sólo creía que era pereza cuando en realidad se trata del ego. ¿Lo entiendes? Ponemos encima de la mesa todo lo que nos molesta y nos liberamos de ello. Desmontamos nuestra personalidad y luego la reconstruimos sólo con lo que decidimos que tiene que contener.

—¡Suena muy bien!—exclama Iris—. No sabía siquiera que eso fuera posible.

—¡Pues claro que es posible!—prosigue Alma entusiasmada—. Yo, por ejemplo, me tengo que preguntar quién es la verdadera Alma, porque dentro de mí hay dos personas, una buena y una mala. La Alma mala es una persona mimada, demasiado reprimida, que va acumulando enfados, acostumbrada a

recibir sin dar, encerrada en experiencias que ya conoce. Sus padres se fijaron en la Alma mala para satisfacer su propio ego—sigue hablando de sí misma y de ellos en tercera persona, como si no estuviera hablándoles—, pero ahora, gracias a Boaz, estoy empezando a conocer a la Alma buena, ¡a la verdadera Alma!

—Háblame de ella—le pide Iris, innecesariamente, porque su hija sigue hablando sin que la animen a ello.

—La Alma buena es abierta y su ser es infinito—sentencia—, ¡no tiene límites! Se puede enamorar, puede experimentar, es libre, es curiosa. Siempre me decías que no era lo suficientemente curiosa—dice volviéndose hacia ella como buscando agradarla.

Iris la escucha muy tensa. Qué satánico y astuto es hacerle creer a alguien que su vertiente fanática y falta de límites es su lado verdadero, y sin embargo tiene la sensación de que entre todas esas sandeces hay un punto de verdad, porque siempre se había admirado de lo cerrada, pasiva e introvertida que era su hija. Qué vida más rara tiene, pensaba a veces, no muy diferente de la vida de los peces que tiene en el acuario. Cuando salía del colegio se sentaba frente a la tele en el salón y miraba sus series, a veces el mismo capítulo una y otra vez. Los viernes salía sólo con amigas, también cuando ya era soldado, y cuando se ponía delante del espejo tampoco estaba nunca satisfecha, sino tensa. «¡Mira, tengo la ceja izquierda más corta que la derecha!», había gritado en una ocasión en que Iris le llevaba a la habitación un montón de ropa lavada y se la había encontrado mirándose al espejo horrorizada. «Y si fuera así, ¿qué más da? Nadie es perfecto», le había respondido ella secamente. Siendo así no es de extrañar que ya no volviera a hacerla partícipe de sus pequeñas angustias, y en cambio ahora sí lo está haciendo.

Al escuchar esas cosas dichas en un tono más sosegado, casi didáctico, parecería que se puede aferrar a que la situación tiene cierta apariencia lógica, la imagen de unos padres que están escuchando a su hija ya adulta que les habla de su vida y de sus estudios, sobre todo si se conforma uno con el tono de las palabras y no se profundiza en su significado, y al tranquilizarse un poco se le despiertan el hambre y el cansancio, las sensaciones que suelen desaparecer en situación de peligro, así que dice:

—¿Quieres venirte conmigo a la cocina y preparamos algo juntas, Alma? Ah, y a propósito de comida, la de vuestro restaurante es estupenda. Hacía tiempo que no comíamos tan bien.

Intenta sonar amable, obviando, claro está, el hecho de que vomitaran aquella papilla agria al lado del arcén. Alma se tiende relajada en el sofá, parece que también ella está dispuesta a calmarse y a entregarse a las comodidades de las apariencias.

—Sólo voy a descansar un momento—dice.

Iris le dirige a Miki una mirada de ánimo, mira, se queda, ya ves, parece menos hostil cuando nos mostramos dispuestos a escucharla, está dispuesta a hablar, y quizá de momento sea más importante eso que el fondo de la cuestión, pero él le devuelve una mirada torva, así que se ve obligada a preguntar con voz alegre:

—¿Queréis ensalada? ¿Y si freímos queso Halloumi?

Y a pesar de que los dos siguen ahí tendidos sin moverse en los dos sofás paralelos y no le contestan, ella se marcha a la cocina con cierta sensación de alivio.

Alma está ahora en casa, con ellos, y aunque parezca que haya ido para reñirles, se siente muy agobiada y les está pidiendo ayuda, así que si lo hacen bien conseguirán ganársela. Nada de pronunciar ni una sola palabra de crítica, sino de aceptación total, también con el lenguaje corporal, y por eso pone ahora con unos movimientos relajados una mesa para cuatro, pronto llegará Omer, se sentarán los cuatro a la mesa como solían hacer antes, se pasarán la fuente de la ensalada, el queso, las aceitunas, los huevos, el pan, y mañana empiezan ya las vacaciones de verano, no las suyas, pero se podrá permitir unas horas de trabajo más flexibles, unos cuantos días de fiesta aquí y allá, y si sólo se centra en su hija y no piensa por el momento en la oportunidad que tiene de volver a amar, quizá consiga sentir de nuevo la satisfacción de estar tranquila, aunque eso no sea la felicidad, la satisfacción de haber evitado la catástrofe.

¿Y si la encerrara en casa y no la dejara salir? Una vez vio una película así sobre la madre de un soldado y se consoló pensando que Omer todavía fuera pequeño, pero Omer ya no es pequeño y el miedo a que esté al caer el momento en el que lo recluten no hace más que crecer, y ahora resulta que también a las civiles jóvenes hay que encerrarlas de vez en cuando para protegerlas del enemigo, ya sea de un enemigo armado o de un enemigo interior.

—Alma, Miki, venid a comer.

Para su alegría, Alma se levanta de un salto del sofá y se sienta en su sitio de siempre. Su estado de ánimo ha mejorado, ¿será por los mensajes que recibe y que entran en su móvil con unos fuertes pitidos o por tener la sensación de que su madre intenta sincera e inocentemente entender lo que le pasa? Tras ella llega Miki dando traspiés, pesado, lento, vestido con unos pantalones caqui y una camiseta gris que le marca su enorme y caído pecho, y aunque Omer se retrasa no lo va a esperar, tantos años como Alma tuvo que amoldarse a sus caprichos, así que ha llegado el momento de reparar esa discriminación, conque, mientras se llenan los platos rojos, le dice:

—Cuéntame más, Alma, sobre cómo se entrena uno para liberarse del ego. Puede que a mí también me resulte útil.

—¡Pues claro que te será útil!—exclama su hija entusiasmada—. Justo estaba pensando en eso al verte cojear un poco, que no sólo te hirieron en la cadera. También hirieron tu ego. Quizá fue un aviso de que tienes que liberarte de tu ego.

Le sorprende darse cuenta de que su hija se ha fijado en ella y ha tenido ese pensamiento, así que asiente con una sonrisa, a pesar de que no le convence nada la relación entre cadera y ego.

—¡Qué interesante!—dice—. ¿Y cómo se entrena uno?

—Hay muchas maneras—le responde su hija—, cada uno escoge la que más le conviene, pero en mi opinión como mejor funciona es a través del sexo.

—¿A través del sexo?—se atraganta Miki.

Y Alma sigue explicándose con una tranquilidad pasmosa mientras mastica:

—Pues claro, el sexo es una herramienta como cualquier otra con la que hay que practicar, como quien hace espalderas, sin que tenga ninguna relación ni con el amor ni con el placer. La semana pasada, por ejemplo, mi ejercicio fue acostarme cada día con un hombre diferente para llegar a mi yo verdadero.

Iris posa una mano temblorosa en el muslo de Miki y le da un pellizco como aviso, no digas nada, domínate.

Por suerte está demasiado sorprendido como para hablar, se ha quedado boquiabierto y ahora mueve la boca como si masticara sobre la nada.

—¿Se trata de hombres que conoces?—le pregunta Iris con voz derrotada.

—Eso da lo mismo, a unos sí y a otros no—dice su hija—, de la misma manera que da lo mismo a quién le sirvo la comida en el restaurante. Aprendo a ser generosa con las cosas más íntimas—prosigue tan tranquila, como si no fuera consciente de lo chocantes que son las palabras que salen de su boca—. Siempre sentí que había algo que me frenaba, y Boaz me ha ayudado a entender que el origen de mi cerrazón con el mundo es el sexo, así que tengo que ejercitarlo para abrirme.

—¿Con él también te entrenas?—se atreve a averiguar.

—¡Qué va! Él no es así, él es mi maestro—responde estupefacta—. Se nota que no tienes ni idea de lo que es un maestro.

Iris sigue asintiendo como si tuviera un muelle unido al cuello, ni siquiera puede sentir alivio, porque si Alma se acostara con Boaz todo el día desde la mañana hasta la noche, sería mucho menos inquietante que acostarse con siete hombres extraños durante una semana. Lo primero sería humano, por lo menos, mientras que lo que les está contando ahora es monstruoso, y todavía asintiendo mecánicamente, reconoce con una voz muy débil:

—La verdad es que creo que no lo entiendo, así que explícame qué es para ti un maestro.

—¿Qué es lo que no se entiende?—se enfurece Alma, impaciente—. Todos

necesitamos un maestro, porque el colegio no nos da nada, señora directora, y no te lo tomes como algo personal, pero nos echan a la vida sin entender cómo funciona el mundo ni cómo funciona el alma. En el colegio no nos enseñan cómo llevar una vida plena, cómo pasar a formar parte del cosmos, tenemos que aprenderlo por nosotros mismos y no poseemos las herramientas necesarias. A los veinte años ya se ha decidido por nosotros lo que somos. Yo he tenido mucha suerte de llegar a conocer a mi maestro, porque él me da las herramientas que necesito, me lo enseña todo desde el principio, en sus manos es como si hubiera vuelto a nacer. No es una persona normal, Boaz, tiene unos poderes que nosotros no tenemos—continúa, y mientras habla, se llena el plato una y otra vez, y la boca, nunca la había visto comer con ese apetito, ni hablar tanto.

Su incapacidad para entender el significado de sus palabras la asusta tanto que es como si ya se hubieran establecido unas normas completamente nuevas. ¿Cómo habrá podido pasar todo tan deprisa? ¿Podrá volver a ser la misma de antes?

Las manos le tiemblan al intentar llevarse el vaso de agua a los labios y tiene la sensación de que las paredes de la casa tiemblan con ella. Por un momento alberga la esperanza de que sea la señal de que una gran catástrofe se avecina, un terremoto que eche abajo el edificio enterrándolos a ellos entre los escombros. Está dispuesta a conformarse con un misil dirigido desde cualquier país enemigo y que les dé a ellos de lleno, porque no se le ocurre ninguna otra solución, y mientras sigue debatiéndose entre qué será mejor para Omer, si perecer junto con ellos o sobrevivir pero quedándose sin familia, éste entra en la casa pletórico.

—Me ha ido genial el examen de ciudadanía, ha sido facilísimo—dice, y sólo entonces ve a Alma—. Hola, hermana, ¿qué tal?—añade revolviéndole el pelo.

Pero ella no se conforma con eso, sino que, levantándose, lo abraza.

—Mamá, dile que se duche después de comer—se ríe, imitando al hermano acusica que un día fue—, gracias, de verdad, por haberme esperado. ¿Queda algo para comer?

Y en medio del alboroto que siembra a su alrededor, ella aprovecha para dirigirle una mirada a Miki, que está ahí cariacontecido y con los ojos bajos, como alguien a quien se le haya venido abajo todo su mundo.

—¿Por qué no te vas a dormir, Muki?—le propone—. Tienes pinta de estar malo.

Él se levanta en medio de un denso silencio y con los ojos húmedos se dirige medio ido al dormitorio.

—Buenas noches, papuchi—le grita su querida hija, con su voz de siempre, que sigue siendo infantil e inocente.

Y él se detiene un momento, vuelve hacia ella los ojos para mirarla, unos ojos muy parecidos a los de ella, con una mirada tan triste y desconsolada que se diría que en cualquier momento se va a echar a llorar o se va a poner a gritar de dolor, aunque al final, antes de seguir andando, se limita a decir, como en contra de su voluntad:

—Buenas noches, Alma.

—¿Qué le pasa a papá? ¿No se encuentra bien?—le pregunta Alma, mostrando una falta de consideración tan extrema que Iris prefiere suponer que su hija disimula, que se trata de un demencial experimento que está llevando a cabo con ellos, puede que otro ejercicio más de la escuela de su gurú.

Y dices que estás aprendiendo cómo funciona el mundo, quisiera echarle en cara, ¡cuando a la hora de la verdad pierdes por completo la capacidad de entender lo que pasa a tu alrededor! ¿Te parece que papá se puede llegar a encontrar bien con lo que nos acabas de contar? Pero se domina, no le queda más remedio, porque una observación agresiva como ésa puede hacerla desaparecer por mucho tiempo, así que se limita a responder:

—Hace ya unos días que papá no se encuentra bien. Yo diría que ha pillado un virus. ¿Queréis helado, niños?

¿Tiene sentido estar disimulando de esa manera? Ellos ya no son niños y ella ya no es la madre que se preocupa por tenerles preparada una gran sorpresa: ¡helado! A pesar de ello, los dos le siguen el juego y se meten en su papel de pelearse por los sabores.

—La próxima vez compra solamente de chocolate belga en vez de toneladas de sorbete—grita Omer enfadado—. ¿Lo ves? Alma se ha cogido para ella todo el de chocolate.

Y ella vuelve a su viejo papel de madre equilibrada y complaciente para con todos:

—Vosotros no sois los únicos aquí—dice sonriente—, nosotros también somos personas y preferimos sorbete.

Pero su hija deja de golpe el cuenco lleno de helado de chocolate belga porque su móvil está sonando, así que corre asustada a encerrarse en su habitación, desde donde enseguida empiezan a llegar unos gritos desgarradores, súplicas y ruegos.

—¿Qué pasa, mamá?—pregunta Omer, ahora tan serio que cuesta creer que un día fue niño.

—Pues lo que estás viendo, Omeri.

—Pues lo que veo no me gusta nada, tu hija se ha vuelto una perturbada mental, no sé qué se mete, pero todo esto tiene muy mala pinta. No finjas que no te has dado cuenta.

—Pues claro que me he dado cuenta, no sé si será un asunto de drogas, pero

está claro que algo no anda bien con ella—suspira ella.

—¿Qué vamos a hacer?—pregunta Omer.

Y a ella le sorprende esa actitud tan madura de su hijo, que comparta con ella la preocupación, pero ella no puede dejarse llevar por eso, no lo puede convertir en compañero de desgracia:

—Confía en nosotros, chatito mío, encontraremos la solución.

—Seguro que papá ya está pensando en algo—sonríe burlón.

¿Le parece apreciar en su voz que se alegra de la desgracia ajena, de que su padre sufra, porque durante años fue muy duro con él mientras que con su hermana fue mucho más blando?

—No seas tan duro, con él—protesta Iris—, es que no se encuentra bien, tiene que dormir.

—No está durmiendo, mamaíta, está jugando al ajedrez, veo que la prueba de realidad de esta familia es un desastre.

Y sí, al agudizar el oído percibe el conocido tecleo procedente del rincón del pasillo, aunque enseguida se imponen los gritos de Alma en su habitación, hacia donde ella corre ahora para intentar escuchar a escondidas.

—Ya te lo he explicado, como me anulaste los turnos, me he ido a casa de mis padres—oye a su hija suplicante—. ¿Cómo voy a poder estar ahí dentro de un cuarto de hora? ¡Tardaré por lo menos una hora!—solloza—. ¡Pues claro que quiero ir! Sí, salgo ahora mismo. Vale, no lo sabía—y sale a toda velocidad, casi arrollando a su madre, que se retira rauda a la cocina.

—Mamá, tengo que volver a Tel Aviv—dice con una voz gritona y un rastro de lágrimas en las mejillas—, por favor, llévame a la estación central de autobuses, que no puedo llegar tarde. ¡Ay, las ocho ya!—grita—. ¿Qué voy a hacer?

Iris se pone corriendo las sandalias y coge el bolso.

—Échale un ojo a papá hasta que yo vuelva, ¿vale, Omeri?—le pide a su hijo, que se está comiendo el helado que ha dejado su hermana.

Ya están las dos en el ascensor, ya están las dos en el coche, y Alma no deja de mirar el reloj, muy tensa y asustada.

—Pero ¿no has dicho que te había anulado los turnos?—intenta averiguar, pacientemente—. ¿Cómo puede enfadarse entonces porque no hayas ido a trabajar?

—Creo que no lo entendí bien, tengo que estar siempre dispuesta, no podré venir más a casa porque le parece que

es demasiado lejos. Para, déjame aquí—murmura Alma.

—Pararé cuando lleguemos. Te llevo a Tel Aviv.

Y aunque lo que desea es llevársela lo más lejos posible de allí, se encuentra a sí misma conduciendo obedientemente, como si también ella hubiera sido atrapada por la red de Boaz y se hubiera convertido ahora en su ayudanta.

Así la ayudaba durante el período de su servicio militar, llevándola a los cambiantes puntos de encuentro por todo el país, a veces siendo todavía de noche, siempre sufriendo las dos por si llegaba tarde, siempre temiendo por todo lo que acechaba a su hija, aunque por lo general le daba más miedo el silencio en el que iban y que en vano intentaba romper, y ahora ahí vuelven a estar las dos, en el coche en medio de la oscuridad. Lleva muchísimas horas sin pegar ojo, pero no está cansada, un estado de vigilia casi animal se ha apoderado de ella y tiene la sensación de poder con todo en esos momentos. Es capaz, por ejemplo, de abalanzarse sobre el hombre de los pantalones blancos y despedazarlo, de atropellarlo con el coche, de romperle los huesos. Respira pesadamente, ahí está de nuevo pasando por el mismo sitio en el que ayer dejó aparcado el coche, ¿estará actuando bien? Porque hace un rato ha querido encerrar a su hija en casa y al final resulta que la está ayudando a lanzarse más deprisa en los brazos del peligro.

Alma no deja de mirar el reloj, como si intentara parar las agujas con la mirada, envía mensajes que teclea febrilmente, ¿cómo conseguir decirle algo que no suene a crítica?

—Siento mucho que estés tan estresada—le dice finalmente—, pero tú no podías saber que te iba a necesitar en el trabajo, no tiene motivos para enfadarse así contigo.

—¡Pues claro que tiene motivos!—se apresura ella a defenderlo—, ¡todo es por culpa de mi ego! He vuelto a pensar en mí misma en vez de pensar en él —se lamenta—, si hubiera pensado en él, me habría quedado cerca, por si me necesitaba.

—¡Pero si te había cancelado los turnos!—exclama sin poder dominar su enfado.

—Me los canceló porque estaba enfadado conmigo, pero yo tendría que haberme dado cuenta de que no se las iba a arreglar sin mí—le dice su hija con orgullo.

—¿No le paga a ninguna de las camareras?—pregunta Iris intentando dominar un suspiro.

—¿Cómo nos va a pagar? Está de deudas hasta arriba, pero nos da mucho más que dinero. ¡Así, precisamente, es como nos enseña a liberarnos de los condicionantes!—exclama Alma.

—Claro—susurra Iris, y como Alma se ausenta refugiada en su tecleo, ella ya no intenta seguir hablando, sino que enciende la música y al instante el interior del coche se llena de los ondulantes acordes de las melodías de Miki que lloran por un reino ya desaparecido. La cantante parece estarse quedando afónica, tanto que se diría que va a perder la voz de un momento a otro. ¿Qué estará viendo? ¿Por qué se lamentará? ¿Estará viendo a un muchacho y a una muchacha que se parecen como hermano y hermana, sentados a la sombra de

una gigantesca morera, bañando los pies en un manantial? Él entra en el agua y quiere convencerla de que se le una, pero ella sigue apoyada en la roca tomando el sol como un lagarto, puede que hasta se haya quedado traspuesta, y sólo se despierta cuando nota los labios de él sobre sus pies, rozándole el dedo gordo. «¿Y si nos casamos aquí?», le propone él, como si todo estuviera ya decidido y sólo faltara escoger el sitio, «quiero que a mi madre le dé tiempo a estar en mi boda», añade, mi boda, dice, no nuestra boda, y a ella le parece lógico, como si se tratara de un asunto entre él y su madre y no entre él y ella, pero cuando por la noche vuelven a casa de él, envueltos en una brisa que huele a miel y a florecillas silvestres, los bolsillos llenos de hojas, encuentran a la madre tendida en el suelo desmayada, ahogándose en su propio vómito, y al instante llaman a una ambulancia para ingresarla por última vez, porque del hospital ya sólo saldrá después de muerta, y por eso él rompe su promesa, porque el móvil de la boda ya no existe, ya nada es urgente, a pesar de que para ella todo aquello fuera tan auténtico, porque había tenido sus dos testigos, el árbol y el manantial.

—Pero ¿esto qué es? ¿Tú también estás volviendo a los orígenes de papá?—le pregunta su hija con tono burlón.

—¿Y por qué no?—responde ella volviendo en sí—. Es una música maravillosa.

—Un poco quejumbrosa, ¿no? Por favor, corre un poco más. ¿Por qué huele a vomitado?—Pero se vuelve a concentrar en el teléfono móvil sin esperar respuesta.

—Ya casi estamos—dice Iris, porque sorprendentemente se acuerda a la perfección del camino, y sin errar ni un solo cruce llega a la calle que esta noche se ve todavía más lúgubre, casi abandonada, y cuando detiene el coche a un lado de la calzada, frente al ventanal del bar, nota que no es capaz de mantener los párpados abiertos ni por un segundo más—. Espera un momento, Alma—le dice balbuciente—, soy incapaz de conducir de vuelta a casa, estoy muerta de cansancio.

—¿Y qué quieres que yo le haga?—le suelta mientras la mira impaciente.

—Dame la llave de tu piso. Duermo ahí y me vuelvo a casa mañana—le propone Iris.

—Ay, mamá, no me vengas con ésas—exclama disgustada—, casi no hay sitio y está todo muy sucio, no creo que consigas dormir, ahí.

—Lo que no voy a conseguir es no quedarme dormida—insiste Iris—, no te preocupes, que no he venido a hacerte zafarrancho de limpieza, lo único que quiero es poder dormir.

Y para su alegría, Alma entiende que la discusión le está haciendo perder un tiempo precioso, así que saca del bolso una llave sujeta a un cordón negro.

—No me la pierdas, que no tengo otra—le dice enfadada, como si ella fuera

la adulta responsable—, y no cierres con llave, para que pueda entrar yo luego. Pero ¿recuerdas, siquiera, dónde es?

Sí, se acuerda del sórdido edificio sobre pilares, a pesar de que sólo han estado allí una vez, cuando fueron a darle el visto bueno al pequeño apartamento que quería alquilar, dos habitaciones, pasillo, una diminuta cocina, a compartir con una compañera de piso que ya llevaba viviendo allí dos años. Ella estaba pendiente de las apariencias, Alma se va de casa, tendrá su propio piso, y no se fijó tanto en el aspecto de ese piso, porque además no tiene ojo para los inmuebles, pero Miki dijo que era una ganga y pagó casi con gusto; acordaron que al cabo de unas semanas, cuando encontrara trabajo, repartirían los gastos a medias, hasta que empezara a estudiar, claro está, porque entonces la ayudarían más. Una especie de incentivo para animarla a estudiar, y ahora, mientras busca estacionamiento en las calles colindantes, se ríe amargamente de los padres que fueron, de tantos cálculos vanos. Qué poca imaginación tuvimos, piensa, las personas como ellos carecen de ella, según parece, y la prueba es que la desgracia siempre los sorprende. Y no sólo la desgracia, porque su hija los sorprendió para bien cuando encontró trabajo aquella misma semana y ellos tuvieron la esperanza de que a lo largo del año iría madurando para empezar a estudiar, que se matricularía en la universidad, y ahora les ha enseñado cuál es el trabajo y cuáles los estudios, llenando de nuevo contenido el concepto de vida burguesa de ellos: trabajo sin sueldo, estudios con un charlatán loco que la envía a cumplir misiones enfermizas. Pero no tiene sentido pensar en eso ahora, porque debe encontrar aparcamiento y echarse a dormir, o puede que primero duerma y luego aparque, algo que en ese momento le parece más plausible. Quizá se quede a dormir en el coche en una de las plazas prohibidas, con la esperanza de que los guardias se apiaden de ella, pero de pronto ve un sitio libre en ese aparcamiento tan lleno y aparca en él el coche de Miki. Su propio coche sigue todavía en la encrucijada. Miki tendrá que ir mañana, después del trabajo, a recogerlo para no quedarse sin coche, porque ella, ahora lo tiene claro, no piensa volver a casa enseguida.

Cuando gira la llave en la cerradura se queda mirando los nombres escritos con descuido en la puerta, Noa Warshavsky, Alma Eylam, y recuerda de pronto: ¡Noa! Claro, si al día siguiente de haber firmado el contrato de alquiler les contó, entusiasmada, que su compañera de piso le había encontrado trabajo en el bar en el que ella misma trabajaba desde hacía dos años y en el que estaba muy contenta, y ellos estuvieron tan orgullosos de su hija por el hecho de que en una sola semana hubiera encontrado piso y trabajo, y sólo ahora se da cuenta de la trampa: si no hubiera ido a parar a ese piso, no habría caído en manos de ese hombre, y eso que ellos habían estado allí con ella, se habían asomado a las habitaciones, habían leído el contrato de

alquiler, habían firmado los cheques. Si hubieran descartado ese piso, Alma tendría ahora otra vida, porque allí estaba ella al acecho, su compañera de piso, Noa, la camarera que los atendió, y que según parece tenía la misión de encontrar a una nueva víctima, otra chica que convertir en piedra, y ahora había que labrarla para hacer de ella algo hermoso.

«¿No es un poco espartano?», recuerda que comentó, pero Miki estaba encantado con la elección: «Como hija mía que es, se conforma con poco—le clavó el aguijón, como suele hacer—, me recuerda a nuestro primer piso». A ella le pareció también que la calle tenía demasiado tráfico, que el piso estaba demasiado abandonado y que era demasiado bajo, ideal para ladrones, mirones y todo tipo de bichos, y además no le gustaba nada que le recordara al primer piso de ellos, pero Alma y Miki estaban tan convencidos… Ahora entra apesadumbrada en ese piso que ha resultado ser una trampa para incautos. Desde entonces no había vuelto allí y es evidente que la dejadez no ha hecho más que aumentar: ropa tirada por el suelo junto a enormes pelusas de polvo, platos sucios encima de la cama, el fregadero mugriento y la taza del váter peor que el fregadero.

En tensión, anda por ese maldito piso que le tendió una emboscada a una chica recién licenciada del ejército, que se acababa de ir de casa, pero a pesar de todo se ve obligada a reconocer que no cualquier chica que se acabe de licenciar del ejército y que se independice de su casa caería en esa trampa. ¿Qué habrá en Alma que posibilitó que picara? Eso lo meditará otro día, porque ahora la pregunta es cómo sacarla de ahí, y una pregunta todavía más urgente que ésa es cómo va a ser capaz de dormir en esa cama, en esa habitación. Alma tiene razón, ese lugar no es para ella; recoge los platos, retira las apestosas sábanas y busca en vano otras en el armario, por lo que no le queda más remedio que convertir una camisa relativamente limpia en almohadón, una toalla en sábana, porque manta no le hace falta en una noche tan calurosa como ésa. Mañana le comprará otro juego de sábanas y pondrá éste a lavar, comprará productos de limpieza y toallas, cacharros para la cocina y comida, rascará la porquería de la taza del váter y de los suelos, se hará un nido tardío en casa de su hija, y antes de dormirse vestida sobre la improvisada sábana le envía un mensaje a su secretaria para anular todas las reuniones del día siguiente, otro mensaje a Miki, para que no la espere, y junto a la letra D vacila, porque desea tanto escribirle que no ha renunciado a él, que la espere. Tiene la sensación de que el dolor se le extiende desde las letras a los dedos, así que los aprieta bien juntos, no puede escribirle ahora porque corre el peligro de debilitar su decisión de luchar por su hija, ni siquiera tiene que pensar en él, porque le parece de pronto, en ese mismo momento que la hace temblar de dolor, que sólo renunciando ella misma le va a poder exigir a su hija que también renuncie.

XVI

Qué tendrá que ver, piensa con amargura, cuando los ruidos de la calle le taladran el sueño muy temprano por la mañana, camiones de la basura, autobuses, bocinazos, se ha acostumbrado al silencio de su piso alto, por lo que aquí le parece estar durmiendo en un banco de la calle. El sol le arde en la mejilla, los transeúntes le gritan al oído, sus teléfonos suenan sin fin, motos y coches le tosen en la boca, no le extraña que Alma haya perdido el juicio. Pero qué tendrá que ver, en realidad, ¿por qué debe ella renunciar al amor de su vida para que Alma renuncie a un psicópata que abusa de ella? Y a pesar de todo, cuando acerca los dedos al móvil para comprobar si Eitan le ha escrito, vuelve a asaltarla un extraño dolor que hace que lo suelte y salga sigilosa de la habitación para asomarse a la de Noa. Ahí están las dos echadas una al lado de la otra en el futón, tendidas bocabajo con sus uniformes negros, su pelo rapado, soldados de un pequeño y demencial ejército.

Se diría que hace poco que han vuelto porque la tetera todavía está caliente, y puede que la hayan despertado ellas al entrar y no los ruidos de la calle, pero ella quiere volver a dormir porque está de vacaciones en Tel Aviv. Me voy de vacaciones a casa de mi hija, le había dicho a la secretaria, y busca en vano tapones para los oídos o por lo menos algodón, hasta que al final se conforma con papel de váter, que enrolla y se mete en el oído para amortiguar los ruidos, de manera que poco a poco todo el bullicio se funde en una mezcla más soportable que le permite sumirse en una confusa visión, porque ahora se ve a ella y a Eitan caminando tras el ataúd de la madre de él, un sol amenazador de principios de verano cayéndoles sobre la cabeza, y le parece que un cartel anuncia con asombro, casi con disgusto: «¿Una mujer ha muerto y el mundo entero se vuelve del revés?», y al momento ese entierro se convierte en el entierro de la madre de Daniela, bajo una lluvia torrencial, simplemente con haber levantado los ojos lo habría visto, seguro que fue solo, con un paraguas negro, ¿cómo es posible que no lo viera? Porque no fue un entierro especialmente concurrido.

Si lo hubiera visto se habría metido bajo el negro palio nupcial de su paraguas y hubieran salido juntos del cementerio igual que salieron de él casi treinta años atrás, encaminándose hacia la separación que la acechaba para aniquilarla al cabo de una semana exacta, encaminándose hacia el verano más espantoso de su vida. ¿Estará junto a ella el verano que viene? Ahora tiene tantas ganas de llamarlo y contarle que habrían podido encontrarse hace un año y medio, que han perdido un año y medio más del cómputo de años separados. Tiene que saberlo, tiene que pasar el duelo con ella, porque puede que entonces fuera el momento preciso, y cuando intenta acordarse de lo que ha hecho en ese año y medio no le queda más remedio que reconocer que

durante ese período no ha hecho nada que justifique esa pérdida, que le dé sentido. Pero ¿qué tiene eso que ver? ¿Cómo va a conseguir deshacer los vínculos, separar a Alma de Boaz y a ella de Eitan? Y no sólo de él sino de su historia, porque la chica que ella fue le exige reparar aquella vieja afrenta, y la chica que es Alma le exige librarla de la trampa, y esas dos misiones son aparentemente contradictorias, porque para liberar a Alma tiene que ofrecerle estabilidad, por lo menos durante los próximos meses, pero no se trata de eso, porque ahora tampoco le ha costado presentarle a su hija una situación aparentemente estable, sino que se trata de un vínculo mágico, demencial, que es el que precisamente no logra deshacer con sus doloridos dedos.

Cuando se vuelve a despertar, el piso está vacío, y se diría que acaban de salir porque la tetera todavía está caliente, de nuevo deben de haberla despertado sus voces después de haberse quedado adormilada, y ante sus ojos cerrados han salido las dos aplicadísimas obreras hacia su otro trabajo. ¿Cuándo tiene tiempo para dedicarle al trabajo interior si trabajan gratis para él y además lo mantienen? ¿Y cómo es posible que no se den cuenta de que las está explotando de una manera insultante? Se prepara un café y se lo toma precipitadamente, no hay tiempo que perder, la situación es insostenible y hay que darle un giro radical. Tiene que comprar pan, leche, frutas y verduras, aceite, arroz, lentejas, pasta, porque aparte de café, en la cocina no hay nada, y cazuelas y sartenes para que les pueda preparar algo, y productos de limpieza, claro está, y sábanas y toallas, y para ella bragas para cambiarse, unos sencillos vestidos de verano y unas chanclas, porque con ese calor no hace falta mucho más. Tiene que encontrar una lavandería, no hay ahí ni una sola pieza de ropa que esté limpia. Mete en una funda nórdica la ropa que anda por el suelo, también la ropa de Noa y sus sábanas, las toallas del cuarto de baño, con rabia, y furiosa recoge toda esa inmundicia, como si purificara un templo de las abominaciones de dos idólatras. ¡Qué blancos y pulcros los pantalones de él, y en qué lodazal viven ellas!

El vestido de *shabbat* de Jánale, se sonríe ella al salir a la ruidosa y sudorosa calle de Tel Aviv, con un pesado saco a la espalda, mugriento, sobre su camisa blanca, sin avistar todavía lavandería alguna. ¿Le enviará el sol sus rayos, como a Jánale, para eliminar las manchas de carbón del vestido nuevo que le había hecho su madre? Cómo pesa el saco, cada prenda por separado es ligera, pero juntas pesan tanto, se dice a sí misma ante esa evidencia, como si hubiera descubierto un principio sorprendente de la física.

Cuando finalmente se deshace de la carga se siente como si le hubieran quitado de encima un yugo insoportable, y se ve libre para iniciar su recorrido por los variopintos escaparates y los tenderetes callejeros que se convierten gradualmente en un mercado. Hace mucho que no callejea. Las compras las suele hacer en el supermercado con aire acondicionado cuando sale del

colegio, donde también tiene aire acondicionado, mientras que aquí se ve golpeada por el calor de la vida misma. Qué cerca está el mercado. En los puestos yacen extenuadas las frutas de verano junto a los percheros en los que ondean vestidos empujados por la brisa que llega del mar. No puede seguir con la ropa que lleva puesta, los pantalones negros de sastre que llevó ayer al trabajo se le pegan a la piel y se diría que en cualquier momento empezarán a arder por sí mismos, y la camisa está sucia, así que se compra sin probárselos tres vestidos de punto, dos cortos y uno largo, un pack de bragas, un peine, un cepillo de dientes, crema facial, frutas y verduras, otros alimentos, productos de limpieza, y poco a poco vuelve a hacerse con una pesada carga, de manera que compra un carro de la compra rojo y mete en él los ya numerosísimos objetos. Una extraña euforia se apodera de ella al ver que las bolsas se acumulan con sus implícitas promesas de limpieza, comida, hogar, y otras actividades tranquilizadoras como rascar fregaderos y tazas de váter, fregar suelos, guisar, ordenar armarios, vacaciones en casa de mi hija.

Nunca le habían gustado las vacaciones que organizaban todos los veranos, pensando en los niños, sobre todo, la familia unida como mandan las normas de las personas biempensantes, normalmente con Dafna y Guidi y sus hijos y otras veces con más familias, en Israel y en el extranjero, según la situación económica, Corfú, Aczib, Eilat, Creta, Croacia, el mar de Galilea. Le costaba reconocer que echaba de menos el trabajo, que las prolongadas estancias con personas que no eran miembros de su familia le fastidiaban y que a veces incluso estar durante muchos días con su propia familia también le resultaba tedioso. Cuando los niños eran pequeños, Miki solía proponerle, además, un viaje solo para ellos dos, al norte o al sur, una escapada de una o dos noches, y a ella no le quedaba más remedio que acceder y callarse el rechazo que le producía, a pesar de que por lo general disfrutaban del descanso y de conversaciones tranquilas sin niños interrumpiéndolos a cada frase. Miki mostraba su mejor cara en esos viajes en los que ella redescubría su peculiar sentido del humor, tan seco pero tan perspicaz, así como su agradable carácter tranquilo, junto a una sorprendente capacidad de observación. Se burlaban juntos de esos alojamientos rurales que ofrecen cabañas aunque estén hechas de cemento, con el aparatoso jacuzzi en el centro de la habitación como si fuera un altar, con los cuartos de baño sin apenas mamparas, tan embarazosos. En una ocasión hasta encontraron colgando de la llave de un armario plumas de pavo real y una cola de conejo que Miki se sujetó en el trasero mientras saltaba por la habitación muerto de risa, pero siempre anidó en ella la creencia, que no consiguió borrar con el paso de los años, de que otras parejas, como por ejemplo la de Eitan y su mujer, aunque no sabía nada de ellos, disfrutaban juntos de una manera más profunda, porque los recuerdos de su juventud sobre el amor perfecto borboteaban en ella aunque

no pudiera ni imaginarse que un día Eitan volvería.

Porque había aceptado, con la sumisión más absoluta, el veredicto que él le había impuesto, el dictamen de que no lo merecía, como si el mero hecho de que la hubiera abandonado la rebajara a pertenecer a una casta inferior a la que arrastraba, naturalmente, también a su marido, que debía pertenecer a la casta de ella, lo mismo que los hijos que habían tenido. El sentimiento de inferioridad que se había apoderado de ella desde entonces se acentuaba durante las vacaciones, mientras que en el trabajo desaparecía por completo, y por eso esperaba siempre ansiosa y en secreto el regreso a la rutina.

Justamente ahora, sin embargo, arrastrando el rebosante carro de la compra por las calles del sur de la ciudad, tan lejos de su rutina, siente una agradable vitalidad que no casa con las preocupantes circunstancias de su estancia ahí; disfruta del asueto y de lo desconocido, disfruta de que nadie sepa quién es, porque en el colegio no puede dar un paso sin que la paren un montón de veces. Profesores, alumnos, padres, todos requieren su atención, todos esperan una respuesta, y aunque eso la hace sentirse valiosa, ahora, por algún motivo, no necesita sentirse así, sino que se conforma con ser una mujer que arrastra un carrito de la compra de regreso del mercado, que se sienta un rato en una cafetería para tomarse un café frío y un zumo de zanahoria, y, en realidad, ¿por qué no un desayuno completo?

—Con gusto—le dice el camarero.

Aquí, en esta parte de la ciudad, todo se hace con gusto y de mil amores, nunca la habían llamado con tantos apelativos cariñosos como durante la última hora, cariño, chata, reina, preciosa, nunca le habían deseado tantísimas veces y con tanto afecto que tenga un buen día, como si éste fuera a ser el último de su vida, ni había visto tantas personas así de solícitas y encantadas. Claro que se nota a la legua que es falso, pero a la vez es auténtico, aunque no nazca del fondo del corazón. No hay duda, sin embargo, de que una capa de calidez humana y afecto se extiende con esa actitud, y como ella no está acostumbrada, le resulta agradable chapotear en esa sensación como en una piscina infantil, lo mismo que le está resultando agradable comer ese pan tan tierno y calentito y untarle unas cremas que no tiene ni idea de lo que son pero que están riquísimas. Le resulta agradable ver a los transeúntes, muchos de ellos trabajadores extranjeros, y se siente orgullosa de haber sido la primera directora de la ciudad que los ha admitido en su colegio.

Cuando finalmente sigue su camino, se sorprende al ver que incluso en esa ciudad alguien la para.

—Iris, ¿eres tú?

Levanta la vista y se topa con un chico guapo de pelo muy corto, rubio, y con una incipiente barba. Tiene los ojos verdes y ligeramente rasgados. Le suena muchísimo, pero no consigue acordase de dónde, hasta que él le echa

un cable con una sonrisa divertida:

—¡Señora directora! ¡Creí que nunca se iba a olvidar de mí! Todos los días me mandaban castigado a su despacho.

—¡Sacha!—se ríe aliviada—. ¿Cómo has crecido! ¡Qué bueno verte! ¿Qué haces? ¿Has terminado ya el servicio militar?—calcula ella deprisa.

—Sí. Estoy de permiso y me licencio. No se lo va a creer, pero he servido en una unidad de combate—declara, con el orgullo del niño rechazado por el sistema durante años.

—¡Te felicito! ¡Pues claro que me lo creo! ¿Y qué haces ahora?

—Me han aceptado para estudiar medicina aquí en Tel Aviv el curso que viene y busco trabajo y piso—dice, y ella asiente admirada.

—Pero eso es fantástico, Sacha, me alegro muchísimo.

—Mi madre siempre repite que es gracias a usted—dice él sonriéndole—. ¿Se acuerda de todo lo que luchó para que pudiera quedarme en el colegio? Porque me querían llevar a uno de educación especial. Mi madre me ha contado que hubo padres que la amenazaron a usted con sacar a sus hijos del colegio si no me expulsaba. Pero usted no se rindió.

—Es verdad—confirma ella a medida que va recordando—, aquél fue mi primer año como directora y tenía muchísima presión. Recuerdo que estuviste pegado a mí casi todo el curso. Qué bien, Sacha, qué buenas noticias. Tu madre debe de sentirse muy feliz.

—Sí, mi madre está en una nube—se ríe con cariño—. ¿Y qué tal usted, Iris? ¿Cómo va en el colegio? ¿Y qué está haciendo en Tel Aviv?

—He venido a visitar a mi hija, es decir, a limpiarle la casa—dice ella, y para su sorpresa, los ojos de él se iluminan llenos de interés.

—¿Qué? ¿Alma se ha mudado a Tel Aviv?

—No sabía que os conocierais—dice ella.

—No es que nos conozcamos mucho, pero la vi algunas veces en el centro —comenta él.

—¿Aquí? ¿En Tel Aviv?—pregunta ella, temerosa, porque a saber qué habrá visto.

—No, en Jerusalén. Pero me gustaría estar en contacto con ella. Deme su teléfono.

—¿Y si me das el tuyo y yo se lo paso?—se apresura a decir Iris, por temor a que contacte con Alma en un momento desafortunado de su demencial misión. Como le parece interesado y como le puede llegar a gustar, es preferible esperar al momento adecuado. Las oportunidades no son muchas en la vida, nadie lo sabe mejor que ella; Alma tiene que curarse antes de que se le ofrezca esa oportunidad.

Al final será ella la que materialice tu sueño, se burla de la emoción que la embarga, los sueños, a veces, se heredan, como las enfermedades genéticas.

Él será su Eitan y tú renunciarás al tuyo. Perece que existe cierto parecido, en los ojos claros, la cara delgada. Recuerda lo mucho que ella apoyó a la madre de Sacha, una inmigrante recién llegada de Rusia, cómo lucharon las dos por el niño, que era inteligente, sin lugar a dudas, pero que tenía un comportamiento imposible. Fue el alumno más difícil que pasó por sus manos, el más violento y también el más astuto y perseverante en su capacidad de alborotar el entorno. No pasaba ni un solo día sin que hubiera alguna queja contra él. No dejaba a los profesores dar clase porque molestaba constantemente. Días enteros lo retuvo a su lado porque nadie más que ella era capaz de dominarlo. Le encargaba las tareas más variadas, le daba clases particulares hasta donde podía, le organizó su propio plan de estudios aumentándole las horas de deporte y de ciencias naturales. Intentó empoderarlo, como se dice ahora, reforzando las asignaturas que le interesaban, le consiguió subvenciones para actividades extraescolares y para terapia emocional, hasta que poco a poco se fue calmando, pero desde que pasó al instituto ya no supo más de él y hasta llegó a creer que quizá se había ido de la ciudad.

No tuvo tiempo de averiguarlo, porque llegaron otros muchos como él, no exactamente como él, pero sí nuevos retos de dos patas, precisamente por la fama que se había ganado de obrar milagros, así que llamaron a su puerta un sinfín de padres de niños similares. A la mayoría los olvidó, pero a Sacha lo recordaba, como se recuerda al primero, como recordaba a Eitan. Y ahora él, el niño rechazado, el hijo de una inmigrante sin recursos y con mil problemas, había sido aceptado para estudiar medicina, mientras que Alma, la hija de la directora, no intentaba que la aceptaran en ningún sitio porque le urgía más acostarse con hombres desconocidos, servir a un déspota psicópata, y ahora vuelve a ponerse furiosa, cuando entra en el piso, se cambia de ropa, se recoge el pelo y se pone manos a la obra llena de ira.

Por aquí y por allá aparece alguna baldosa preciosamente pintada, es extraño que estén diseminadas sin orden ni concierto entre las baldosas comunes; va por toda la casa, de habitación en habitación, sacudiendo los colchones, barriendo, quitando el polvo, para que no quede ni rastro de ese aire enmohecido, infecto. Con unas esponjas blancas frota las paredes, las ventanas, nunca ha limpiado su propia casa con tanto ahínco, porque no deja rincón sin pulir, recogiendo una y otra vez el polvo que se va juntando. Los objetos que encuentra en la habitación de Alma son muy básicos, como si todavía no hubiera terminado de trasladar todas sus cosas, pero en la habitación de Noa el amontonamiento es significativamente mayor, y allí sigue ella, quitando el polvo de los muebles, de la alfombra, de los cojines, del equipo de música, de los libros.

Sabe que no tiene derecho a tocar sus cosas, pero ya es demasiado tarde,

porque es incapaz de detenerse. La casa estará limpia toda entera, sin excepción, le limpiará la habitación como si fuera la madre de Noa, y piensa un momento en esa madre, quién será y qué sabrá de la vida de su hija, quizá encuentre ahí una pista que le permita llegar a ella para que hagan piña contra el enemigo común. La información debe de estar en el ordenador que hay encima de la mesa, pero no se atreverá a tocarlo. Ojea los pocos libros que hay, la mayoría libros infantiles, los *Cuentos de los hermanos Grimm*, *Las aventuras de Winnie the Pooh*, *El principito*, y junto a ellos, *El drama del niño dotado*, que ella tan bien conoce, y apoyado en él, como causa y efecto, *En busca de la transcendencia*, uno de los libros de Osho, y al hojearlo encuentra para alegría suya, en una página interior, el nombre de la dueña, Mira Warshavsky, que le proporciona un hilo del que poder tirar y la sensación de un destino compartido. Pero no la llamará ahora, sino sólo cuando haya conseguido exterminar toda esa mugre y esa dejadez, que vuelven a ella, sin tregua, como arenas movedizas, hasta que por fin el trapo sale limpio, y entonces lo pasa ya con gusto por las baldosas. La taza del váter, el lavabo y el fregadero están ya relucientes también, las camas hechas con las sábanas nuevas, los dos grandes ventiladores que ha comprado impulsan una agradable brisa que se mueve por la casa. Ahora ha llegado el momento de prepararles una nutritiva comida a esas niñas tan trabajadoras, así que se pone a freír cebolla en los viejos fogones, le añade unos dados de tofu, hierve arroz integral, prepara verduras al vapor, necesitan vitaminas, fibra, la ensalada la preparará cuando vuelvan para que esté fresca, lava unas uvas y unas ciruelas y las pone en un cuenco sobre la pequeña mesa de formica, imaginándose a las dos chicas sentadas a la mesa y ella sirviéndoles sus manjares, sentándose junto con ellas y ellas contentas de que esté allí, bromeando desinhibidas, hablándole del día que han tenido.

Así, exactamente, es como se sentaba con Alma y Shira durante tantísimas comidas, tras las horas extra en la guardería o antes de la extraescolar de ballet, que se convirtió en la extraescolar de piano, que a su vez se convirtió en la extraescolar de dibujo, con Dafna siempre llegando tarde, aunque a ella eso nunca le molestó, sino todo lo contrario, porque en presencia de la dicharachera y extrovertida Shira, Alma se soltaba un poco, se mostraba más participativa, ya estuvieran hablando de las cosas buenas que les habían pasado como de las menos buenas.

Qué tonta eres, despierta ahora, ¿qué crees que te van a contar? Porque lo que les está pasando no lo quieres oír, precisamente, aunque a pesar de todo las va a escuchar, si es que llegan a hablar, intentarás meterte en su mundo, y ahora vuelve a pasearse por la casa, quitándole una arruga a una sábana, tendiendo una toalla, probando los guisos, mirando una y otra vez el reloj, pronto oscurecerá y todavía no han vuelto, seguro que van de un trabajo al

otro sin tan siquiera pasar por casa. Las está esperando en vano, regresarán hacia el amanecer para volver a dormir hasta el mediodía y de nuevo salir hacia el trabajo, ni siquiera tendrán tiempo de fijarse en el mullido nido que les ha dispuesto, en la casita de muñecas tan agradable que les ha preparado. Con un suspiro, se tiende en la cama de Alma, medio desmayada por el esfuerzo al que no está acostumbrada, pero no quiere quedarse dormida, no puede volvérselas a perder, sólo quiere estar ahí echada con los ojos abiertos, frente al potente ventilador. De pronto le parece que el mechón de pelo que tiene sobre la frente se le mueve, así que se levanta para dirigir hacia otro lado el aire del ventilador, pero el extraño movimiento continúa como si su pelo hubiera cobrado vida propia, y sólo entonces ve unas patas muy finas y largas que asoman de su cabeza, del mismo color que su pelo, da un brinco asustada, ahí está, en el suelo, una gigantesca araña negra, caminando entre sus pies sorprendentemente despacio, provocativa. Parece que está tan apegada a la vida como Iris a la suya, pero ésta, temblorosa, le da un pisotón y la araña se repliega resignada, encogiendo las largas patas que caminaban por su frente hace tan sólo un momento y se hace una bola negra y quieta que Iris ahora mira preocupada, porque no es que entienda mucho de arañas, pero ¿será una viuda negra o una simple criatura inocente de aspecto amenazador?

No, nada es inocente en este piso que le ha tendido una trampa a su hija y en el que una araña se ríe ahora de sus esfuerzos por convertirlo en un lugar agradable y seguro. ¿Qué sentido tiene tanta limpieza si al final vas y te encuentras con una araña en la cabeza? En ninguno de los viajes de final de curso, ya fuera al norte o al sur, cuando dormía junto a sus alumnos en el saco de dormir, le había sucedido eso, y justo ahora, en ese piso reluciente, en la cama de sábanas limpias de Alma le tiene que pasar, así que sale corriendo de la habitación dejando allí el cadáver de la araña. El piso no tiene salón, por lo que se sienta temblorosa en la pequeña cocina, dándose todavía palmadas en la cabeza para ahuyentar de ahí a cualquier otro posible huésped. Nota un escozor en la frente y llama a Miki para contarle con todo lujo de detalles lo que le ha sucedido desde el momento en el que ha notado un movimiento en el pelo, como si ése fuera el mayor de los problemas que tiene.

Con una enorme paciencia, pero carente de toda piedad Miki la escucha, porque ella siempre ha sabido que en las escaramuzas de guerrilla que mantiene con el mundo de los bichos, él siempre va a estar al lado de éstos, ya que los ve más indefensos que a ella. Siempre preferirá sacar con delicadeza de casa a cualquier animalillo en lugar de poner en práctica las súplicas de ella para que lo liquide, y también ahora la interrumpe y le pregunta:

—¿Cuántas patas tenía? Seguro que era una Tegenaria doméstica que no es nada peligrosa. No tendrías que haberla matado, estaba precisamente de tu parte, porque se comen a las cucarachas a las que tanto odias.

—Ya no sé qué es lo que odio más—murmura ella—, ha sido tan asqueroso, y encima después de haberlo limpiado todo durante horas, y ahora estoy sola en el piso con el cuerpo de la araña muerta, y Alma no vuelve, y no tengo nada que hacer aquí sin ella, ni tan siquiera sé si conseguiré verla.

—Pues vuelve a casa—dice él sin mucho entusiasmo—si no le ves sentido a quedarte.

—Todavía no lo tengo muy claro—suspira ella—, de momento me quedaré esperando a ver qué pasa.

—¿Lo ves?—se ríe—. No eres muy distinta de la araña que acabas de matar. Ella también se quedaba esperando pacientemente a su víctima, así que ten cuidado no sea que te aplaste un gigantesco pie.

—Hijo mío, menuda comparación desagradable—se apresura a quejarse—. ¿Te parece a ti que estoy aquí para acabar con Alma?

—Desde su punto de vista, puede que sí.

Iris sabe que los dos se acuerdan ahora de aquella noche, una de las primeras que pasaron en el primer piso que alquilaron juntos unas semanas antes de la boda, una planta baja en un barrio barato, con un dormitorio, salón y otra habitación, pero cerrada con llave, en la que los dueños del piso habían guardado trastos viejos, una habitación que ella intentaba ignorar pero que por algún motivo le molestaba, y una noche, en efecto, salió de allí un ratoncito gris, justo cuando habían apagado la luz del salón para irse a dormir, y ella, que fue la primera en verlo, pegó un alarido y salió corriendo hacia el dormitorio, cerró la puerta tras ella y desde allí, muy asustada, le daba órdenes a su futuro marido: «Mátalo, Miki, no pienso salir de la habitación si sigue ahí, me mudo ya mismo, no pienso vivir con un ratón», y él, gruñendo: «Pero ¿por qué matarlo? ¿Y cómo?». Pero ella no sentía piedad ni por el ratón ni por Miki: «No me preocupa cómo—rugía sedienta de sangre—, ¡lo importante es que lo mates!». Y Miki no encontró el valor para llevarle la contraria, por lo que se vio obligado a probar su masculinidad y renunciar a sus principios, una misión, por otro lado, que no podía más que fracasar, a pesar de lo cual se lanzó tras el ratón a escobazos con el cepillo nuevo de color violeta que habían comprado una semana antes, cuando se fueron a vivir juntos, y del que se habían reído al comentar que era su primer bien en común, y ella se quedó acurrucada en la cama con los ojos cerrados, intentando taparse con las manos los oídos para no oír los escobazos contra la pared y unos gritos sofocados que no sabía muy bien si brotaban de la garganta del ratón o de la de Miki, mientras ella lo único que quería era librarse de los dos, salir por la ventana y marcharse de allí, porque tenía la sensación de que aquella batalla duraba ya horas, una batalla sin vencedor, porque cuando finalmente la pared quedó en silencio y la puerta de entrada se abrió y oyó la tapadera del cubo de la basura exterior abrirse y cerrarse, él entró en el dormitorio y dijo: «Puedes

salir, misión cumplida», con una voz muy débil y cariacontecido, y a pesar de que ella le respondió: «Gracias, eres mi héroe, me has salvado», los dos supieron que aquello había sido una derrota. Ella intentó compensarlo, le besó el cuello, la frente, los labios, intentando demostrarle que, por su parte, por lo menos, consideraba que había pasado la prueba y que merecía un premio, pero él la apartó y se alejó hasta el borde de la cama. «Ven conmigo, Miki», le susurró ella, sorprendida, porque nunca la había rechazado hasta ahora, pero él dijo: «No me llames Miki, llámame Mortimer Mouse», y se quedó allí echado, inmóvil, jadeando en silencio, abatido, y los dos quedaron tan avergonzados de las consecuencias de aquella batalla que nunca más volvieron a hablar de ella.

Al día siguiente Iris selló aquella puerta cerrada con cinta aislante, como si unos productos químicos peligrosísimos pudieran filtrarse por ella, y cuando venció el contrato de alquiler se marcharon sin pena alguna, y a partir de entonces puso mucho empeño en que vivieran en un piso relativamente alto, y en no pedirle ayuda a Miki en sus luchas con el mundo de los bichos, y si lo hacía, era consciente de que él cogería el bicho con delicadeza y lo soltaría por la ventana, pero ahora lo vuelve a llamar.

—¿Me has perdonado Miki?—pregunta.

—Ahora no puedo hablar, que estoy a media partida—masculla él, algo molesto—, ¡sí, espléndida partida ganada!

—Enhorabuena—se ríe ella—, ¡qué niño eres!

—En respuesta a tu pregunta, Iris, te diré—exclama Miki sorprendiéndola —que a ti sí te perdoné, pero a mí no. Fue la noche más horrible de mi vida, por lo menos de mi vida de adulto.

—No exageres, Miki—se ve ella obligada a contradecirlo—, en el bar de Alma fue peor, y el día que me hirieron en el atentado fue peor, y cuando murió tu madre—y continúa enumerándole desgracias para quitarse a sí misma la responsabilidad de aquel espantoso día de la vida de él, pero Miki no se rinde:

—No tiene ni punto de comparación—sentencia él—. Enfadarse con uno mismo es mucho más duro que enfadarse con el destino.

—¿Y el día que me hirieron a mí, con quién te enfadaste, entonces?—intenta tenderle una trampa.

—¿Por qué vuelves siempre a eso?—se enfada.

—Porque ahí hay algo sin resolver.

—¿Y lo demás, en tu opinión, está todo resuelto?—pregunta él en tono burlón—. ¿Lo que pasó ayer está resuelto, en tu opinión, y por eso tienes que retroceder diez años? Porque todavía no has contestado a la pregunta de qué estabas haciendo anteayer por la noche en ese cruce.

—¿Pues por qué no me lo preguntas?

—Porque ya no creo ni en las preguntas ni en las respuestas—dice él como hablando consigo mismo.

Iris sabe que ahí debe detenerse, porque entre la intimidad que ha aparecido de pronto entre ellos sin que sepa muy bien cómo y la distancia de seguridad que es fruto de la mentira, sigue confiando más en el distanciamiento, por lo que se apresura a decir:

—Estuve entrevistando a una profesora que no podía ir al centro de la ciudad porque está con el permiso de maternidad por gemelos. Ya ves que lo único que a ti te pasa es que no eres una persona dialogante. Si hicieras preguntas te darías cuenta de que tienen una respuesta muy sencilla. Como ella no podía desplazarse, lo hice yo.

—Ahora no, que estoy a medias—susurra, y ella entiende que ya está metido en una nueva partida en lugar de escuchar las tonterías que ella dice.

La mentira que acaba de soltarle le agarrota la garganta, y sólo añade:

—Tienes razón, Miki, no tiene sentido preguntar y mucho menos responder; sólo quería pedirte perdón.

—Pero ¿por qué le das más vueltas a eso?—la interrumpe—. Ya te he dicho que no estoy enfadado contigo. Tú eres así, no pudiste comportarte de otra manera.

—No sólo por lo del ratón, Muki—insiste ella.

Él se queda callado. ¿Será porque está inmerso en el juego o por lo que ella no se atreve a decir?

—Eres así—repite él.

En la habitación de Alma la acecha todavía el cadáver de la araña, de modo que se tumba en la cama de Noa después de haberla golpeado con la almohada para asegurarse de que está libre de bichos y a continuación sacude la almohada misma. La noche cae, pero no enciende ninguna luz. ¿Lo sabrá? ¿Descubrió el otro día la verdad en su teléfono móvil y ahora está esperando dignamente que todo termine? Aunque puede que lo que ha dicho sea sin intención, porque la ha estado escuchando como suele hacerlo, distraído, sin hacerle mucho caso, y eso que ella está sola en ese piso, con la araña muerta, pensando con pena en su padre, porque no sólo los sueños se heredan, también las pesadillas, y su madre solía culparlo de eso en vida, y hasta después de muerto. «Deja a la niña, ¿por qué le contagias tus miedos?», le reñía cuando la cogía en brazos para apartarla de cualquier bicho, aunque se tratara de una cucaracha o de una diminuta araña. «Mírate, eres igualita que tu padre—le estuvo echando en cara durante años—, menuda pareja de miedosos mimados», y ahora, por algún motivo, hasta desearía estar oyendo esas reprimendas.

—Hola, Iris, ¿querer hablar con mamá? Mamá en ducha—le comunica Prashant ceremoniosamente—. ¿Querer mamá telefonear después ducha?

—Sí, gracias—responde ella—, ayúdale a marcar, por favor.

Pero mientras sigue esperando sonríe amargamente, porque hace tiempo que perdió el tren. Ya no tiene sentido hacerle a su madre preguntas sobre su infancia, sobre el brevísimo lapso de tiempo y pobre en recuerdos durante el que fue una niña con padre. Durante años creyó que no había necesidad de correr, siempre había cosas más urgentes, y a partir de un momento dado, tan escurridizo, ya se hizo imposible preguntar. El cuerpo de su madre sigue allí con ellos, pero su espíritu ya no está aquí.

Sí, suspira, estaremos siempre condenados a añorar la etapa anterior, llena también ella de malas noticias. Durante las visitas anteriores se había dado cuenta, con gran pena por su parte, de que su madre había empeorado. Ahora ya tenía alucinaciones, señalaba al centro de la estancia y describía visiones y paisajes fruto de su imaginación. La única testigo de sus primeros años ya no puede testificar a su favor, por lo que tiene que conformarse con sus primeros recuerdos, pero de todos modos espera conseguir algo tirándole de la lengua, como si pescara en su estómago de rumiante la información que regurgita a la boca.

—No te lo vas a creer, mamá. Hace un momento tenía una araña gigantesca en la cabeza—le contará muy agitada—. ¿Te acuerdas del miedo que le daban a papá los bichos?

Pero su madre la hará callar, avergonzada:

—¿A mi padre? ¡Pero si no le daba miedo nada! ¿Después de todo por lo que pasó en el ejército iba a tenerle miedo a un bicho?

—No estoy hablando del abuelo Moshe—le aclarará de inmediato, algo ofendida, por cierto—, me refiero a mi padre.

—¿A tu padre?—le dirá su madre con un respingo—. ¿Quién es tu padre? No creo haberlo conocido.

—¡Pero si te casaste con él, mamá, claro que lo conociste!—le riñe ella—. Gabriel Segel, tu marido.

—¿Segel?—repetirá su madre con acritud—. Me suena, pero soy incapaz de acordarme de qué tenía miedo cada vecino.

Iris puede ver con los ojos del espíritu la infantil expresión de enfado que tiene su cara. Al principio sospechaba que su madre lo hacía a propósito para enfadarla y también ahora se enfada con ella como si le estuviera ocultando adrede las respuestas sobre lo que le pregunta.

—¿Por qué va uno a tener miedo de ningún bicho?—añade burlona—. Se le da un buen pisotón y ya está. Parshanta y yo no tenemos miedo.

Sí, su madre se habría enfrentado sin miedo a cualquier ser espantoso y se burlaba de ella por ser tan mimada, porque no podía soportar a las personas mimadas. Qué raro que durante largos años relacionó su masculinidad con el hecho de ser viuda, a tener que haber sido padre y madre de los gemelos, y

sólo cuando se hizo más mayor empezó a pensar que su personalidad fue la que había labrado su destino. Era muy directa y arisca, mandona y obstinada, y criticaba duramente cualquier debilidad, incluso las del muerto.

A medida que Iris se fue haciendo adulta, su madre se permitió quejarse cada vez más a su padre, unas quejas que aumentaban con los años, del estilo de «no hizo nada de sí mismo», como si incluso tras su muerte hubiera estado esperando que él mostrara iniciativa y prosperara. «Era un príncipe vago y mimado, tu padre, sin ambiciones», soltaba de vez en cuando con amargura, convencida de que con un poco de habilidad habría podido esquivar el misil que impactó en su tanque, y de nada servía que junto a él hubieran muerto otros mucho menos mimados que él. Lo consideraba culpable de su muerte, y más culpable todavía era la madre de él, por haber mimado sin límites a su hijo único, porque no le dejaba ni hacer una tortilla. «No sabía cambiar las sábanas—le contaba—, meter el edredón en la funda le llevaba dos horas; de tanto como se había acostumbrado a que ella se lo hiciera todo se había quedado atrofiado; no lo preparó para la vida como debía. Estoy convencida de que cuando el tanque empezó a arder se quedó allí sentado impotente, esperando a que su madre fuera a salvarlo. No entiendo cómo sobrevivió en el ejército, siquiera. Seguro que siempre hubo quien lo ayudó gracias a su hermosa sonrisa».

Y es verdad que tenía una sonrisa preciosa, sorprendentemente parecida a la de Omer. En todas las fotos que han quedado de él está sonriendo y sólo en su última foto está serio, preocupado frente al tablero de ajedrez, como si supiera que pronto iba a perder. Sabe que a su madre le gusta criticarlo porque tuvo celos de ella desde el día que nació, por lo mucho que la quiso su padre. A veces le parecía notar en sus palabras que se alegraba por la desgracia de ella al haberse quedado huérfana, sobre todo cuando le contaba lo mucho que la había querido, aunque esos dulces años hubieran sido cortados de un machetazo, para pasar luego a una vida sin él y convertirse en una niña hacendosa y triste, una niña que ayudaba a su madre a criar sin alegría a dos niños que estaban de más. Todas las mañanas su madre madrugaba para ir al ambulatorio a «sacar sangre», como ella decía, y la dejaba que preparara sola a los hermanos para llevarlos a la guardería y al colegio, mientras ella se encontraba ya sentada en su silla extrayéndoles la sangre a los pacientes que esperaban en una larga cola, los brazos extendidos hacia delante, hacia las jeringuillas y las probetas, y las tinieblas en las que vivía eran tan profundas y persistentes que casi no recuerda nada de todos los años en los que fue niña y adolescente, sólo el tenaz yugo de la existencia carente de alegría. Aprendió a hacer una tortilla y a meter el edredón en la funda, a cambiar pañales, limpiar, lavar la ropa y tenderla, a hacer los deberes cuando los ojos ya se le cerraban, y sólo la llegada de Eitan a su vida, a los dieciséis años y medio, iluminó sus

días de nuevo durante casi un año entero, hasta que otro machetazo similar al anterior hizo que se fuera también él, sin darle la oportunidad de despedirse, y ahí está tendida en esa cama extraña, ¿por qué se habrá acordado de todo eso ahora?, normalmente no tiene tiempo para los recuerdos, pero basta un solo momento de inactividad para que la arrolle su existencia de huérfana. Así estuvo tendida en silencio en su camita durmiendo la siesta mientras su padre se ponía a toda velocidad el uniforme y se iba a la guerra. Seguro que quiso despertarla para darle un beso y un abrazo y decirle unas amorosas palabras de despedida, pero su madre no se lo permitió, por no romper la rutina que de todos modos iba a romperse, ¡y cómo!

Qué sentido tiene ahora todo eso. Lo que debe hacer es centrarse en el presente, así que se levanta y enciende la luz de la habitación. ¿Y si prueba a hablar con la otra madre, con su compañera de desventuras? Qué difícil es comunicar una noticia así, aunque en realidad, quizá ya lo sabe, puede que hasta sepa más que ella y pueda ayudarla proporcionándole más detalles y aconsejándole estrategias a seguir; se hace sin esfuerzo con unos cuantos números de teléfono de mujeres con el mismo nombre.

—Hola, ¿eres la madre de Noa?—pregunta con voz autoritaria, y al recibir una respuesta negativa se apresura a disculparse y cuelga.

Pero ahora una voz ronca y con acento francés le contesta positivamente.

—Sí, ¿está bien?

—Todo va razonablemente bien—se apresura a tranquilizarla—. Soy Iris, la madre de Alma, la compañera de piso de Noa. Me encuentro en estos momentos en su piso—le cuenta innecesariamente—. Lo he limpiado y les he preparado comida, porque trabajan muchísimo.

—Eso pasa por empeñarse en vivir en el centro de Tel Aviv—dice la madre con un tonillo de crítica en el que se aprecia el eco de tormentosas discusiones anteriores y por eso Iris ya es consciente de que no va a poder mantener la conversación íntima de compañeras de desgracia que esperaba.

—Dime, ¿has tenido ocasión de visitar a Noa en el trabajo? ¿Conoces al dueño del lugar?—le pregunta Iris.

—Sí, estuve ahí una vez. No voy mucho al centro porque vivimos en Mitzpeh, el de Galilea—responde la mujer con gran esfuerzo, como si tuviera la boca llena de nueces y ya no le quedara sitio para las sílabas—. Parece simpático y la comida estaba riquísima. ¿Qué es lo que comimos?—intenta recordar—. ¿Pollo con nueces, puede? Shemuel, ¿qué comimos cuando estuvimos en el restaurante de Noa?—le pregunta a quien por lo visto tiene al lado, y a Iris le da un ataque de risa irracional, porque pensar que las nueces que tenía en la boca se han convertido en palabras la hace llorar de risa, y así, asfixiándose todavía por las carcajadas reprimidas intenta convertirlas en palabras—. Hola, ¿sigues ahí? ¿Cómo has dicho que te llamas?—pregunta la

comunicante del norte.

Iris se tapa la boca con la mano, qué puede hacer para aplacar la risa, parece que sólo la araña muerta podrá devolverle la capacidad de hablar, así que se va a la otra habitación, pero para su horror la bola negra ya no está allí, es como si se la hubiera tragado la tierra, ¿se habría estado haciendo la muerta?

—¿Cómo es posible?—pregunta con un sofocado grito, como el del ratón que fue aplastado contra la pared.

—¿De qué estás hablando?—dice molesta la madre de Noa—. Apenas te oigo, hay muchas interferencias en la línea.

Iris sale de la habitación porque tiene que ir al grano de una vez. Con lo de la araña ya pensará más tarde qué hacer.

—Escúchame, me han llegado rumores nada agradables de ese bar. El Boaz ese para el que trabajan no les paga y además las explota de otras muchas maneras. Se hace pasar por gurú y las tiene dominadas física y mentalmente.

Y ahora es el turno de su interlocutora de soltar un grito ahogado.

—Pero ¿cómo es eso posible?

A todos parece irles llegando el turno de ser un ratón aplastado contra la pared.

—Lamento muchísimo haber tenido que contarte algo así—dice Iris, y añade, como para darle ánimos—, pero he pensado que nos podíamos reunir para ver cómo lo hacemos para librarlas de todo eso. Estoy dispuesta a ir al norte para hablar con vosotros—propone.

Pero, para su decepción, la madre de Noa se repone enseguida y rechaza su propuesta como si Iris misma fuera la mala noticia:

—Escúchame—dice fríamente, con un acento tan fuerte que se diría que cada palabra la hiere—, vosotros, en este país, os metéis en los asuntos de todo el mundo, pero yo vengo de otra cultura, nosotros no fisgamos debajo de las sábanas. Mi hija tiene ya veintitrés años y si está dispuesta a trabajar sin que le paguen un sueldo es porque quiere, y si está haciendo otras muchas tonterías es su responsabilidad, y yo no me pienso meter. ¡Yo tengo mi propia vida! Vosotros, los israelíes, no sabéis dejar que vuestros hijos se hagan mayores—la sermonea con arrogancia—, estáis demasiado apegados a ellos. Noa ya es adulta, lo mismo que tu hija, lo que ellas hagan es asunto suyo y lo que nosotras hagamos es asunto nuestro.

—Lamento haberte molestado—balbucea Iris tras escucharla atónita.

—No pasa nada—la disculpa su interlocutora, muy generosa, sin darse cuenta de la ironía—, es sólo cuestión de mentalidad. Que vaya bien, buenas noches—dice moviendo pesadamente la lengua, allí en el norte.

Iris mira el móvil que ha quedado en silencio y piensa que se ha equivocado, que no son nueces lo que la madre de Noa tenía en la boca, sino cubitos de hielo.

Qué mujer más egoísta, cómo se la ha quitado de encima, prefiere vivir su vida sin que la molesten, masticar hielo y no preocuparse por su hija, pobre Noa, y echa a andar por la casa preocupada, mirando debajo de las camas, corriendo las sillas, dónde estará la araña resucitada, ¿seguirá respirando en algún rincón mientras la acecha? Tiene que irse de ahí, no puede quedarse sola por la noche con la araña, esté viva o muerta, así que sale huyendo, cierra la puerta con llave y se la cuelga del cuello, sin ducharse y sin cambiarse de ropa, con el vestido rojo de punto que ha comprado en el mercado todo sudado y polvoriento, y encima le escuece el cuero cabelludo por la picadura de la araña; huye por las sucísimas calles, dejándose llevar por la corriente humana sin saber adónde, porque esa ciudad siempre le ha sido desconocida y ahora la sensación de ser ahí una foránea crece a cada paso que da.

No se siente como parte integral de la fiesta sin fin que tiene lugar en esas calles; ella no ha sido invitada y se diría que todos lo saben y que por eso le miran el vestido sucio, esa cara de amargada. ¿Son todos tan felices o sólo lo aparentan? Así exactamente fue como se sintió cuando se curó de su crisis amorosa y empezó a pasear por las calles. Le parecía que lo veía por todas partes con una chica nueva a su lado, una chica que no le recordaba a aquel último año, en la que no veía la muerte de su madre.

¿Adónde ir? ¿Adónde se estará dirigiendo sin saberlo? Parece que se va acercando al bar de Alma, ¿y por qué no, en realidad? Irrumpirá allí y empezará a volcar mesas, las deliciosas raciones se estrellarán contra el suelo una tras otra, como Omer estrelló la tarta de cumpleaños, y entonces Boaz entenderá que esa chica de Jerusalén le da más problemas que beneficios, y la echará de allí. Pero ¿qué será de Alma? ¿Podrá afrontarlo? De pronto la ve con su propia apariencia de joven, tendida en la cama, encogiéndose cada día más, siendo absorbida por el colchón absorbido por la cama absorbida por el suelo absorbido por la tierra. No puede imponerle ese aislamiento, se trata de su hija, sangre de su sangre, aunque siempre le parezca que son tan diferentes, aunque puede que no lo sean tanto, en realidad. Por primera vez se le ocurre pensar que también ella ha estado esclavizada durante todos esos años, esclavizada por un tirano cruel, su pasado, que ha proyectado una larga y amarga sombra sobre su vida.

Le arden las mejillas del calor y el cuero cabelludo le pica como si la araña todavía siguiera ahí, se rasca sin parar, puede que le haya dado tiempo a ponerle huevos en el pelo y ya hayan salido montones de arañitas. Recuerda cómo se contagiaban las dos mutuamente los piojos, porque entre los que llevaba ella del colegio y los que llevaba Alma del suyo, creaban un círculo vicioso que las hacía pasarse mutuamente la lendrera entre risas estremecidas, maldiciendo a los piojos a los que llamaban de todo, pero hasta eso se terminó, después de que resultara herida en el atentado, porque dejó de dar

clase, se cortó el pelo y entonces se descubrió que ella era la fuente de la infección, porque Alma no volvió a tener piojos.

Sólo a ella le pitan los coches porque no es de aquí, ¿cómo va a saber de qué lado viene el tráfico en esta calle, de dónde le vendrá el golpe, si del mar o de tierra firme? El aire es tan húmedo y tan salado que duda si no se habrá hundido en el mar y para salvarse va a tener que empezar a dar brazadas como si nadara, pero a su alrededor nadie está nadando y sin embargo no se ahogan, ¿tendrá socorrista, esta calle? Le parece que va a enloquecer. ¿Será eso lo que la gran ciudad le ha hecho a Alma?

Le duelen los pies y se quiere sentar, pero esas cafeterías tan llenas la disuaden, todo lo que era agradable por el día, resulta amenazador por la noche, así que se desvía de la calle principal adentrándose en una calle lateral y entra en uno de los patios, tiene que encontrar refugio, no pertenece a ese lugar, arrastra las penas del pasado y los miedos del futuro, exactamente lo mismo que su ciudad.

Se sienta agotada en las escaleras de la entrada de un elegante edificio, las baldosas negras y blancas como un tablero de ajedrez giran en torbellino hacia ella. Necesita ayuda, no puede estar sola esa noche, puede que Dafna esté allí hoy, ya no se acuerda de los días que va al despacho de Tel Aviv. Le parece que han pasado semanas desde que se despidió de ella furiosa al final de su último encuentro, rechazándola como la acaba de rechazar ahora a ella la madre de Noa. Nadie les da las gracias a los pájaros de mal agüero, pero Dafna no le guardará rencor.

—Hola, Dafnuni—lo comprueba en voz baja—, ¿no estarás en Tel Aviv, por casualidad?

—Justo acabo de entrar en Ayalón de camino a casa. ¿Por qué? ¿Dónde estás?

—Creo que en el infierno—responde Iris—, o en medio de un ataque de ansiedad, y encima me ha picado una araña gigante y Alma se ha acostado con siete hombres en una semana y quién sabe lo que estará haciendo ahora.

—Pobrecita mía—exclama Dafna—, voy para allá, ¿dónde estás?

Iris sale a la calle y le da la dirección para volver enseguida a su portal, como si estuvieran disparando misiles sobre la ciudad y tuviera que buscar refugio. Recobrada la esperanza, ya se encuentra mejor, la esperanza del encuentro, la certeza de que pronto vendrán a buscarla, que en el coche de Dafna encontrará la identidad que ha perdido aquí, y en efecto, al poco rato la recoge con el coche, con su ropa de Tel Aviv, zapatos de tacón, falda tubo y blusa de chifón.

—Pero ¿te dedicas a fregar suelos para ganarte un sobresueldo?—se ríe—. ¿Tan bajos son los sueldos del Ministerio de Educación? No, no me abraces, que me manchas la blusa.

Pero Iris se pega a ella, apoya la cabeza en su hombro y le abraza el largo cuello en el que ya son patentes algunas arrugas.

—Gracias por venir—solloza—, me has salvado.

—¿Te llevo a casa?—pregunta Dafna.

—No. Tengo el coche aquí, el de Miki, en realidad.

—Pues Miki va a tener que venir a buscarlo mañana como sea, porque tú no estás en condiciones de conducir—decide Dafna.

—Pero es que para eso va a tener que ir a recoger mi coche al cruce de la autopista.

—¿Qué cruce?—pregunta Dafna sorprendida.

—Déjalo, es demasiado complicado y tampoco tiene importancia. Tengo que quedarme aquí, porque no he terminado—balbucea Iris.

—Lo que han hecho es terminar contigo, según parece. ¿Quieres que vayamos a comer algo?

—¿Y si comemos algo en el coche?—le propone Iris, porque se siente tan protegida en ese coche limpio, que huele tan bien, al lado de su querida amiga, pero Dafna sigue conduciendo con una gran seguridad por unas calles que ahora, de repente, le parecen más amigables, y al aparcar le tiende un pintalabios y un peine:

—De lo contrario no te van a dejar entrar—bromea.

—Vale, de acuerdo, pero tengo los míos—dice Iris, aunque de todos modos se pinta con el pintalabios de Dafna, más oscuro que el suyo, y también se perfuma con el perfume de la amiga, más fuerte que el suyo—. Me voy a convertir en ti.

—Me parece estupendo—le sonríe Dafna—, con la condición de que yo no tenga que ser tú.

Dafna siempre iba más arreglada que ella, se las componía para ocultar su cuerpo algo relleno con ropa que le favoreciera, y bromeaban con que les habían cambiado las niñas al nacer, porque Alma era peripuesta como Dafna, y Shira dejada, como Iris. ¿Y si nos las volvemos a intercambiar?, proponían alguna vez cuando Alma arrastraba a una Iris aburrida a comprar ropa y zapatos, mientras que Dafna tenía que animar a Shira a que se probara algo de ropa en el centro comercial porque ésta era completamente indiferente a su apariencia externa, y ahora ahí está ella en chanclas siguiendo a su impresionante amiga hacia un impresionante restaurante con vistas al mar, con los pies doloridos y colgándose del brazo de Dafna, aunque ésta se queje:

—No te pases, seguro que hay algún cliente mío aquí y ya me la estoy jugando bastante sólo con venir contigo.

—Pide por mí—le dice Iris cuando el sonriente camarero acude a su mesa —, y hasta te pediría que lo mastiques por mí, porque estoy destrozada—y ahora se lo cuenta todo desde el final hasta el principio, porque todo conduce

siempre hasta allí, al principio, a la culpa, a ella.

—Déjate de culpas—le ordena Dafna sirviéndole un vaso de agua y dándoselo—, no hay nada más banal que sentirse culpable, porque no lleva a nada y, además, en tu caso, no es verdad. Eres una buena madre para Alma, por lo menos lo suficientemente buena, porque no hay nadie perfecto.

—Eso es lo que yo le decía a Alma, que nadie es perfecto, pero según parece no le ha servido de mucho.

—Le dijiste lo que pensabas, ¿qué tiene eso de malo?—insiste Dafna—. A los padres de hoy en día les da miedo ser ellos mismos, decir lo que sienten. No te gustaba lo obsesiva que era y se lo dijiste. ¿Qué se supone que tenías que haber hecho? ¿Medirle las cejas con una regla? Y aunque fueras demasiado joven, estuvieras demasiado ocupada y hayas tenido mil problemas, eso es normal, no es ninguna desgracia. Eso no explica lo que le ha pasado. En esos casos, entra en juego la casualidad, todo tipo de factores que se confabulan. Llegó a ese piso, conoció a ese hombre, no todo es culpa tuya ni todo está en tus manos.

—¿Y cómo la voy a sacar de ahí, si nada está en mis manos?—suspira Iris.

—Lo primero que tienes que hacer es comer, esta ensalada es fantástica y si la tuya tuviera también gambas estaría todavía mejor—dice Dafna, y todavía masticando, añade—: Tienes mucha influencia sobre Alma, si te empeñas, lo conseguirás.

—¿Influencia?—salta Iris—. ¿De qué estás hablando? ¿No será todo lo contrario, que me lo hace a propósito?

—Yo la veo de otra manera, Iris—dice Dafna—, cuando está en casa con Shira es diferente. Habla mucho de ti, te cita, te valora muchísimo.

—¿Que me valora? Puede que estés hablando de cuando tenía diez años—se enfada Iris.

—Pues no, porque ha estado en casa no hace mucho y habló de ti. No me acuerdo en qué contexto, pero era algo bonito, hasta Guidi se fijó. Da gusto verte comer, porque se diría que te has vuelto anoréxica últimamente.

—Me sorprende tanto lo que dices—murmura Iris.

—Pues a mí me parece que se siente muy unida a ti, aunque no te lo demuestre—prosigue Dafna—. Ahora me acuerdo de que cuando te hirieron en el atentado la invitábamos mucho a que viniera a dormir a casa, pero ella nunca quería. Decía que quería quedarse en casa para cuidarte. Se me partía el corazón, de oírla.

—¿Y qué se supone que debo hacer ahora con todo eso?—suspira Iris—. Lo que me cuentas me hace sentir todavía más culpable.

—Basta ya con la cantinela de crimen y castigo—la reprende Dafna—, te digo estas cosas para que te des cuenta de que tienes poder sobre ella. Poder en el buen sentido de la palabra, es decir, que te quiere.

—¿Que me quiere?—balbucea Iris, con la mirada perdida en el mar, que ennegrece por momentos al otro lado de la ventana como un pozo infinito y amenazador—. Nunca me había parado a pensar en eso, que es en realidad lo principal, pero no importa.

—¿Y qué hay del amor de tu vida, a propósito de amores?—pregunta Dafna.

—Ay, es muy complicado, te vas a reír de mí, pero ahora resulta que me da miedo llamarlo porque creo que eso puede perjudicar a Alma; lo quiero tanto, pero siento que no tengo que hablar con él, aunque suene irracional.

—Pues claro que es irracional. ¿Qué tiene que ver, siquiera?—dice Dafna—. Sabes que estoy en contra de que destroces tu familia, pero cualquier cosa que te pueda hacer bien en este momento, bienvenida sea. ¿Te está sonando el móvil, no?—la avisa.

Iris se apresura a sacar el móvil del bolso, puede que sea Alma, pero es él.

—Es él—susurra—, no tengo que contestarle.

Y para su sorpresa, Dafna le arrebata el teléfono y atiende la llamada con una amplia sonrisa.

—Iris no puede hablar en este momento—le dice con una voz muy suave—. ¿Le digo algo? De acuerdo, se lo diré—le promete y cuelga con una mirada risueña.

—Qué oportuno el chico este—se ríe Dafna—, cómo ha sabido justo cuándo llamar.

—Ya ha llamado dos veces hoy, pero no le he contestado—dice Iris compungida—. Soy una irresponsable, ¿y si ahora le pasa algo a Alma?

—No me salgas ahora con tonterías de magia negra—se queja Dafna—, que no te pega. ¿Por qué te torturas? Estás pasando por un momento complicado, así que no compliques más las cosas. Sobre todo considerando que mañana tiene un congreso aquí en Tel Aviv.

—¿Eitan? ¿En un congreso en Tel Aviv?—salta nerviosa—. Qué raro. ¿Eso te ha dicho?

—Cosas más raras se han visto. En Tel Aviv hay miles de congresos—se ríe Dafna.

—¿Qué te ha dicho exactamente?—pregunta Iris—. ¿Que vaya al congreso?

—Algo parecido. Que se alegrará de verte, con la condición de que te cambies de vestido—responde Dafna.

Iris le sonríe, puede que Dafna tenga razón, quizá sea la señal de que debe verlo. La penitencia que se ha impuesto es insoportable; su sufrimiento no le va a hacer ningún bien a Alma.

—¿Y qué tal Shira?—pregunta Iris, abandonando sus reflexiones—. ¿Cómo es que no hemos sabido nada de ella en las últimas dos horas?

—Tiene una cita con aquel chico—responde Dafna—. Te hizo caso y

precisamente esta noche se ven por segunda vez.

—¡Qué bueno! ¡Me alegro! ¡Pidamos postre!—dice Iris, notando en su interior un pellizco de envidia; Shira tiene una cita mientras que Alma se acuesta con desconocidos, pero no permitirá que eso le estropee la dulce sensación que la invade en esos momentos. Mañana estará con él, irá a verlo al congreso, su hija la quiere y ella quiere a su hija, pero también lo quiere a él, y puede que no haya ninguna contradicción que implique cambiar sus destinos.

—Impresionante, el edificio de Alma, Bauhaus en estado puro—observa Dafna, al dejarla en el edificio en el que la ha recogido.

—Pero si éste no es el edificio de Alma, no me di cuenta de que te dirigías hacia aquí—se ríe Iris.

—¿Y qué estabas haciendo aquí?—pregunta Dafna asombrada.

A Iris le cuesta explicarlo, le cuesta identificarse con la mujer que vagaba amedrentada por esas calles hace tan sólo un rato, y ahora guía a su amiga al edificio correcto, al feo. Se siente aliviada. Ni siquiera el asunto de la araña le impedirá dormir, ni tampoco la ausencia de Alma. La verá por la mañana, tiene influencia sobre ella, encontrará las palabras adecuadas.

Pero ¿cómo van a llegarle a Alma las palabras adecuadas si nunca está en casa? A cada momento se despierta en ese piso del que han desaparecido sus inquilinas, como si se lo hubieran dejado libre para ella, y no es hasta que no se filtra una luz alimonada y agria junto con el bullicio de la calle cuando se despierta, porque oye la puerta que se abre y entonces sigue muy tensa sus movimientos, aguzando el oído. ¿Sabrán que ella está escuchando y por eso no hablan? ¿O es que están muy cansadas? Porque aparte del sonido del agua que corre y unos pocos susurros, no se oye nada. No prueban los nutritivos platos ni se dan cuenta de que el suelo brilla y el mármol de la cocina reluce, no se fijan en el cuenco con fruta que hay encima de la mesa, no viven en la realidad, sino por encima o por debajo de ella, pero se piensa quedar echada en la cama, muy quieta, sobre la araña que todavía agoniza, y recibirá el nuevo día tensa y nerviosa, porque muy pronto se reencontrará con él, así que enseguida se levantará para ducharse y ponerse el vestido corto de punto de color negro, volverá a verlo, en uno de los hoteles de la playa.

Lo esperará en recepción y él llegará enseguida y desde allí subirán a una de las habitaciones y sus respiraciones se fundirán en un abrazo primigenio. Dafna tiene razón, no hay ningún motivo para apartarlo de su vida precisamente ahora, y mientras todavía se está tomando el café ve salir a Alma de la habitación de Noa para ir al cuarto de baño, vestida con una de las camisetas negras, descalza, y la oye lavarse los dientes en el pequeño aseo.

—¿Todavía estás aquí?—le recrimina impaciente mientras se pone los pantalones.

—¿Ya te vas? ¿Adónde? Pero si casi no has dormido.

—A trabajar. Tengo turno de mañana—responde Alma fríamente—. Siempre te quejaste de que era una vaga y ahora, que no paro, ¿también te quejas?

—¿Te preparo un café? ¿Quieres que te haga un bocadillo?—dice Iris.

—Un café—dice dando un larguísimo bostezo con los ojos entrecerrados. Perece reventada y de puro cansancio se aviene a su presencia, de tanto trabajo interno y externo.

—Hoy traeré las cosas de la lavandería—le dice Iris dándole el café como si fuera la empleada de una agencia de limpiadoras—. ¿Quieres que nos veamos más tarde y te compras alguna prenda bonita?

—No tengo tiempo—contesta Alma, pero para su sorpresa no le pregunta cuándo se piensa marchar o cuándo le devolverá la llave y dejará libre la cama de Tel Aviv de la que también se ha apropiado. ¿No se queja de puro agotamiento o inconscientemente su presencia ahí le da seguridad?

Vuelve a salir a la calle, la humedad la golpea como un trapo usado, el humo de los coches le irrita la garganta; se dirige hacia el aparcamiento y siente tal emoción por ir a verlo de nuevo que ahora el calor ya ni le molesta, ni los terribles titulares que la esperan en la radio del coche, ni la altísima tarifa del aparcamiento. El tan ansiado encuentro la lleva en volandas más allá de la realidad, y mientras sigue conduciendo hacia el hotel en el que tiene lugar hoy ese congreso sobre el dolor neuropático, comprende de pronto que justamente así es como se siente su hija ahora, porque ese hombre, el dueño de ese bar marginal del sur de la ciudad, la ha sacado de la apatía del día a día y le ha ofrecido un cambio, un salto de acróbata que la ha llevado más allá de su vida, nada de pantallas de televisión, ni de ordenador, ni de consolas, sino que la ha montado en una montaña rusa de noches y días y por eso está prisionera, porque la hipnotiza la terrible y desquiciante vivencia que se ha abierto ante ella de pronto, la hipnotiza su otra cara, esa que no encontraba en el espejo, pero ella, la madre que la trajo al mundo, tiene que enseñarle, lo mismo que le enseñó a hablar, a andar, a cruzar por los pasos cebra, que estamos obligados a servir a la realidad tal y como ésta es, pactando con ella, que estamos obligados a soportar el calor y la humedad, el aburrimiento y la rutina, las tarifas de los aparcamientos y los titulares de las noticias, porque solamente así somos seres libres. Tiene que enseñarle todo eso a pesar de que sólo ahora ella misma ha comprendido que lo que parece que es la vida más allá de la realidad no es otra cosa que esclavitud.

El mar centellea, le guiña miles de ojos celestes y blancos, y ella se demora en el coche, ya en el aparcamiento del hotel. ¿Acaso no les ha repetido una y otra vez a los profesores y a los padres que sólo el ejemplo personal posibilita un cambio verdadero? Si ahora sale del coche y lo ve, tal y como lo está

deseando, si va a llevar su vida en esa dirección, no tendrá ningún derecho a esperar que su hija se aparte del camino que ha escogido. Eso no es magia negra, es educación.

¿Es su coche, ese que avanza hacia ella? Si ahora lo ve, no podrá resistirse, porque le está destinada y él le está destinado a ella, el manantial y la morera son testigos de ello, pero no, es una mujer joven la que sale del coche y se dirige rauda al congreso, mientras ella va a dejar atrás el lujoso hotel que mira al mar, se dirigirá abatida al piso de la planta baja que pide a gritos ladrones, mirones y bichos, ese piso convertido de pronto en una trampa. Conducirá lentamente, como en un entierro, a pesar de que le pitan, la adelantan y le hacen todo tipo de gestos. El corazón le pesa como el enorme precio que está pagando, y no sabe cómo lo podrá justificar si es que lo hace, porque ya sea juntas o por separado las dos tendrán que aprender lo hermosa que es la realidad tal y como es.

XVII

A pesar de que no han probado bocado, vuelve a cocinar. Se plantea salir a la calle con las cazuelas llenas y repartirles la comida gratis a los transeúntes, obligándoles a comérsela como obligaba a Alma, porque mientras todavía está picando cebolla y ajo y cortando las berenjenas, intenta planear el próximo paso a dar. Tiene que llegar hasta Alma, pero no a ella en persona; necesita un mensajero, así que busca en la agenda del móvil; antes tenía amigas en Tel Aviv, pero como no ha conservado la amistad se sentiría muy incómoda llamándolas así, de repente, sobre todo porque no tiene ningún interés en las trivialidades de los preámbulos, pero ahora sus dedos parecen moverse solos hacia el número más reciente que la víspera se unió a sus contactos, y antes de que le dé tiempo a arrepentirse, él contesta, de manera que le pregunta muy deprisa:

—¿Estás libre esta noche, Sacha?

—Pues la verdad es que sí—responde sorprendido—. ¿No me diga que voy a salir con la señora directora?

—No se trata exactamente de salir ni tampoco se trata de la directora—dice Iris—, sino de acompañar a una madre en apuros, ¿de acuerdo? Eso seguro que te suena.

—Pues sí, porque mi madre siempre está en apuros—se ríe él—. Guay. ¿Dónde quedamos?

Ella intenta acordarse del nombre del café que vio en la calle cercana al bar de Alma, pero no lo consigue.

—Te lo escribiré dentro de un rato, ¿vale? Quedemos a las siete.

—Guay—vuelve a decir, aún sorprendido—, una cita con la directora, ¡genial!

Le cuelga a media carcajada y corre a la ducha, porque vuelve a sentir el cuerpo sudoroso y con un olor agrio. Seguro que Eitan tendrá la esperanza de que llegue, estará comprobando el móvil una y otra vez. Pero no van a disfrutar juntos de las vistas de la ciudad desde los ventanales de una de las plantas más altas del hotel y observar a las personas allá abajo, diminutas como saltamontes, lo mismo que sus sufrimientos. No, porque lo que hará ahora es mezclarse con la muchedumbre como una inmigrante que necesitando el trabajo ha dejado atrás todo lo que más amaba. ¿No existirá otra alternativa? Según parece, no esa noche, porque ella necesita ayuda urgente precisamente esa noche, no puede esperar otra vez a que las chicas regresen de madrugada, y por eso ha vuelto al piso de inmediato, se peinará, se pondrá el vestido negro largo y saldrá a la calle, y a la luz tenue de la primera hora nocturna se manifestará ante ella el abatimiento de la ciudad, cuyo calor hoy no cede, la extenuación de una ciudad enferma, infectada, que

contagia a las jovencitas de sus dolencias. Todavía no es noche cerrada, de modo que la suciedad y la aglomeración no han quedado ocultas y por otro lado la fiesta no ha empezado todavía. Una y otra vez se ve obligada a esquivar a ciclistas, a padres empujando cochecitos de bebé, a quienes arrastran carritos de la compra, tan intimidados todos ellos a esa hora como ella misma. ¿Estará relacionado con algo que hayan dicho en las noticias? Quiere hablar con ellos, pedirles que la sigan, que formen una gran procesión hasta el bar de Alma, que se reúnan todos frente al ventanal hasta que salga por voluntad propia. Es posible, en realidad, que Alma se sintiera sola, puede que tuviera miedo, como le pasó ayer a ella, así que ahora la rodeará de gente, aunque no es hacia el bar de Alma hacia donde se dirige ahora, sino al de la calle de al lado, con el que guarda un parecido sorprendente.

¿Será que todos esos antros se parecen? A la camarera, muy flaca, se la ve muy agobiada, ¿será porque tampoco cobra sueldo? ¿Estará ella también luchando contra su ego? Parece que sólo es por lo lleno que está el bar. No es fácil mantener un piso en el centro de Tel Aviv, como es bien sabido, y ahí está ahora escuchando distraída las historias de Sacha sobre sus planes de futuro, porque quiere ser psiquiatra y tratar a niños como él. Ella se contenta con un vodka helado, pero para él ha pedido el plato más caro de la carta y una cerveza gigantesca, y disfruta viéndolo comer mientras habla, la mandíbula tan bien esculpida moviéndose rítmicamente bajo los elevados pómulos, los ojos claros y ligeramente rasgados contrastando con su piel morena. Era un niño tan guapo. De una belleza que dejaba sin aliento. Todo el que lo veía se derretía, pero bajo esa apariencia angelical se ocultaba una determinación demoniaca.

—Estoy segura de que lo conseguirás, Sachinka. ¿Todavía te llama así tu madre? Sólo tenías once años y eras la persona más tenaz que he conocido.

—Tenaz en amargarle a todo el mundo la vida—se ríe.

—Parece ser que eso no tiene importancia, al fin y al cabo—dice ella—. La prueba está en que supiste reconducir esa tenacidad en la dirección correcta. En las reuniones de profesores siempre decíamos que serías o capo de la mafia o primer ministro.

—Que viene a ser lo mismo, más o menos—puntualiza él—. ¡Qué buena cerveza! ¿Me invita a otra, querida directora?

—Deja sitio para lo que está por venir—lo frena—, la noche es joven—y al mirarla algo turbado ella se ríe—: no te preocupes, Sachinka, que los jovencitos no son lo mío. Lo que necesito es que me ayudes con Alma.

Y mientras él sigue masticando, le explica su misión: sencillamente ir a sentarse al bar de Alma para ir informándola con mensajes escritos de lo que allí sucede, hasta llegar a convertirse en una presencia que a Alma le acabe resultando familiar.

—Quiero que se sienta protegida, que sepa que no está sola ante él, ¿me entiendes?

A medida que la escucha, las facciones de su rostro se le van suavizando y ya ve en ellas al niño sensible y movido que un día fue. Qué dolido se sentía cuando alguien cometía con él alguna injusticia, y ahora se diría que el agravio del que es víctima Alma y el que ella se está causando a sí misma le afectan como si se lo estuvieran haciendo a él.

—Gracias por la confianza, Iris—dice emocionado y los ojos húmedos—, haré lo que me diga, iré ahí todas las noches si quiere, porque sabe que no hay nadie en el mundo al que le deba más que a usted. Lo único que espero es que sirva para algo.

—Gracias, rey—dice ella; sólo lleva tres días en la ciudad y ya le salen solas esas expresiones baratas—; pues tendrá que servir, porque de momento no se me ocurre otra cosa—añade, dándole unos billetes—. Tómate lo que te apetezca y quédate allí el máximo de tiempo posible.

—¿Tengo que intentar hablar con ella?

—Puede, pero sólo si no resulta muy forzado. Confío en ti, chico.

Y él se levanta despacio, porque se diría que le cuesta despedirse, y agachándose hacia ella, le da una palmadita de ánimos en la espalda.

—Todo se arreglará—le dice sonriendo, aunque tiene los ojos húmedos—, yo creo en los milagros y en las madres. Verá de lo que soy capaz.

Le sonríe y se queda mirándolo mientras se aleja con su camiseta de rayas, unas bermudas cargo y calzado con unas enormes zapatillas de deporte de color claro. Tú sí que eres un milagro, piensa, porque la mayoría de los profesores del colegio estaban convencidos de que al cabo de unos pocos años acabaría en un reformatorio. Las profesoras acudían a ella llorando, los padres no dejaban de llamar amenazando con sacar a sus hijos del colegio si no lo expulsaban, como ya lo habían expulsado de otros colegios, y al otro lado estaba la madre, que trabajaba durísimo en una fábrica de medicamentos, desesperada y asustada también ella ante el comportamiento de su hijo. ¿Cómo iba a expulsarlo y hacer que su madre perdiera días de trabajo? ¿Cómo iba a transferirlo al sistema de educación especial cuando tenía la sensación de que bajo la capa de matón había un ser muy especial con unas capacidades únicas? Así que decidió tenerlo bien cerca y fue desactivando con paciencia y autoridad las minas que él iba sembrando, que eran casi infinitas. En ocasiones la había defraudado hasta casi vencerla, pero no podía abandonarlo a su suerte, ni siquiera cuando mató a uno de los hámsteres del «Rincón del mundo animal» que tanto cuidaban todos, porque lo creyó cuando le dijo que sólo había querido verle los órganos internos. «No, si al final verás a tu hijo de cirujano—le había asegurado a la madre—. No te preocupes y confía en él, en ti y en nosotros. Si le mostramos el camino, él lo seguirá».

Recuerda aquel año con cierta tristeza. Sin necesidad de haberlo tenido a él, aquélla fue una época casi imposible, con la inspectora deseando que fracasara, aquel equipo de profesores extenuados y la sociedad en contra, pero ella no cedió y está claro que su querida Alma pagó un precio por ello, porque cuando volvía a casa reventada, ya se le habían agotado la paciencia y el interés por nada, y puede que ahí intervenga ahora una especie de extraña justicia cósmica que ha llevado al chico que le quitaba todas las fuerzas a la madre de Alma a ser reclutado para salvar a esa niña abandonada por culpa de él, a esa niña convertida en la hija del cosmos, y ahí está ya enviándole un mensaje: «Estoy sentado en la barra. Alma parece estar destrozada. La otra camarera se está interesando por mí más que ella. El jefe va vestido de blanco y está sentado en la barra a mi lado. ¿Me das permiso para que le parta la cara?». Se queda releyendo esas palabras hasta que le llega un nuevo mensaje: «Irisim, el congreso acaba de terminar. ¿Puedes quedar? Déjame que te ayude». Las letras del teclado parecen bailotear a su alrededor pidiéndole que las atienda, pero sus dedos vacilan sobre el teclado. «Amor mío», escribe ella, volviendo a sentir que si escribe el mensaje Alma estará perdida y que si no lo envía, Alma se salvará, ¿o se estará equivocando?

Quizá debería aprender de la madre de Noa, «Tengo mi propia vida», había dicho bien claro, «lo que nosotras hagamos es asunto nuestro»; Alma no ganará nada con que ella pierda, pero a pesar de ello borra las palabras para volverlas a escribir al momento, y con el corazón desbocado las envía, aunque al instante le responden con un signo de interrogación y una carita sonriente, y entonces descubre que, por equivocación, se lo ha enviado a Sacha y no a Eitan, y ahora sí que no le cabe la menor duda de que eso es una señal del cielo para que se imponga a sí misma su penitencia hasta que consiga liberar a Alma, aunque se trate de una misión ingente al lado de esa pequeña señal de aviso, pero de todos modos mete el móvil en el bolso para no sentirse tentada de usarlo y pide otro vodka helado, aunque vuelve a sacarlo porque tiene que estar al tanto de la información que le vaya proporcionando Sacha y así se queda sentada con las esperanzas de Eitan de recibir una respuesta pesándole sobre los hombros. ¿Se estará vengando de él por haberla abandonado?

En vez de responderle, le escribe a Alma: «Mi vida, estarás muy cansada. ¿Cuándo vuelves? Te estoy esperando». Y enseguida informa a Sacha: «Le acabo de enviar un mensaje a Alma». «No tiene tiempo para mensajes—escribe él—. No para ni un momento. Esto está a tope». Pero para su sorpresa recibe enseguida un escueto mensaje: «No me esperes. Vuelve a tu casa». Y cuando se lo dice a Sacha, éste le envía una foto algo borrosa en la que ve el móvil de Alma con la funda roja encima de la barra junto a una manga blanca, y entiende que no ha sido Alma la que le ha respondido, sino Boaz, y su furia no hace más que crecer al darse cuenta de que su mensaje ha sido

contestado tan agresivamente por quien ahora estará riñéndole a Alma, acorralándola contra un rincón, así que le cuesta no ponerse en pie de un salto y salir corriendo hacia allí, porque está tan cerca; sacarán a Alma de allí a rastras, por la fuerza, nadie podrá con Sacha, que estará encantado de mostrar sus músculos propinándole al dueño del lugar unos cuantos puñetazos.

Olvídate de todo lo que te sermoneé durante años en contra de la violencia y acaba con ese hombre, le susurrará al oído; pero tiene que esperar, todavía no es el momento, por lo que llama a Miki para contarle lo que sucede. Para su sorpresa, le responde con una voz fresca y tranquila. Está con Omer, preparando el examen de bachillerato de la asignatura de ciudadanía, le cuenta, sabiendo que se alegrará.

—Tiene la cabeza muy bien amueblada—constata casi sorprendido.

Ella, entonces, prefiere no estropearles ese momento de paz en compañía contándoles las malas noticias que tiene desde Tel Aviv.

—Genial, pues luego hablamos—dice ella y vuelve a leer el mensaje: «No me esperes, vuelve a tu casa», para después pasar hacia atrás los mensajes que se han ido escribiendo entre ellas mientras se pregunta cuántos más habrá escrito Boaz.

«Estoy ocupada, lo siento», «Estoy trabajando», «Tengo un día imposible. Hoy doblo el turno y me toca cerrar caja», «No podré ir este finde», «No puedo ir el sábado», «El domingo no puedo». ¿Cómo es posible que le deje acceder a su móvil? ¿Le enviará también mensajes en nombre de ella a los hombres con los que le ordena acostarse? Tiembla de ira. ¿Cómo le ha podido pasar eso a Alma? ¿Cómo sigue pasándole eso a otras chicas, a mujeres jóvenes, en el siglo XXI, tras todas las revoluciones? A su abuela la casaron en contra de su voluntad con un hombre que luego resultó ser muy violento, le impidieron el acceso a la educación, le impidieron ser libre. Pero ¿Alma? La chica que sus padres esperan ansiosos que se matricule en la universidad, que ha visto en casa un modelo de relación igualitaria, ¿cómo es posible que esté dispuesta por decisión propia, y libremente, a renunciar a su libertad?

—¿Tienes frío? ¿Quieres que bajemos el aire acondicionado?—le pregunta la camarera.

—No hace falta, tengo frío por dentro—murmura ella, pero la camarera no cede.

—¿Quieres una taza de té? ¿Una sopita? Nuestra sopa de apio es excelente—insiste.

Así que Iris pide las dos cosas, el té y la sopa, aunque lo que quiere es irse de allí, pero no sabe adónde.

En ningún lugar se va a poder deshacer de la insoportable sensación de que el hecho de que Boaz se haya apoderado del móvil de Alma la ha conmocionado más que el hecho de que domine su voluntad. Tiene la

sensación de que la garganta se le comprime cada vez más, como si hubiera estado expuesta a algún producto peligroso que empieza ya a matarla en medio de un gran sufrimiento, le cuesta respirar, y vuelve a alargar la mano hacia el móvil, quizá llame a Eitan de todos modos, puede que todavía esté en la ciudad, porque ¿qué sentido tiene ser ejemplo de nada si no te ven, si te entristece y tortura tantísimo? Cuando en realidad ella siempre le ha estado destinada y él siempre le ha estado destinado a ella, y el manantial y la morera lo pueden testificar.

¿Y si le pide a la diligente camarera que le ate las manos a la silla para que no pueda llamar? Como Ulises, que les pidió a sus marineros que lo ataran al mástil de la nave. Aunque quién sabe cómo reaccionará la chica, porque incluso en esa ciudad que ya lo ha visto todo, ésa es sin duda una petición fuera de lo común, pero como ella se encuentra en una situación fuera de lo común y es madre de una hija que se encuentra también en una situación fuera de lo común, además de que ¿no es eso lo que su hija ha escogido, en realidad, atarse por completo?

No es de extrañar que el lugar en el que se encuentra esté casi vacío, la sopa es insípida, el té está templado, pero a ella le resulta cómodo porque no hay bullicio a su alrededor y nadie la mira, excepto la camarera, que vuelve a acercársele.

—¿Está todo bien?—pregunta muy servicial.

Iris asiente furiosa. Las personas han dejado de escuchar las palabras que pronuncian, han dejado de mirar a su alrededor para juzgar por ellas mismas.

—¿A ti te parece que va todo bien?—le espeta enfadada, aunque al momento se disculpa—. Perdón, no es nada personal, es que esas preguntas automáticas me parece que están de más.

—Siento mucho haberte molestado—dice la camarera, agitando su larga cabellera de color nuez mientras se aleja.

Alma tenía un pelo exactamente igual, casi hasta la cintura, y el día antes del reclutamiento se lo cortó por primera vez, no corto del todo, a pesar de lo cual no le supuso una despedida fácil, la primera de la colección de despedidas que siguió hasta la mañana del día siguiente, cuando la acompañaron cansados y nerviosos al punto de reclutamiento y se les abrazó llorando y al devolverle ella el abrazo le sorprendió la fragilidad de su cuerpo y todavía más que se le aferrara de aquella manera sin quererse soltar. Cuando dijeron su nombre y subió al autobús, los hombros le temblaban bajo la corta melena y ellos se quedaron allí agitando los brazos en señal de adiós hacia el autobús que se alejaba y después regresaron en silencio al coche con la vaga sensación de la proximidad de una desgracia.

—Tranquilízate—le dijeron en la sala de profesores—. ¿Qué le puede pasar a una hija? Espera a que te recluten a un hijo, eso sí que es un verdadero

infierno.

Pero ella no consiguió tranquilizarse. Todos los días esperaba muy tensa la conversación telefónica que no llegaba hasta bien entrada la tarde, cuando Alma gimoteaba: «Mamá, sácame de aquí—para añadir ya gritando—: ¡No aguanto ni un minuto más!», y los dos intentaban hablarle comprensivos: «Todos los comienzos son difíciles, ya lo verás, te acabarás acostumbrando, para marcharte siempre habrá tiempo», y aunque es bien cierto que al final se acostumbró, les sorprendió que le hubiera costado tanto y no haber sido conscientes antes de su fragilidad de carácter.

Unos cuantos meses después de aquella mañana, cuando la llevaba a la estación central de autobuses, le dijo de repente: «¿Sabes?, no hay día que no me acuerde de aquel viaje en autobús el día de mi reclutamiento. Era todo tan alucinante que no entiendo cómo me quedé, cómo no me bajé a medio camino. Fue el día más horrible de mi vida». Siempre decía las cosas más trascendentales en el momento más insustancial, como para minimizar su gravedad y asegurarse de que no pudiéramos profundizar en ello.

¿Habrían Miki y ella hecho caso omiso de ese punto débil de su hija? Porque desde el momento en que pareció que Alma se acostumbraba, también ellos se acostumbraron a su ausencia, a su habitación vacía, a su cama vacía convertida en un refugio cómodo, e incluso antes de que se acostumbrara le habían reñido alguna vez por sus exageradas quejas. «No sabéis lo horrible que es esto, ¡es como el gueto de Varsovia!», sollozaba una noche desde su base militar, y entonces Iris, sin poderse dominar, le riñó: «¡Debería darte vergüenza hacer esa comparación! No estoy dispuesta a escuchar comentarios como ése. ¡O eres una ignorante o una mimada o las dos cosas!», y Miki añadió más suave, en su tono didáctico: «Pero si es justamente para que no vuelva el gueto de Varsovia por lo que estás sirviendo en el ejército», pero Alma se rio amargamente: «Pues no os confiéis demasiado, porque apenas puedo con la metralleta, que abulta más que yo».

«Cada uno aporta lo que puede—dijo Miki—. Resiste, Almi, no te dejes vencer», y no se dejó vencer, pero ellos sí se dejaron vencer, como quien no quiere la cosa, descuidando su responsabilidad para con ella, y como Alma parecía haberse sobrepuesto, no se preguntaron por qué le habría costado tanto soportar las condiciones físicas o el haber tenido que marcharse de casa despidiéndose así de su infancia, algo que le dolía más que a sus amigas y que, según parecía, seguía doliéndole, y la prueba está en que ahora necesitaba de un carcelero que la encadenara de pies y manos para no poder volver a casa, para que hiciera de muro entre ella y sus padres prohibiéndole verlos e incluso impidiendo que les contestara a sus mensajes.

Y ahora se acuerda de una noche en la que esa dificultad era punzante y tangible, como punzante y tangible era la propia Alma, y eso la tuvo a ella

preocupada y confusa hasta que, pasados unos cuantos días, llegó a la conclusión de que no podía seguir cargando con todas esas preocupaciones todo el tiempo, que siempre se ocupa uno de lo urgente y más cercano mientras sigue caminando por el mundo con una gigantesca araña en la cabeza sin saber que está ahí.

Uno de los fines de semana fueron a visitarla, y como la base militar en la que estaba haciendo el curso de observación del terreno se hallaba muy lejos, reservaron una habitación por una noche en casa de una familia, tal y como ella les había propuesto; los recibió con esa alegría frágil tan suya, que se esfumó al poco rato, y a pesar de que había sido ella la que les había pedido que fueran, notaron ya antes de la cena la enorme carga que suponían para ella, aunque Iris intentó mejorar el humor de la familia sacando con una alegría impostada de la nevera portátil los platos que había preparado con muchísimo esfuerzo la noche anterior tras un agotador día de trabajo, anunciando manjar tras manjar como quien está vendiendo su mercancía. «Quiche de maíz, ensalada de pasta, *burecas* de espinacas, ensalada de lentejas, tarta de *halva*, ¿quién tiene hambre?», preguntó, como una maestra de parvulario, poniendo los platos, los vasos y los cubiertos en la mesa de plástico del jardín, orgullosa de sí misma por no haberse olvidado de nada, aunque ¿no estaría descuidando lo principal?

Aquella noche parecían una familia nómada que traslada su comida, sus costumbres, sus frustraciones, de un lugar a otro, un simulacro de familia, mamá y papá, niño y niña, sentados alrededor de una mesa como si estuvieran en casa, pero no estaban en casa, sino en una base militar a la que su hija pertenecía y en la que ellos no eran más que una visita pasajera, tan sólo una visita, y por eso se levantaba aquel muro doloroso entre ella y ellos, aunque estuvieran sentados juntos comiendo, aunque estuvieran charlando y sobre todo cuando quisieron irse a dormir. Ella estaba cansada por haber preparado tanta comida la noche anterior y Miki también, por haber conducido tantas horas, así que se disponían a acostarse cuando Alma no se movió de donde estaba, a pesar de que debía regresar a los edificios de las soldados.

«¿Quieres dormir con nosotros?», le propuso Iris, al ver que le costaba despedirse de ellos, y Alma dijo: «No lo sé, ¿hay sitio para mí?». Iris sacó una cama nido de debajo de la suya, porque en la cama que había debajo de la de Miki ya dormía Omer profundamente, y Alma se quedó allí dudando hasta que dijo: «No importa, me vuelvo al edificio», pero no se fue, sino que se quedó a la puerta de la habitación, mirando cómo ella se desvestía y se ponía el camisón, y entonces volvió a decir: «Me voy a mi habitación», pero se sentó en la hierba junto a la mesa de plástico, como un fiel perro guardián, y como a Iris le costaba cerrar la puerta mientras Alma siguiera allí afuera, salió con

ella cubierta por el fino camisón.

«¿Hay algo que te preocupe?—le preguntó—. ¿Quieres hablar conmigo de algo?», y Alma respondió: «Si te apetece, podemos hablar», y entonces Iris le hizo algunas preguntas que Alma le contestó lacónicamente, sobre el curso, sus compañeras, sobre el cargo que ella tenía, y cuando se dio cuenta de que su hija no quería hablar, le dijo con una sonrisa de disculpa: «Estoy muy cansada, me he pasado media noche preparando la comida», así que Alma se apresuró a decir: «Pues vete a dormir, mamá», y entonces Iris le preguntó: «¿Y tú, qué? ¿Tú no estás cansada?», y Alma respondió: «Sí, estoy cansada», pero sus palabras volvieron a quedar desligadas de sus actos.

«Pues buenas noches, mi niña—dijo Iris poniéndose en pie—, mañana hablamos», y Alma dijo: «Buenas noches, mamá», pero se quedó sentada, acompañando la partida de su madre con una extraña esperanza, y no tuvo una noche especialmente buena, porque ya le costaba dormirse de por sí, no dejaba de dar vueltas en la cama, preocupada, porque no entendía lo que quería, y temía salir para comprobar si todavía seguía allí, junto a la mesa de plástico, con su perfil afilado y triste, una niña vestida de militar, y ahora está dispuesta a admitir que si se hubiera quedado con ella allí toda la noche y no se hubiera dejado vencer por el cansancio, puede que hubiera conseguido impedir su caída en esa trampa que le va a costar renuncias muchísimo más dolorosas que una noche en blanco.

Así es, suspira en voz alta, siempre añoraremos la fase anterior en la carrera de obstáculos que es nuestra vida; pero ahora no pensará en eso, puede que se trate de una renuncia pasajera, de posponerlo sólo un tiempo, porque si ya ha esperado tantos años a que Eitan volviera con ella, unos cuantos meses más ya no van a ser significativos, Eitan la esperará, lo mismo que ella lo ha esperado, pero según parece el solo hecho de pensar en él pone en peligro a Alma, porque para su espanto Sacha le acaba de escribir: «Esto no pinta bien». «¿Qué pasa?», se apresura ella a preguntarle. «Se ha puesto un vestido corto y se ha maquillado mucho. Y ahora sale del restaurante». «¡Sal tras ella!», escribe Iris. «No es buena idea, porque voy a levantar sus sospechas y las de los que están aquí», le escribe él, con más juicio que ella.

Iris reconoce que tiene razón, pero a ella no le importa despertar sospechas, porque ya ha quedado, en el mejor de los casos, como una excéntrica, así que se levanta a toda velocidad y grita:

—Tengo que irme, ¿qué te debo?

Y la camarera se dirige a la caja con una irritante parsimonia, a pesar de la prisa que le sigue metiendo Iris.

—Por favor, es que tengo muchísima prisa, mi hija está en urgencias—se oye decir a sí misma, saca un billete grande y lo deja allí sin esperar el cambio.

Si la ve Miki le da algo, piensa, porque seguro que le habría parecido un

derroche inútil, aunque si estuviera allí con ella habría salido a la calle fuera de sí y gritando como ella:

—Alma, ¿dónde estás? ¡Espérame!

Desde que resultó herida en el atentado no se atrevía a correr, pero ahora vuela con su cadera de platino y le parece que se le están soltando las suturas en las que durante tantísimas horas trabajaron los mejores cirujanos.

—¡Alma, ven conmigo! ¡Vente a casa!

Por supuesto que no tiene ni idea de si la calle por la que está corriendo la acerca o la aleja de su hija, ni si sus gritos se imponen al ruido de los coches, las conversaciones y la música de los cafés abiertos, pero ella sigue gritando, ignorando las miradas que le lanzan, sigue gritando como si estuviera sola en la calle, buscando desesperadamente con la mirada a una chica flaca con un vestido corto, una aguja en un pajar, hasta que sus pies, sorprendidos por la carrera, tropiezan con un saliente del pavimento que se convierte de repente en acera y la hace caer cuan larga es, tiesa como el tronco de un árbol, las manos extendidas hacia delante en un gesto de desesperado desconcierto en medio de un flash de resignada comprensión, unos segundos antes de dar con los huesos en la acera porque ya es imposible evitar el estrago.

Ésos fueron exactamente los segundos que le faltaron aquella mañana en la que la comprensión y la herida estuvieron unidas. Ni un solo pájaro piaba, ningún toro bramaba, ni una sola ave aleteaba, sólo ella aleteó sobre el techo del coche destrozado, observando desde su vuelo de ave el ruedo del dolor humano e inhumano. Recuerda que se despidió para sus adentros de su madre y de Miki, que pensó en su padre que ya mismo le tendería la mano desde el cielo atrayéndola hacia él, entonces ya tenían la misma edad, pero incomprensible y sorprendentemente se olvidó de despedirse de sus hijos, porque se olvidó por completo de que tenía hijos, mientras que ahora sólo piensa en Alma, adónde has ido, qué estás haciendo, cuándo vas a volver.

—Alma—gime, tirada inmóvil en la acera, bocabajo con los brazos a los lados, como si se hubiera acostado para dormir, mientras de todos lados corren transeúntes hacia ella.

—¿Estás bien?—le repiten.

Qué raros son todos en esa ciudad. Están viendo con sus propios ojos a alguien que claramente no está bien, ¡y vuelven a preguntarle una y otra vez si está bien!

—¿Te puedes levantar?—le preguntan—. ¿Te has hecho daño en la cabeza? ¿Quieres que llamemos a una ambulancia?

Un revoltijo de voces y preguntas que oye pero no entiende, entiende pero no puede contestar, puede contestar pero no le interesa, está demasiado cansada y ha llegado la hora de quedarse dormida, ha bebido demasiado y tiene que dormir, no importa dónde, ahí en la acera está más protegida que

en la cama de Alma, y se da la vuelta con gran esfuerzo para echarse de espaldas, pasea la lengua por la cavidad bucal para cerciorarse de que conserva todos los dientes, tiene el cuerpo sembrado de dolores como el cielo lo está de estrellas, las ve de pronto al parpadear, qué raro que se vean tan bien las estrellas en pleno centro de la ciudad, pero no la van a molestar para conciliar el sueño, nada le va a impedir ahora quedarse dormida, ni siquiera los parloteos que oye a su lado como si fuera un bebé o una anciana que ya desvaría.

—¡Estaba en nuestro bar! ¡Su hija está en urgencias!—oye que alguien grita.

Y por un momento se asusta. ¡Alma está en urgencias! Por eso corría tras ella por las calles, para conseguir salvarla de la desgracia. ¡Alma está en urgencias! Pero enseguida se acuerda de la camarera que parece que acaba de terminar su turno.

—¿En qué hospital está tu hija?—le pregunta, agachándose sobre ella hasta que las puntas de su largo pelo de color nuez le acarician las mejillas.

Siempre les había enseñado a sus alumnos que nuestras mentiras acaban volviéndose contra nosotros y nos ponen la zancadilla, y eso es lo que le está pasando a ella ahora, y también hay mentiras que se convierten en realidad y nos perjudican, exageraba a veces para disuadirlos de mentir, y ahora esa exageración la ha alcanzado a ella. Quién sabe con quién se habrá encontrado Alma, quién sabe adónde la habrá enviado Boaz tan maquillada, esta ciudad está llena de borrachos y drogados, no puede dormir ahora, tiene que salvarla, tiene que hacer caso omiso de las estrellas del dolor y seguir buscándola, si rastrea a conciencia calle por calle llegará el día en que la encuentre, sin duda, así que intenta apoyarse en el brazo izquierdo, que le duele menos, entre todos esos pares de pies que se arremolinan a su alrededor, porque son por lo menos diez las personas que la rodean, como si hubieran conseguido llegar al número mínimo de orantes exigido.

Ojalá pudiera simplemente levantarse y sobrevolar las calles, y cuando ellos bajaran la mirada verían que ya no está ahí, que no ha dejado ni rastro, así que tendrían que volver a sus asuntos en lugar de ocuparse de ella. Puede que tuviera razón la madre de Noa, la gente aquí se entromete demasiado en todo, y ahora se une un nuevo par de pies al grupo, unos pies especialmente grandes y enfundados en unas zapatillas de deporte de color claro, un entrometido más que se inclina sobre ella y del que no sabe cómo ha conseguido averiguar que se llama Iris.

—¡Iris! ¿Qué le ha pasado? ¿Se ha caído? La he estado buscando.

—Sacha—gime ella—, la he perdido, no he conseguido encontrarla.

—Volverá. Venga, la llevaré a casa.

Los allí reunidos se dispersan al momento con la sensación de haber estado perdiendo el tiempo, porque en vano se han molestado esos transeúntes, en

vano le han dedicado su tiempo, ya que el incidente se resuelve sin que ellos hayan quedado satisfechos de su actuación.

—Ese hombre es peligroso—dice Sacha, sentándose a su lado en la acera y encendiendo un cigarrillo—, lo habría hecho trizas con mis propias manos y luego lo hubiera pisoteado antes de tirarlo al contenedor de la basura.

—Vuelves a ser tú. Exactamente así es como hablabas de niño—se ríe ella, a pesar del dolor.

Sonríe turbado, con una expresión de disculpa y orgullo a la vez. Porque también se enorgullece del niño que fue, se da cuenta Iris, no sólo se avergüenza de él, y con razón, ya que fue un niño osado y tozudo, se creía rodeado de enemigos y no quería rendirse, y ahora su presencia ahí junto a ella le da una fuerza descomunal; se ha cruzado en su camino milagrosamente, y hasta se pregunta a sí misma cómo pensaba librar esa batalla sin él.

—¿Cómo se encuentra?—le pregunta escudriñándola mientras aplasta la colilla con su enorme pie—. ¿Dónde le duele? ¿Cuánto le duele? Hice el curso de enfermeros en el ejército.

—Me duelen la mano derecha, la rodilla derecha y las costillas.

—¿Puede mover los dedos?—le pregunta, examinándole la mano.

—Sí, pero con dificultad—solloza ella.

—Esta mano está muy hinchada, vamos a llamar a una ambulancia para que nos lleve a urgencias.

—Nada de eso, el último sitio al que quiero ir ahora es a un hospital. Esperemos a mañana, por favor, Sacha—suplica ella, como si fuera una niña y él su padre.

—Bueno—dice palpándole la mano—, también se puede ir mañana al ambulatorio. La pregunta es cuánto le duele.

—Prefiero esperar—le contesta agradecida—. ¿Me ayudas a levantarme?

Despacio y con cuidado, la levanta de la acera y la ayuda a ponerse de pie.

—¿Puede apoyar el pie en el suelo?—pregunta.

—Sí, pero con dificultad—repite.

Un oportuno taxi se detiene junto a ellos y Sacha la ayuda a recostarse en el asiento trasero para sobrellevar la corta carrera, porque al cabo de unos pocos minutos están ya junto al anodino edificio de pilares, Sacha le paga al taxista y en cuestión de un segundo la tiene a ella en brazos, como si fuera una novia llevada en volandas por el novio a su nuevo hogar la noche de bodas, la cabeza apoyada en su ancho pecho cubierto por la camisa de rayas, su piel lisa, el corazón latiéndole, ay, Eitan, suspira, hemos creído ser hijos de dioses que podríamos volver al pasado y corregir todos los errores.

A la entrada del edificio Sacha se detiene de golpe y, al notar ella la tensión de sus músculos, vuelve la mirada y ve a su hija sentada en las escaleras de la

entrada con un vestido amarillo cortísimo, las piernas juntas, los maquillados ojos abiertos de par en par por el asombro de la imagen que tiene ante ella, y de un salto se levanta y va hacia ellos.

—¡Te dije que no tenía llave!—suelta la queja que según parece lleva bastante esperando salir de su boca, aunque enseguida se repone e indaga—: ¿Qué ha pasado? ¿Quién es? ¿Qué está pasando aquí?

—Encontrarás la llave en su bolso, Alma—dice Sacha—. Tu madre se ha caído, salió a buscarte y se ha caído.

Alma obedece furiosa y se pone a rebuscar en el bolso.

—¿A buscarme a mí?—brama, haciendo girar la llave en la cerradura—. ¿Y por qué ha salido a buscarme?—y es sólo cuando ya la puerta se ha abierto y enciende la luz cuando lo mira y lo señala con un dedo acusador—: ¡Eres tú! —exclama—. ¡Estabas en el bar! ¿Qué pasa aquí?

—¿Dónde está tu cama, Alma?—dice impaciente, como si él fuera el adulto responsable y ella una molesta niña—. Tu madre tiene que echarse y debemos ver si necesita alguna cura antes de contestar a todas tus preguntas.

Alma lo vuelve a obedecer y señala hacia la puerta de su habitación, y entonces Iris, mientras escucha la conversación de los dos, observa que también ellos hablan por encima de su cabeza, como las personas de antes en la calle, pero esta vez le gusta, y tanto le gusta que quiere quedarse dormida y dejar que Sacha se lo explique todo a Alma, como él quiera. De todos modos Alma los ha descubierto y él ya no podrá ir allí para hacerse pasar por un cliente cualquiera, el plan a largo plazo acaba de venirse abajo y sólo queda el presente, esa noche en la que tiene destrozados todos los miembros del cuerpo. ¿Acaso ha tenido nunca nada más que el presente?, se pregunta. Pero siempre se negó a entregarse al presente, intentó dominarlo, con su «Comunicado de la directora», con todos los planes que hizo, pero el presente le dice ahora: no soy el eco de los recuerdos del pasado, no soy un puente para los planes de futuro, soy todo lo que tienes, la esencia de tu vida, confía en mí porque no tienes elección.

Pero ¿cómo va a confiar en él? El dolor aumenta por momentos y con él el enfado. Todo se ha venido abajo, todo ha salido mal, porque después de tanto limpiar, cocinar, comprar y ordenar con ese júbilo todopoderoso, después de haber decidido nombrarse a sí misma gestora de la casa de su hija con la esperanza de que ésta se acostumbrara a su presencia, se ha convertido en un abrir y cerrar de ojos en alguien inútil, ineficiente y de poco provecho, en una verdadera carga.

Por qué, en realidad, tuvo que salir a buscarla en vez de haberla esperado ahí para recibirla cuando volviera, alimentarla, ponerla a dormir, y así día tras día, para acogerla en su seno pacientemente, sin importarle dónde estuviste ni qué hiciste, si lo principal es que tu madre te esté esperando en una casa limpia

con una comida nutritiva. Ése era, en realidad, el plan que se había trazado y que sólo ahora ve claro, después de haberlo estrellado como ella se ha estrellado contra la acera, porque para su desgracia sabe que se va a ver obligada a volver a casa cuanto antes para quedarse allí durante el tiempo que necesite de ayuda, porque aunque no se haya roto ningún hueso seguro que tendrá problemas de movilidad. Lo innegable es que no va a poder limpiar, ni guisar, ni cuidar de nadie, por lo que su presencia en este piso de esta ciudad ha perdido su razón de ser, así que se siente cada vez más furiosa, y en ese momento llega Sacha con un cuenco y algodón.

—Hay que desinfectarle las heridas—dice inclinándose sobre la desnuda rodilla y pasándole con delicadeza el algodón empapado en jabón, para curarle después la herida de la parte interna de la muñeca, una herida también ésta superficial, según parece, y ahora vuelve a comprobar la movilidad de los dedos—. Es muy posible que sólo sea el golpe—añade—. De momento se lo voy a vendar para que esta noche le duela menos y mañana iremos a que se lo vean. ¿Tenéis vendas?

Alma niega con la cabeza; su hermoso rostro maquillado mira las heridas con aprensión.

—No importa—dice Sacha—, en el ejército también nos apañábamos sin vendas. ¿Tienes alguna camiseta que no necesites?

Alma rebusca en el armario y le tiende con desgana una camiseta negra, de las de su uniforme de trabajo. Iris mira hipnotizada los movimientos de él rasgando la camiseta con sus enormes manos hasta formar varias tiras. ¿No se estarán rasgando las vestiduras en señal de duelo? Ahora se le viene a la mente la camisa rasgada de Eitan. Se rasgó la camisa con tanta rabia ante el cúmulo de tierra de la tumba de su madre que la rasgadura le dejó el pecho completamente al descubierto al tiempo que gritaba: vuelve conmigo, mientras que en el presente de ella la rasgadura de la camiseta convertida en vendas es símbolo de esperanza y, sin más, se encuentra a sí misma murmurando una oración: «Que así seas rasgada por él, que así seas rasgada por él, amen, sela».

Así fue como soñé con vendarte a mí para que te doliera menos, le quiere decir a Alma, mientras él sigue enrollándole la tira negra alrededor de la base de la muñeca, para luego juntarle los dedos y conseguir así atenuarle el dolor. Sacha sigue uniendo tiras y las convierte en un cabestrillo que le pasa por detrás de la nuca y Alma mira a Sacha y se ríe:

—¡Qué divertido queda todo negro! Parece la reina del sado, ¡sólo le falta el látigo!

Sacha la observa satisfecho y también se ríe.

—¡Sí, *kink* total!

Le gusta el modo que tiene de mantener las distancias con su hija, porque

en el mismo momento en el que se está produciendo cierto acercamiento, se apresura a decir:

—Venga, me voy, dígame algo por la mañana, Iris—y sin mirar a Alma, sale, y es tan corpulento que se diría que su marcha agranda la habitación que ha conseguido contenerlo.

—¿Quién es? ¿De dónde lo has sacado?—pregunta Alma incapaz de reprimir su curiosidad.

—Es un exalumno mío, me lo he encontrado en la calle por casualidad.

Espera que esa formulación algo vaga permita cierta flexibilidad en el orden de los acontecimientos, es decir, que sólo ha sido después de que ella se cayera cuando se ha topado con él, pero su hija se empeña en precisar:

—¿Entonces fuiste tú la que nos lo envió al bar?—pretende averiguar, apoyada en la jamba de la puerta, con el vestido ajustado y muy escotado de espalda, mirándola con desconfianza con sus ojos realzados por el delineador negro.

—¿No tendrás alguna pastilla contra el dolor?—le pregunta Iris para desviar la conversación.

—No, no tengo nada—responde con hostilidad, y alzando la voz añade—: ¿Por qué voy a tener yo aquí ninguna pastilla contra el dolor? ¿Sabía yo, que ibas a venir? ¿Que te ibas a caer? ¿Por qué no tienes más cuidado?

Iris acepta en silencio esas dolorosas palabras.

—¿Por qué me atacas de esa manera?—dice muy bajito.

—¿Que yo te ataco?—grita Alma—. Tú eres la que me estás atacando a mí. ¿Alguien te ha pedido que te instales en mi casa? ¿Por qué no puedes cuidar de ti misma? ¡No puedo verte con todas esas vendas!

—Te entiendo perfectamente—dice Iris, intentando ocultar la tristeza y la ofensa—. Ya no tendrás que verme más así. Le pediré a papá que venga a recogerme mañana para llevarme a casa.

Y, para su sorpresa, su hija se pone a patear el suelo y rompe a llorar, se sienta en el borde de la cama, se tapa la cara con las manos y su espalda desnuda tiembla.

—¡Claro, ahora tienes la excusa perfecta para salir huyendo de aquí! ¡Por eso siempre te haces daño, para huir de nosotros!

Iris la escucha estupefacta, hacía años que no la veía llorar tan amargamente, como una niña pequeña en plena rabieta.

—Alma, ¿qué es lo que quieres?—le pregunta—. ¡Quiero que me ayudes a ayudarte!

—No necesito tu ayuda—solloza su hija—, tengo a otras personas que me ayudan, ¡tengo un maestro que me enseña a vivir! Tenías razón cuando me decías que estaba desperdiciando mi vida viendo la tele, tú siempre tienes razón, pero tú no tenías nada que ofrecerme, ¡y él sí lo tiene!

—Tranquilízate, Alma—murmura mientras busca desesperadamente las palabras adecuadas—. Anoche apenas dormiste. Come algo y vete a dormir. Mañana hablamos, ¿vale?

—¡Mañana no estaré aquí!—dice Alma poniéndose de pie de un salto para plantarse ante ella y seguir gritando, el maquillaje de los ojos escurriéndole por la cara con unos churretones negros y torcidos que le dan a la piel un aspecto agrietado—. ¡Me voy de aquí, no soporto verte más ahí tirada! ¿Por qué no miras por dónde pisas? Me vuelvo al trabajo, que no he terminado mi turno.

Iris intenta incorporarse, agarrarle la mano.

—¡No te vas!—le dice Iris, con su voz más autoritaria, intentando incorporarse para sujetarla por el brazo, pero Alma se sacude la mano de ella. ¿Cómo va a lograr llegar antes que ella a la puerta para bloquearla con su cuerpo? Pero si no se tiene de pie y se siente como si la estuvieran aplastando unas pesas hechas de dolor—. Alma, no te vayas—le suplica, los ojos bañados en lágrimas—, ahora soy yo la que te necesito aquí, no me puedo quedar sola.

—¿Qué es lo que necesitas?—pregunta, volviendo sobre sus pasos con desconfianza, rehuyéndole la mirada, las dos están jadeantes.

—Puede que me quede en el bolso algún analgésico—dice Iris—, ¿podrías mirar a ver, por favor?

Alma rebusca furiosa por el bolso y saca finalmente unas cuantas pastillas que ha encontrado sueltas en el fondo. Cuando era pequeña le gustaba buscar sorpresas en el bolso de su madre, chicles, caramelos, un pintalabios nuevo. Ella y Omer se peleaban por hurgar en el bolso, y después se lo dejaban pegajoso y del revés, pero ahora lo deja caer en el suelo, en medio de la habitación, porque en su propio bolso ha empezado a sonar su móvil, así que se encierra en la habitación de Noa, desde donde se oye su voz trémula y nerviosa.

¿Le estará él exigiendo que vuelva allí? ¿Qué puede hacer ella? Ya no le queda munición para neutralizarlo; si Alma escoge ir, ella no podrá hacer nada y por eso intenta escuchar lo que dice, desesperada, ¿cómo la va a dejar ahí hasta por la mañana?

—Alma, tráeme un vaso de agua—le pide de inmediato en cuanto la puerta se abre y su hija sale de la otra habitación, asustada, sí, aunque parece que no se piensa ir—. Y si tienes hambre, hay mucha comida—añade.

Parece que justo ahora su hija se siente con tiempo para ver el cambio que ha sufrido el pequeño piso, pero todavía no tiene decidido cómo reaccionar, si reñir a su madre por haberse entrometido en su privacidad o si disfrutar de la novedad, porque desde siempre le han gustado el orden y la limpieza, las sábanas suaves y las toallas perfumadas.

—No te pega ser un madraza—le dice secamente, pero vuelve de la cocina

con un vaso de agua y un plato lleno, y se sienta en el borde de la cama, a su lado—. Hoy no me ha dado tiempo a comer—se queja mientras mastica con apetito.

—¿No coméis en el trabajo?—pregunta Iris con cautela.

—Normalmente sí—responde con la boca llena—, pero hoy me he marchado antes de tiempo.

—¿Por qué?—le pregunta.

—Porque vi tu mensaje diciendo que me estabas esperando—responde Alma con una naturalidad que en esas circunstancias suena casi fuera de lugar.

A Iris le sorprenden esas sencillas palabras que parecen pertenecer a una realidad completamente diferente. A lo que hemos llegado, mi querida niña, si estas palabras tan normales suenan demenciales, pero no se atreve a decir nada, apenas ha conseguido impedir que saliera del piso, por lo que teme un nuevo encontronazo, y por eso se limita a mirarla en silencio, y le parece apreciar que está contenta con el aspecto del piso, aunque todavía prefiera ocultar su satisfacción, así que también ella oculta su propia satisfacción por el hecho de que esté ahí, a su lado, comiendo con tanto apetito.

—¿Se ha enfadado contigo por haberte ido antes de tiempo?—le pregunta de nuevo con cautela, utilizando a propósito las mismas palabras que ella ha usado.

Alma le dirige una rápida mirada, como intentando dilucidar si se trata de una pregunta inocente o con segundas.

—Pues claro que se ha enfadado—contesta, para su sorpresa, con sinceridad—, me ha dicho que me he vuelto a dejar arrastrar por mi ego, pero a mí me ha parecido que tenía que volver a casa, aunque en el bar había muchos clientes. No creo que me haya dejado arrastrar por el ego, sólo que no quería que me estuvieras esperando, porque sé que te gusta ir a dormir pronto.

Iris la escucha con los labios temblorosos por la emoción y por eso no le va a corregir el error gramatical que acaba de cometer, ni tampoco le dirá que ese hecho que tanto se está esforzando en justificar es obvio en esa otra realidad que no es la realidad de ellas.

—Estoy contenta de que hayas vuelto—se limita, pues, a decirle—. Seguro que estarás cansada—añade enseguida—, lamento haberte quitado la cama, pero hay sitio para las dos.

—¡Anda ya! Dormiré en la cama de Noa.

—¿Por qué?—intenta convencerla Iris—. Es preferible que duermas aquí, para que no te despierte cuando llegue.

Y, dicho esto, recoge sus doloridos miembros hacia la pared y para su alegría su hija está demasiado cansada para discutir, así que apaga la luz y se tiende a su lado de inmediato, sin cambiarse de ropa, sin lavarse la cara ni los dientes. Con qué rapidez ha adoptado la forma de vida de una superviviente, pero no

le va a llamar la atención sobre eso, sino que intentará acurrucarse al máximo y no moverse, será como una mosca en la pared de su vida esa noche, será una madre en la pared, y desde ahí escuchará su acelerada respiración, el ruido de los mensajes del móvil que no ha apagado, y a pesar del dolor en la muñeca, en los dedos y en la rodilla, ya nota los brotes de una satisfacción tan grande que ya no sabe qué le pesa más, si el dolor o la satisfacción de haber escogido a Alma esa noche, una elección que puede que anuncie el inicio de su curación, y por eso convertirá también ese dolor en un dolor casi feliz, como una buena nueva que llega con sufrimiento. ¿Habrá otra buena nueva que resulte tan felizmente dolorosa como el parto? Porque incluso cuando estás sufriendo el tormento, no te olvidas ni por un momento de que también estás dando la vida.

Y la verdad es que a veces no basta con una vez, a veces tenemos que darles la vida a nuestros hijos una y otra vez, mantener encendida la llama de su respiración, ayudarlos una y otra vez a escoger en la vida, dándoles el mismo regalo que ya les dimos sin que ellos lo pidieran, y eso es lo que está intentando hacer ahora y por eso le duele tanto, como le dolió en el parto de su hija, aquella fría noche, cuando su joven cuerpo se retorcía de dolor para expulsar el ser que habitaba en paz en sus entrañas. Qué difícil resultó aquella despedida aunque llevara a un encuentro, qué difíciles son las consabidas despedidas que nos impone la naturaleza, que nos fija un tiempo para el embarazo, un tiempo para criar a los hijos, para la vida misma, y a veces, hasta para el amor. Sí, el dolor provocado por el desgajarse la una de la otra, aquella noche, fue mayor que la alegría del encuentro, porque su cuerpo vacío estaba de duelo por aquella primera unión perdida, y la bebita que lloraba sin fin estaba de duelo en los brazos de Miki, que la acunaba con ternura y le cantaba las tristes canciones infantiles que su madre le cantaba a él en árabe.

Ésa fue, claro está, la primera de una serie de despedidas que les dictó la vida, y siempre les fue decretado que la pena de la despedida fuera mayor que la alegría del encuentro, que solía ser la mayoría de las veces esquivo y vacilante, pero ahora que están ahí acostadas en la misma cama por primera vez desde hace muchísimos años, siente el encuentro con toda su potencia, a pesar de que su hija duerma y ella misma esté cayendo en un agradable sopor.

Los dolores del parto flotan alrededor de ellas, dibujan el mapa de sus vidas todavía trazado sólo a medias, los dolores de ella, que han proyectado su sombra sobre la vida de Alma, los dolores de Alma, que darán sombra en la vida de ella, todas las despedidas que todavía les esperan, y ahora suspira, ay, Eitan, qué triste fue la ausencia de elección, cuando me impusiste toda una vida sin ti, y qué difícil es la elección, cuando la vida ya no está entera, porque ya nunca volverá a estar entera, tampoco contigo, pero intenta sobreponerse, en las situaciones difíciles no se puede dejar volar el pensamiento demasiado

lejos, como mucho hasta la mañana del día siguiente. Tendrá que hacerse una radiografía que quizá la lleve a una escayola o, en el peor de los casos, a una operación, tendrá que avisar a Miki para que la venga a recoger, porque Alma no está en casa en todo el día y ella necesita ayuda, pero también ese futuro le queda demasiado lejos, sólo el momento presente existe, este momento en el que cerrará los ojos a pesar del dolor y se quedará dormida, y ni siquiera sabe si ya se ha quedado dormida cuando la puerta de la casa se abre con un chirrido y una potente luz amarilla inunda la habitación y con ella una voz chillona que dice:

—¡Alma, levántate deprisa, que te has metido en un buen lío, guapa! Ven, llama a Boaz, porque está enfadadísimo contigo.

Abre los ojos y ve a Noa a la puerta de la habitación, también ella con un vestido muy corto y maquillada, y aunque Noa también la ve a ella, no cede:

—Tengo que despertar a Alma—intenta explicar, esta vez en voz más baja —, créeme que es por su bien.

—Tendrás que pasar sobre mi cadáver—masculla Iris con firmeza—. Dile a Boaz que no te he permitido despertarla.

—Alma se enfadará contigo cuando lo sepa—le suplica Noa—, no puede quedarse durmiendo cuando él la necesita, ¡es por su bien!—repite.

—Vete tú también a dormir, Nóaleh—dice Iris—, pareces acabada. Confía en mí, ¿de acuerdo? Yo me hago responsable.

—No sé—susurra Noa, reculando dubitativa.

—Pues yo sí lo sé—la interrumpe Iris—, todo va a ir bien. Apaga la luz y vete a dormir. Ah, y he hablado antes con tu madre y me ha dicho que te echa mucho de menos, que le darás una gran alegría si vas pronto a verlos.

—¿Eso ha dicho?—dice Noa estupefacta—. Pues no es su estilo—comenta recelosa.

—Te sorprenderá saber que las personas cambian—insiste Iris—, y sobre todo las madres.

XVIII

¿Habrá aprovechado el malvado lobo su sueño para robarle la oveja? Su queridísima oveja extraviada, que se ha acurrucado contra ella durante toda la noche, silenciosa y cálida. Porque ahora la cama está vacía, el piso también está vacío. Si hubo algún logro, ya no queda recuerdo de él. Qué rápido se ha acostumbrado al ruido de la bulliciosa calle, porque ya es casi mediodía cuando se levanta de la cama andando pesadamente, agarrándose a los muebles, apoyándose en las paredes. Qué largo y tortuoso es el corto camino a la tetera, al váter, al bolso, al móvil, a la pastilla, cada movimiento le hace crujir los huesos y se muere ya por volverse a la cama, pero acostada tampoco encuentra alivio; entre las vendas negras asoman unos dedos hinchados teñidos de un color azul violáceo, la rodilla le palpita y las costillas se le estremecen a cada respiración.

Comprueba los mensajes muy tensa, pero ninguno es de Alma. ¿Habrá borrado al dormir el logro de anoche? Durante un momento de felicidad le pareció que había conseguido apartarla de su camino, acercarla a ella, pero no fue más que una ilusión. Ha regresado allí, ha vuelto a las andadas, y a ella la ha dejado aquí, traicionada, con sus inútiles sufrimientos. Nunca se había sentido tan desesperanzada, ni siquiera cuando resultó herida en el atentado, porque entonces tenía la misión de volver a empezar, mientras que ahora su misión es liberar a Alma y eso no lo podrá hacer mientras siga ahí tendida en la cama como un trasto viejo.

Llena de congoja, repasa el resto de mensajes: Miki, la secretaria, Sacha, una de las profesoras, pero Dolor no le ha vuelto a escribir. ¿Habrá renunciado a ella? ¿Y si le escribe ella, ahora que de todos modos ha fracasado? ¿Y si le permite que sea él quien le cure las heridas? Sólo entiendo de enfermedades que no tienen cura, le dijo, y los dos se rieron como niños. ¿Tendrá curación la enfermedad de Alma?

Una fuerte sensación de estar a punto de entrar en terreno prohibido la invade por completo paralizándola de nuevo, no en vano se ha hecho tanto daño en los dedos, así que se apresura a llamar a Miki, que le responde con su voz cálida y entregada, la que suele tener cuando no se encuentran bajo el mismo techo:

—Estaba preocupado por ti. Alma me ha contado que te has caído.

Iris se sorprende, por un instante, de que Miki conozca siquiera a Alma, de tan sola como se ha sentido esa noche, como si fueran una familia monoparental, pero enseguida le pregunta:

—¿Cuándo has hablado con ella? ¿Cómo la has notado?

—Hará una hora, más o menos, y se la oía normal. Un poco confundida, puede, pero mucho menos hostil. Y tú, ¿cómo estás?

—No demasiado bien. Esta tarde tendrías que venir a buscarme para llevarme a casa, ¿vale? No me puedo quedar aquí sola, vuelvo a ser dependiente otra vez, Miki, es mi karma, según parece.

—Pues a mí me parece que tendrías que quedarte—dice él, dubitativo—, porque me ha dado la impresión de que se alegra de poder cuidarte. Déjala que te cuide. La verdad es que no es mala idea, ¿no te parece?

—Pero si se pasa el día en el trabajo, o como se llame eso. ¿No me quieres en casa?

—¿En el trabajo?—pregunta sorprendido—. Pero si me ha dicho que se queda en casa para cuidarte y me ha parecido que era un cambio muy positivo.

—Te lo habrá dicho—dice Iris disgustada—, no lo dudo, porque según parece las mentiras también forman parte del trabajo interior. No está aquí, pero si te fastidia tener que venir, llamo a un taxi y, si no me quieres en casa, me voy a un hotel.

—¿Qué vamos a hacer contigo, Iris?—suspira Miki—. ¿No crees que ya va siendo hora de que te olvides de ese pánico que tienes a que te dejen?

—Pero ¿de qué estás hablando?—dice ella sorprendida.

—Sabes perfectamente de lo que hablo. Y no tengo ningún problema en ir a buscarte esta tarde, sólo que creo que le haría bien cuidarte, que os haría bien a las dos.

—Tú crees mucho—le espeta ella, y justo cuando está buscando la manera de reconducir la conversación, se abre la puerta y entra en el piso su hija con algunas bolsas, con el mismo vestido pero la cara limpia de maquillaje.

—Te he traído pastillas contra el dolor—anuncia.

—Gracias—dice Iris, con una vocecilla que delata que se derrite de puro agradecimiento—, ¿no has ido a trabajar?

—No, me dijiste que no te podías quedar aquí sola—responde su hija.

—Perdón, Miki, tenías razón—susurra Iris en el móvil, pero él ya ha colgado, también en eso tenía razón.

Según parece sí se alegra de cuidarla, aunque intente ocultárselo. Está claro que se esfuerza por hacerlo lo mejor que puede, pero de todas maneras la tiene preocupada; habla demasiado alto y la ve nerviosa, sus gestos son exagerados, ha comprado uvas a pesar de que ya tenían muchas, le pregunta una y otra vez si le apetece un café mientras que el vaso de agua que le ha pedido se olvida de traérselo, corretea por el piso sin propósito, de vez en cuando suena su móvil y entonces se encierra en la habitación de Noa y al salir rehúye su mirada.

—Alma, ven, siéntate aquí un poco—la llama finalmente.

—Voy enseguida, que estoy preparando el desayuno para las dos.

La oye abrir y cerrar la nevera frenéticamente, y cortar hortalizas. La cocina

nunca le entusiasmó, pero ha ganado experiencia como camarera y ahí está ahora a la puerta de la habitación con una bandeja de una abundancia tentadora, rebanadas de pan, queso y verduras, y por supuesto, uvas y café. Iris la alaba como si hubiera hecho un milagro y les hace sitio en la cama a ella y la bandeja.

—¿Sabes de qué me acabo de acordar?—dice Alma, sentada a su lado, apoyada en la pared y llenándose de inmediato la boca de uvas.

—¿De qué?

—No importa, no era nada—intenta echarse atrás—, a lo mejor no pasó así.

—Venga, cuéntamelo—intenta persuadirla Iris.

—Nada, es una tontería—suelta Alma con desgana—, es que me he acordado de que la primera mañana que volviste a casa del hospital me levanté muy temprano para prepararte el desayuno, te lo puse todo muy bien en una bandeja y tú no lo quisiste, pero puede que sean imaginaciones mías.

—Ay, Alma, cuánto lo siento, no me acuerdo que hiciera algo así, pero estaba tan ida con la morfina que llevaba encima. ¿Y por qué no quise tomármelo?

—Tenías náuseas—responde Alma—, no querías ni siquiera que entráramos en la habitación, con las ganas que tenía de que volvieras del hospital, y cuando por fin volviste casi no te veíamos. Ay, no llores, ahora me arrepiento de habértelo contado.

—No lloro—balbucea Iris—, yo nunca lloro—y de repente rompe a reír, consciente de la contradicción que hay entre su declaración y la realidad—. Perdóname, Almi, fue una época horrible—añade—, no quería que me vierais sufrir. Cuando estabais conmigo, procuraba demostraros que me encontraba bien, y era cansadísimo. Es difícil ser una madre que no hace nada, porque eso contradice la esencia de la maternidad. Y más difícil todavía es ser una madre a la que tienen que cuidar.

—Pero yo quería cuidarte—dice Alma muy tranquila—, quería sorprenderte haciendo bien las cosas después de haberte decepcionado, quería que vieras que podía cuidarte.

—¿Que tú me habías decepcionado?—se apresura Iris a desmentir—. ¡Para nada! Pero ¿por qué crees eso?

—No lo sé. ¿Porque no era la mejor alumna del mundo? ¿Porque no tuve constancia con ninguna actividad extraescolar? ¿Porque veía demasiada tele? Quería que vieras que era buena cuidándote, me compré un libro de cocina y aprendí a hacer algunas recetas, por ti, pero tú no quisiste saber nada.

—Ay, Alma, no tenía ni idea de todo eso—suspira Iris—. De lo que sí me acuerdo es de que al principio sí prefería estar sola, pero cuando me recuperé un poco intenté volver a la vida familiar y te encontré muy apática.

—Es que ya sabes que a mí me cansa todo enseguida, no tengo constancia. Y, por cierto, ¿quién es Eitan?

—¿Eitan?—murmura Iris con la respiración cortada—. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque me parece que has soñado con él—responde Alma—. Cuando me he despertado te he oído susurrar algo, como si lo estuvieras llamando.

—¿En serio?—exclama Iris haciéndose la tonta—. Es alguien al que quise hace treinta años, cuando era incluso más joven que tú ahora. Qué raro que de repente haya soñado con él.

—Yo también tengo sueños sobre el pasado—comenta Alma—. Durante todo este último año sueño mucho con la época del atentado, que tú estás herida, que intento salvarte pero entonces me hieren a mí.

—¿Por qué no me lo has contado?—le pregunta Iris sorprendida—. ¿Cómo es posible que nunca hayamos hablado de eso?

—Me costaba mucho hablar, era demasiado cerrada, Boaz me ayuda a abrirme. Gracias a él hoy me veo capaz de contar muchas más cosas.

—Eso es muy importante—murmura a su pesar, intentando ocultar su decepción por el regreso del enemigo—. ¿Y cómo te ayuda, exactamente?

—Es una parte del trabajo interior, cambiar cosas que me molesten de mí misma. Sentía que mi vida, tal y como era hasta ahora, no podía seguir así, y ahora veo que tengo la oportunidad de cambiar de verdad.

—Te entiendo—dice Iris con dulzura, aunque lo que más le apetece es gritar: pero ¿por qué cambiar de esa manera? ¿Cómo es posible que no veas lo depravado que es? Pero ahora es preferible no decir nada en contra, no es momento para sermones, sino para entregarse pacientemente. Va a cuidar de su hija y su hija va a cuidar de ella, y puede que así consigan desactivar la bomba que tienen en la puerta—. Me alegro de que me lo cuentes—añade.

Pero de repente se queda sin saber qué más decir, porque por un lado su hija está ahí con ella, acercándosele un poco, pero por otro lado existe otro factor que maneja los hilos, como si estuviera condenada a educar a su hija de la mano de un hombre extraño, peligroso, como ha dicho Sacha, y justo cuando está pensando en él, Alma pregunta:

—Y ese alumno tuyo, ¿cuándo va a venir?

Por primera vez se le ocurre pensar que es posible que a Sacha le interese de alguna manera, y es posible, también, como solía explicarles tantas veces a los padres, que cualquier cambio viene dado, normalmente, por la combinación de varios factores que solos no hubieran conseguido producirlo.

—¿Sacha? Ay, es verdad, tendría que mandarle un mensaje—se apresura a decir—. ¿Mi móvil anda por aquí, por la cama, no? ¿Debajo de la bandeja?

Y Alma mete la mano entre las sábanas y clava la mirada en la pantalla:

—Dolor te ha estado buscando. ¿Quién es Dolor? Perdona que lo haya

mirado, es que me ha llamado la atención. ¿Desde cuándo tiene el dolor número de teléfono?

Iris suspira. Podría con toda facilidad improvisar cualquier mentira, porque se ha hecho experta en ello últimamente, pero las mentiras se vuelven contra ella poniéndole la zancadilla, así que reconoce con los labios fruncidos:

—Está relacionado con lo que te he contado antes, con mi primer novio. Me lo encontré por casualidad en la unidad de dolor del hospital, hace unas semanas.

—¿Te lo encontraste por casualidad después de treinta años?—exclama Alma, tras haberla escuchado con suma atención—. ¡Por eso has soñado con él esta noche! ¡Claro, porque parece un sueño!

—Tienes toda la razón, eso no pertenece al mundo real—murmura Iris, escogiendo muy bien las palabras, ahora que ha sido cogida en falta—, es una especie de huida de la realidad.

—¿Y qué hay de malo en huir?

Y su madre vacila un momento antes de responder:

—Cuando huyes no eres libre.

—Pero ¿y el amor?—insiste Alma, por algún motivo. Es raro que no se identifique, como siempre, con su padre.

—El amor tiene muchas caras, a veces está desconectado de la vida, como una cometa sin hilo. Sabes que vuela por el cielo y dejas que se vaya para no hacer caer otras cosas que te parecen más importantes.

—Ay, mamá, eso es muy triste—suspira Alma.

—He visto cosas bastante más tristes en mi vida—dice Iris tajante.

¿Así es como va a terminar su historia de amor o esa versión va sólo dirigida a los oídos de su hija? No es el momento de tomar decisiones, sino de vendarse las heridas con las vendas que Sacha acaba de traer. Le duele cuando él le venda los dedos, pero como puede moverlos se vuelve a negar a que la vea nadie, como él le propone.

—Estoy segura de que no los tengo rotos. Sólo es un golpe. Sé de lo que hablo—le asegura—. Esperemos un día más.

Para su alegría, ve que el chico sigue con interés los movimientos de Alma, aunque se domina y se mantiene distante, y que su hija es consciente de su encanto y ya le está ofreciendo los restos del desayuno de ellas dos.

—Aunque no tienes pinta de ser de los que se conforma con las sobras—bromea.

—Como aperitivo, está perfecto—le sonríe él, cogiendo una rebanada de pan con ensalada, y mientras come le habla de los pisos que ha visto últimamente, y ella le aconseja sobre esta y aquella web, y hasta puede que quede libre una habitación en el piso de unos amigos suyos, muy cerca de aquí, y mientras Iris los observa a hurtadillas los ve radiantes en el inicio de

sus vidas, a pesar de todo, con ese resplandor milagroso que todavía es capaz de neutralizar el mal, o al menos de ocultarlo.

Tienen la piel tan tersa y bajo esa piel todo es joven, los huesos se sueldan deprisa, y Alma sigue siendo muy inocente, a pesar de todo, todavía cree en el amor; no escucha de lo que hablan, sino que observa cómo se refleja la luz en la piel de ambos, en sus brazos desnudos, en las manchas de sol de sus frentes, y el resplandor dorado que flota sobre sus cabezas, como si tuvieran halo.

¿Volvería allí, si el tiempo fluyera al revés, como en los sueños? ¿Volvería hasta aquel día, el más hermoso de su vida, en el que no hizo ni demasiado calor ni demasiado frío? Su florido valle se convirtió hace tiempo en un barrio residencial en el que viven cientos de personas que aman y sufren, que nacen y mueren. Sólo en su recuerdo vuelven a florecer las flores silvestres, pero si tuvo la suerte de conocer tal felicidad al menos una vez, quién sabe si no la volverá a encontrar un día de estos. ¿Será hoy, ese día? Niega con la cabeza. Tanto se ha acostumbrado a tender la mano hacia el vacío que sus dedos se han perdido en las profundidades del agujereado bolsillo de la vida, y ahora que mete la mano en el otro bolsillo se lo encuentra lleno a rebosar. Le da el sol en los ojos y no ve nada, y aunque los cierre la luz se le cuela por debajo de los párpados. Es como si tuviera tendida sobre ella una colcha de oro y esos hilos de oro que tejen la urdimbre absorbieran sus penas. Oye ruidos en la habitación, un grifo que se abre y se cierra, alguien que friega los platos, palabras susurradas, puertas que se abren y se cierran, coches que pitan, discusiones acaloradas, los ruidos de la calle mezclados con los de la casa.

¿Es su móvil el que suena, o al otro lado de la ventana, en la acera, será otra la mujer que conteste en su nombre? Alarga la mano medio dormida y palpa como una ciega el liso aparato, pero al parecer alguien se le ha adelantado y ha contestado la llamada, porque oye un llanto. ¿Es su hija, la que llora? «Vuelve conmigo, vuelve conmigo», suplica él, y ella niega con la cabeza, sorprendida, pero ¿de qué está hablando? ¿Con quién habla? Ella murió hace casi treinta años, delante de tus propios ojos, murió despacio, te permitió que la dejaras. «Irisim, vuelve conmigo», insiste él, y entonces ella abre los ojos ante los últimos rayos de sol, sé que no has dejado de amarme, se empeña él, con la voz algo más firme. «Nunca dejaré de amarte», se oye a sí misma susurrar, pero él ya no la escucha y sigue a lo suyo. «Me prometiste que ibas a volver, que nos daríamos una segunda oportunidad», y ella contesta: «Puede que ni siquiera exista una segunda oportunidad, sino una primera oportunidad de otra cosa». Es muy raro que no la oiga, porque ella lo está oyendo perfectamente. «Tengo que colgar—dice él—, te espero». Ella deja caer el móvil.

—¿Alma? ¿Dónde está Alma?—grita en la habitación, que se ha quedado a oscuras de repente. ¿Acaso haber respondido casi sin darse cuenta a esa

llamada es lo que ha llevado a Alma al desastre?

—Alma se ha ido al trabajo—dice Sacha desde la puerta.

—¡Ay, no!—grita ella—. ¿Por qué la has dejado marchar?

—Ha estado aquí su jefe, ¿no has oído los gritos?

—No sabía qué estaba oyendo—gime ella—, ni si era aquí o fuera, creo que me he quedado dormida. ¿Qué vamos a hacer ahora, Sacha?

—Tiene que creer en ella, Iris, como usted le decía a mi madre—le propone Sacha—, si le mostramos el camino, ella lo seguirá.

—Esto no tiene nada que ver con aquello—protesta—, tú eras todavía un niño.

—Ella también sigue siendo una niña. Vuélvase a dormir, Iris, que de momento me quedo. Alma me ha pedido que la espere.

Todos esperan a todos, piensa ella, y nadie viene. ¿Será que la oportunidad que se nos brinda es sólo la oportunidad de despedirnos? Porque el cobertizo ha ardido y ya nada oculta la luna. Se oye recitando todo tipo de aforismos y dichos, le parece que Eitan está tendido a su lado y ella intenta enseñarle materia para el examen de bachillerato, el pasado es pasado, le repite al oído, todo ha cambiado sin que nada tenga arreglo, creemos que las causas preceden a las consecuencias, pero son siempre las consecuencias las que llevan a las causas. Día tras día, noche tras noche, estuvimos juntos, yo también me vi esclavizada, a mí también me dominaba un tirano cruel y testarudo, el pasado me dominó, y no tengo ni idea de por qué estoy hablando en pasado.

—¿Me ha llamado?—le dice Sacha acercándose a ella y, al negar ella con la cabeza, él añade—: Enseguida vuelvo, salgo un momento a ver un piso muy cerca de aquí.

—Fíjate sólo en que a la puerta no haya ni una morera ni un manantial—le advierte ella.

—¿De qué me está usted hablando, querida directora?—se ríe Sacha.

—Cuando vuelvas, te lo explico. Es una vieja historia con un solo principio y muchos finales.

Se sorprende al verlo regresar de inmediato. ¿Habrá vuelto tan deprisa para que le cuente la historia? Ve su enorme cuerpo en la puerta.

—Irisi, menuda caída has tenido.

—¿Eres tú, Miki?—se ríe ella—. ¡Te estaba esperando! No te preocupes, podía haber sido muchísimo peor.

—De eso no me cabe la menor duda, porque eso ya lo vimos.

—Perdóname, Miki—suplica Iris—por no haberte interpretado bien antes, tienes razón, es mejor que de momento me quede aquí.

—Ahora ya no estoy tan seguro de eso, porque parece más grave de lo que creía. Te tendrían que hacer una radiografía.

—Pero si ya me duele un poco menos, y entra un sol muy agradable que seguro que me cura, y además no hace ni demasiado frío ni demasiado calor.

—El sol se ha puesto hace rato—se ríe Miki.

Y de su ancha silueta se desdobla otra silueta, como una especie de parto masculino, y una voz joven dice:

—Hola, mamaíta, ¿qué tonterías dices?

Y sin saber muy bien por qué, se emociona muchísimo al oírlo, como si hiciera siglos que no se vieran, así que tiende el brazo hacia él:

—¡Omeri! ¡Qué bien que hayas venido! ¿Cómo te ha ido el examen de ciudadanía?

—Guay—dice Omer—, papá es un genio, justo las preguntas que estudié con él son las que han salido.

—¡Qué bueno! ¡Eres un suertudo!

—No te creas, porque mira la carta que me ha llegado hoy—responde Omer enfadado, tendiéndole un papel doblado en el que aparece estampado un triste logo, la fina rama de un olivo envolviendo una ancha espada en el interior de una estrella, un logo que conoce bien desde niña, porque la mayoría de las cartas que llegaban a su casa lo llevaban. Bajo él se ocultaba la tristeza y la pérdida en forma de invitaciones a campamentos para huérfanos, días de divertimentos especiales para huérfanos, encuentros de las viudas y de los padres de los caídos, y a pesar de todo no comprende y le pregunta:

—¿Qué es?

—Pero ¿no lo ves? ¡La primera orden de reclutamiento!

—¿La orden de reclutamiento? ¿Ya? ¡Pero si acabas de nacer!

Con sus hinchados dedos palpitantes, abre el impreso y lee la invitación, es decir, la orden, dirigida a Omer Eylam, para que se persone sin falta en la oficina de reclutamiento de Jerusalén en cumplimiento de la ley del Departamento de Seguridad el día tal del mes tal, y hasta un vale para el viaje, le adjuntan, y un nuevo mote, OR-1.

Omer Eylam, las letras se arremolinan para ella en la lápida de un monumento a los caídos, se prosternan con dolor contenido, y ella se pregunta cómo es posible que sepan que ha nacido, siquiera, siendo como es ése un asunto completamente privado. Allí sólo estuvieron ella, la comadrona y Miki, ningún representante ni del ejército ni del Estado, entonces ¿qué quieren de él ahora? ¿Y cómo saben dónde vive? Hasta el código postal, saben, cuando ella misma nunca lo recuerda.

—Ahora que ha estudiado ciudadanía ya puede ser un buen ciudadano—bromea Miki.

Y ella, entre tanto, convierte todas las letras que le corretean ante los ojos en una apretada bola de papel.

—No estoy de acuerdo, Miki, basta, yo ya he dado bastante. Di a mi padre,

di mi cuerpo, no estoy dispuesta a entregar a mi hijo. Nos quedaremos escondidos aquí, en el piso de Alma.

—No te pega hablar así, Iris—le dice Miki mirándola sorprendido—, tú, con todos tus mensajes pedagógicos. ¿Y por qué te crees el centro de todo?

—¿Quién es el centro entonces? ¿El Estado?

—Para empezar, el centro es él—dice Miki señalando a Omer, que se ha sentado en el borde de la cama y se pasa las palmas de las manos por las sienes afeitadas.

—Yo no soy el centro, yo soy OR-I—murmura—: ¿qué quería decir, por cierto?

—Ya te lo he dicho—responde Miki—: soldado raso de infantería.

—Soldado esclavo de infantería, querrás decir—se ríe Omer desazonado.

—Tranquilízate, es sólo la primera orden de reclutamiento—le dice Miki sentándose a su lado y posando la mano en su hombro—, ¿verdad que sí, Irisim?

—¿Cómo me has llamado?—le pregunta, porque nunca le ha permitido que la llame así, aunque ahora, por algún motivo, ya no le molesta. El pasado se ha abierto, nota de pronto, ¿será esta la oportunidad que esperaba? ¿La oportunidad de abrir la cueva asfixiante, dulce y maldita del pasado y dejar entrar el sol, el viento y las voces del presente?

—Pero ¿qué día es hoy? ¿El Día de la familia?—oye la voz de Alma. ¿Cómo no se ha dado cuenta de que ha entrado con su vestido amarillo como un rayo de sol? De modo que la llama, temerosa, no vaya a ser que se vuelva sobre sus pies intimidada por la presencia de ellos—: Alma, ¿estás aquí? ¿Cuándo has llegado?

—Sólo he venido un momento para prepararte la cena—responde Alma acercándose a ella.

—Mira—le dice Iris tendiéndole la bola de papel arrugado, como si implorara piedad.

—¿Qué es esto?—pregunta Alma recelosa, pero enseguida se da cuenta de lo que se trata—. ¡Mis respetos, hermanito, la orden de reclutamiento!—exclama—. Menos mal que para mí ya pasó todo eso. Pero no te preocupes, hermano, créeme que si yo conseguí superarlo, tú también lo conseguirás—y le lanza la amenazante bola de papel.

—¡No compares!—se enfada Omer devolviéndole la bola.

—Te hará ser menos mimado—lo sigue retando Alma, mientras la bola rueda debajo de la cama hasta detenerse al lado de la araña muerta—, que ya te toca.

—¿Mimado yo?—protesta él—. ¡Mira quién fue a hablar! ¡Tú sí que estás mimada! Mamá, hazme una cola invisible—la imita—, no pienso salir de casa sin una cola invisible.

—No me lo recuerdes—le advierte Alma con cara de malas pulgas—, durante años creí que a mamá la hirieron en el atentado porque quise que me hiciera una coleta.

—¡No! ¡Y yo estuve convencido de que fue porque me escondí en el cuarto de baño! ¿Cuánto tiempo ha pasado, mamaíta, diez años?—dice Omer.

—Diez años y siete semanas—dice, mirándolos sorprendida al ver que también a ellos se les están abriendo las cuevas del pasado, que sus historias se entremezclan con los demás sucesos entretejiéndose hasta formar la gran trama de sus vidas. Cómo puede ser que nunca hayamos hablado de eso, piensa, qué hemos estado haciendo hasta ahora, en realidad.

—No tuvo nada que ver con vosotros—suspira Miki—, fue todo por mi culpa, por haber salido de casa demasiado pronto.

—¿Y por qué saliste tan pronto, en realidad?—pregunta Alma.

—Es una vieja historia—empieza a decir, mirándola con sus profundos ojos negros.

—Lo principal es que eso ya no importa—lo corta Iris—, porque estoy curada, ¿no lo veis que estoy curada?

—Pues no es que resultes muy convincente con todas esas vendas—observa Omer.

—Esta vez sí que es verdad que ha sido por mi culpa—dice Alma en voz baja, sentándose también en la cama.

—No ha sido por tu culpa, ha sido gracias a ti—responde Iris.

¿Será ésta la oportunidad prometida? No la oportunidad de volver a amar a Eitan, sino de amar su propia vida partiendo de lo que hay y no de lo que no hay.

—¿Dónde la habré metido?—se pregunta Miki de repente rebuscando en los bolsillos—. Tú también has recibido carta, Iris, me había olvidado por completo—y saca de uno de los bolsillos un pliego de papel grueso y arrugado—. Me encontré esto en el parabrisas del coche cuando fui al cruce a recogerlo—dice, y se lo entrega inexpresivo, al tiempo que ella palidece ante las clarísimas letras negro sobre blanco: «Vuelve conmigo».

—«¿Vuelve conmigo?». ¡Vaya tela!—bromea Omer, mirándola receloso, y volviéndose luego hacia su padre.

Pero para sorpresa de Iris, Alma le arrebata el papel y, sin mirarlo, lo estruja a conciencia entre los dedos.

—Seguro que es un error.

Iris los observa, pasea la mirada por los tres. Están aquí, ahora, con ella.

—No es ningún error—dice—, es una vieja historia.

TÍTULO ORIGINAL
באב
Publicado por
ACANTILADO
Quaderns Crema, S.A.
Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es
© by Zeruya Shalev. Publicado con el permiso del Institute
for the Translation of Hebrew Literature
© de la traducción, 2022 by Ana María Bejarano Escanilla
© de esta edición, 2022 by Quaderns Crema, S.A.
Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.
ISBN: 978-84-19036-25-4
PRIMERA EDICIÓN DIGITAL
octubre de 2022

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.